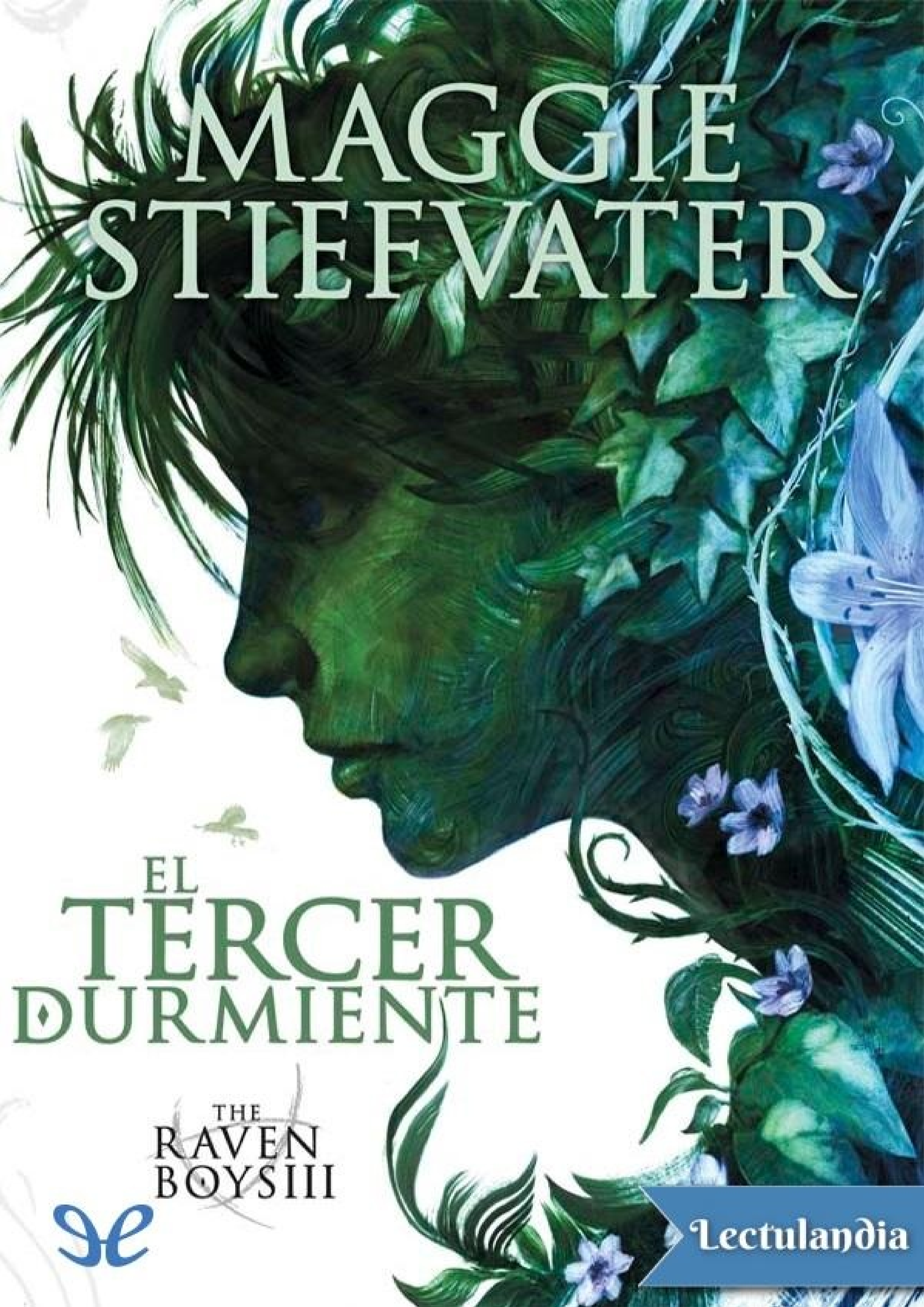

MAGGIE STIEFVATER
EL TERCER DURMIENTE
THE RAVEN BOYS III
Lectulandia

Hay tres durmientes. A uno hay que despertarlo. A otro no hay que despertarlo. El tercero no importa. ¿Cuál de ellos será el que han encontrado Blue y los chicos del cuervo?

Blue Sargent ha encontrado muchas cosas. Por primera vez en su vida, tiene amigos en los que puede confiar, un grupo del que siente que forma parte. Los chicos del cuervo la han aceptado sin reservas; los problemas de ellos se han convertido en los problemas de Blue, y viceversa. Pero hay algo malo en encontrar cosas: el daño que hace perderles, y lo fácil que es que se desvanezcan. Así que Blue y los chicos siguen buscando. Mientras la idea de Glendower se cierne sobre ellos, cada vez más posible y cercana, los chicos del cuervo se enfrentan a la existencia de tres durmientes. A uno deben despertarlo. A otro deben no despertarlo. El tercero no importa. Entre viejas amistades que se deforman hasta convertirse en otras cosas y nuevas amistades de final profetizado; entre madres desaparecidas, cuevas malditas, doncellas delirantes, héroes asesinos y villanos de opereta, Blue continúa su búsqueda. Lo que no sabe es qué busca, exactamente. Pero eso no importa: aunque ella se equivoque, hay algo que la espera al final. Algo inevitable…

Maggie Stiefvater

The Raven Boys: El tercer durmiente

The Raven Cycle - 3

ePub r1.0
NoTanMalo 9.6.16

Título original: *Blue Lily, Lily Blue*
Maggie Stiefvater, 2014
Traducción: Xohana Bastida

Editor digital: NoTanMalo
ePub base r1.2

Para Laura,
una de los caballeros blancos.

Busco el rostro que tuve
antes de que se hiciera el mundo.
WILLIAM BUTLER YEATS,
Antes de que se hiciera el mundo

Demos gracias al espejo por revelarnos
únicamente nuestra apariencia.
SAMUEL BUTLER,
Erewhon

PRÓLOGO

Arriba

Persephone estaba de pie en la cima pelada, con la amplia falda de su vestido marfil azotándole las piernas y la melena blanquecina y rizada ondeando a su espalda. Parecía vaporosa, inmaterial, como si el viento la hubiera arrastrado hasta aquellos peñascos y la hubiera dejado enganchada en uno de ellos. Allí arriba, sin árboles que lo detuvieran, el aire soplaba con ferocidad. Abajo, el mundo exhibía todo el esplendor del otoño.

A su lado esperaba Adam Parrish, con las manos enterradas en los bolsillos de sus pantalones de lona manchados de grasa. Aunque parecía cansado, su mirada era mucho más clara que la última vez que Persephone lo había visto. Siempre concentrada en las cosas importantes de verdad, Persephone llevaba mucho tiempo sin pararse a recordar cuántos años tenía. Y sin embargo, al mirar ahora al chico, se asombró de lo… lo nuevo que parecía. Su expresión descarnada, el encorvamiento adolescente de sus hombros, la energía frenética que desbordaba…

«Hace un día excelente para estas cosas», pensó Persephone. Era fresco y encapotado, sin interferencias de la energía solar, de las fases de la luna o de la maquinaria de alguna obra cercana.

—Ese es el camino de los muertos —dijo, alineándose con el sendero invisible. Nada más hacerlo, notó que en su interior despertaba un zumbido placentero; era una sensación no muy distinta de la que obtenía al ordenar los lomos de los libros en un estante.

—Te refieres a la línea ley —replicó Adam.

Persephone asintió con serenidad.

—Compruébalo por ti mismo.

El chico avanzó hasta pisar la línea, y su cara se giró para observar su recorrido con tanta naturalidad como si fuera una flor buscando el sol. A Persephone le había llevado mucho más tiempo dominar aquel arte; no obstante, ella, a diferencia de su joven pupilo, no había hecho ningún trato con un bosque sobrenatural. Hacer tratos no era lo suyo. En general, no se le daba demasiado bien trabajar en equipo.

—¿Qué ves? —le preguntó.

El muchacho parpadeó, y sus pestañas del color del polvo acariciaron el inicio de sus mejillas. Como Persephone era quien era, y además el día era realmente excelente para aquellas cosas, percibió de inmediato lo que estaba viendo el chico. No tenía nada que ver con la línea ley. Era el suelo de una bonita mansión, salpicado de figurillas hechas añicos. Una carta oficial, en un papel con sello de las autoridades del condado. Un amigo convulsionándose a sus pies.

—Me refiero a lo que ves fuera de ti —le recordó Persephone en tono suave.

Lo que ella veía en el camino de los muertos era un cúmulo tal de acontecimientos y posibilidades que ninguno de ellos sobresalía entre los demás. Persephone era mucho mejor vidente cuando sus amigas Cala y Maura estaban junto a ella: Cala, para seleccionar sus percepciones, y Maura para ponerlas en contexto.

Adam parecía tener potencial para esto último, pero le faltaba experiencia para reemplazar a Maura… «No», se dijo Persephone, «esa no es la palabra». Las amigas no se podían reemplazar. Se esforzó por buscar otro término, uno que fuera más adecuado.

«Rescatar». Sí, eso era: lo que se hacía con los amigos era rescatarlos. ¿Pero necesitaría Maura que la rescataran?

Si Maura estuviera con ella en la montaña, Persephone habría sabido la respuesta a esa pregunta. Aunque si Maura estuviera allí, la pregunta no habría tenido razón de ser.

Soltó un largo suspiro.

Últimamente suspiraba mucho.

—Veo cosas —dijo Adam, con las cejas fruncidas en un gesto de… ¿concentración? ¿Incertidumbre?—. Más de una. Son como… como los animales de Los Graneros. Veo cosas… que duermen.

—Sueñan —asintió Persephone.

En el instante en que Adam había mencionado a los durmientes, estos se habían situado en la primera línea de su consciencia.

—Son tres —añadió.

—¿Tres qué?

—Tres en particular —murmuró Persephone—. A los que hay que despertar… No, no. Dos. Hay uno que no debe despertar.

Aunque a Persephone nunca se le había dado muy bien distinguir qué estaba bien y qué estaba mal, en este caso no le cabía duda de que el tercer durmiente estaba… mal, de algún modo.

Durante unos minutos se quedó allí de pie, junto al chico —«Adam», se recordó a sí misma; cada vez le resultaba más difícil dar importancia a los nombres de pila—, sintiendo el pulso de la línea ley bajo sus pies. Una y otra vez, con suave insistencia, Persephone trató de encontrar la vibrante hebra de Maura en la enredada madeja de energía.

A su lado, Adam volvió a encerrarse en sí mismo. Como siempre, lo que más le

interesaba era lo único que no podía llegar a conocer: su propia mente.

—Fuera —le recordó Persephone.

Adam contestó sin abrir los ojos, en un tono tan suave que sus palabras casi se deshicieron en el viento.

—No quisiera ser maleducado, pero me pregunto por qué merece la pena aprender esto.

Persephone se asombró: ¿cómo podía el chico creer que era de mala educación hacer una pregunta tan razonable?

—Cuando eras un bebé —respondió—, ¿qué crees que te empujaba a querer hablar?

—¿Con quién estoy aprendiendo a comunicarme?

—Con todo —contestó Persephone, complacida por lo rápido que lo había entendido el chico.

En medio

Cala estaba anonadada por la basura que tenía Maura acumulada en su habitación del 300 de Fox Way, y no se privó de decírselo a Blue.

Ella no contestó. Estaba revisando un montón de papeles junto a la ventana, con la cabeza torcida en un gesto de concentración. Desde este ángulo era exactamente igual a su madre: compacta, atlética y difícil de derribar. Poseía una extraña belleza, a pesar de los trasquilones que se había hecho al cortar ella misma su pelo negro y de que llevaba una camisa a la que había pasado por encima una segadora de hierba. Aunque tal vez fueran precisamente esas cosas las que la hacían bella… ¿Cuándo se habría puesto tan guapa, tan mayor, a pesar de no haber crecido ni un centímetro? Aquella debía de ser la evolución normal en las chicas que se alimentaban solo de yogur, claro.

—¿Has visto estos, Cala? —preguntó—. Son muy buenos.

Aunque Cala no sabía a qué se refería Blue, estaba segura de que era verdad. Blue no era del tipo de personas que hacen elogios falsos, ni siquiera a su propia madre. Aunque era cortés, no se esforzaba por resultar agradable. Lo cual era toda una ventaja, claro, porque la gente que hacía esfuerzos por caer bien irritaba profundamente a Cala.

—Tu madre es una mujer con muchos talentos —gruñó. El caos de aquella habitación le estaba quitando años de vida. A Cala le gustaban las cosas sólidas, fiables: los ficheros bien organizados, los meses de treinta y un días, el lápiz de labios morado… A Maura le gustaba el caos—. Y uno de sus mayores talentos es ponerme de los nervios.

Cala agarró la almohada y se vio asaltada por una riada de sensaciones. En un solo instante, percibió dónde había comprado Maura la almohada, la forma en que la doblaba bajo su cuello, las lágrimas que habían mojado la funda y el contenido de

cinco años de sueños.

El teléfono del servicio de videncia sonó en la habitación contigua, rompiendo la concentración de Cala.

—Mierda —masculló.

Cala poseía el don de la psicometría: a menudo, le bastaba con tocar un objeto para saber de dónde procedía y notar los sentimientos de su dueño. Pero aquella almohada tan usada contenía demasiados recuerdos para darles un orden lógico. Si Maura estuviera allí, a Cala no le habría costado nada aislar los recuerdos útiles.

Pero si Maura estuviera allí, no habría tenido por qué hacerlo.

—Blue, ven.

La chica le puso una mano en el hombro con ademán teatral, y su talento amplificador natural agudizó de inmediato el de Cala. Vio las noches de desesperanza e insomnio de Maura. Sintió la marca que había dejado la mandíbula sombreada del señor Gris en la funda. Contempló lo que había soñado Maura en su última noche allí: un lago de aguas lisas como un espejo y un hombre vagamente familiar.

Cala resopló.

Era Artemus: el antiguo amante de Maura, desaparecido hacía mucho.

—¿Encuentras algo? —preguntó Blue.

—Nada útil.

Blue retiró la mano bruscamente, consciente de que Cala era tan capaz de captar pensamientos en los humanos como en las almohadas. Sin embargo, a Cala no le hacía falta ningún don de videncia para adivinar que la expresión tranquila y razonable de Blue no se correspondía con el fuego que ardía en su interior. Las clases estaban a punto de comenzar, el amor se respiraba en el aire, y la madre de Blue había desaparecido hacía más de un mes en una misteriosa búsqueda que solo ella conocía, dejando atrás a su nuevo —y homicida— pretendiente. Blue era un huracán a punto de golpear la costa.

«Ay, Maura…», pensó Cala con el estómago encogido. «Te dije que no te marcharas».

—Toca eso —dijo Blue señalando un cuenco de adivinación negro y grande, que estaba caído en la alfombra desde que Maura lo había usado por última vez.

Cala no aprobaba la videncia en cuencos o en espejos, ni en nada que implicara sondear el misterioso éter del espacio-tiempo para manipular lo que se extendía al otro lado. Técnicamente, la videncia no era peligrosa: solo implicaba meditar frente a una superficie reflectante. Pero en la práctica, a menudo implicaba separar el alma del cuerpo, y el alma era una viajera frágil.

La última vez que Cala, Persephone y Maura se habían atrevido a hacer magia con espejos, Nevee, la hermanastra de Maura, había desaparecido de manera accidental.

Al menos, a Cala nunca le había gustado Nevee.

Sin embargo, Blue tenía razón: el cuenco era el objeto que más respuestas podía

ofrecerles.

—De acuerdo —accedió Cala—, pero no me toques. No quiero que esto se haga aún más potente de lo que ya es.

Blue alzó las manos como si quisiera mostrar que estaba desarmada.

Cala rozó el borde del cuenco con gesto reticente, y de inmediato una nube oscureció su visión. Estaba dormida, soñando. Caía por una profundidad eterna de agua negra. Una versión simétrica de ella se alzaba disparada hacia las estrellas. Algo metálico se le hincó en la mejilla. Un mechón de pelo se le adhirió a la comisura de la boca.

¿Cómo encajaba Maura en aquello?

Una voz desconocida y estridente resonó en su cabeza. Entonaba una cantinela con cierto retintín:

Reinas y reyes,
reyes y reinas,
Blue Lily, lirio azul,
coronas y pájaros,
espadas y cosas,
Blue Lily, lirio azul.

Súbitamente, la visión de Cala se aclaró.

Volvía a ser ella misma.

Y por fin podía ver lo que había visto Maura: tres durmientes, uno claro, otro oscuro y otro a medio camino entre los dos. Supo que Artemus estaba bajo tierra. Supo que nadie podía salir de aquellas cavernas a no ser que lo fueran a buscar. Supo que Blue y sus amigos formaban parte de algo mucho más grande, algo gigantesco que se estiraba y se despertaba lentamente…

—¡BLUE! —rugió Cala, comprendiendo por qué sus esfuerzos tenían tanto éxito de pronto.

En efecto: Blue, a su lado, le había apoyado una mano en el hombro, y eso había hecho que la visión fuera mucho más intensa.

—¿Qué tal? —preguntó.

—¡Te dije que no me tocaras!

Blue se encogió de hombros, en absoluto arrepentida.

—¿Qué has visto?

Carla suspiró, aún inmersa a medias en aquella otra dimensión de la conciencia. Una y otra vez, la invadía la sensación de que, en cierto modo, se estaba preparando para entablar una batalla que ya había mantenido.

Lo que no recordaba era si había ganado la vez anterior.

Abajo

Maura Sargent no podía sacudirse la idea obsesiva de que el tiempo había dejado de funcionar. No es que se hubiera detenido, exactamente, sino que había dejado de avanzar del modo que Maura estaba acostumbrada a considerar «normal»: minutos que se sumaban hasta formar horas que, a su vez, formaban días y semanas.

Maura estaba empezando a sospechar que estaba viviendo el mismo minuto una y otra vez.

Aquella sensación tal vez hubiera obsesionado a algunas personas. Otras podrían haberla pasado por alto. Pero Maura no era como la mayoría. Había empezado a ver el futuro en sus sueños cuando tenía catorce años. Había conversado con su primer espíritu cuando tenía dieciséis. Había expandido su visión para contemplar el otro lado del mundo cuando tenía diecinueve. El tiempo y el espacio eran dos bañeras en las que Maura chapoteaba a placer.

Así pues, aunque Maura sabía que había cosas imposibles, le constaba que una caverna en la que el tiempo se detuviera no era una de ellas. ¿Cuánto llevaba allí? ¿Una hora, dos? ¿Un día, cuatro? ¿Veinte años? Las pilas de su linterna no se habían agotado aún.

«Pero si el tiempo no se mueve en este lugar, no se agotarán jamás, claro».

Se deslizó por el túnel, trazando franjas de luz del suelo al techo mientras avanzaba. No le apetecía estrellarse la cabeza contra un saliente inesperado, pero tampoco le apetecía caer en una sima sin fondo. Ya había pisado varios charcos bastante profundos, y sus gastadas botas estaban llenas de agua.

Lo peor de todo era el aburrimiento. Tras una infancia vivida en la pobreza en plena Virginia Occidental, Maura había desarrollado una gran independencia, una altísima tolerancia hacia las incomodidades y un humor bastante negro.

Y sin embargo, aquella… monotonía…

Era imposible contarse chistes a una misma.

La única pista de que el tiempo tal vez se moviera de algún modo extraño era que, a veces, Maura olvidaba a quién buscaba allá abajo.

«Mi objetivo es Artemus», se recordó a sí misma. Diecisiete años atrás, había dejado que Cala la convenciera de que Artemus simplemente se había escapado. Tal vez, en aquel momento, había preferido creerlo. Pero, en el fondo, siempre había sabido que su desaparición formaba parte de algo mayor; que ella misma formaba parte de algo mayor.

Posiblemente.

Hasta el momento, lo único que había encontrado en aquel pasadizo eran dudas. Aquel no era el tipo de sitio que Artemus, tan amante del sol, habría elegido. Si acaso, tal vez fuera el tipo de lugar en el que alguien como Artemus podría morir. Maura estaba empezando a arrepentirse de la nota que había dejado antes de marcharse. Decía lo siguiente:

Glendower está bajo tierra. Yo también.

En el momento de escribirla, le había parecido muy ingeniosa; el texto estaba diseñado para enfadar o inspirar, dependiendo de quién lo leyera. En cualquier caso, lo cierto era que lo había escrito pensando que estaría de vuelta al día siguiente.

Ahora, la revisó y modificó mentalmente:

Me voy a una caverna sin tiempo en busca de mi exnovio. Si parece que voy a perderme la graduación de Blue, venid a echarme una mano.

P. D. Cenar solo pastel no es sano.

Siguió caminando. Ante ella, la oscuridad era negra como la tinta; detrás de ella, también. El haz de la linterna iluminaba detalles sueltos: un bosque de estalactitas incipientes en el techo. Una lámina de agua en la pared.

Aun así, no se había perdido. La razón era sencilla: hasta el momento, el camino no se había bifurcado. La única opción era avanzar hacia la profundidad.

Maura aún no tenía miedo. Hacía falta algo muy especial para atemorizar a alguien que chapoteaba en el espacio y el tiempo como si fueran dos bañeras.

Usando una estalactita resbaladiza como asidero, se aupó para pasar por una abertura estrecha en la roca. La escena que halló al otro lado era complicada. El techo estaba lleno de pinchos; el suelo estaba lleno de pinchos. Era un espacio infinito, imposible.

Y entonces, una gota de agua cayó al suelo y lo disolvió en una sucesión de ondas, estropeando momentáneamente el espejismo. Era un lago subterráneo. La superficie oscura reflejaba las estalactitas amarillentas del techo, creando la ilusión de que era un pavimento erizado de púas.

El verdadero fondo del lago no se veía. Podía tener cinco centímetros de profundidad, podía tener medio metro, podía carecer de fondo.

Ajá. De modo que al fin había llegado. Maura había soñado con aquello. Y aunque seguía sin tener miedo, notaba que su corazón se estremecía inquieto dentro del pecho.

«Podría volver a casa, sin más. Conozco el camino».

Pero si el señor Gris había estado dispuesto a arriesgar la vida por lo que quería, ella podía ser igual de valiente. Maura se preguntó brevemente si seguiría vivo, y se sorprendió al darse cuenta de lo mucho que deseaba que sí lo estuviera.

Volvió a revisar la nota mentalmente:

Me voy a una caverna sin tiempo en busca de mi exnovio. Si parece que voy a perderme la graduación de Blue, venid a echarme una mano.

P. D. Os pongáis como os pongáis, cenar solo pastel no es sano.

P. P. D. No os olvidéis de llevar el coche al taller para que le cambien el aceite.

P. P. P. D. Buscadme en el fondo de un lago reflectante.

Entonces, una voz le susurró algo al oído. Era alguien de su futuro o tal vez de su pasado; alguien muerto, vivo o dormido. En realidad, no era un susurro, sino una voz ronca: la voz de alguien que llevaba mucho tiempo llamando sin encontrar respuesta.

Pero Maura sabía escuchar.

—¿Qué has dicho? —preguntó.

Y la voz volvió a susurrar: «Encuéntrame».

No era Artemus. Era alguien más, alguien que se había extraviado, estaba a punto de extraviarse o se iba a extraviar en el futuro. En aquella caverna, el tiempo no era lineal: era un lago reflectante.

P. P. P. P. D. No despertéis al tercer durmiente.

1

—¿Te parece que todo esto es real? —preguntó Blue.

Estaban sentados entre los robles, bajo un insólito cielo azul. A su alrededor, del suelo húmedo brotaban piedras y raíces. La calima que los rodeaba no se parecía en nada al día otoñal, frío y encapotado que habían dejado atrás. Anhelaban el verano, y Cabeswater les había concedido su anhelo.

Richard Gansey Tercero, tumbado boca arriba, contemplaba el azul tibio y borroso del cielo que asomaba entre el ramaje. Con su pose indolente y su atuendo informal —pantalones chinos y jersey amarillo limón con cuello de pico—, parecía el heredero hedonista y descuidado del bosque que se extendía a su alrededor.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

—A lo mejor, cuando venimos aquí, todos nos quedamos dormidos y tenemos el mismo sueño.

Blue sabía que eso no era cierto, pero le reconfortaba y le emocionaba al mismo tiempo pensar que estaban conectados, que Cabeswater representaba algo en lo que todos pensaban cuando cerraban los ojos.

—Sé bien cuándo estoy despierto y cuándo sueño —replicó Ronan Lynch.

De la misma forma en que Gansey era suave y orgánico, difuso y homogéneo, Ronan era oscuro, afilado y disonante, un abrupta figura en relieve sobre el fondo del bosque.

Adam Parrish, acurrucado en el suelo y vestido con un mono raído y grasiento, levantó la cabeza para hablar:

—¿Ah, sí?

Por toda respuesta, Ronan emitió un desagradable gruñido a caballo entre el sarcasmo y la alegría. Él, como Cabeswater, era un hacedor de sueños. Si no conocía la diferencia entre la vigilia y el sueño, era porque, para él, carecía de importancia.

—Tal vez tú seas un producto de mi sueño —le espetó.

—En ese caso, gracias por la dentadura perfecta —repuso Adam.

A su alrededor, Cabeswater zumbaba de vida. Sobre sus cabezas revoloteaban bandadas de pájaros que no existían fuera de aquel bosque. En algún lugar cercano, un arroyo borboteaba sobre un lecho de rocas. Los árboles eran viejos y grandiosos, cubiertos de musgo y liquen.

Tal vez porque sabía que aquel bosque tenía consciencia propia, a Blue le parecía una criatura sabia. Si dejaba vagar su mente, casi podía sentir que el bosque la escuchaba. Era una sensación difícil de explicar, como si alguien tuviera la mano suspendida justo encima de la piel de Blue pero no llegara a tocarla.

Recordó las palabras de Adam: «Antes de entrar en la caverna, debemos ganarnos la confianza de Cabeswater».

Blue no acababa de comprender qué significaba para Adam estar tan estrechamente conectado con el bosque, haber prometido que sería sus manos y sus ojos. En ocasiones, sospechaba que ni el mismo Adam lo comprendía del todo. Pero a instancias del chico, todos habían regresado una y otra vez al bosque y habían caminado entre los árboles, explorando con cautela y evitando llevarse nada. Todos habían rodeado la entrada de la caverna en la que tal vez estuvieran Glendower… y Maura.

«Mamá».

La nota que su madre había dejado, hacía ya un mes, no indicaba ninguna fecha de regreso; de hecho, ni siquiera indicaba si Maura se proponía regresar. Así pues, resultaba imposible saber si su tardanza se debía a que estaba en dificultades o a que no quería volver aún. ¿Habría más madres en el mundo que desaparecieran en una cavidad subterránea en medio de sus crisis de madurez?

—Yo no sueño —intervino Noah Czerny. Dado que estaba muerto, era más que probable que tampoco durmiera, pensó Blue—. De modo que esto debe de ser real.

Real… pero suyo. Solo de ellos.

Durante un rato más —¿minutos, horas, días? ¿Qué era el tiempo, en aquel bosque?—, los cinco disfrutaron de aquella paz.

Algo alejado, Matthew, el hermano menor de Ronan, parloteaba con su madre, Aurora, feliz de encontrarse allí con ellos. Los dos, madre e hijo, eran criaturas angélicas de pelo dorado, como si el propio bosque los hubiera creado. A Blue le habría gustado odiar a Aurora por su origen —era, literalmente, una mujer soñada por su marido— y porque poseía la capacidad de concentración y el intelecto de un cachorrito. Pero no podía: Aurora mostraba una bondad y una alegría inagotables, y era tan inevitablemente adorable como su hijo pequeño.

No: Aurora no habría abandonado a su hija justo antes de acabar el instituto.

Lo que más enfadaba a Blue de la desaparición de Maura era que no sabía si preocuparse o enfadarse. De modo que oscilaba absurdamente entre las dos cosas hasta que, de vez en cuando, se quedaba exhausta y dejaba de sentir nada.

«¿Cómo ha podido hacerme esto, precisamente ahora?».

Blue apoyó la mejilla en una roca cubierta de musgo tibio e hizo un esfuerzo por apaciguar sus pensamientos. Su capacidad de amplificar la clarividencia también avivaba la extraña magia de Cabeswater, y no quería causar otro terremoto o provocar una estampida.

De modo que se puso a conversar con los árboles.

Primero pensó en pájaros que cantaban; aunque tal vez la palabra no fuera cantar, sino desear, anhelar o soñar. Era un pensamiento tumbado de lado, una puerta entornada en su mente. Cada vez era más consciente de cuándo lo hacía bien y cuándo no.

Un extraño gorjeo, agudo y desafinado, sonó en el cielo sobre ella.

Blue pensó-deseó-anheló-soñó el rumor de las hojas agitadas por el viento.

Por encima de su cabeza, los árboles agitaron las ramas formando palabras susurradas y difusas. *Avide audimus*.

Pensó en una flor de primavera. Un lirio azul, como su nombre.

Un pétalo azul cayó blandamente en su pelo. Otro se posó en el dorso de su mano y se deslizó como un beso por su muñeca.

Gansey abrió los ojos al notar la lluvia de pétalos que rozaba lánguidamente sus mejillas. Al separar los labios, curioso como siempre, uno le cayó en la boca. Adam estiró el cuello hacia atrás para contemplar aquella tormenta fragante que se precipitaba a su alrededor como un sinfín de mariposas lentas y azules.

El corazón de Blue estalló de júbilo.

«Es real, es real, es real…».

Ronan se volvió hacia Blue con los ojos entrecerrados, y ella no apartó la vista.

Era un juego con el que Ronan Lynch y ella se entretenían a veces: «¿Quién apartará la vista primero?».

Siempre empataban.

Ronan había cambiado durante el verano, y ahora Blue no se sentía tan ajena al grupo. No porque conociera mejor a Ronan, sino porque le daba la impresión de que tampoco Gansey o Adam lo conocían demasiado bien. Ronan los retaba a descifrarlo de nuevo.

Gansey se incorporó apoyándose en los codos. De su pelo cayó una nube de pétalos, como si llevara un largo tiempo dormido.

—Bueno, creo que ha llegado la hora. ¿Lynch?

Ronan se levantó y se situó con gesto adusto junto a su madre y su hermano Matthew, que dejó de hacer aspavientos como un oso de feria. Aurora agarró la mano de Ronan y se la acarició sin que él protestara.

—Vamos —le dijo a Matthew—. Hay que marcharse.

Aurora contempló a sus hijos con una sonrisa dulce. Ella se quedaría allí, en Cabeswater, haciendo lo que hicieran los sueños cuando nadie los veía. A Blue no le sorprendía que cayera en un profundo letargo si abandonaba el bosque, porque era imposible imaginarla en el mundo real. Más imposible aún era la idea de crecer junto a una madre como ella.

«Mi madre jamás desaparecería sin más ni más. ¿No?».

Ronan rodeó la cara de Matthew con las manos, aplastando sus rizos rubios, y clavó los ojos en los de su hermano.

—Vete al coche y espéranos —le ordenó—. Si no estamos de vuelta a las nueve,

llama a casa de Blue.

El chico le devolvió la mirada con expresión apacible. Sus ojos, del mismo azul que los de Ronan, eran infinitamente más inocentes que los de su hermano.

—¿De dónde saco el número?

—Matthew, concéntrate —dijo Ronan sin soltarle la cabeza—. Ya hemos hablado de esto. Quiero que pienses. Dime, ¿de dónde sacarás el número?

Su hermano pequeño soltó una risa suave y se palmeó un bolsillo.

—Ah, es verdad —dijo—. Está programado en tu teléfono. Ahora me acuerdo.

—Puedo quedarme con él —ofreció Noah.

—Gallina… —masculló Ronan.

—Para, Lynch —intervino Gansey—. Es buena idea, Noah, si de verdad te apetece quedarte.

La naturaleza fantasmal de Noah hacía que precisara de alguna fuente de energía para ser visible. Tanto Blue como la línea ley eran poderosas baterías espirituales, por así decirlo; esperar en el coche que tenían aparcado allí cerca habría debido ser más que suficiente para él. Pero a veces, no era la energía lo que le fallaba a Noah, sino el coraje.

—Se portará como un valiente —dijo Blue propinándole un puñetazo amistoso en el brazo.

—Eso, como un valiente —repitió Noah.

El bosque aguardaba, escuchando y murmurando. El borde inferior del cielo parecía más gris que el azul de arriba, como si la energía de Cabeswater estuviera tan concentrada en ellos que hubiera olvidado bloquear el mundo exterior.

En la boca de la cueva, Gansey se detuvo y dijo:

—*De fumo in flammam*.

—Del humo a las llamas —tradujo Adam para que Blue lo entendiera.

La cueva. La. Cueva.

Todo lo que contenía Cabeswater era mágico, pero la cueva era aún más extraña porque aún no existía cuando encontraron el bosque. O tal vez sí que existiera, pero en un lugar diferente.

—Comprobad el equipo —indicó Gansey.

Blue volcó su vieja mochila. Un casco (de ciclista, usado), unas rodilleras (de patinadora, usadas) y una pequeña linterna (de propaganda, usada) rodaron por el suelo junto a una navaja rosa de resorte. Mientras ella empezaba a ponerse las prendas, Gansey vació su bolsa al lado. Él llevaba un casco (de espeleología, usado), rodilleras (de espeleología, usadas) y una linterna (marca Maglite, usada), además de varios rollos de cuerda nueva, un arnés y una selección de mosquetones y anclajes de metal.

Blue y Adam miraron boquiabiertos las cosas esparcidas, incapaces de creer que Richard Campbell Gansey III hubiera comprado objetos de segunda mano. Sin advertir su asombro, Gansey eligió un mosquetón y lo sujetó a un tramo de cuerda

mediante un complejo nudo.

Blue lo comprendió un segundo antes que Adam: las prendas estaban usadas porque ya pertenecían a Gansey. A veces, les resultaba difícil recordar que su amigo había vivido antes de conocerlos.

Gansey empezó a desenrollar un largo cable de seguridad.

—Recordad lo que hemos acordado. Iremos atados unos a otros; si notáis algo que os alarme lo más mínimo, dad tres tirones. ¿Sincronizamos los relojes?

Adam se miró la muñeca.

—El mío no funciona —dijo.

Ronan comprobó su reloj negro de marca y negó con la cabeza.

Aunque aquello no la tomó del todo por sorpresa, Blue no puso evitar sentirse desconcertada, como una cometa que hubiera quedado suelta por el cielo.

Gansey funció el ceño como si compartiera sus pensamientos.

—Tampoco me funciona el teléfono. Dale, Ronan.

Mientras el aludido gritaba una frase en latín, Adam se inclinó hacia Blue y se la tradujo: ¿Es seguro entrar ahí?

«¿Y sigue ahí mi madre?».

La respuesta llegó con un siseo de hojas y un crujido gutural, más inhumano que las voces que había oído Blue anteriormente: *Greywaren semper est incorruptus*.

—Siempre seguro —tradujo Gansey rápidamente, ansioso de probar que no era un completo inútil para el latín—. El Greywaren siempre estará seguro.

El Greywaren era Ronan. Fueran lo que fueran para aquel bosque, Ronan era más importante.

—*Incorruptus*… —masculló Adam—. Nunca pensé que oiría esa palabra aplicada a Lynch.

El aludido lo observó, tan ufano como podía estarlo una serpiente de cascabel.

«¿Qué quieres de nosotros?», preguntó Blue para sus adentros mientras entraban en la cueva. «¿Cómo nos ves? No somos más que cuatro adolescentes colándose en un bosque muy antiguo».

Al otro lado de la entrada se abría un espacio extrañamente silencioso. Los muros eran de tierra y roca, raíces y piedras, todo del mismo color que el pelo y la piel de Adam. Blue rozó una hoja de helecho que se enroscaba con timidez, el último rastro de vegetación antes de que el sol desapareciera. Adam giró la cabeza y escuchó con atención, pero solo se oía el golpeteo amortiguado y ordinario de las pisadas de los cuatro.

Gansey encendió su linterna, pero la luz apenas arañó la oscuridad del túnel cada vez más angosto. Uno de los chicos estaba temblando levemente. Blue no hubiera sabido decir si era Adam o Ronan, pero notaba cómo el cable se estremecía en su arnés.

—Ahora que lo pienso, preferiría haber venido con Noah —dijo Gansey de pronto—. Vamos, todo el mundo adentro. Ronan, no olvides ir dejando las señales

según avanzamos; contamos contigo para hacerlo. No me mires así, anda; di que sí con la cabeza como si me hubieras entendido. Estupendo. ¿Sabes qué? Dáselas mejor a Jane.

—¿Qué? —protestó Ronan con expresión herida.

Blue tomó las señales, que eran unos discos de plástico con flechas impresas. No fue consciente de lo nerviosa que estaba hasta tenerlos en las manos y darse cuenta de lo mucho que agradecía tener algo concreto que hacer.

—Ronan, quiero que tú vayas silbando, tarareando o cantando para controlar el tiempo —dijo Gansey.

—No me jodas —replicó Ronan—. ¿Yo?

Gansey escudriñó el túnel.

—Te sabes un montón de canciones de cabo a rabo, y me consta que puedes silbarlas exactamente con el mismo ritmo una y otra vez porque te las tuviste que aprender para los concursos de música irlandesa.

Blue y Adam intercambiaron una mirada de regocijo: lo único mejor que ver cómo alguien le sacaba los colores a Ronan era ver cómo le sacaban los colores y al mismo tiempo le obligaban a silbar tonadillas sin parar.

—Vete a freír puñetas —respondió Ronan.

Gansey esperó, impertérrito.

Ronan sacudió la cabeza. De pronto, esbozó una sonrisa malvada y empezó a cantar:

—*Squash one, squash two, s…*

—¡Eh, esa no! —protestaron Adam y Gansey al mismo tiempo—. No pienso escuchar eso durante tres horas —remachó Adam.

Gansey señaló a Ronan hasta que este se resignó y empezó a silbar entre dientes una animada tonadilla.

Y con eso, se internaron en la oscuridad.

«Más abajo».

El sol desapareció. Las raíces dejaron paso a las estalactitas. El aire tenía un olor húmedo y familiar. Los muros brillaban como algo vivo. De cuando en cuando, Blue y sus compañeros debían vadear charcas y arroyos; el sendero estrecho e irregular por el que avanzaban había sido excavado por el agua, y esta aún no había rematado su labor.

Cada vez que Ronan completaba diez veces la canción, Blue dejaba un marcador en el suelo. Viendo cómo disminuía el montón que llevaba en la mano, se preguntó hasta dónde llegarían, y cómo sabrían siquiera si se estaban acercando. Le resultaba difícil creer que hubiera un rey escondido allí abajo, y más difícil aún imaginar dónde estaría su madre. Aquel no era un lugar en el que vivir.

Blue se esforzaba por no añorar, esperar, llamar ni imaginar a Maura; lo último

que quería era que Cabeswater fabricara una copia de su madre. Quería la de verdad. Quería la verdad.

El camino se hizo más empinado. La propia oscuridad resultaba fatigosa; Blue empezó a anhelar luz, cielo, espacio. Le daba la impresión de que la habían enterrado viva.

Adam resbaló y extendió un brazo para mantener el equilibrio.

—¡Eh, no toques las paredes! —le pidió Blue.

Ronan dejó de silbar por un momento.

—¿Por qué? ¿Hay gérmenes cavernarios?

—Es malo para las estalactitas.

—No fastidies…

—¡Ronan! —exclamó Gansey desde el principio de la fila sin volverse siquiera; a la luz de las linternas, su jersey amarillo parecía gris—. Sigue con tu tarea, ¿quieres?

Ronan acababa de empezar a silbar de nuevo cuando Gansey desapareció.

—¿Cómo? —exclamó Adam, y un instante después cayó al suelo de bruces y empezó a resbalar, con los brazos extendidos.

Blue aún no había asimilado lo ocurrido cuando Ronan la aferró por detrás. El cable que llevaba a la cintura se tensó y a punto estuvo de derribarla a ella también. Pero Ronan tenía los pies bien plantados en el suelo, y sus dedos aferraban los brazos de Blue con tanta fuerza que le hacían daño.

Adam seguía en el suelo, pero había dejado de deslizarse.

—¡Gansey! —llamó, y su voz resonó con un toque lastimero en el vacío que se abría ante él—. ¿Estás ahí abajo?

Porque Gansey no había desaparecido: había caído en una sima.

«Menos mal que estamos atados», pensó Blue.

Los brazos de Ronan la seguían aferrando; Blue podía sentir cómo temblaban, aunque no habría sabido decir si era por el esfuerzo o por la preocupación. Ronan no había dudado ni un segundo en sujetarla.

«No puedo dejar que eso se me olvide».

—¿Gansey? —repitió Adam, y esta vez, tras su llamada se ocultaba algo terrible. La capa de seguridad que cubría su voz resultaba demasiado exagerada para ser convincente.

Tres tirones. Blue notó cómo el cable que la unía a Adam se estremecía.

Adam apoyó la frente en el suelo lodoso, visiblemente aliviado.

—¿Qué pasa? —preguntó Ronan—. ¿Dónde está?

—Suspendido del cable, supongo —respondió Adam, con una inseguridad que le hizo volver al acento de su Henrietta natal—. Me aprieta tanto el arnés que creo que va a cortarme en dos. No puedo acercarme. El suelo resbala; me caería detrás de él.

Blue se libró del agarrón de Ronan y dio un paso tentativo hacia el lugar donde había desaparecido Gansey. La cuerda que la unía a Adam se aflojó, pero el chico no se deslizó hacia la sima.

—Adam, si no te mueves, creo que puedes servir de contrapeso —dijo lentamente —. Ronan, tú quédate ahí. Si pasa algo y empiezo a resbalar, ¿podrías frenarme?

La linterna sujeta al casco de Ronan se movió cuando su dueño asintió, iluminando una columna embarrada.

—Estupendo —repuso Blue—. Voy a echar un vistazo.

Avanzó despacio junto a Adam, cuyos dedos se clavaban inútilmente en el lodo junto a su mejilla.

Y estuvo a punto de caer por el agujero.

No era extraño que a Gansey le hubiera pasado inadvertido. Había un tramo de roca y luego, de pronto… la nada. Blue movió la cabeza adelante y atrás para iluminar la sima con su foco y solo vio negrura. El abismo era demasiado ancho para distinguir el otro lado, y demasiado profundo para ver su fondo.

Lo que sí se veía era el embarrado cable de sujeción que se hundía en las tinieblas. Blue encendió su linterna y apuntó hacia abajo.

—¿Gansey?

—Aquí —respondió la voz del chico; sonaba más cerca de lo que Blue hubiera esperado, y también más tranquila—. Lo que pasa es que… creo que estoy teniendo un ataque de pánico.

—¿Qué tú tienes un ataque de pánico? Acabo de inventar una nueva norma: antes de desaparecer repentinamente, hay que dar cuatro tirones al cable. ¿Te has roto algo?

Se hizo una larga pausa.

—No —respondió Gansey al fin, y de algún modo, la voz con la que había pronunciado aquella única sílaba le hizo comprender a Blue que no bromeaba al hablar de su pánico.

A Blue nunca se le había dado bien tranquilizar a la gente, y menos cuando ella misma no estaba nada tranquila. Aun así, lo intentó:

—No te preocupes, Gansey; aquí arriba estamos bien sujetos. Solo tienes que encontrar la forma de trepar. No vas a caer más abajo.

—No es eso —respondió Gansey con voz quebradiza—. Tengo algo en la piel que me recuerda a…

Su voz se apagó.

—Será agua —sugirió Blue—, o lodo. Todo está embarrado. Di algo más para que pueda enfocarte.

Silencio. Solo se oía la respiración de Gansey, rasposa y entrecortada. Blue volvió a buscarlo con el haz de luz de su linterna.

—También pueden ser mosquitos. Los mosquitos viven en todas partes —añadió Blue con voz animada.

Más silencio.

—Y hay unas dos docenas de especies de escarabajos que viven en las cuevas — prosiguió—. Lo leí hoy, antes de venir.

—Avispas —susurró Gansey.

El corazón de Blue se contrajo.

Mientras la adrenalina se extendía por sus venas, trató de serenarse: sí, una sola picadura de avispa podría matar a Gansey; pero no, no había avispas en las cuevas. Y aquel no era el día en que Gansey moriría, porque ella había visto su espíritu tal como sería en la noche de su muerte, y aquel espíritu llevaba un jersey de Aglionby mojado por la lluvia. En absoluto llevaba unos chinos y un jersey amarillo chillón con cuello de pico.

Por fin, la luz de su linterna lo encontró. Colgaba fláccido del arnés, con la cabeza gacha y las manos sobre los oídos. El haz de luz recorrió sus hombros, que se estremecían. Estaban salpicados de barro y suciedad, pero en ellos no había ningún insecto.

Blue volvió a respirar.

—Mírame —le ordenó—. Gansey, no hay avispas.

—Ya lo sé —murmuró él—. Por eso he dicho que creo estar teniendo un ataque de pánico; porque sé que no las hay.

Lo que no dijo, pero los dos sabían, era que Cabeswater siempre escuchaba con atención.

Y eso significaba que Gansey debía dejar de pensar en avispas. Pero ya.

—¿Sabes qué? —dijo Blue—. Estoy empezando a mosquearme contigo. Adam está tirado en el barro para sujetarte. Ronan se va a ir a casa.

Él soltó una risita átona.

—Sigue hablando, Jane.

—¡Pero es que no quiero! Lo que quiero es que agarres de una vez ese cable y subas aquí arriba, porque los dos sabemos que eres perfectamente capaz de hacerlo. ¿Por qué voy a seguir hablando?

Él levantó la cabeza y Blue pudo verle por fin la cara, mugrienta e irreconocible.

—Porque hay algo debajo de mí que hace un zumbido, y tu voz lo tapa.

Un escalofrío recorrió la espalda de Blue.

Sí: a Cabeswater se le daba muy bien escuchar.

—Ronan —llamó en voz baja Blue volviendo la cabeza—. Nuevo plan: Adam y yo vamos a tirar para sacar a Gansey de ahí ya mismo.

—¿Qué? Ese es un plan de mierda —saltó Ronan—. ¿Por qué tenemos ese plan de repente?

Blue dudó; no quería gritarlo.

Pero Adam, que había estado escuchando, dijo con voz tranquila y clara:

—*Est aliquid in foramen*. No sé… *¿Apis? ¿Apibus? Forsitan.*

No es que el latín sirviera para ocultarle nada a Cabeswater: lo que quería era evitarle el trago a Gansey.

—No —replicó Ronan—. No, para nada. No es eso lo que hay ahí abajo.

Gansey cerró los ojos.

«Yo lo vi», pensó Blue. «Vi su espíritu tal como será el día en que muera, y no

llevaba esta ropa. No va a ocurrir así. No es ahora sino más tarde, más tarde…».

Ronan siguió hablando, ahora en voz más alta.

—No. ¿Me oyes, Cabeswater? Dijiste que estaría seguro aquí. ¿Qué somos para ti? ¿Es que no somos nada? Si lo dejas morir, no estarás velando por mi seguridad. ¿Lo entiendes? Si ellos se mueren, yo me moriré también.

Blue empezó a percibir el zumbido que salía de la sima.

Adam alzó la voz, medio amortiguada por no poder levantar la cara del suelo.

—Yo hice un trato contigo, Cabeswater. Soy tus manos y tus ojos. ¿Qué crees que verán mis ojos si él se muere?

El zumbido se hizo más intenso. Sonaba… numeroso.

«No son avispas», pensó o deseó o anheló o soñó Blue. «¿Qué somos para ti, Cabeswater? ¿Qué soy yo para ti?».

—Hemos fortalecido la línea ley, Cabeswater —dijo en voz alta—. Te hemos fortalecido a ti. Y seguiremos ayudándote, pero tú también tienes que ayudarnos a nosotros…

Una ola de oscuridad se elevó de la sima y devoró la luz de su linterna. El rumor explotó. Era una especie de coro de crujidos, de aleteos. Las plumas llenaron la sima y ocultaron a Gansey.

—¡Gansey! —gritó Blue, o tal vez fuera Adam o Ronan.

Y entonces, algo aleteó frente a su cara, seguido de inmediato por otro algo. Un cuerpo menudo esquivó por poco la pared; otro se precipitó contra el techo. Los rayos de las linternas quedaron seccionados en mil pedazos titilantes.

El sonido de las alas… Aquel sonido…

No eran avispas.

¿Murciélagos?

No.

Cuervos.

Aquel no era un lugar para cuervos, y aquella no era la manera en que se comportaban los cuervos normales. Y sin embargo, no dejaban de brotar por la boca de la sima, como si la bandada fuera infinita. Por un momento de confusión absoluta, Blue creyó que todo había sido siempre así: cuervos revoloteando a su alrededor, plumas rozándole las mejillas, garras arañando su casco. Luego, de improviso, los cuervos empezaron a graznar en oleadas que cada vez se hicieron más rítmicas, más cantarinas, hasta disolverse en palabras:

Rex Corvus, parate Rex Corvi.

El Rey Cuervo, dejad paso al Rey Cuervo.

Una lluvia de plumas cayó sobre ellos mientras los pájaros se precipitaban en tromba hacia la boca de la cueva. Blue creyó que el corazón le iba a estallar por lo enorme de aquel momento, aquel preciso momento.

Luego se hizo el silencio, o al menos, los sonidos se apagaron hasta quedar ahogados por el tumultuoso corazón de Blue. En el suelo, junto a Adam, se

estremecían docenas de plumas.

—Esperad —dijo Gansey—. Salgo ya.

2

Adam Parrish era un tipo solitario.

No existe un buen antónimo para la palabra «solitario». Tal vez se podría sugerir «gregario» o «sociable»; sin embargo, el hecho de que estas dos palabras tengan definiciones dispares ilustra a la perfección la razón por que «solitario» carece de reverso exacto. No significa «solo», ni «huraño», ni «esquivo», aunque es verdad que «solitario» puede contener todas esas palabras.

Ser una persona solitaria implica una separación interna, una sensación de otredad, de ser ajeno.

Adam no siempre estaba solo, pero siempre se sentía solitario. Incluso dentro del grupo, perfeccionaba cada vez más su capacidad para mantenerse aparte. Era más fácil de lo que cabría esperar; los otros se lo permitían. Sabía que había cambiado al alinearse más estrechamente con la línea ley aquel verano. Seguía siendo él mismo, pero tenía más poder. Él mismo, pero menos humano.

Si hubiera estado en el lugar de sus amigos, él también habría observado en silencio cómo se separaba lentamente de ellos.

Era mejor así. Nunca había pasado tanto tiempo sin pelearse con nadie. Llevaba semanas sin enfadarse.

Ahora, el día posterior a su incursión en la cueva de los cuervos, Adam montó en su cochecito cutre y se alejó de Henrietta para cumplir el encargo de Cabeswater. Sentía el pulso lento de la línea ley a través de las suelas de los zapatos; si no se concentraba, los latidos de su corazón acababan por acompasarse con ella hasta sonar al unísono. Aquella conexión, potente y compleja, lo reconfortaba y lo alteraba a partes iguales; Adam había dejado de saber si la energía era una amiga muy poderosa o si había llegado a convertirse en él mismo.

Echó un vistazo preocupado al indicador del combustible. Le llegaría para ir y volver, pensó, siempre y cuando no tuviera que internarse demasiado en los montes dorados por el otoño. Aún no sabía bien lo que Cabeswater quería que hiciera; sus peticiones llegaban a Adam a lo largo de noches inquietas y días punzantes, haciéndose visibles lentamente como objetos que emergieran a la superficie de un lago. Lo que sentía ahora —una incómoda sensación de algo incompleto— no estaba claro todavía; pero las clases estaban a punto de reanudarse, y Adam tenía la

esperanza de dejar el asunto resuelto antes del principio del curso. Aquella mañana había forrado el lavabo con papel de plata, lo había llenado de agua y había tratado de practicar la clarividencia. Solo había conseguido atisbar vagamente un paraje, una dirección hacia la que viajar.

«Iré viendo el resto a medida que me acerque. Espero».

Pero en vez de ver más claro, lo que hacía su mente era volver una y otra vez a la voz de Gansey en la caverna, el día anterior. Su fondo trémulo. Su miedo, un miedo tan profundo que Gansey no era capaz de salir trepando del agujero aunque no había nada material que se lo impidiera.

Adam nunca hubiera pensado que Richard Gansey Tercero guardaba un cobarde en su interior.

Se recordó a sí mismo acuclillado en la cocina de la caravana de sus padres, repitiéndose una y otra vez que tenía que hacer caso a Gansey y marcharse. «Mete lo que necesites en el coche y lárgate, Adam».

Pero se había quedado, colgado en la sima de la ira de su padre. Otro cobarde.

Le daba la impresión de que necesitaba revisar todas las conversaciones que había mantenido con Gansey en su vida para reinterpretarlas a la luz de lo que ahora sabía.

Cuando divisó la entrada de Skyline Drive, sus pensamientos giraron abruptamente hacia Cabeswater. Aunque nunca había visitado el lugar, Adam, como buen lugareño de Henrietta, sabía que se trataba de un parque natural que se extendía por las montañas Blue Ridge, siguiendo la línea ley con una precisión inquietante. Ante él se abrían tres carriles que terminaban en sendas cabinas achaparradas de color castaño. Unos cuantos coches se alineaban frente a ellas.

Los ojos de Adam se toparon con el cartel de las tarifas. No se había caído en la cuenta de que tendría que pagar para entrar. Quince dólares.

Aunque no había logrado determinar el lugar exacto en el que tenía que cumplir el encargo de Cabeswater, Adam sabía que se encontraba al otro lado de aquellas cabinas. No había otra manera de entrar.

Pero también sabía lo que llevaba en los bolsillos. Y, desde luego, no alcanzaba la suma de quince dólares.

«Puedo volver otro día».

Pero estaba harto de hacer las cosas otro día, de otro modo, de un modo más barato, esperando a que estuviera Gansey para limar las aristas de las cosas. Se suponía que aquel era un encargo para él solo, algo que podría hacer gracias a su poder extraído directamente de la línea ley.

Sin embargo, la línea ley no podía ayudarle a pagar un peaje.

Si Gansey hubiera estado allí en su Camaro, le habría dado los billetes sin darle mayor importancia. Ni siquiera lo habría pensado dos veces.

«Algún día», pensó Adam. «Algún día».

Mientras esperaba en la cola, se sacó la cartera del bolsillo, y luego, al comprobar que su contenido no estaba a la altura, procedió a buscar monedas sueltas debajo de

los asientos. Aquel momento habría sido al mismo tiempo más fácil y más difícil si hubiera estado con Gansey, Ronan y Blue. Porque en ese caso, habrían tenido que negociar préstamos, con los poseedores asegurando que no hacía falta devolver el dinero y los desposeídos insistiendo en que sí, claro que hacía falta.

Pero solo estaba Adam, el solitario Adam. Así que se quedó mirando con expresión sombría la miseria que había logrado reunir.

Doce dólares con treinta y ocho centavos.

No pensaba pedir caridad en las cabinas de entrada. Lo único que poseía era algo de dignidad, y no se hacía a la idea de entregársela a un extraño por la ventanilla del coche.

Tendría que ser otro día.

No se enfadó; no había nadie con quien enfadarse. Solo se permitió apoyar la cabeza por un momento en la ventanilla, y luego maniobró para salir de la fila y dar la vuelta algo más allá.

Mientras lo hacía, su mirada cayó en los vehículos que esperaban. Dos eran exactamente lo que Adam habría esperado ver allí: un monovolumen con padre, madre y dos niños pequeños, y un turismo con una pareja de universitarios muy sonrientes. En el tercero, sin embargo, había algo extraño. Era un coche de alquiler; la pegatina con un código de barras que tenía en una esquina del parabrisas lo indicaba claramente. Tal vez eso no fuera tan raro: entraba en lo posible que un turista llegara en avión, alquilara un coche y decidiera ir al parque natural. Pero en el salpicadero había un aparato que Adam conocía muy bien: un magnetómetro. A su lado había otra máquina que no le sonaba tanto. ¿Un georradar, tal vez?

Era el tipo de aparatos que Gansey y los demás habían usado para localizar la línea ley. Para buscar Cabeswater.

Adam pestañeo y, al abrir los ojos, vio que el salpicadero del coche estaba vacío. Siempre lo había estado. No era más que un coche de alquiler en el que esperaba una familia de aspecto aburrido. Un mes antes, Adam no habría comprendido por qué veía cosas que no eran reales. Pero ahora conocía mejor a Cabeswater, y entendía que lo que acababa de ver sí que era real, solo que no en aquel momento ni lugar.

Alguien ajeno a ellos había ido a Henrietta para buscar la línea ley.

3

—Quenocemos apelsima traste —dijo Blue—, a ver adónde llega.

—¿Adónde llega qué? —preguntó Gansey, y luego repitió mentalmente lo que acababa de oír. No tenía ni pies ni cabeza—. Lynch, haz el favor de bajar el volumen.

Ya habían pasado varios días desde su expedición a la cueva de los cuervos, y ahora se dirigían al aeropuerto para recoger al anciano doctor Roger Malory, gran experto en las líneas ley y antiguo mentor de Gansey. Adam cabeceaba en la parte de atrás, con la boca abierta por el sueño abrumador de una persona exhausta. Blue, detrás de Gansey, apretujaba su reposacabezas en sus esfuerzos por hacerse entender.

—Este coche… —se desesperó.

Gansey sabía que su robusto y fiable Chevrolet Suburban habría sido una elección mucho más lógica para aquel viaje. Sin embargo, quería que lo primero que viera el viejo profesor fuera el Camaro, no un todoterreno caro y reluciente. Aquel Camaro era el símbolo de la persona en la que Gansey se había convertido; y lo que Gansey quería, por encima de todo, era que Malory sintiera que había merecido la pena visitar a esa persona. A pesar de que jamás viajaba en avión, el profesor había volado cuatro mil quinientos kilómetros para verle. A Gansey no se le ocurría cómo podría corresponder a tanta generosidad, especialmente teniendo en cuenta las circunstancias en las que se había marchado de Inglaterra.

—Digo que por qué no hacemos rapel por esa sima que encontraste —repitió Blue, luchando por imponerse al rugido del Camaro y a la invasiva música electrónica de Ronan. ¿Cómo podría dormir Adam con aquel estruendo?

—Porque no… ¡Ronan! Me sangran los oídos, de verdad.

Ronan bajo el volumen y Gansey volvió a empezar:

—Porque no logro imaginar por qué los hombres de Glendower se tomarían el trabajo de bajarlo al fondo de un agujero como ese. No lo consigo, Jane.

Solo de pensar en la sima, le asaltaba el recuerdo antiguo de un veneno que le ardía en la garganta; sin apenas proponérselo, le parecía ver insectos con rayas amenazantes que caminaban por la fina piel de los huecos entre sus dedos. Casi había olvidado lo terrorífico y lo oscuramente atractivo que era revivir aquel momento.

«Atento a la carretera, Gansey».

—A lo mejor el agujero es reciente —elucubró Blue—. Puede que se haya caído

el techo de la caverna en un nivel inferior.

—Si fuera así, no tendríamos que descender al fondo de la sima, sino cruzarla. Ronan y yo tendríamos que trepar por las paredes como dos arañas. A no ser que Adam y tú seáis escaladores expertos, claro.

En el exterior del coche, Washington D. C. se cernía cada vez más cerca, y el cielo de un azul profundo se estrechaba paulatinamente. En la autopista, cada vez más ancha, brotaron quitamiedos, farolas, coches BMW, taxis… Gansey miró el retrovisor y divisó una esquina de la cara de Blue. Los despiertos ojos de la chica parecían enganchados en algo que había visto por la ventanilla. Se giró bruscamente para no perderlo de vista, como si estuvieran recorriendo un país extraño.

En cierto modo, era un país extraño. Como siempre en esas circunstancias, Gansey se sentía como un emigrante que volviera de mala gana. Sintió una punzada, un anhelo de huida que le sorprendió. Hacía mucho que no le ocurría.

—¿Y si Ronan sueña un puente para que podamos pasar al otro lado? —propuso Blue.

Ronan soltó un resoplido desdeñoso.

—¡No me vengas con bufidos! —protestó Blue—. Dime por qué no puedes. Si eres una criatura mágica, ¿por qué no vas a hacer magia?

—En primer lugar —replicó Ronan con sarcasmo palpable—, tendría que quedarme dormido justo al lado del agujero, dado que tengo que tocar algo si quiero sacarlo de un sueño. En segundo, tendría que saber qué hay al otro lado para determinar qué tipo de puente necesitamos. Y aunque lo consiguiera, si sacara algo tan grande de un sueño, dejaría seca la línea ley, con lo que Cabeswater podría desaparecer de nuevo, pero ahora con nosotros dentro. Y entonces nos encontraríamos en una especie de país de nunca jamás con un follón espaciotemporal del que tal vez no lográramos escapar. Después de todo lo que ha pasado este verano, pensé que caería por su propio peso, razón por la cual lo resumí antes. De modo que ahí tienes —remachó Ronan, y luego volvió a bufar.

—Gracias por tus increíblemente útiles propuestas alternativas, Ronan Lynch. Tu contribución para provocar fin del mundo será tomada en consideración —replicó Blue, y luego se volvió de nuevo hacia Gansey—. Bueno, entonces, ¿qué? Tiene que ser importante; si no, Cabeswater no nos lo hubiera enseñado.

«Eso», pensó Gansey, «suponiendo que las prioridades de Cabeswater coincidan con las nuestras».

—Habrá que encontrar otra manera de entrar —dijo—, un camino que nos lleve al otro lado del agujero. No es una cueva normal, porque está conectada estrechamente a la línea ley, así que estoy seguro de que Malory podrá ayudarnos.

Gansey apenas podía creer que Malory estuviera a punto de llegar. Había pasado casi un año estudiando con él —el periodo más largo que había pasado en un sitio—, y fue entonces cuando empezó a sentir que jamás dejaría de buscar. Ahora, tenía ante sí una tumba cada vez más angosta, al final de cuya vasta oscuridad lo esperaba

Glendower.

Se sentía inestable; el tiempo había empezado a avanzar a cámara rápida y entrecortada.

Volvió a mirar por el retrovisor y se encontró con los ojos de Blue.

Extrañamente, la expresión de la chica reflejaba lo que él sentía: un entusiasmo teñido de congoja. Tras asegurarse de que Ronan no lo vería y de que Adam seguía dormido, Gansey soltó la mano izquierda del volante y la dejó entre su asiento y la puerta del coche, con la palma extendida hacia atrás y los dedos estirados hacia Blue.

Aquello no estaba permitido.

Gansey sabía que atentaba contra las normas que él mismo había impuesto. Nunca se había permitido establecer favoritismos entre Adam y Ronan, y tampoco podía hacerlo ahora con Blue. De todos modos, no creía que ella se hubiera dado cuenta de su gesto. Y si se daba cuenta, no haría caso. Su corazón empezó a zumbar.

Blue le rozó los dedos.

Solo eso…

Él pellizcó las yemas de los dedos de ella suavemente, solo un instante, y luego retiró la mano y la devolvió al volante. Algo cálido se extendía por su pecho.

Aquello no estaba permitido.

Ronan no lo había visto; Adam aún dormía. El único efecto colateral era su pulso.

—¡Que te pasas la salida, idiota! —saltó Ronan.

Gansey torció bruscamente el volante. Adam despertó con un respingo. Ronan soltó un taco. El corazón de Gansey se reinició.

«Atento a la carretera, Gansey».

Una vez en el aeropuerto, no vieron al profesor esperando en la zona de llegadas, como habían acordado, ni lograron conectar con él por teléfono. Cuando al fin lo encontraron, estaba sentado con aire gruñón junto a la cinta de equipajes, rodeado por un grupo de gente que parloteaba, una montaña de maletas y un perro malhumorado. Malory tenía justo el aspecto que Gansey recordaba, con un rostro arrugado de tortuga y una papada que parecía otra barbilla. Su nariz y sus orejas parecían la obra de algún artista del caucho poco inspirado. Las bolsas que le colgaban bajo los ojos eran el reflejo exacto de las arrugas sobre sus cejas. En su rostro había una mueca de confusión absoluta.

—¡Profesor Malory! —exclamó Gansey complacido.

—Dios… —masculló Ronan—. Es una auténtica momia.

Gansey quiso darle un codazo, pero Adam se le adelantó.

—Gansey —saludó Malory mientras le daba la mano—, qué alivio verte.

—Siento muchísimo que hayas tenido que esperarnos. ¡Te he llamado varias veces!

—Ese condenado teléfono… La batería de esos chismes es una desgracia; es como una conspiración para vendernos alguna otra cosa. Medicinas para controlar la tensión, probablemente. ¿Son todos los aviones como ese en el que vine? ¿Siempre

van tan… tan atestados?

—Me temo que sí —contestó Gansey, observando a sus amigos de reojo.

Adam miraba a Malory de una forma poco típica del Adam que él conocía, con la cabeza inclinada y la mirada perdida en el infinito. Desconcertado, Gansey siguió con las presentaciones:

—Profesor Malory, estos son mis amigos: Ronan, Adam Parrish y Jane.

Adam pareció volver en sí y miró a Gansey pestañeando.

—Blue —corrigió Blue.

—¿Cómo? ¿Blue? —farfulló Malory—. Ah, sí, azul; eres azul, cierto. Muy perceptiva, sí. ¿Cómo ha dicho Gansey que te llamabas? Jane, ¿verdad? Tú eres la muchacha con la que hablé por teléfono hace meses, ¿no es cierto? Eres muy menuda. ¿Has acabado ya de crecer?

—¿Qué? —exclamó Blue, tan indignada como atónita.

—¿Cuál de estas maletas es la tuya? —dijo Gansey, que tenía la clara impresión de que era el momento de sacar a Malory de la terminal.

—Todas —respondió el profesor con tono dramático.

Junto a Gansey, Ronan se esforzaba por encontrar la mirada de su amigo, que se hacía el loco. Los cuatro chicos recogieron todos los bultos. El perro se levantó.

—Eh, amiguito —dijo Blue, amiga de todos los cánidos—. Tú te quedas aquí.

—Ah, no —protestó Malory—. El Perro es mío.

Los cuatro observaron al animal. Llevaba un chaleco de color azul que proclamaba su condición de perro de trabajo, sin ofrecer más detalles.

—De acuerdo —asintió Gansey esquivando otra mirada incendiaria de Ronan.

Al salir de la terminal, todos se detuvieron para que Malory pudiera quitarle el chalequito al Perro, y luego contemplaron cómo el Perro se aliviaba en el poste de una compañía de coches de alquiler.

—¿Para qué sirve? —preguntó Ronan señalando el animal.

La boca de tortuga de Malory se hizo muy pequeña.

—Es un perro de trabajo.

—¿Y qué trabajo hace, exactamente?

—Queda usted disculpado —le espetó Malory.

Gansey, junto a los dos, evitó encontrarse con los ojos indignados de Ronan y de Malory.

Al fin llegaron al coche, que no había aumentado de tamaño durante el rato que lo habían tenido aparcado. Gansey suspiró; no le gustaba tener que enfrentarse a las consecuencias de su irresponsabilidad tan directamente.

«Señoras y señores: mi truco de hoy consistirá en tomar este Camaro de 1973…».

Gansey sacó del maletero la rueda de repuesto y la dejó apoyada en una farola: era el precio de la visita de Malory.

«… y encajar en su interior a cinco personas, un perro y una cantidad absurda de equipaje».

Tras llevar a cabo su truco de magia, se dejó caer en el asiento del conductor. El Perro jadeaba con ansia. Gansey lo comprendía a la perfección.

—¿Puedo acariciarla… o acariciarlo? —preguntó Blue.

—Sí —respondió Malory—. Pero no va a disfrutarlo. Sufre de los nervios.

Gansey miró el retrovisor y se permitió intercambiar una mirada cómplice con Blue antes de arrancar y salir a la autopista.

—La comida del avión era catastrófica; me extrañaría que las azafatas no sufrieran de úlceras sangrantes —dijo Malory, propinando una palmada tan repentina en el brazo de Gansey que tanto él como el Perro dieron un respingo—. ¿Hijo, sabes algo acerca del tapiz del que se apoderaron los ingleses en Mawddwy?

—¿Un tapiz…? Esto… Ah, sí. Tenía un dibujo de mujeres con las manos rojas, ¿verdad? Creí que era un estandarte, no un tapiz.

—Exacto, Gansey, exacto. ¡Veo que estás en plena forma!

«No soy mejor de lo que cabría esperar tras siete años de estudio obsesivo de la materia», pensó Gansey, pero prefirió saborear el halago. Cuando continuó hablando, alzó la voz para incluir en la conversación a los que viajaban en el asiento trasero.

—Se trata de una pieza verdaderamente interesante, sí. Los ingleses persiguieron a un grupo de hombres de Glendower, y aunque no los alcanzaron, lograron hacerse con aquel antiguo tapiz, estandarte o lo que fuera. Lo de las manos rojas es significativo porque era un símbolo asociado al *Mab Darogan*, un título mítico que se otorgaba a personas como el rey Arturo, Llewellyn el Grande o, por supuesto, Owain Lawgoch…

—Cómo no —saltó Ronan con sarcasmo—. Owain Lawgoch, por supuesto.

—Ronan, deja de tocar las narices —masculló Adam.

—Este carril se acaba ya —observó Blue.

—Efectivamente —asintió Gansey mientras se incorporaba al carril contiguo—. En fin, la cosa es que el *Mab Darogan* es una especie de recreación galesa del mito del Hijo del Destino.

—Cosas de los poetas —intervino Malory—. Resulta más fácil incitar a la rebelión si la gente cree que su líder es una especie de semidiós, un elegido. No hay que confiar nunca en los poetas; no hacen más que…

—El estandarte fue destruido, ¿verdad? —le interrumpió Gansey—. Ah, perdón; no pretendía cortarte.

—No pasa nada —respondió Malory, y su voz sonaba absolutamente sincera.

Aquello —aquel tirar de los hilos de la enmarañada madeja de la historia— era justamente lo que Gansey y él compartían, y a Gansey le alivió comprobar que su relación seguía intacta, aunque se sustentara en unos cimientos muy diferentes a los que lo unían con los pasajeros del asiento de atrás.

—Durante mucho tiempo, se creyó que había sido destruido —puntualizó Malory, haciendo caso omiso al gesto obsceno que le estaban dedicando los ocupantes de un Honda que acababa de adelantarlos—. En realidad, lo que pensaban los expertos es

que se había reciclado. Skidmore escribió que lo habían transformado en camisones para Enrique IV, aunque jamás logré encontrar sus fuentes.

—¿Camisones? —repitió Blue atónita—. ¿Por qué?

—Para aumentar la ignominia —explicó Gansey.

—Gansey, nadie sabe lo que significa ignominia —masculló Adam.

—Afrenta pública —explicó Malory—. Algo diseñado para destruir la dignidad ajena. En realidad, podría aplicarse a los viajes en avión… En fin, lo cierto es que el tapiz fue redescubierto la semana pasada.

—¡No es posible! —exclamó Gansey dando un volantazo.

—Se encuentra en un estado lamentable; como bien sabes, los textiles no se conservan bien. Y he de decir que nos costó un esfuerzo ímprobo averiguar lo que en verdad era. Pero al final… sal por esta vía de servicio, Gansey; necesito que te detengas para enseñarte esto. Por uno de esos guiños del destino, el tapiz se descubrió debajo de un cobertizo en Kirtling. Un torrente cortó la capa de mantillo, dejando al descubierto el borde de unos antiguos cimientos. No podéis imaginar la cantidad de barro que se desplazó.

—¿Y no quedó dañado el estandarte por al agua? —preguntó Adam.

El profesor se giró en el asiento para mirarle.

—¡He ahí la cuestión! Por un milagro de la física, el torrente no inundó los cimientos, sino que excavó un lecho distinto en una trayectoria ligeramente ascendente. Y para responder a la pregunta que nadie ha hecho aún, os diré que sí: el cobertizo estaba situado en una línea ley.

—Me has quitado las palabras de la boca —dijo Ronan.

—Ronan, deja de tocar las narices —masculló Blue.

Mientras aparcaba junto a una desastrada gasolinera, Gansey atisbó por el retrovisor el gesto risueño de Adam. Malory había hecho aparecer una vieja cámara digital y ahora estaba pasando fotos como si buscara algo.

—Los geólogos afirman que la inundación se debió a una tormenta repentina, o algo así. Pero los que estaban allí afirman que el agua rezumaba de los muros del cobertizo, como si lloraran.

—¿Muros que lloran? —repitió Blue en tono ambiguo, tan horrorizado como maravillado.

—Y tú, ¿qué crees? —preguntó Gansey.

Malory le ofreció la cámara por toda respuesta.

—Ah —jadeó Gansey al ver la pantalla.

La foto mostraba un tejido muy deteriorado. En él había pintadas tres mujeres, vestidas con túnicas sencillas que parecían muy anteriores a la época de Glendower. Las tres estaban en una pose idéntica, con las manos rojas como la sangre y extendidas a los lados de la cabeza, pregonando la aparición del *Mab Darogan*.

Todas ellas tenían la cara de Blue Sargent.

«Imposible».

Pero no lo era; últimamente, nada era imposible. Gansey agrandó la foto para verla mejor y se encontró mirando a los ojos azules de Blue. Aunque estilizadas, la semejanza de aquellas mujeres con la chica de verdad era estremecedora: las cejas escépticas, la boca curiosa… Gansey se apretó la boca con los nudillos, notando en los oídos un zumbido de avispas furiosas.

De pronto, tras mucho tiempo sin pensar en ello, lo abrumó el recuerdo de la voz que había sonado dentro de su cabeza mientras estaba a punto de perder la vida: «Vivirás por Glendower. Otros mueren en la línea ley cuando no debieran, conque tú vivirás cuando debieras morir». Le abrumó el ansia de ver a Glendower de nuevo, de tocar su mano, de arrodillarse ante él, de darle las gracias, de convertirse en él.

Dos manos aparecieron por encima de su hombro, y Gansey les entregó la cámara sin saber a quién pertenecían.

Blue murmuró algo que no llegó a entender.

—Se parece a ti —murmuró Adam.

—¿Cuál de ellas?

—Todas.

—Joder… —dijo Ronan, dando voz a lo que todos pensaban.

—La foto está hecha de muy cerca —comentó Gansey al fin—. La calidad de la imagen es excelente.

—Por supuesto —repuso Malory—. ¿Es que no lo entiendes? Se trata del cobertizo de mi casa de campo. Fui yo quien vio llorar los muros. Mi equipo de arqueólogos encontró el tapiz.

Gansey luchó por encajar todas las piezas.

—¿Y cómo supieron que debían buscar allí?

—Esa, querido muchacho, es la cuestión. No estábamos buscando nada; yo estaba disfrutando de unas merecidas vacaciones. Tras el verano que había pasado batallando con el maleducado de Simmons, mi vecino, sobre el insoportable problema de sus desagües, necesitaba tomarme un descanso. Te aseguro que mi presencia en Kirtling fue una pura coincidencia.

—Coincidencia… —repitió Adam con tono escéptico.

Algo enorme se estaba avecinando, y Gansey se sintió vibrar de miedo y anticipación. La enormidad de todo aquello era como la sima negra de la cueva: no lograba avistar su fondo ni su final.

—He de decir, estimado Gansey —añadió el profesor con animación—, que estoy deseando conocer tu línea ley.

4

Blue no lograba conciliar el sueño. Por alguna extraña razón, esperaba oír el ruido de la puerta de entrada de un momento a otro. Una parte de ella, tan arraigada como ingenua, estaba convencida de que su madre regresaría antes de que ella comenzara el curso al día siguiente. Su madre siempre tenía respuestas para todo, por más que algunas fueran erróneas; con los años, Blue había llegado a creer que estaría eternamente allí, inmutable mientras todo lo demás descarrilaba.

La echaba de menos.

Salió al pasillo y escuchó. En el exterior de la casa, Orla llevaba a cabo una limpieza nocturna de chakras para algunos clientes irreductibles. Cala, en el piso de abajo, veía la tele en soledad, con un enfado casi palpable. Allí, en el primer piso, reinaba un silencio absoluto… cuando Persephone no soltaba algún suspiro desde su cuarto, al final del pasillo.

—Pasa, por qué no —contestó Persephone cuando Blue llamó a su puerta.

Dentro de la habitación reinaba una penumbra solo rota por una lamparita que iluminaba la mesa desvencijada y la cama alta y antigua. Persephone, sentada a lo indio en una butaca de estilo victoriano, trabajaba en un viejo jersey de punto, con la pelambrera rizada convertida en oro por la luz de la bombilla.

Mientras Blue se encaramaba al colchón, varias bobinas de hilo rodaron hasta acumularse a sus pies. Dobló las rodillas, las cubrió con su enorme camisa y observó a Persephone durante unos minutos. Parecía estar alargando las mangas, cosiendo en los extremos dos puños diferentes de encaje. De vez en cuando, suspiraba como si estuviera molesta consigo misma o con el jersey.

—¿Es tuyo? —preguntó Blue.

—¿El qué? —Persephone siguió su mirada y comprendió que se refería al jersey —. Ah. Ah, no. Bueno, lo fue, claro. Pero ya no. Por eso lo estoy modificando.

—¿Para que le sirva a alguien con los brazos desproporcionados?

Persephone levantó la prenda y la examinó.

—Sí.

Blue agachó la cabeza y clasificó las bobinas por colores.

—¿Crees que mi madre fue a buscar a Cielito?

—¿Te refieres a Artemus, tu padre? —la corrigió Persephone, o tal vez lo dijera

para aclararse.

«Cielito» no era el nombre verdadero del padre de Blue, sino un apodo cariñoso que, al parecer, Maura le había puesto en los viejos tiempos.

—Bueno, eso es simplificarlo demasiado —añadió Persephone—. Pero sí, creo que es una de las razones por las que se marchó.

—Pensé que mi madre estaba enrollada con el señor Gris.

Persephone reflexionó.

—El problema de tu madre, Blue, es que le gusta tocar las cosas. Le dijimos que Artemus pertenecía al pasado; yo le recordé una y otra vez que él había elegido ya su camino. ¡Pero no, ella tenía que seguir toqueteándolo! ¿Cómo puedes esperar curarte de algo si no haces más que toquetearlo?

—Entonces… Entonces, ¿crees que… que se ha ido porque quiere volver con él?

—¡Qué va! —respondió Persephone con una risita—. No creo que eso sea… No. Como bien dices, tu madre está enrollada con Gris. Yo creía que los jóvenes ya no usabais esa palabra.

—Acabo de usarla y soy joven.

—Ya no tanto.

—Bueno, ¿me estás consultando si la palabra sigue usándose, o no? O aceptas mi autoridad en la materia, o cambiamos de tema.

—Cambiamos de tema. En cualquier caso, Blue, si quiere ir a buscarle, es cosa suya. Tu madre jamás ha podido estar sola; esta es su oportunidad de tener algo de tiempo para ella misma.

A Blue, su madre no le parecía una persona que necesitara estar sola. Aunque tal vez ese fuera el problema, claro.

—Entonces, según tú, no debería empeñarme en buscarla.

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—¡Porque eres vidente! ¡Cobras a la gente por revelarle su futuro! ¡Revélame el mío!

Persephone se quedó mirando a Blue con sus ojos negrísimos hasta que ella empezó a arrepentirse de su estallido. Luego, añadió:

—Maura entró en Cabeswater. Eso no es el futuro. Por otra parte, si quisiera ayuda, nos la habría pedido. Supongo.

—Si te hubiera pagado —replicó Blue, dándose cuenta de lo peligrosamente cerca que estaba del límite de lo incorrecto—, ahora mismo te pediría que me devolvieras el dinero.

—Pues menos mal que no me has pagado. ¿Te parece que las dos están iguales? —preguntó Persephone levantando el jersey, cuyas dos mangas no podían ser más diferentes.

Blue saltó de la cama con un gruñido y salió en tromba al pasillo.

—¡Dormir alimenta el cerebro! —le recordó Persephone mientras se alejaba.

Aquella conversación no había tranquilizado a Blue en absoluto. Por más que se

esforzaba, no lograba sentir que se hubiera comunicado con una humana normal.

En vez de volver a su cuarto, se escabulló dentro de la oscura salita que servía como centralita telefónica, cuarto de costura y guarida del gato y se acomodó junto al teléfono, con las piernas dobladas. Por la ventana entreabierta se colaba una corriente helada. La luz de la farola, tamizada por las hojas de los árboles, arrojaba sombras inquietas sobre las cajas de útiles de costura. Blue quitó el cojín de una silla, se abrigó con él las piernas heladas y levantó el auricular. Se lo llevó a la oreja y escuchó durante unos segundos para cerciorarse de que la línea no estaba ocupada.

Y luego llamó a Gansey.

Oyó una señal, dos, tres, y luego una voz:

—¿Diga?

Gansey sonaba como un chico normal.

—¿Te he despertado? —preguntó Blue.

Al otro lado de la línea se oyó un ruidito: Gansey debía de estar buscando sus gafas a tientas.

—No —mintió—. Estaba levantado.

—De todos modos, te he llamado por accidente. Quería llamar al Congreso, y el número es casi igual al tuyo.

—¿Cómo?

—Bueno, es que tu número acaba en seis, seis, cinco —Blue hizo una pausa—. ¿Lo pillas?

—Uf.

—Seis, seis, cinco… ¿Lo pillas, o no?

—Sí, lo pillo —Gansey guardó silencio durante un minuto, aunque Blue oía su respiración al otro lado—. En realidad, no sabía que se pudiera entrar en comunicación con el infierno.

—Entrar es fácil —repuso Blue—. Lo difícil es salir.

—Bueno, pero se podrán mandar cartas, ¿no?

—El franqueo nunca es suficiente.

—O faxes —añadió Gansey—. Espera, borra lo de las cartas; me hace más gracia imaginar que mando un fax al infierno.

Blue pegó la cara al cojín y se rio suavemente.

—Bueno, eso es todo —dijo.

—¿Todo el qué?

—Todo lo que tenía que decir.

—He aprendido mucho. Me alegro de que te confundieras de número.

—Bueno, no es difícil confundirse —respondió Blue—. Puede que vuelva a hacerlo.

Se hizo una larguísima pausa. Blue abrió la boca para romperla, pero se lo pensó mejor. Estaba temblando otra vez, aunque el cojín ya le había templado las piernas.

—No deberías —dijo al fin Gansey—. Sin embargo, espero que lo hagas.

5

A la mañana siguiente, Gansey y Malory se dispusieron a investigar la línea ley. Para sorpresa de Gansey, Adam accedió a acompañarlos. No era que los dos hubieran discutido, sino que… que llevaban tiempo sin hacerlo. Sin discutir, sin hablar, sin relacionarse. Gansey había continuado por su camino de siempre, y Adam, en algún momento, se había desviado por una carretera secundaria.

Pero ahora, al menos por el momento, los dos avanzaban en la misma dirección. Objetivo: encontrar otra entrada de la cueva de los cuervos. Método: reproducir sus búsquedas anteriores de líneas ley. Recursos: Roger Malory.

Era una buena época para mostrar el pueblo a un extraño. Henrietta y sus alrededores eran una caja de acuarelas: pastos verdes, campos dorados, sicomoros amarillos, robles anaranjados, montañas malvas, cielo cerúleo… La carretera, recién asfaltada, serpenteaba oscura e invitadora. El aire, fresco y vivo, invitaba a la acción.

Los tres recorrieron con rapidez las etapas previstas, hasta que Malory se quedó prendado de la cuarta parada de la mañana: la montaña Massanutten. No era el más místico de los paisajes; en sus laderas brotaban urbanizaciones, y su cima estaba coronada por una estación de esquí. A Gansey le parecía un lugar vulgar, lleno de turistas y universitarios de vacaciones; pero si lo decía en voz alta, Adam se le tiraría al cuello por elitista.

Los tres estaban de pie cerca de la carretera, aguantando las miradas curiosas de los demás conductores. Malory, encorvado tras un trípode y más semejante a una tortuga que nunca, hablaba para sí o tal vez para Adam.

—¡La caza de líneas ley es muy diferente aquí, en los Estados Unidos! En Inglaterra, una verdadera línea ley debe presentar al menos un elemento alineado cada dos millas, ya sea una iglesia, un túmulo o un monumento megalítico; de lo contrario, no se le concede validez. Pero aquí, en las Colonias —los dos chicos se sonrieron al escuchar aquella expresión—, las distancias se magnifican. Lo que es más, no tuvisteis romanos que levantaran esas maravillosas edificaciones en línea recta. Es una pena… Los echo de menos, la verdad.

—Sí, yo también añoro a los romanos —asintió Gansey, solo por ver cómo Adam contenía la risa.

Con un suspiro, Malory echó a andar entre los árboles hacia el profundo valle que

se abría a sus pies.

—Y aunque vuestra línea ley está muy despierta y colmada de energía… Rebosa energía, en realidad… A pesar de ello, la línea secundaria que estamos hoy buscando no está t… ¡Diantres!

Malory acababa de tropezar con el Perro.

El Perro lo miró con una expresión que parecía decir: «¡Diantres!».

—Alcánzame ese lápiz. —Malory lo tomó de la mano de Adam y garrapateó algo en el mapa—. ¡Ve a sentarte al coche!

—¿Disculpa? —preguntó Adam, tan cortés como escandalizado.

—¡Tú no! ¡El Perro!

El aludido se retiró con aire agraviado. Un nuevo coche frenó para observarlos. Malory susurró algo para sí. Adam empezó a tamborilear con el dedo en su otra muñeca, en un gesto extrañamente desconcertante y ajeno. Los insectos zumbaban a su alrededor y los rozaban con sus alas.

«Una abeja», tal vez, pensó Gansey al notar un cosquilleo en la mejilla. «Podría morir en un momento, aquí, en la cuneta de esta carretera, sin que a Malory le diera tiempo de sacar su teléfono del coche y antes de que Adam se diera cuenta de lo que pasa».

Se quedó inmóvil, sin espantar al insecto, hasta que este se alejó con un zumbido. Gansey tenía el corazón acelerado.

—Explícame lo que estás haciendo —le pidió a Malory, pero enseguida se corrigió—. Explícanoslo, por favor.

El profesor adoptó su voz de académico.

—Vuestra caverna está vinculada a la línea ley, pero carece de ubicación fija. Así pues, si queremos hallar una segunda gruta que se conecte con ella, carece de sentido buscar entradas ordinarias. Ha de ser una cueva situada en otra línea ley. Y dado que el mapa que trazasteis mientras la recorríais sugiere que avanzabais en perpendicular a la línea, en vez de seguirla, es lógico pensar que el sistema de cavernas se extiende por una red de líneas ley. Así pues, lo que buscamos ahora es un cruce de caminos. Decidme, muchachos, ¿qué es esto?

El dedo de Malory estaba posado en el mapa, encima de unas palabras anotadas por un Gansey mucho más joven. El Gansey actual levantó el dedo de su mentor para leer el texto.

—Spruce Knob. Se trata del pico más alto de Virginia Occidental. Tiene unos mil quinientos metros de altura, aproximadamente.

—¿El pico más alto de Virginia? —repitió Malory.

—Occidental —completaron Adam y Gansey al unísono.

—De Virginia Occidental —repitió Gansey, apartando la mirada para no encontrar la de un conductor que casi se había detenido para observarlos—. Está a unos noventa kilómetros al oeste, cien a lo sumo.

El macizo dedo de Malory se deslizó unos centímetros para seguir uno de los

muchos senderos que había marcados con rotulador fluorescente.

—¿Y esto otro, qué es?

—El monte Coopers.

Malory dio unos golpecitos en el papel.

—¿Qué pone aquí? ¿La Tumba del Gigante?

—Es otro de los nombres que se le dan a esa montaña.

Las despeinadas cejas del profesor se elevaron.

—Interesante nombre, para el Nuevo Mundo —comentó.

Gansey recordó lo emocionado que se había sentido al descubrir el antiguo nombre del monte Coopers. Al descubrirlo en un viejo documento jurídico, se había sentido como un detective de novela, y su excitación no había hecho más que acrecentarse al averiguar que la montaña era igual de extraña que su sobrenombre: un cerro solitario en medio de una extensión de campos ondulados, a tres kilómetros de la sierra.

—¿Por qué te parece interesante? —inquirió Adam.

Gansey se volvió hacia él.

—A menudo, la mitología anglosajona retrata a los reyes como gigantes —explicó—. En las islas británicas, muchos de los lugares asociados de un modo u otro con monarcas legendarios contienen la palabra «gigante» o son de tamaño descomunal. En Gales hay una montaña… ¿Cómo era? ¿Idris? Profesor Malory, ¿me echa una mano?

Malory chasqueó la lengua.

—Cadair Idris.

—Exacto. Significa silla de Idris; este era un rey supuestamente gigante, tanto que usaba la montaña entera como asiento. Hace años, conseguí permiso para subir andando a la Tumba del Gigante, que está en un parque natural. Había oído rumores de que hay allí algún cementerio indio, pero no encontré ninguno. Tampoco vi ninguna cueva.

Malory siguió recorriendo con el dedo el sendero fluorescente.

—¿Y esto?

—La colina Mole. Antiguamente era un volcán; está en medio de una llanura. Tampoco tiene ninguna cueva. Lo que sí abunda son los estudiantes de geología.

Malory llegó a la última anotación.

—Y esto es el lugar en el que nos encontramos, ¿no es cierto? Ma-ssa-nu-tten. Cielo santo, qué línea te has agenciado, Gansey… Llevaba toda la vida esperando ver algo así. ¡Notable, muy notable! Y dime: ¿hay otras personas rondándola y tratando de sonsacar sus secretos?

—Sí —contestó Adam de inmediato.

Gansey se volvió para mirarlo. Su respuesta no había dejado lugar para las dudas; no era un «sí» nacido de la paranoia, sino de la observación.

En voz más baja, para que solo lo oyera Gansey, Adam añadió:

—Por culpa del señor Gris.

Por supuesto: el Hombre de Gris había llegado a Henrietta en busca de un artefacto mágico. Y cuando Colin Greenmantle, que era quien lo había contratado, comprobó que no iba a cumplir el encargo, había inundado el pueblo de gente que buscaba al Hombre de Gris. Suponer que todos se habían marchado era absurdo.

Pero a Gansey le gustaba portarse de manera un poco absurda.

—¡Era de esperar! —exclamó Malory palmeando el hombro de Gansey—. Por suerte para todos nosotros, este joven posee un oído mucho más agudo que la media; detectará a ese rey vuestro antes de que a nadie se le ocurra ponerse a escuchar. Y ahora, abandonemos este grosero lugar antes de que empiece a contagiarnos. Vamos a Spruce Knobs, pasando de camino por estos dos lugares. ¡En marcha!

Gansey recogió el teodolito, el georradar y el magnetómetro, que había llevado más por costumbre que por otra cosa, mientras Malory se acomodaba en el Suburban para esperarlos. Adam se adentró un poco entre los árboles para hacer pis, y Gansey, como siempre que aquello ocurría, deseó no ser tan pudoroso y poder hacer lo mismo.

—Me alegro de que ya no riñamos —dijo Adam de improviso al regresar—. Ha sido una tontería pasar tanto tiempo enfadados.

—Sí —contestó Gansey, tratando de que su voz no trasluciera su alivio, su agotamiento, su alegría. Le daba miedo decir demasiado y estropear aquel momento, tan esperado que tenía el sabor de lo imaginario.

—Eso de Blue… —continuó Adam—. Hubiera tenido que darme cuenta de que sería raro salir con ella después de que se convirtiera en… En fin, ya sabes, en una de nosotros. Yo qué sé…

Gansey pensó en sus dedos rozando los de Blue y en lo absurdo de arriesgarlo todo por un gesto. Aquel equilibrio era tan costoso…

Por más que le gustara portarse de forma absurda, no podía seguir haciéndolo.

Los dos chicos contemplaron el valle que se extendía más allá del bosquecillo. En algún lugar resonó un trueno, aunque el cielo estaba completamente despejado. El estruendo ni siquiera parecía provenir del cielo, sino de algún lugar del subsuelo, allá en la línea ley.

Gansey miró a Adam de reojo: tenía una expresión de alegría feroz. Se alegró de conocerlo, al mismo tiempo que se preguntaba si lo conocería en realidad.

—No puedo creer que vayamos a meternos en esto —dijo.

—Yo sí —replicó Adam.

6

Aquella no era la verdadera vida de Blue.

Apoyada en la pared junto al despacho de la orientadora, se preguntó cuándo el instituto volvería a parecerle una parte importante de su vida. Tras un verano extraordinario, lleno de reyes mitológicos y madres perdidas, le resultaba casi imposible verse yendo a clase todos los días. ¿Qué importaría todo aquello en dos años? Para entonces no quedaría nadie en el instituto que se acordara de ella, y viceversa. Solo recordaría aquel otoño como la estación en que su madre había seguido desaparecida. Aquel era el año de Glendower.

Recorrió con la mirada el pasillo forrado de linóleo hasta encontrar un reloj. En una hora, regresaría a su casa y podría dedicarse a su vida real.

«Mañana tendrás que volver aquí», se dijo. «Y al otro también».

Pero si algo le parecía un sueño, era aquello, no Cabeswater.

Se acarició la palma de una mano con los dedos de la otra y pensó en el estandarte que había encontrado Malory, con las tres mujeres de manos rojas que tenían su misma cara. Luego pensó en los chicos, que estaban explorando sin ella.

De súbito, se hizo consciente de la presencia de Noah. En un primer momento, simplemente se dio cuenta de que él estaba allí; luego, al preguntarse cómo podía saberlo, cayó en la cuenta de que podía verlo encorvado junto a ella, con su arrugado uniforme de Aglionby.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó, aunque en el fondo se alegraba de verle—. ¿Cómo es que no estás cerca de la gruta de los cuervos?

Noah encogió sus borrosos hombros en un gesto de disculpa. Blue sintió un frío repentino: para ser visible, Noah necesitaba absorber su energía. Él se giró y les guiñó un ojo a dos chicas que pasaban empujando un carrito, y que no parecieron verlo. Blue se preguntó si lo ignorarían porque no lo veían o, simplemente, por ser Noah.

—Creo que echo de menos esta parte —dijo él—. El principio de curso… Estamos a principio de curso, ¿no?

—Primer día —asintió Blue.

—Mola —Noah echó la cabeza hacia atrás y respiró hondo—. Ah, no, espera: lo que molaba era lo otro. Se me había olvidado. En realidad, odio esta parte.

Blue ni siquiera la odiaba. Para hacerlo, habría tenido que convencerse de que aquello estaba ocurriendo de verdad.

—¿Por que estás aquí plantada? —le preguntó Noah.

Blue le mostró el folleto que sostenía en la mano. Le daba un poco de vergüenza enseñarlo, como si fuera su lista de regalos para Navidad.

—Voy a comentar esto con la orientadora.

Noah leyó el texto tan lentamente como si estuviera en una lengua extranjera:

—Es-tu-dia de pri-me-ra ma-no los di-ver-sos ti-pos de sel-va a-ma-zó-ni-ca. La Es-cue-la de E-co-lo-gí-a pre-vé la re-a-li-za-ción de es-tu-dios en o-tros pa-í-ses… Blue, ¿cómo vas a irte tú por ahí?

Blue se encogió de hombros, consciente de que Noah tenía razón al dudar.

—Gracias por el voto de confianza —dijo.

—Si no tienes cuidado, la gente te verá hablando sola y todos dirán que eres rara —se burló Noah con expresión socarrona.

Pero a Blue aquello ni le hacía gracia, ni le preocupaba. Llevaba dieciocho años siendo la hija de la médium del pueblo; ahora, en su último año de instituto, ya había mantenido todas las conversaciones posibles acerca de aquel hecho. La habían ignorado, consolado, maltratado, adulado… Según unos, iba a ir de cabeza al infierno; para otros, tenía línea directa con el nirvana espiritual. Su madre era una timadora; su madre era una bruja. Blue vestía como una vagabunda; Blue vestía como la más moderna de las modernas. Era infaliblemente hilarante; era una pringada sin amigos. Con el tiempo, todo aquello había acabado por convertirse en un monótono ruido de fondo. La única —y descorazonadora— conclusión era que Blue Sargent era la cosa más extraña que se había paseado jamás por los pasillos de la Mountain View High School.

Con excepción de Noah.

—¿Ves a más gente muerta? —le preguntó Blue.

Lo que, en realidad, significaba: «¿Ves a mi madre?».

Noah se estremeció.

Al otro lado de la puerta avejentada sonó una voz:

—¿Estás ahí, Blue? Puedes pasar ya, si quieres.

Noah se deslizó en el despacho delante de Blue. A la luz del sol que entraba por la ventana, parecía sólido, vivo; sin embargo, increíblemente, la orientadora lo traspasó con la mirada. Mientras el chico se acomodaba bajo la mesa, para escuchar tranquilamente la conversación, Blue le lanzó una mirada incendiaria por ser tan cotilla.

Había dos tipos de personas: los que veían a Noah y los que no lo veían. En general, Blue se llevaba bien con los primeros.

La orientadora —la señora Shiftlet— era nueva en el instituto, aunque no en Henrietta. A Blue le sonaba de la oficina de correos. Era una de esas señoras de mediana edad que se preciaban de hacerlo todo perfectamente a la primera. Se

sentaba tiesa como un palo en una butaca diseñada para recostarse, y parecía fuera de lugar tras aquel escritorio barato y compartido, lleno de trastos y objetos personales.

La mujer tecleó rápidamente algo en su ordenador.

—Veo que alguien acaba de cumplir años… —comentó.

—¡No me digas que ha sido tu cumpleaños! —exclamó Noah, y Blue tuvo que hacer un esfuerzo para contestarle a la orientadora en vez de a él.

—Eeeh… Yo… Sí.

Había sido hacía dos semanas. En un año normal, Maura le habría hecho los brownies pegajosos que eran su especialidad; pero ese año, Maura no estaba. Persephone se había esforzado por recrear aquella delicia pegajosa, pero sus brownies, accidentalmente, habían acabado por salir secos y perfectos, adornados con diseños de azúcar glas. Cala le había preguntado a Blue si estaba enfadada con ellas, y a Blue le había hecho gracia la idea. ¿Por qué iba a enfadarse con ellas? Era a Maura a la que le habría gustado abofetear. O abrazar.

—No me puedo creer que te lo callaras —murmuró Noah—. Podríamos haber ido a tomar un helado artesano.

Aunque Noah no podía comer, le encantaba ir a la heladería artesana de Henrietta, por alguna razón que a Blue se le escapaba.

La señora Shiftlet inclinó la cabeza hacia Blue sin romper su impecable postura.

—Veo que hablaste con el señor Torres antes de que se marchara. Anotó algo acerca de un incidente en…

—Eso ya está hablado y resuelto —la interrumpió Blue, esquivando la mirada de Noah. Se inclinó hacia delante y dejó en la mesa el folleto que llevaba—. Por favor, olvídelo. Lo único que me gustaría saber es si esta escuela universitaria es compatible con los estudios que estoy cursando.

La señora Shiftlet, claramente aliviada de no tener que abordar nada que mereciera la calificación de «incidente», tomó el folleto y empezó a leerlo.

—¡Vaya, esto parece una jaula de monos, literalmente! ¿Te interesa la fauna salvaje? A ver… Déjame que busque algo más de información acerca de este centro.

Noah se inclinó hacia delante.

—Deberías ver sus zapatos, Blue. Son de puntera afilada.

Blue lo ignoró.

—Me gustaría estudiar algo relacionado con los ecosistemas fluviales o selváticos, algo…

—A ver… Huy, esta escuela es muy competitivo —la interrumpió la señora Shiflet, demasiado eficiente para dejarla terminar la frase—. Te voy a enseñar las notas medias de los alumnos que consiguen la admisión…

—Menuda borde —comentó Noah.

La señora Shiftlet giró la pantalla para mostrarle a Blue una gráfica bastante desmoralizadora.

—Ya ves que aceptan a muy pocos alumnos. Lo cual quiere decir que las becas

estarán muy reñidas, claro. Pedirías una beca, ¿verdad?

Esto último lo había dicho más como afirmación que como pregunta, pero no iba desencaminada. Aquello era Mountain View High: ninguno de los alumnos podía permitirse pagar una universidad privada. La mayor parte de los compañeros de Blue pensaban seguir sus estudios en universidades estatales; eso, los que tenían intención de continuar estudiando.

—No sé si el señor Torres ya repasó contigo el tipo de escuelas universitarias a las que podrías optar… —La señora Shiftlet hablaba como si sospechara que no lo había hecho y lo censurase por ello—. Necesitas centrarte en tres tipos de centros diferentes: aquellos a los que aspiras, aquellos que encajan contigo y aquellos que aspiran a ti. Este folleto es un ejemplo perfecto de centro al que aspiras. Sin embargo, este es el momento de añadir otros nombres a tu lista: escuelas universitarias que te aceptarían sin dudarlo, y cuyas tasas podrías permitirte. Es una cuestión de sentido común.

La orientadora tomó una cuartilla y dibujó en ella tres columnas: «Aspiras a… Encajan contigo… Aspiran a ti». Subrayó la última y le pasó la cuartilla a Blue, que la tomó sin estar muy segura de si debía guardársela.

—¿Has rellenado los impresos para solicitar la exención de tasas de matrícula?

—Sí, cuatro ejemplares. He leído en internet que puedo solicitarlo en cuatro centros diferentes, ¿verdad?

Aquella muestra de eficiencia complació evidentemente a la señora Shiftlet.

—¡Ajá! Por lo que parece, ya eres consciente de que este es el centro al que aspiras. Ahora, ha llegado el momento de diseñar una alternativa sensata.

Blue estaba harta de medias tintas; se había cansado de ser sensata.

Noah arañó la pata del escritorio, y el ruido —que, a decir verdad, daba bastante dentera— le hizo fruncir el ceño a la señora Shiftlet.

—Si yo fuera orientador, trataría a la gente con mucha más alegría —dijo el chico.

—En caso de que me aceptaran en la escuela a la que aspiro —preguntó Blue—, ¿podría obtener préstamos y becas suficientes para cubrir mis gastos?

—Bueno, tendría que mirarlo y hacer algo de papeleo —respondió la señora Shiftlet—. La FAFSA puede cubrir un porcentaje, dependiendo del apoyo financiero de que goce el alumno. La cantidad varía.

Blue no podía esperar ningún apoyo de la maltrecha economía del número 300 de Fox Way. Pensó en la cuenta bancaria en la que guardaba el dinero que llevaba años ahorrando poco a poco.

—¿Y cuánto me quedaría por pagar? ¿Podría hacer una estimación?

La señora Shiftlet suspiró; claramente, hacer estimaciones no entraba dentro de sus intereses. Volvió a girar la pantalla para mostrarle a Blue las tasas de matrícula.

—Si te alojaras en la residencia universitaria, puede que se quedara en unos diez mil al año. Por supuesto, tus padres podrían solicitar un préstamo; también tengo

impresos para eso, si los quieres.

Blue se inclinó hacia atrás, notando cómo el corazón se le escapaba del pecho. Por supuesto, su idea era imposible. Ya lo era antes de que ella llegara y seguiría siéndolo siempre. Sin embargo, pasar tanto tiempo junto a Gansey y los demás había acabado por convencerla de que tal vez lo imposible fuera más posible de lo que ella creía.

«¡Fíjate en todo el potencial que guardas!», le decía Maura una y otra vez.

Potencial para otros, pensó Blue. No para ella misma.

No merecía la pena derramar ni una lágrima por algo que sabía de siempre. Lo que pasaba era que aquello, sumado a todo lo demás…

Tragó saliva. «No voy a ponerme a llorar delante de esta mujer».

De súbito, Noah salió a gatas de debajo de la mesa y se puso en pie. En su movimiento hubo algo extraño, algo ajeno, algo demasiado rápido o vertical o violento para ser la acción de alguien vivo. Y no se detuvo cuando se incorporó. Mientras su cuerpo se estiraba hacia el techo, la cuartilla de la señora Shiftlet —«Aspiras a… Encajan contigo… Aspiran a ti»— salió despedida.

—Vaya… —murmuró la señora Shiftlet, sin mostrar aún demasiada sorpresa.

Blue notó que algo absorbía el calor de su piel. El agua del vaso de la señora Shiftlet crujió: estaba helada.

El fichero que había sobre la mesa se volcó, y las tarjetas de visita que contenía se desparramaron por el tablero. Uno de los altavoces del ordenador cayó de golpe. En el aire flotaba un remolino de papeles entre los que giraba una foto enmarcada.

Blue se puso en pie de un salto. Lo único que quería era detener a Noah, pero al extender los brazos, se dio cuenta de que él ya no estaba allí.

Solo había una tempestad de pañuelos de papel, sobres y tarjetas, un tornado frenético que poco a poco iba perdiendo impulso.

Los papeles planearon hasta posarse en el escritorio.

Blue y la señora Shiftlet se miraron, escuchando el rumor de los papeles al acomodarse sobre la mesa. El altavoz derribado emitió un zumbido: se le había desenganchado uno de los cables.

La temperatura del aire volvía lentamente a la normalidad.

—¿Qué acaba de pasar? —preguntó la señora Shiftlet.

Blue notó su pulso desbocado.

—Ni idea —respondió.

Y era verdad.

7

Blue llegó a Manufacturas Monmouth antes de que nadie más lo hiciera. Tras llamar a la puerta por si acaso, entró. El confortable olor de la sala la envolvió de inmediato: el aroma desvaído de los libros viejos, el rastro fresco de la menta, el matiz herrumbroso y enmohecido de los viejos ladrillos y las cañerías, el leve tufo del montón de ropa sucia que había junto a la pared…

—¿Noah? —llamó, notando cómo su voz se perdía en la amplia estancia. Se acercó a la silla del escritorio y dejó caer en ella la mochila—. ¿Estás aquí? Tranquilo, no me he enfadado. Puedes usar mi energía, si te hace falta.

No hubo respuesta. El aire empezaba a tomar un tinte azul grisáceo: sobre las montañas se estaba extendiendo una de las tormentas eléctricas habituales en aquella zona, y a los ventanales se asomaba una manta de nubarrones. Las nítidas sombras que había creado el atardecer tras los montones de libros comenzaban a desvaírse. La sala cobró un aire pesado, somnoliento.

Blue levantó la vista hacia las sombras que se acumulaban en el altísimo techo.

—¿Noah? Solo quiero hablar contigo de lo que ha pasado.

Avanzó hacia la habitación de Noah y asomó la cabeza por la puerta. Estaba invadida por las cosas de Malory, que le daban un aroma masculino y resinoso. Una de las maletas se había quedado abierta, y Blue vio que estaba llena de libros. Era algo tan poco práctico y tan propio de Gansey que a Blue empezó a caerle un poco mejor el profesor.

Noah no estaba allí.

Blue lo intentó en el baño, que servía también de lavadero y de cocina. Al fondo había una lavadora y una secadora apiladas, con las puertas abiertas; al lado, el lavabo estaba invadido de calcetines puestos a secar en el borde o simplemente arrojados allí. Una nevera pequeña parecía cernerse sobre el váter. Cerca, sobre un plato de ducha no muy limpio, colgaba un cabezal de ducha conectado a una manguera de goma; la cortina de alrededor estaba sujeta al techo mediante trozos de sedal. Algo más allá había una visión inquietante: varias bolsas abiertas de patatas fritas que quedaban al alcance de la mano de alguien sentado en el váter. En el suelo, una corbata granate trazaba una línea quebrada hacia la puerta.

Blue sintió el extraño impulso de recoger alguna cosa, cualquiera, para mitigar un

poco el desastre.

No lo hizo.

Retrocedió.

La habitación de Ronan era terreno vedado, pero Blue se asomó de todos modos. Vio la jaula del cuervo, con la puerta abierta, incongruente e impecablemente limpia. El cuarto no estaba tan sucio como desordenado: había palas y espadas apoyadas en los rincones, altavoces e impresoras apilados junto a las paredes… Y entre las unas y los otros, decenas de objetos raros: una maleta vieja de la que asomaban ramas de enredadera; un árbol en una maceta, que parecía emitir un leve zumbido; una solitaria bota vaquera tirada en medio de la estancia… En lo alto de una pared había colgada una máscara de grandes ojos y boca muy abierta. Estaba ennegrecida, como si se hubiera quemado, y sus bordes estaban tan astillados como si alguien los hubiera tratado de serrar. Sobre uno de sus ojos se veía algo que recordaba mucho a una huella de neumático. A Blue, aquella máscara le traía a la mente palabras como «superviviente» o «destructor».

No le gustaba.

De pronto, un estrépito a su espalda le hizo dar un respingo. No era más que la puerta de la casa; la mala conciencia había actuado como altavoz.

Blue salió a toda prisa de la habitación de Ronan y encontró a Gansey y a Malory enfrascados en una conversación sesuda. El Perro aguardaba ceñudo detrás de ellos, excusado de participar en el coloquio por su escaso dominio del inglés.

—Por supuesto, sería lógico que lo hubiera acompañado Iolo Goch —dijo Gansey mientras se despojaba de la chaqueta—. O Gruffudd Llwyd, supongo. Pero… No, espera, es imposible: Gruffudd Llwyd murió en Gales.

—¿Pero estás seguro de ello? —replicó Malory—. ¿Sabemos dónde lo enterraron? ¿Sabemos si lo enterraron, siquiera?

—¿Por qué? ¿Crees que pudieron reciclarlo para hacer camisones? —preguntó Gansey, y luego, al ver a Blue, le dedicó su mejor sonrisa; no la brillante sonrisa que empleaba para ser educado, sino la más bobalicona que se le ponía cuando algo le emocionaba—. Hola, Jane. Dime a qué te suena Iolo Goch.

Blue trató de apartar de su mente la máscara de Ronan y el numerito de Noah en el instituto.

—No sé… ¿A una tos de faringitis?

—Era el poeta más cercano a Glendower —explicó Gansey—. Buen chiste, por cierto.

—¿Habéis encontrado algo?

—Nada en absoluto —contestó él, aunque no parecía que aquello lo frustrara especialmente.

Malory se derrumbó en el sofá de cuero y el Perro se acomodó encima de él. Desde fuera, no parecía una postura demasiado cómoda; el animal lo cubría como una funda a una butaca. Sin embargo, el profesor se limitó a cerrar los ojos y acariciar

al animal en una rara muestra de afecto.

—Gansey —dijo—, nada en este mundo me gustaría más que una taza de té. ¿Puede obtenerse algo así en este lugar? No puedo ni pensar en sobrevivir al *jet lag* sin una taza de té.

—He comprado té expresamente para ti —repuso Gansey—. Voy a hacer un poco.

—No utilices agua del inodoro, por favor —pidió Malory sin abrir los ojos mientras Gansey se alejaba.

Durante un momento abrumador, Blue creyó que no sería capaz de aguantar las ganas de preguntarle al profesor para qué servía exactamente el Perro. Mordiéndose la lengua, siguió los pasos de Gansey hasta la cocina-baño-lavadero y lo encontró buscando algo en las estanterías atestadas.

—Antes hablábamos de la logística del viaje de Glendower hasta aquí —explicó él—. Los libros afirman que viajó junto a varios hechiceros. ¿Serían ellos quienes lo hicieron dormir? ¿Accedería él? ¿Estaría ya dormido antes de partir, o se aletargó a su llegada?

De pronto, a Blue le invadió una punzada de tristeza: ¿cómo sería que te enterraran a un océano de distancia de tu hogar? ¿Resultaría tan desolador como que te lanzaran al espacio?

—Ese Iolo Goch, ¿era uno de los hechiceros? —preguntó.

—No, solo era un poeta. Ya oíste lo que dijo Malory en el coche: aquella gente era muy poetlítica… poet… política —Gansey se rio de su tartamudeo—. A ver: los poetas eran también políticos. No es un trabalenguas, en serio; lo que pasa es que llevo todo el día escuchando a Malory. Iolo compuso canciones muy halagadoras sobre el arrojo de Glendower, sobre lo ricas que eran sus tierras y su mansión, sobre su familia… Esas cosas. Vamos a ver, ¿qué rayos estaba buscando yo por aquí?

Se detuvo y miró alrededor hasta localizar un pequeño microondas. Luego seleccionó una taza y examinó su interior antes de llenarla de agua. Mientras la calentaba, se sacó una hoja de menta del bolsillo y habló con ella en la boca:

—Ahora en serio: si Glendower fuera Robin Hood, Iolo Goch sería… el otro.

—¿Lady Marian? —sugirió Blue—. ¿El Pequeño Juan?

Gansey la señaló con el dedo.

—Como Batman y Robin —dijo—. Pero Iolo Goch murió en Gales. ¿Debemos suponer que regresó dejando a Glendower aquí? No. Me niego a creerlo.

A Blue le encantaba aquel Gansey que se enredaba en peroratas abstrusas, demasiado concentrado en los datos para preocuparse por cómo lo veían los demás.

—Glendower estaba casado, ¿no? —le preguntó.

—Su mujer murió en la Torre de Londres.

—¿Hermanos?

—Decapitados.

—¿Hijos?

—Montones de ellos, pero la mayor parte murieron en prisión o antes de entrar en ella. Glendower perdió toda su familia en la rebelión.

—Bueno, pues solo queda el poeta.

Gansey inclinó la cabeza.

—Blue, ¿has oído alguna vez eso de que el agua puede explotar si la hierves en el microondas?

—Tiene que ser destilada —replicó ella—. El agua normal no explota; los minerales se lo impiden. No deberías creerte todo lo que lees en internet.

Un estruendo repentino la interrumpió: era una especie de rugido profundo y entrecortado. Blue se sobresaltó, pero Gansey se limitó a mirar al techo.

—Es el ruido de la lluvia en el tejado. Debe de estar cayendo una buena.

Se dio la vuelta, con la taza en la mano, y de pronto Blue se encontró a dos centímetros de él. Notó su aliento oloroso a menta. Vio cómo su nuez se movía al tragar.

Se puso furiosa con su propio cuerpo por traicionarla, por buscar a Gansey de una forma diferente a la que buscaba a los otros chicos, por negarse a hacer caso cuando ella le repetía una y otra vez que solo eran amigos, nada más.

—¿Qué tal tu primer día de clase, Jane? —preguntó él en un tono distinto al de antes.

«Mi madre no aparece. Noah ha explotado. No voy a poder ir a la universidad que quiero. No me apetece estar en mi casa porque todo me parece raro, y no quiero estar en el instituto porque todo me parece demasiado normal».

—Bueno, ya sabes cómo es la enseñanza pública —contestó sin encontrar su mirada. Para no ceder a la tentación de hacerlo, se fijó en la garganta de Gansey, justo a la altura de los ojos de ella, y en la forma en que su nuez abultaba un poco bajo el cuello de la camisa—. Nos hemos pasado el día viendo dibujos animados.

Había querido responder en tono irónico, pero le daba la impresión de que no lo había conseguido.

—La encontraremos —aseguró él, y Blue notó cómo se le contraía el corazón.

—No sé si quiere que lo hagamos.

—Tienes razón. Jane, si… —Gansey se interrumpió y removió un poco el té—. Vaya, espero que Malory no quiera leche. Se me ha olvidado comprarla.

Blue deseó volver a ser aquella chica que despreciaba a Gansey. Deseó saber si Adam se tomaría a mal lo que le estaba ocurriendo, en caso de que llegara a enterarse. Deseó saber si luchar contra aquel sentimiento haría que el fin profetizado de Gansey le resultara menos desgarrador.

Se dio la vuelta y cerró el microondas. Gansey salió de la estancia.

Al entrar en el salón, Blue vio que Malory contemplaba su té como un presidiario podría contemplar su sentencia de muerte.

—¿Algo más? —preguntó Gansey con amabilidad.

Malory se quitó al Perro de encima de un empujón.

—Sí: una cadera nueva y un clima más benigno. Ah… Vaya. Gansey, esta es tu casa y yo soy un intruso en ella; nada más lejos de mi intención que entrometerme o daros lecciones. Dicho esto, ¿eres consciente de que hay alguien debajo de…? —dijo el profesor señalando una zona de profunda oscuridad que había bajo la mesa de billar.

Blue achinó los ojos y distinguió una silueta entre las sombras.

—Noah —llamó Gansey—, sal ahora mismo de ahí.

—No.

—¡Estupendo! Veo que los dos os conocéis y que no hay ningún problema —concluyó Malory, con el tono aliviado de quien hubiera visto venir una tormenta y no llevara paraguas—. Mi *jet lag* y yo estaremos en mi dormitorio.

—¡Noah! —exclamó Blue exasperada después de que el profesor se retirase—. ¡He estado llamándote un buen rato!

Noah se quedó donde estaba, rodeándose las piernas con los brazos. Parecía mucho menos vivo que hacía un rato: había algo emborronado en sus ojos, algo difuso en sus límites. Resultaba difícil distinguir dónde acababa Noah y dónde empezaban las sombras que lo envolvían. La garganta de Blue se contrajo mientras examinaba el rostro de su amigo, tratando de averiguar por qué parecía tan raro de repente.

—Estoy cansado —dijo él.

—¿De qué? —preguntó Gansey con suavidad.

—De deteriorarme.

De pronto, Blue se dio cuenta de que Noah había estado llorando. Eso era lo que le pasaba en la cara; no se trataba de ningún fenómeno sobrenatural.

—Ay, Noah… —murmuró agachándose.

—¿Qué puedo hacer? —dijo Gansey—. ¿Qué podemos hacer?

Noah se encogió de hombros, trémulo.

A Blue la invadió el temor repentino de que Noah quisiera morir definitivamente. Aquello —descansar— parecía ser lo que ambicionaban casi todos los fantasmas. Era una idea terrorífica, un adiós sin vuelta atrás. Sintió que el egoísmo libraba una batalla encarnizada en su interior contra todos los principios éticos que le habían inculcado las mujeres de su familia.

Mierda. Tenía que hacerlo.

—Noah —empezó—, ¿quieres que busquemos la forma de… de que puedas descansar como…?

Él empezó a negar con la cabeza sin darle tiempo a terminar la frase.

—No, nonononono…

—No tienes por qué avergonzarte de ello —dijo Blue, porque era el tipo de frase que habría dicho su madre; estaba segura de que Maura habría añadido algo consolador sobre la vida después de la muerte, pero se sentía incapaz de ofrecer consuelo cuando ella misma lo necesitaba—. No tienes por qué asustarte —añadió

torpemente.

—¡Eso no lo sabes! —replicó Noah, que parecía al borde de la histeria—. ¡No lo sabes!

Blue le tendió la mano.

—Tranquilo, Noah…

—¡No lo sabes!

—Vamos a hablarlo, ¿de acuerdo? —propuso Gansey, como si el deterioro de un alma pudiera resolverse conversando.

—¡No lo sabes! ¡No lo sabes!

Noah estaba de pie. Era imposible, porque seguía bajo la mesa de billar; pero, de algún modo, una parte de él escapaba por los lados y rodeaba a Gansey y a Blue. Los mapas iniciaron un aleteo frenético sobre el tapete verde. Un rebaño de pelusas salió de debajo de la mesa y rodó por las calles de la Henrietta en miniatura que había construido Gansey. La lámpara de la mesa parpadeó.

La temperatura descendió bruscamente.

Los ojos de Gansey se abrieron de par en par tras una nube formada por su propio aliento.

—Basta ya —dijo Blue, mareada.

Noah le estaba robando toda su energía. A Blue le pareció percibir el olor a moqueta vieja del despacho de la orientadora, seguido del aroma vivo y silvestre de Cabeswater.

—¡Este no eres tú, Noah! —gritó.

El remolino soplaba cada vez con más fuerza, agitando papeles sueltos y derribando montones de libros. El Perro ladraba desde detrás de la puerta del antiguo cuarto de Noah. A Blue se le erizó el vello de brazos y piernas. El cuerpo le pesaba.

—Para, Noah —insistió Gansey con firmeza.

Pero él no le hizo caso. La puerta de entrada golpeteó en el marco.

—Por favor… —suplicó Blue.

Pero su amigo no la escuchaba, o quizá no quedara lo bastante de él como para escucharla.

Blue se incorporó y, tambaleándose un poco, comenzó a recordar todas las visualizaciones protectoras que le había enseñado su madre. Se imaginó dentro de una bola de cristal indestructible; veía lo que la rodeaba, pero nadie podía tocarla. Pensó en un rayo blanco que rasgaba los nubarrones, el tejado, la oscuridad de Noah, y la bañaba en una coraza de luz resplandeciente.

Y entonces, desenchufó la batería viviente que era Blue Sargent.

Todo se detuvo de pronto. Los papeles dejaron de agitarse. La bombilla parpadeó una vez más y luego se estabilizó. Blue oyó una especie de sollozo ahogado, y luego, silencio.

Gansey parecía conmocionado.

Noah estaba sentado en el suelo, en medio de la sala, rodeado de papeles

arrugados y con una maceta de menta volcada junto a una mano. Su silueta, ya libre de sombras pero muy desvaída, estaba acurrucada. Un nuevo sollozo lo sacudió.

—Dijiste que podía usar tu energía —le dijo a Blue con voz casi inaudible.

Ella se arrodilló delante de él; le hubiera gustado abrazarlo, pero Noah apenas estaba allí. Sin su energía, era fino como el papel; no era más que una calavera, una bolsa de aire con forma de Noah.

—Pero no así —replicó.

—Lo siento —musitó Noah.

—Yo también.

El chico se tapó la cara con las manos y desapareció.

—Has hecho algo impresionante, Jane —dijo Gansey.

8

Esa noche, Blue se recostó contra el tronco del haya que crecía en su jardín, con la vista puesta en las estrellas y los dedos apoyados en la superficie suave y fresca de las raíces. La luz que se colaba por la puerta de la cocina parecía muy lejana.

«Has hecho algo impresionante, Jane».

Aunque Blue siempre había sido consciente de la faceta activa de su capacidad, nunca se había parado a pensar en la pasiva. Y sin embargo, Noah podría haber destruido Manufacturas Monmouth si ella no hubiera cortado la conexión entre los dos.

Las estrellas titilaban entre las hojas del árbol. Blue había leído en alguna parte que las estrellas tendían a formarse por parejas: estrellas binarias que orbitaban muy cerca la una de la otra, y que solo se separaban cuando una de ellas colisionaba con otro par de estrellas nuevas que giraban enloquecidas. Si se mentalizaba, casi podía ver aquella multitud de parejas que se afanaban por permanecer juntas, atraídas por la gravedad tan creativa como destructiva de sus constelaciones.

«Impresionante».

Sí, quizá se sintiera un poco impresionada. No por haber cortado la corriente de energía de la que se alimentaba un chico muerto, no; aquello era algo triste, nada de lo que enorgullecerse. Era porque, ese día, había aprendido algo acerca de ella misma, cuando pensaba que ya no le quedaba nada por aprender.

Las estrellas se desplazaban lentamente sobre ella como un sinfín de posibilidades. Por primera vez en mucho tiempo, Blue las notó reflejadas en su corazón.

Cala se asomó por la puerta de la cocina.

—¿Blue?

—¿Sí?

—Si no tienes previstas más actividades para hoy, me gustaría usarte. Un cliente quiere que le eche las cartas.

Blue levantó las cejas. Maura solo le pedía ayuda en las ocasiones más importantes; Cala jamás se la pedía. Se puso en pie, impulsada más por la curiosidad que por su sentido del deber.

—¿Ahora? ¿Tan tarde?

—Ahora es cuando te lo estoy pidiendo, ¿no?

Una vez en la sala donde recibían a los clientes, Cala empezó a ordenar cosas y a llamar a Persephone con insistencia. Al cabo de un rato, Orla se quejó desde arriba y Jimi le preguntó a gritos si necesitaba ayuda.

La actitud de Cala puso extrañamente nerviosa a Blue. En aquella casa, echar las cartas era algo tan frecuente que resultaba casi ordinario, en absoluto mágico. Aquella noche, sin embargo, flotaba en el ambiente una sospecha de caos, como si pudiera ocurrir cualquier cosa.

Alguien llamó al timbre.

—¡Por última vez, Persephone! ¿Quieres bajar? —bramó Cala—. Blue, ve tú a abrir. Yo os espero aquí.

Al abrir la puerta, Blue vio a un alumno de Aglionby que aguardaba de pie bajo la luz del porche. Alrededor de su cabeza revoloteaban varias polillas. Llevaba unos pantalones de color salmón y unos mocasines blancos. Su cutis, bajo el pelo cuidadosamente despeinado, era perfecto.

Entonces, Blue afinó la mirada y se dio cuenta de que era demasiado mayor para ser un chico del cuervo. ¿Cómo podía haberlo confundido, siquiera por un instante?

Frunciendo el ceño, examinó los zapatos y la cara del recién llegado. Aunque todo en él parecía diseñado para impresionar, ahora se sentía mucho menos impresionada que unos segundos antes.

—*Bonne nuit* —le saludó.

—¿Qué tal? —respondió él, con una sonrisa deslumbrante y previsiblemente perfecta—. Vengo para echar un vistazo a mi futuro. ¿No pasa nada por que sea tan tarde?

—Tranquilo, amigo. Entra.

En el cuarto de los clientes, Persephone ya estaba sentada junto a Cala; las dos los esperaban al otro lado de la mesa, tan serias como si fueran a juzgarlos. El hombre se quedó de pie frente a ellas y tamborileó con los dedos en el respaldo de una silla.

—Siéntese —indicó Cala.

—Donde quiera —añadió Persephone con voz dulce.

—No; donde quiera, no —la contradijo Cala señalando una silla—. Ahí.

El cliente se sentó y recorrió la estancia con ojos intrigados. Su cuerpo parecía en tensión. Tenía aspecto de ser una persona rápida y eficaz; Blue se preguntó si de verdad era atractivo, o si era su actitud lo que transmitía esa impresión.

—Bien, bien —comenzó el hombre—. ¿Cómo funciona esto? ¿Os pago de entrada, o me decís cuánto es una vez hayáis visto lo complicado que es mi futuro?

—Como quiera —dijo Persephone.

—No —la corrigió Cala—. Ahora. Cincuenta.

El cliente le entregó varios billetes sin darle demasiada importancia.

—¿Me podríais hacer un recibo? Así desgravo. Por cierto, me encanta el retrato de Steve Martin que hay allí colgado; sus ojos dan toda la impresión de seguirte

cuando te mueves.

—Blue, ¿puedes hacer el recibo? —pidió Persephone.

Ella se apartó del marco de la puerta, donde se había apoyado, y fue a buscar una tarjeta de visita para anotar la tarifa y firmarla.

—Ah, tendremos que usar las tuyas. Yo no sé dónde están las mías —le estaba diciendo Persephone a Cala cuando Blue volvió a entrar.

—¿Cómo que no las tienes? ¿Qué ha pasado con ellas?

—Se las quedó el chico de la camiseta de Coca Cola.

Cala soltó un bufido de irritación, y luego sacó sus cartas y le explicó al hombre cómo barajarlas.

—Al acabar, pásemelas boca abajo y yo las echaré —remachó.

El hombre empezó a barajar.

—Mientras las toca, concéntrese en lo que desea averiguar —indicó Persephone con su vocecilla suave—. Eso hará que nuestra lectura sea más concreta.

—Sí, sí —repuso él, barajando con movimientos cada vez más bruscos. Levantó la mirada y sus ojos encontraron los de Blue. Luego, de improviso, dio la vuelta a la baraja de manera que las cartas quedaran boca arriba y las extendió sobre la mesa.

Eso no era lo que Cala le había indicado que hiciera.

La piel de Blue hormigueó como si quisiera advertirla de un peligro.

—Bien. Entonces, si mi pregunta es esta: ¿cómo puedo conseguir que ocurra lo que quiero? —dijo el hombre, mientras seleccionaba una de las cartas y la separaba de las demás—, esto sería un buen comienzo, ¿verdad?

Se hizo un silencio sepulcral.

La carta era el tres de espadas; en ella aparecía un corazón sangrante y atravesado por las tres armas. Sus hojas estaban teñidas de sangre. Maura la llamaba «la carta descorazonadora».

Blue no necesitaba ser vidente para sentir la amenaza que se desprendía de ella.

Cala y Persephone miraban boquiabiertas al hombre. Blue notó un vuelco en el estómago al darse cuenta de que ninguna de las dos lo había visto venir.

—¿A qué juega? —Gruñó Cala.

—He aquí la pregunta: ¿hay aquí alguna otra mujer que sea como vosotras? —contestó el hombre, sin abandonar su resplandeciente sonrisa—. Me refiero a una que se parezca aún más a aquella otra —añadió señalando a Blue, cuyo estómago dio un nuevo vuelco.

«Mamá…».

—¡Váyase al infierno! —explotó Cala.

Él asintió.

—Ya lo había supuesto. ¿Y esperáis que regrese pronto? Porque me gustaría mantener una pequeña charla con ella.

—El infierno… —dijo Persephone—. Por raro que parezca, en este caso estoy de acuerdo. Me refiero a lo de que se vaya usted allí.

«¿Qué quiere este tipo de mi madre?», se preguntó Blue, mientras hacía un esfuerzo frenético por memorizar el aspecto del individuo para poder describirlo más tarde.

El hombre se puso en pie, se inclinó y agarró el tres de espadas.

—¿Sabéis qué? Me voy a quedar con esto. Gracias por la información.

Mientras se daba la vuelta para marcharse, Cala hizo ademán de lanzarse sobre él, pero Persephone la frenó apoyándole un dedo en el brazo.

—No —dijo suavemente mientras la puerta de la casa se cerraba—. A ese no lo podemos tocar.

9

Adam estaba leyendo por quinta vez su horario para el primer trimestre, cuando Ronan entró como una exhalación y se sentó a su lado.

Estaban solos en el aula; Adam había llegado con mucha antelación a Borden House. Extrañamente, aquel primer día de clase le parecía tan cargado de emociones como la tarde pasada en la cueva de los cuervos. Por absurdo que pareciera, el tumulto emocionado de la sangre en sus venas era el mismo que había sentido mientras las aves graznaban a su alrededor.

Un año más, lo había conseguido.

El primer día, cómo no, era el más fácil. Nada había comenzado aún: las tareas, las competiciones deportivas, las cenas plenarias, los exámenes, los trabajos para subir nota… La combinación de su trabajo nocturno con las noches en vela para estudiar aún no había hecho mella en él.

Volvió a mirar el horario. Estaba erizado de clases y actividades extracurriculares. A primera vista, parecía imposible. Aglionby era una escuela dura; y para Adam, obligado a ser siempre el mejor, resultaba más dura aún.

El curso anterior, Barrington Whelk había acudido a aquella aula para enseñarles latín. Ahora estaba muerto. Adam recordaba haberlo visto morir, pero no era capaz de recordar el momento exacto en el que aquello había ocurrido. Si se concentraba lo suficiente, solo podía imaginar cómo debía de haber sido aquel momento.

Cerró los párpados por un instante. En el silencio de la clase vacía solo se oía un rumor de hojas de papel.

—No lo aguanto —dijo Ronan.

Adam abrió los ojos.

—¿El qué?

Supuso que Ronan se refería a estar sentado, porque se levantó sin contestarle, fue hasta la pizarra y empezó a escribir con furia.

—No aguanto a Malory —dijo Ronan al fin—. No hace más que quejarse de su cadera, o de su vista, o del gobierno, o de… Y ese maldito perro… ¿Para qué lo necesita? No es ciego ni tiene problemas físicos.

—Es verdad. ¿Por qué no tendrá una mascota normal, como un cuervo, por ejemplo?

—Además —prosiguió Ronan sin hacerle caso—, ayer noche se levantó tres veces para mear. Debe de tener algún tumor.

—¿Qué más te da? De todos modos, tú no duermes.

—¿Cómo voy a dormir con todo ese jaleo? —replicó Ronan, sin dejar de garrapatear frases en latín sobre la pizarra blanca.

El rotulador chirrió como si se quejara. Aunque Ronan no sonreía, los limitados conocimientos de latín de Adam eran suficientes para advertir que estaba escribiendo un chiste verde. Lo observó, tratando de imaginar por un instante que su amigo era un profesor en vez de… de un Ronan. Era imposible, aunque Adam no hubiera sabido decir si se debía a la forma en que se había arremangado o al catastrófico nudo de su corbata.

—Lo sabe todo —añadió Ronan.

Adam no contestó de inmediato, aunque sabía a qué se refería Ronan. Tampoco a él le gustaba que Malory estuviera tan informado. Buscó en su interior el origen de aquella incomodidad y, por fin, detectó de dónde provenía: cuando Gansey tenía quince años, había pasado un curso entero con Malory. Adam no desconfiaba del profesor; estaba celoso de él.

—Es mayor de lo que esperaba —dijo.

—Es un vejestorio —corroboró Ronan de inmediato, como si llevara un rato esperando a que Adam mencionara aquello—. Y nunca cierra la boca mientras come.

Se oyó un chirrido a cierta distancia, y Ronan soltó el rotulador. Era imposible abrir la puerta de Borden House sin que el suelo se quejara. Tanto Ronan como Adam sabían lo que significaba aquel ruido: el curso acababa de comenzar.

—Bien, bien —masculló Ronan en tono ácido—. Vamos allá, forastero.

Volvió a su mesa y se sentó con los pies apoyados en el tablero, en una actitud evidentemente prohibida. Cruzó los brazos, levantó la barbilla y cerró los ojos: la viva imagen de la insolencia. Aquella era la versión de sí mismo que reservaba para Aglionby, para su hermano Declan y, en ocasiones, para Gansey.

Ronan aseguraba que no mentía jamás, pero su rostro era el de un mentiroso.

Los demás alumnos entraron en el aula. El ruido era tan familiar —los chirridos de las mesas y las sillas al deslizarse por la tarima, el rumor de las chaquetas al ajustarse en los respaldos, el chasquido de los cuadernos que caían de golpe sobre los tableros…— que Adam podía ver la escena con perfecta claridad sin abrir los ojos. Sus compañeros charlaban, inconscientes y odiosos. «Eh, tío, ¿dónde has estado?». «En Cape Cod, hombre. Tan aburrido como siempre». «Nosotros hemos ido a Vail; mi madre se rompió el tobillo esquiando». «Pues nosotros hemos estado por Europa en plan jipi. Mi abuelo dijo que me hacía falta curtirme un poco porque se me estaba poniendo pinta de gay. No, hombre, no lo dijo exactamente así». «Hablando del rey de Roma, ahí está Parrish».

Adam abrió los ojos, sobresaltado; alguien acababa de darle una colleja. Miró a los lados. Su asaltante se le había acercado por el lado de la oreja mala.

—Ah… —dijo al descubrirlo.

Se trataba de Tad Carruthers, un tipo relativamente inofensivo que no era consciente de caerle mal a Adam.

—Ah —le imitó Tad amistosamente, como si la actitud distante de Adam le pareciera divertida.

Con una ansiedad teñida de masoquismo, Adam esperó a que Tad le preguntara dónde había veraneado. En vez de hacerlo, su compañero se volvió hacia Ronan e hizo ademán de propinarle otra colleja, pero cambió de opinión a medio gesto. Tamborileó brevemente en su mesa y se alejó sin esperar a que Ronan abriera los ojos.

En las venas de las manos de Adam latía un pulso lento: era el ritmo de la línea ley.

Contempló a sus compañeros, que seguían entrando. Se le daba bien observar a los demás; en lo que fallaba era en el conocimiento, en la comprensión de sí mismo. Despreciaba a sus compañeros; quería ser como ellos. Le parecía absurdo veranear en Maine; se moría por hacerlo. Se rebelaba ante la afectación con la que hablaban; anhelaba imitar su tono indolente y monótono. ¿Cómo podría caber todo aquello en su interior?

Gansey apareció en el pasillo. Estaba hablando con un profesor, con el pulgar apoyado en el labio inferior y el ceño fruncido en un gesto que le favorecía. Llevaba el uniforme con una comodidad inconsciente. Cuando entró en la clase, Adam sintió por un instante que volvía a ser un extraño, un altivo e inabordable príncipe de Virginia.

En lugar de desvanecerse, la idea estalló hasta apoderarse de Adam. Era como si, de algún modo, hubiera dejado de ser amigo de Gansey y no lo hubiera recordado hasta ese preciso instante. Se tensó, esperando que Gansey se sentara junto a Ronan y no junto a él; le daba la impresión de que todo lo ocurrido el año anterior se había borrado de improviso, como si tuviera que volver a enfrentarse solo a aquella aula llena de predadores saciados.

Entonces, Gansey se sentó delante de él y se giró con un suspiro.

—No he podido pegar ojo… —le dijo, antes de recordar que aún no se habían saludado.

Levantó el puño y lo extendió hacia Adam, quien chocó los nudillos contra los suyos sintiendo que lo inundaba una extraordinaria sensación de gratitud, de bienestar.

—Ronan, baja los pies —dijo Gansey.

Ronan le obedeció. Gansey se volvió de nuevo para dirigirse a Adam.

—¿Te ha contado Ronan lo de Pig?

—No me ha dicho nada.

—Sí que te he dicho algo. Te he hablado de las meadas nocturnas.

Adam lo ignoró.

—¿Qué pasa con el coche?

Antes de contestar, Gansey miró en derredor como si esperase que Borden House hubiera cambiado durante las vacaciones. Obviamente, no lo había hecho: continuaba con la misma moqueta azul marino, la calefacción eternamente alta a pesar del calor y las estanterías rebosantes de libros atractivos y sobados en latín, griego y francés. Era como una pariente encantadora, cuyo perfume insoportable solo notaras al abrazarla.

—Ayer por la tarde salimos para comprar pan, confitura y más té, y a Pig se le fastidió la dirección asistida. Luego fallaron las luces y la radio. No te imaginas el panorama… Ronan empezó a cantar esa cancioncilla odiosa de *Murder squash*, y antes de que completara una estrofa, nos habíamos quedado tirados. Tuvimos que empujar el coche hasta la cuneta.

—Otra vez el alternador, ¿no?

—Sí, sí, eso es. Abrí el capó y vi que la correa del alternador se había roto. Tuvimos que ir a comprar otra; fue una auténtica pesadilla, porque no la tenían en ninguna parte. Es como si ya no las fabricaran de ese tamaño… En fin, lo más fácil de todo fue volver al coche y colocarla.

Gansey había dejado caer la última frase como quien no quería la cosa. Sin embargo, no hacía tanto tiempo, la única habilidad mecánica de Richard Gansey Tercero era marcar el número de la grúa en su móvil.

—Así que te las arreglaste solo. Muy bueno —comentó Adam.

—No fue nada —replicó Gansey, aunque estaba claro que se sentía orgulloso de sí mismo.

Adam lo miró, satisfecho; se sentía como si hubiera ayudado a un polluelo a salir del cascarón. «Menos mal que ya no nos peleamos menos mal que ya no nos peleamos menos mal que ya no nos peleamos cómo puedo evitar que vuelva a ocurrir…».

—Tú sigue así, Gansey, y tal vez encuentres trabajo en un taller mecánico después de graduarte —dijo Ronan—. Mira, eso sí que lo sacarían en la revista de alumnos.

—Ja. Ja… —Gansey se interrumpió y miró hacia delante para ver al nuevo profesor de latín, que acababa de entrar en el aula.

Todos tenían los ojos fijos en él.

Adam guardaba en la guantera de su coche una foto que le servía de inspiración. La imagen mostraba un esbelto coche gris, fabricado por operarios alemanes que obviamente disfrutaban de su trabajo. Un hombre joven se apoyaba en el costado del vehículo; llevaba un abrigo largo de lana negra, con el cuello levantado para protegerse del viento. Tenía la nariz chata, el pelo muy negro y una dentadura perfecta, y miraba a la cámara con el aire confiado de un niño henchido de poder. Sus brazos se cruzaban sobre el pecho en un ademán victorioso.

Ese era el aspecto del nuevo profesor de latín.

Adam trató de disimular lo impresionado que se sentía.

El profesor se quitó el abrigo y lo dejó en la silla, sin despegar los ojos del chiste que Ronan había garrapateado en la pizarra blanca. Luego se volvió hacia los alumnos y los recorrió con la mirada, tan seguro de sí mismo como el hombre del anuncio.

—Bien, bien, aquí estáis —empezó mientras sus ojos se detenían levemente en Gansey, en Adam y en Ronan—. La juventud de los Estados Unidos. No sabría decir si sois lo mejor o lo peor que he visto en lo que llevamos de semana. ¿Quién ha escrito eso?

Aunque todos lo sabían, nadie dijo nada.

El profesor se agarró las manos detrás de la espalda y se acercó para examinar de nuevo el texto. Sus movimientos eran ágiles, precisos.

—El vocabulario es impresionante —comentó golpeando algunas palabras con el nudillo—. ¿Pero qué pasa con la gramática aquí… y aquí? Esta frase pide un subjuntivo: «Temo que puedan creerlo…». Y aquí hace falta un vocativo. Yo entiendo el chiste porque ya lo conocía, pero un hablante nativo de latín se quedaría perplejo. El texto no resulta comprensible.

A Adam no le hacía falta volver la cabeza para saber que Ronan estaba echando chispas.

El profesor se volvió hacia la clase. Todo en él parecía compacto, fluido, entusiasta, y de nuevo Adam sintió una oleada de admiración teñida de temor.

—Lo cual —prosiguió el profesor— es una buena noticia para mí, porque si dominarais el latín, yo me quedaría sin trabajo. Bien, chavales… o caballeros: voy a ser su profesor de latín durante este curso. Les diré que no soy partidario de estudiar lenguas sin un propósito definido; lo que me interesa es usarlas. Y les diré también que, en realidad, no soy profesor de latín, sino historiador. Lo cual quiere decir que el latín solo me interesa como un medio para poder… rebuscar en documentos escritos por personas que han muerto hace muchos años. ¿Alguna pregunta?

Los alumnos lo observaron sin decir nada. Era la primera hora del primer día del curso, y nada de lo que dijera podía añadir emoción a una clase de latín. La energía burbujeante de aquel hombre se colaba sin efecto aparente en un terreno de piedras enmohecidas.

Adam levantó la mano.

El profesor le dio la palabra con un ademán.

—*Miserere nobis* —dijo Adam—. *Timeo nos horrendi ese*, señor.

Apiádese de nosotros; me temo que somos terribles.

La sonrisa del hombre se ensanchó al oír la palabra «señor». Adam se extrañó; ¿no sabría que en Aglionby era obligatorio dirigirse así a los docentes en señal de respeto?

—*Nihil timeo* —respondió—. *Solvitur ambulando*.

Los matices de la primera frase —No le temo a nada— se le escaparon a la mayor parte de la clase, y ni siquiera quienes la entendieron captaron la segunda, una frase

hecha que elogiaba el aprendizaje por la práctica.

Ronan esbozó una sonrisa indolente y habló sin alzar la mano:

—Eh, *noli prohicere margaritas ad porcos* —dijo, sin molestarse en añadir «señor».

No tire perlas a los cerdos.

—Ya. Entonces, ¿sois cerdos? —replicó el profesor—, ¿u hombres?

Adam no tenía ninguna gana de ver cómo Ronan y el nuevo profesor de latín se enzarzaban en una discusión sin salida.

—¿*Quod nomen est tibi*, señor? —preguntó rápidamente.

—Me llamo… —respondió el profesor, mientras borraba de una pasada gran parte del texto de Ronan y empezaba a escribir con gesto resuelto—… Colin Greenmantle.

10

—¡Hemos aquí, viviendo entre provincianos! —exclamó Colin Greenmantle asomándose por la ventana. Allá abajo, varias vacas que pastaban tranquilamente levantaron la cabeza para contemplarlo—. Piper, ven a ver a estos animales. Esa me está mirando con todo el descaro. ¿Sabes lo que piensa? «Colin, estás verdaderamente rodeado de provincianos».

—Estoy en el baño —respondió Piper, aunque su voz venía de la cocina.

La mujer de Colin (aunque él prefería no llamarla «mi mujer», porque le recordaba que ya tenían más de treinta años y, aunque eso fuera cierto, no había necesidad de tenerlo tan presente, sobre todo cuando se conservaba como un chaval; de hecho, sin ir más lejos, la noche anterior había tratado de ligar con él la cajera del supermercado, y aunque tal vez su atractivo se debiera a que iba ridículamente elegante para ir a comprar queso y galletas saladas, Colin prefería pensar que el gancho habían sido sus azulísimos ojos, porque la cajera no había dejado de mirárselos) se había tomado la mudanza a Henrietta mejor de lo que él esperaba. Hasta ahora, su único acto de rebelión había consistido en destrozar un coche de alquiler estrellándolo contra el cartel de un centro comercial, para demostrar lo absurdo que era vivir en un sitio en el que no se podía ir caminando a la compra. Tal vez lo hubiera hecho sin querer, pero Greenmantle lo dudaba; su mujer no hacía casi nada por accidente.

—En el fondo, son monstruos —añadió, aunque ya no pensaba tanto en las vacas como en sus alumnos nuevos—. Aceptan todo lo que les eches, pero si tuvieran la dentadura adecuada, te devorarían en un momento.

Acababan de mudarse a aquel apartamento «con sabor histórico», situado en una granja. A Greenmantle, que tenía mucha historia a las espaldas, no le parecía que el sabor fuera muy auténtico, pero el encanto del lugar era innegable. Además, le gustaba vivir en una granja; también él se dedicaba ahora a cultivar, en el sentido más estricto del término.

—El viernes vendrán a por tu sangre —dijo Piper.

Una vaca mugió. Greenmantle probó a sacarle el dedo, pero su expresión de rumiante permaneció inmutable.

—Ya están aquí —replicó.

—No hablo de las vacas. Quiero ampliar tu seguro de vida, y la compañía quiere hacerte un análisis de sangre. El viernes. No faltes.

Greenmantle se incorporó y caminó hacia la cocina haciendo crujir el suelo de tarima. Piper, vestida solo con un conjunto de ropa interior rosa, estaba de pie frente a la encimera troceando un mango. El pelo rubio le caía como una cortina alrededor de la cara. No levantó la cabeza al oírle entrar.

—El viernes tengo clase —protestó Greenmantle—. ¿Qué va a ser de mis muchachos? Además, ¿para qué quieres ampliar mi seguro?

—Si algo terrible te ocurre en mitad de la noche, quiero mantener mi nivel de vida —respondió Piper. Al ver que él le robaba un trozo de mango, le lanzó una cuchillada que no llegó a su destino por los rápidos reflejos de Greenmantle—. Tú ven directo después de la clase. No te entretengas por ahí como haces últimamente.

—Yo no me entretengo —replicó él—. Todo lo que hago tiene un propósito.

—Sí, ya lo sé. Vengarte, mostrar que tienes los testículos bien puestos, esas cosas.

—Podrías ayudarme, si quisieras. Tú te orientas mucho mejor que yo.

Piper no puso disimular lo mucho que la halagaba la propuesta.

—No puedo hasta el domingo. El miércoles voy a hacerme las cejas. El jueves, las ingles. El sábado no vendré por casa. El domingo sí que podré entretenerme. Por cierto, he contratado a una gente para que sahúme la casa.

Greenmantle robó otro pedazo de mango, y el cuchillo le pasó aún más cerca que antes.

—¿Para que hagan qué?

—Lo vi en un folleto. Es una forma de librar la casa de energía negativa. Está llena de ella.

—La emites tú.

Piper lanzó el cuchillo al fregadero, donde, si por ella fuera, se quedaría por toda la eternidad. No era una gran ama de casa; su panoplia de habilidades era más bien escasa. Se deslizó en dirección al dormitorio, y Greenmantle supuso que querría darse un baño, echar una siesta o comenzar una guerra.

—Tú procura que no nos maten —dijo ella.

—¿Quién va a matarnos? —replicó Greenmantle, casi para sí—. El Hombre de Gris conoce las reglas. En cuanto a los otros… —Lavó el cuchillo y lo colocó en el bloque de madera donde debía estar.

—¿Qué pasa con los otros?

Greenmantle se volvió; no se había dado cuenta de que su mujer siguiera en la cocina.

—Nada, solo estaba pensando en que hoy vi a uno de los hijos de Niall Lynch.

—¿Es tan cabrón como su padre? —preguntó Piper; Niall Lynch había estado detrás de diversos sucesos que habían molestado a Greenmantle y a ella durante siete meses, y de otros que habían hecho su vida muy desagradable durante los siguientes cuatro meses.

—Puede. De lo que no cabe duda es de que es igual a él. Qué ganas tengo de suspenderle… me pregunto si sabrá quién soy. ¿Debería decírselo?

—Eres un sádico —comentó Piper sin darle importancia.

Greenmantle tamborileó con los nudillos en la encimera.

—Voy a ver en qué mandíbula tienen los dientes esas vacas.

—En la inferior. Lo vi en Animal Planet.

—Voy a comprobarlo de todos modos.

Mientras Greenmantle trataba de recordar cuál era la puerta que daba a la parte trasera de la casa, Piper le dijo algo que no llegó a entender. Había sacado el teléfono para llamar a un contacto que tenía en Bélgica, al que había encargado que buscara una hebilla del siglo XV que daba malos sueños a quien la llevara puesta. El tipo estaba tardando siglos en localizarla. Era una pena no poder hacerle el encargo al Hombre de Gris; nadie trabajaba mejor que él… Hasta que le dio por traicionar a Greenmantle, evidentemente.

Se detuvo y calculó un momento. ¿Cuánto tardaría el Hombre de Gris en ponerse en contacto con él?

11

Cuando Gasey y Ronan llegaron aquella tarde al número 300 de Fox Way, se encontraron con que un hombre vestido de gris atacaba a Cala. Blue, Persephone y todos los muebles estaban arrinconados en el fondo de la sala. El hombre se mantenía en posición de combate, con las piernas algo más separadas que sus hombros y un pie ligeramente adelantado. Una de las manos de Cala estaba aprisionada entre las de él. En la otra, Cala sostenía un cóctel Manhattan, con cuidado de no derramar ni una gota.

Los finos labios del Hombre de Gris estaban separados en una sonrisa. Tenía una dentadura perfecta.

Los dos chicos habían entrado sin llamar, como si estuvieran en su casa. Gansey dejó su mochila sobre las viejas tablas de suelo y observó la escena desde el umbral. No estaba seguro de si debía intervenir; el Hombre de Gris era un asesino a sueldo, aunque posiblemente retirado, de modo que no había que tomarlo a la ligera. Por otra parte, si Cala necesitara ayuda, no seguiría sujetando su bebida, ni Blue la observaría comiendo yogur.

—Hazlo otra vez —le pidió Cala—. Creo que no lo he visto bien.

—Lo repetiré con algo más de fuerza —accedió el Hombre de Gris—, pero no quiero romperte el brazo de verdad.

—No te preocupes; esta vez ni lo he notado. Puedes emplearte a fondo —replicó Cala, y luego dio un sorbo a su Manhattan.

El Hombre de Gris volvió a aferrarle la muñeca, cuya piel oscura contrastaba vivamente contra la blancura de él, y torció el brazo de un solo movimiento. El hombro de Cala se venció bruscamente hacia delante, y los dedos de la otra mano se crisparon en torno al vaso de tubo.

—Esta vez sí que lo he sentido —dijo con una risita.

—Ahora házmelo tú a mí —indicó el Hombre de Gris—. Dame, te sostendré la bebida.

Gansey se metió las manos en los bolsillos y se apoyó en el marco de la puerta. Sabía instintivamente que las noticias del tipo de las que traía no aligeraban su peso después de compartirlas, sino que se hacían aún más pesadas. Se permitió disfrutar de aquel momento antes de que estallara la tormenta, dejando que la atmósfera de la casa

lo relajara como siempre hacía. A diferencia de Manufacturas Monmouth, el número 300 de Fox Way estaba siempre atestado de personas desconocidas y objetos fantásticos. La casa vibraba con un zumbido de conversaciones, música, llamadas telefónicas, electrodomésticos viejos… Era imposible perder de vista el hecho de que aquellas mujeres estaban tan conectadas al pasado como al futuro, vinculadas al mundo entero y también entre sí.

Cuando Gansey iba allí, no era para visitarlas: era para dejar que aquella atmósfera lo absorbiera.

Le encantaba. Nada le habría gustado más que formar parte de aquel mundo, aunque era consciente de que un millón de razones se lo impedían. Blue era el producto natural de una casa como aquella: segura de sí misma, extraña, crédula, curiosa… Y él, como producto de un ambiente radicalmente distinto, era lo contrario: neurótico y reconcentrado.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Cala.

—Puedo mostrarte cómo dislocarme la mandíbula, si quieres —contestó el Hombre de Gris con amabilidad.

—Ah, sí, eso… Ah, aquí tenemos a Richard Gansey Tercero —exclamó Cala al verle—. Acompañado de la serpiente. ¿Dónde está el chico Coca Cola?

—Trabajando —respondió Gansey—. No ha podido venir.

Persephone saludó con un gesto vago, parapetada detrás de un vaso alto lleno de algo rosáceo. Blue se quedó inmóvil: había visto la expresión de Gansey.

—¿Te dice algo el nombre de Colin Greenmantle? —le preguntó Gansey al Hombre de Gris, aunque ya conocía la respuesta.

El Hombre de Gris le devolvió el vaso a Cala y se secó las palmas de las manos en los pantalones. Ya no se veía su dentadura perfecta.

—Sí. Antes trabajaba para él.

—Es nuestro nuevo profesor de latín.

—Vaya por Dios —dijo Persephone—. ¿Quieres algo de beber?

Gansey cayó en la cuenta de que estaba hablando con él.

—Ah, no. Gracias.

—Pues yo necesito otra copa —repuso ella—. Voy a preparar también una para ti, Gris.

El Hombre de Gris se acercó a la ventana. Su coche, un llamativo Mitsubishi blanco con un alerón enorme, estaba aparcado frente a la casa. Ronan y él lo examinaron con gesto pensativo. Tras un largo momento, el Hombre de Gris dijo:

—Es el hombre que me encargó matar al padre de Ronan.

Gansey trató de no sentirse herido por la ligereza con la que lo había dicho. Al fin y al cabo, el Hombre de Gris era un asesino a sueldo y Niall Lynch era su objetivo. Por aquel entonces, Gris ni siquiera conocía a Ronan, y en términos morales, su profesión no era más censurable que la de un mercenario. Pero todo aquello no cambiaba un hecho: el padre de Ronan estaba muerto. Gansey se recordó que el

Hombre de Gris no había sido más que un arma indiferente; la mente que había apretado el gatillo, en realidad, era la de Colin Greemantle.

—Voy a matarlo —dijo Ronan. Era lo primero que decía desde que había entrado.

La escena se dibujó en la mente de Gansey con terrible nitidez: las manos de Ronan teñidas de sangre, sus ojos inexpresivos y lejanos, un cadáver a sus pies… Era una imagen salvaje e inolvidable, empeorada por el hecho de que Gansey había visto suficientes de sus piezas por separado como saber qué aspecto tendrían todas juntas.

El Hombre de Gris giró sobre sus talones.

—No lo harás —le espetó, con el tono más severo que Gansey le había oído jamás—. ¿Me oyes? No puedes hacerlo.

—Ah, ¿no? —replicó Ronan, en un susurro lento que resultaba infinitamente más amenazador que un grito.

—Colin Greenmantle es intocable —afirmó el Hombre de Gris mientras extendía el brazo y separaba los dedos—. Es una araña encaramada en su tela. Cada una de sus patas toca un hilo; si algo le ocurre a la araña, estallará el infierno sobre todos nosotros.

—Yo ya he vivido en el infierno —replicó Ronan.

—No tienes ni idea de lo que dices —replicó el Hombre de Gris en un tono extrañamente amable—. ¿Crees que eres el primer hijo que quiere vengar a su padre? ¿Crees que tu padre fue la primera víctima de Colin Greenmantle? Y aun así, sigue vivo y coleando. Porque todos sabemos cómo funciona la cosa. Antes de venir aquí desde Boston, habrá atado dieciséis hilillos que conducen a personas como yo, a programas informáticos, a cuentas bancarias… Si la araña muere, su tela se retuerce. Y de repente, tus cuentas se vacían, tu hermano pequeño pierde una pierna, tu hermano mayor muere en un accidente de coche en Washington, la campaña de la madre de Gansey se arruina por unas fotos tan escandalosas como falsas, la beca de Adam se revoca, Blue pierde un ojo…

—Basta —dijo Gansey conteniendo las ganas de vomitar—. Para ya, por favor.

—Solo quiero que Ronan comprenda que no puede actuar a la ligera —replicó el Hombre de Gris—. Matar a Greenmantle significa terminar con vuestra vida tal y como la conocéis. ¿De qué te serviría entonces la venganza?

—Habló el asesino —gruñó Ronan; su tono había recobrado el feroz sarcasmo de costumbre, lo que indicaba que había iniciado la caza.

—Seré un asesino, pero sé lo que me digo. Aunque Greenmantle no fuera una araña subida a una red de amenazas, ¿aceptarías ir a la cárcel a cambio de darte el gusto de matarlo?

Sin decir una palabra, Ronan echó a andar hacia la salida y se marchó con un portazo. Gansey no lo siguió; se debatía entre el impulso de mitigar el dolor de Rollan y el de dejar que siguiera dolorido, pero cauto. La violencia era una enfermedad a la que Gansey creía ser inmune; sus amigos, sin embargo, parecían estarse infectando lentamente.

Persephone apareció con dos vasos y le ofreció uno al Hombre de Gris. Los dos los entrechocaron antes de beber.

—¿Quieres acabarte esto? —le preguntó Blue a Gansey, inclinando el vaso de yogur para que viera las frutas que quedaban en el fondo.

Aunque él no contestó, Blue le entregó el vaso de todos modos y le dio su cuchara. Para sorpresa de Gansey, el aperitivo sirvió para ponerle los pies en la tierra: el tacto sorprendentemente viscoso de los arándanos; el subidón del azúcar al entrar en su estómago, vacío desde la mañana; la conciencia de que aquella cuchara había tocado la boca de Blue…

Ella miró cómo engullía la primera cucharada y luego se volvió hacia el Hombre de Gris.

—Es el mismo que vino ayer para que le leyéramos las cartas, ¿verdad?

—Sí —contestó él—. Ya me lo olí cuando lo mencionasteis. Y ahora va a dar clase a los chicos.

—¿Por qué? —preguntó Gansey—. ¿Por qué nosotros?

—No es por vosotros, sino por mí. Está claro que no se creyó que me hubiera fugado con el Greywaren. Vino a esta casa en busca de Maura porque cree que ella es importante para mí, y se ha infiltrado en vuestra escuela porque le consta que nos conocemos. Quiere hacerme saber que es consciente de mi presencia, y que sabe mucho sobre mi vida en este pueblo.

—¿Qué hacemos? —preguntó Gansey.

Estaba empezando a sentir que todo aquel día era una tremenda equivocación. Tal vez aquel no fuera realmente el primer día de clase; quizá hubiera debido quedarse en la cama hasta el día siguiente.

—El problema no es vuestro —contestó sin más el Hombre de Gris.

—Voy a verle en clase a diario. Ronan tendrá que verle la cara todas las mañanas. ¿Cómo no va a ser problema nuestro?

—Greenmantle no os busca a vosotros. Yo me ocuparé de él; vuestro problema es dejarme que lo haga.

Gansey se dejó caer en una butaca. Creía en las buenas intenciones del Hombre de Gris, pero no en sus palabras. Si algo había aprendido a lo largo del año anterior, era que, en aquel pueblo, todo estaba enredado.

Cala agarró la muñeca del Hombre de Gris y la giró lentamente como si quisiera romperla. Él meneó la cabeza un poco y le cambió el puesto. Aferró la muñeca de ella y la hizo girar de un lado a otro con lenta precisión, repitiendo los movimientos para mostrarle cómo se hacían. A Gansey le resultaba vagamente satisfactorio ver aquel acto de violencia fingida; era algo lleno de control y de armonía, como una danza. Tanto la apariencia limpia y musculosa del Hombre de Gris como sus precisos gestos decían: «Tranquilos, lo tengo controlado». Y ese «lo» se refería a todo lo que les rodeaba.

Nada le habría gustado más a Gansey que creer que Greenmantle era un problema

exclusivo del Hombre de Gris. Pero de nuevo veía ante él un túnel oscuro que se estrechaba, con una tumba al final.

Cala soltó un taco y se agarró el hombro.

—Perdón —le dijo el Hombre de Gris, y luego se volvió hacia Gansey y añadió —: Averiguaré qué ha venido a buscar.

—Procura que no te mate —dijo Blue de inmediato.

—No tengo ninguna intención de permitírselo.

—Me alegro de que al fin estés cerca de encontrar a ese rey —saltó de pronto Persephone con su suave vocecilla.

De nuevo, Gansey tardó unos segundos en darse cuenta de que le hablaba a él.

—¿Estoy cerca de verdad? —preguntó.

—Claro —respondió Cala—. Ya era hora.

12

Esa noche, al poco de volver del trabajo, Adam oyó que alguien llamaba a la puerta de su habitación de alquiler. Al abrirla, lo primero que le sorprendió fue que su visitante fuera real. Lo segundo fue que se tratara de Gansey, y no de Ronan.

—Ah —dijo—. Es tarde, ¿no?

—Sí, lo sé —Gansey iba con su gabán y sus gafas de montura metálica; era obvio que había tratado de dormir y no lo había logrado—. Lo siento. ¿Has terminado ya los ejercicios de cálculo? No me hago con el cuatro.

No mencionó la palabra «Greenmantle». No había nada que decir hasta que el Hombre de Gris averiguara más cosas.

—Ya los he terminado, pero puedes echarles un vistazo, si quieres.

Adam le indicó que pasara, dejando la carta —esa carta— oculta tras el estante que había junto a la puerta. A diferencia de Ronan, Gansey parecía fuera de lugar en aquella estancia. Cuando él estaba, el techo de madera se hacía más aplastante; las grietas de la escayola aparentaban ser más profundas; las prácticas cajas de plástico que Adam usaba para guardar sus cosas parecían aún más desprovistas de encanto. Gansey estaba en su elemento cuando lo rodeaban cosas antiguas. Pero aquello no era antiguo, sino viejo.

¿Estaría bien escondida la carta? Sí, lo estaba. Adam casi sentía su silueta recortada detrás del estante. Si Gansey la veía, se compadecería de él y le contrataría un abogado, y entonces Adam se sentiría fatal y se pelearían…

«No vamos a pelearnos».

Gansey se quitó el gabán y lo arrojó al suelo con descuido antes de dejarse caer a los pies de la cama. Debajo llevaba una camiseta y unos pantalones de pijama; era el atuendo más metafórico que Adam hubiera podido imaginar para su amigo, a no ser que se las arreglara para encajar otro gabán bajo la camiseta, un segundo pijama bajo este y así sucesivamente, en una matrioshka interminable de Ganseys.

—Me ha llamado mi madre —dijo—. Me ha preguntado si quiero conocer al gobernador dentro de dos fines de semana, porque sería estupendo que lo hiciera, y que si quiero llevar también a mis amigos. «No, madre», he contestado yo, «no quiero». Me ha dicho que estará Helen. «Sí, madre; lo suponía, pero la perspectiva no me atrae demasiado porque me da miedo que secuestre a Adam». Me ha dicho que de

acuerdo, que no pasa nada, que sabe que estoy ocupado, pero que… etcétera, etcétera, etcétera. Ah, se me olvidaba: he traído algo para compensar lo tardío de esta visita.

Agarró una manga del gabán, lo arrastró para acercárselo y sacó dos chocolatinas de un bolsillo. Le tiró una a Adam y empezó a quitarle el envoltorio a la otra.

A Adam le habría encantado zampársela, pero prefirió reservarla para comérsela al día siguiente en el descanso del trabajo.

—Me vendrá bien mañana —dijo.

Le gustaba pensar que la elegante hermana mayor de Gansey lo encontraba atractivo. Aunque sabía que una relación así era imposible, la idea le daba un agradable empujoncito a su ego.

—¿Vas a ir?

—No sé. Si lo hago, ¿vendrás conmigo?

Adam notó que sus músculos se tensaban. Era una reacción instintiva, un recuerdo de lo que había ocurrido en la última ocasión en que había ido con Gansey a un evento político.

—Será mejor que se lo digas también a Blue. La vez anterior se enfadó mucho por no haber sido invitada.

Gansey pestañéo desde detrás de las gafas.

—¿Porque no la invité?

—No, porque no la invité yo. De todos modos, seguro que querrá ir. Créeme, se puso como una fiera.

—Te creo, te creo. Uf, madre mía, me la acabo de imaginar charlando con el gobernador. No hacen más que ocurrírseme preguntas que seguro que le hace.

Adam esbozó una sonrisa maliciosa.

—Seguro que se las merece todas.

Gansey tomó un lápiz y empezó dar leves toques en las respuestas de sus ejercicios para compararlas con las de Adam, aunque era obvio que ya había resuelto el número cuatro sin problemas. Adam miró de reojo su chocolatina y se frotó los dorsos de las manos. Ya se le estaba resecando la piel; todos los inviernos se le agrietaban los nudillos, a pesar de todos sus esfuerzos. Al darse cuenta de que los golpecitos del lápiz habían cesado, levantó la cabeza y vio que Gansey tenía la mirada perdida.

—Todo el mundo dice que solo tengo que encontrar a Glendower —dijo Gansey —. Pero las paredes de la cueva se están desmoronando a mi alrededor.

En realidad, lo que se desmoronaba no eran las paredes de la cueva; después de presenciar el ataque de ansiedad de su amigo en la sima, Adam sabía reconocer los síntomas. Apartó la mirada para dar a Gansey la oportunidad de recomponerse y luego dijo:

—¿Qué propone Malory que hagamos a continuación?

—Por alguna razón que no logro entender, parece entusiasmado con la Tumba del Gigante —repuso Gansey. Había aprovechado bien el respiro que le había dado

Adam; su tono angustiado se había transformado en humor flemático, siguiendo un ritual establecido desde hacía mucho tiempo—. No hace más que hablar de pistas visuales y mediciones de energía, y de cómo todas parecen apuntar a ese lugar. Dice que adora nuestra línea ley. Está como loco con ella.

—Tú también lo estuviste —le recordó Adam; de hecho, los dos habían estado así. Qué ingratos se habían vuelto, qué ansiosos de encontrar maravillas aún mayores…

Gansey golpeteó con el lápiz en los papeles para expresar su asentimiento.

En el silencio, Adam oyó susurros que venían del baño. Sabía por experiencia que los causaba el agua al gotear del grifo, y siempre le resultaban incomprensibles. Tal vez Ronan fuera capaz de traducir una o dos palabras; no en vano tenía la caja rompecabezas, que traducía cualquier forma de la antigua lengua. Aun así, Adam escuchaba aquel susurro una y otra vez, esperando a ver si las voces se elevaban o se apagaban, tratando de discernir si la línea ley se estaba intensificando o si Cabeswater trataba de comunicarse con él.

Se dio cuenta de que Gansey lo observaba, ceñudo. Adam se preguntó qué cara tendría, y cuánto tiempo habría pasado concentrado en algo que Gansey ni siquiera podía oír. A juzgar por la expresión de su amigo, debía de haber sido un buen rato.

—¿Se pasa Malory todo el día encerrado en Monmouth? —preguntó rápidamente.

Las facciones de Gansey se relajaron.

—Le he cedido el Suburban para que pueda moverse —respondió—. Que Dios nos pille confesados, porque conduce igual que camina. En cualquier caso, es evidente que no le gusta Monmouth.

—Traidor… —respondió Adam, suponiendo que el comentario le haría gracia a Gansey y comprobando de inmediato que estaba en lo cierto—. Y Ronan, ¿en qué anda?

—Ha ido a Los Graneros, según me dijo.

—¿Y tú crees que es cierto?

—Puede. Se llevó a Sierra —contestó Gansey—. No creo que aborde a Greenmantle; Gris fue muy convincente al respecto. ¿Y en qué otro lío podría meterse? Kavinsky está muerto, de modo que… Dios, no puedo creer que esté hablando así. Madre mía.

Las paredes de la cueva se desmoronaron un poco más; el ritual de antes no había sido perfecto. Gansey se recostó en la pared y cerró los ojos. Adam observó cómo su nuez se movía al tragar saliva.

Le pareció que volvía a oír el tono aterrado de Gansey, allá en la sima de la cueva.

—Tranquilo —le dijo; aunque a él no le afectaba la muerte de Joseph Kavinsky, le gustaba que a Gansey siguiera importándole—. Sé a qué te refieres.

—No, no lo sabes. No debería hablar de ese modo —replicó Gansey sin abrir los ojos—. Todo se ha vuelto tan feo… Jamás pensé que ocurrirían estas cosas.

Aunque para Adam todo había comenzado de forma fea, se daba cuenta de lo que

quería decir Gansey. Los ojos de su honesto, optimista e inconsciente amigo se estaban abriendo poco a poco, mostrándole cómo era el mundo de verdad. Y el mundo era un lugar sucio, violento, soez e injusto. Adam siempre había pensado que eso era lo que quería: que Gansey abriera los ojos. Ahora, sin embargo, no estaba tan seguro. Gansey era distinto al resto de la gente, y tal vez no fuera bueno que esa diferencia se diluyera.

—Ten —le dijo ofreciéndole el libro de historia—. Lee en voz alta el texto que tenemos para mañana. Yo tomaré notas.

Así transcurrió una hora: Gansey leyendo con su bella y anticuada voz, y Adam garrapateando con su letra elaborada en exceso. Cuando Gansey llegó al final del texto, cerró el libro con cuidado y lo dejó sobre la caja volcada que Adam usaba como mesilla.

Luego se levantó y se puso el gabán.

—Creo —dijo— que cuando encontremos a Glendower… Si es que lo encontramos… Le pediré que le devuelva la vida a Noah. ¿Crees que funcionará?

Era un cambio de tema tan abrupto que, en el primer momento, Adam no supo qué contestar. En vez de hacerlo, miró a Gansey fijamente. Había algo diferente en él; algo había cambiado mientras Adam le daba la espalda. ¿Sería la arruga que había entre sus cejas? ¿La forma en que inclinaba el mentón? Quizá fuera el rictus más rígido de su boca, como si la responsabilidad le tirara hacia abajo de las comisuras.

Por más que lo intentaba, Adam no lograba recordar por qué se habían peleado sin parar durante todo el verano. Gansey era su mejor amigo, su tonto, amable y maravilloso mejor amigo.

—No, no creo —contestó—. Pero merece la pena intentarlo.

Gansey asintió una vez, y luego otra.

—Perdona que tenerte despierto hasta tan tarde. ¿Nos vemos mañana?

—A primera hora.

Cuando Gansey se marchó, Adam recuperó la carta que había escondido. Era la nueva fecha establecida para el juicio de su padre. Una remota parte de Adam se maravillaba de que la mera visión de las palabras «Robert Parrish» fuera capaz de provocarle un calambre cenagoso y añorante en el estómago.

«Mira al frente, Adam». Pronto lo había dejado atrás. Pronto, también el curso estaría a su espalda. Pronto encontrarían a Glendower; pronto serían todos reyes. Pronto, pronto.

13

Al día siguiente, después del instituto, Blue se sentó a la mesa con una cuchara en una mano y *Lisístrata*, la obra que había elegido analizar en la clase de Lengua, en la otra («No es fácil para las mujeres salir de casa. Una estará ocupada con el marido; otra, despertando al criado; otra, acostando al niño; otra lavándolo o dándole de comer»). Por las ventanas de la atestada cocina se veía cómo caía una llovizna gris.

Blue no pensaba en *Lisístrata*. Estaba pensando en Gansey y en el Hombre de Gris; en Maura y en la cueva de los cuervos.

De pronto, una sombra del tamaño y la forma exactos de su prima cayó sobre la mesa.

—Vale que Maura siga desaparecida, pero esa no es razón para ir de marginada social —dijo la prima de Blue a modo de saludo—. Por cierto, ¿cuándo fue la última vez que comiste algo que no fuera yogur?

A veces, Blue no podía soportar a Orla. Esta era una de aquellas veces.

—No me toques las narices.

—Charity me ha dicho que T. J. te pidió salir hoy y tú le miraste fijamente sin decir nada.

—¿Qué?

—Que T. J. te pidió salir. Y que tú lo miraste fijamente. ¿Te suena de algo?

Aunque ya hacía tiempo que Orla había dejado de estudiar en Mountain View High, casi todas sus amigas tenían hermanas en la clase de Blue. Aquello le ofrecía una panorámica incompleta, pero reveladora, de la vida social de Blue durante las clases.

Blue levantó la mirada hasta que le dolió el cuello para mirar a la cara de su altísima prima.

—Durante el almuerzo, T. J. se acercó a mi mesa y dibujó un pene en el unicornio de mi carpeta. ¿Es ese el incidente que ha mencionado Charity?

—Oye, no me vengas con esos aires de Richard Gansey Tercero —replicó Orla.

—Porque, si se refiere a eso, la respuesta es que sí: lo miré fijamente. No me di cuenta de que dibujar un pene fuera una conversación.

Orla hizo un mohín de desprecio supremo.

—Voy a darte un consejo: recuerda que, a veces, la gente simplemente quiere

hacer el ganso. No puedes esperar que todo el mundo sea profundo todo el tiempo. Existe algo llamado «charlar», ¿sabes?

—A mí me gusta charlar —replicó Blue, molesta.

En realidad, el incidente del unicornio no la había ofendido, aunque prefería que los unicornios no mostraran su género tan a las claras. Solo le había causado la fatigosa sensación de que era mucho mayor que el resto de sus compañeros.

—¿Te importa, Orla? —preguntó agitando el libro—. Estoy tratando de terminarme esto antes de que llegue Gansey.

«¡Oh, por Zeus, qué palpitante sufrimiento!».

—Mira, Blue: tienes que darte cuenta de que se puede ser amiga de un chico, sin más —dijo Orla—. Me alucina que estés enamorada de todos esos chicos de Aglionby.

Orla no andaba desencaminada, por supuesto. Pero había algo de lo que no era consciente: Blue y los chicos estaban enamorados los unos de los otros. Blue estaba tan obsesionada con ellos como ellos con Blue o con cualquiera de los demás; todos analizaban las conversaciones y los gestos; estiraban los chistes hasta convertirlos en largas bromas compartidas; se pasaban el tiempo juntos o pensando en cuándo volverían a verse. Sí: Blue era perfectamente consciente de que existían amistades menos abrumadoras, cegadoras, ensordecedoras, enloquecedoras. Pero ahora que había conocido una amistad como aquella, las demás le sabían a poco.

Orla metió la mano entre la cara de Blue y el libro y chasqueó los dedos.

—¿Ves? A esto me refería, justamente.

Blue cerró el libro, con el dedo metido entre las páginas para no perderse.

—Yo no te he pedido consejo, Orla.

—No, pero deberías hacerlo. ¿Qué crees que pasará dentro de un año? Tus chicos se irán a universidades pijas. ¿Y tú? Tú te quedarás aquí, en Henrietta, junto a toda esa gente con la que no te dignabas a charlar.

Blue abrió la boca y volvió a cerrarla sin decir nada. En los ojos de su prima apareció un destello victorioso: sabía que le había hecho sangre.

En la calle sonó el familiar rugido de un Camaro. Blue se levantó de un salto y dejó la cuchara en el fregadero.

—Han venido a buscarme —dijo.

—Por ahora.

—¿Se puede saber qué te pasa, Orla? —explotó Blue, mientras tiraba con rabia el vaso del yogur en la bolsa de reciclaje—. ¿Tienes celos, o qué? ¿No quieres que me lleve tan bien con ellos porque… porque no quieres que me hagan daño? ¿Sabes qué es lo que quiero hacer «por ahora»? Vivir.

—Vamos, Blue, me parece que te estás tomando esto un poco a la…

—Según tú, también tendría que haber repartido mi amor entre alguna madre más, ¿no? —se indignó Blue mientras agarraba su chaqueta y avanzaba a grandes zancadas hacia la puerta de la casa—. ¡Porque si no quisiera tanto a la mía, no me

sentiría tal mal por su desaparición! ¡Podría tener unos padres de repuesto y darles a cada uno un trocito de amor, y así, cuando uno se marchara para siempre, ni me daría cuenta! Aunque tal vez sería mejor no querer a nadie, ¿no te parece? Sí: eso facilita mucho las cosas, porque así nadie puede hacerte daño. ¡Estupendo! ¡Voy a encerrar mi corazón en una torre!

—Cálmate, ¿quieres? —dijo Orla, tratando de seguir a Blue y tropezando con sus zuecos de plataforma—. No me refería a eso.

—¿Sabes lo que creo, Orla? Creo que sigues siendo una abusona de patio de colegio, y… —empezó a decir Blue antes de estrellarse contra Gansey, que acababa de entrar por la puerta.

Por un instante, antes de retroceder a toda prisa, Blue captó su olor a menta y sintió la solidez de su pecho. Gansey se apartó tranquilamente y trató de desenganchar su reloj de la chaqueta de Blue.

—Hola. Ah, Orla.

—«Ah, Orla» —le imitó la aludida en un tono no especialmente agradable.

Gansey frunció el ceño, sin saber que, en realidad, la amargura de Orla no se dirigía a él.

—¡CALLAOS! —rugió Cala desde el primer piso.

—Algún día, recordarás esta conversación y me pedirás disculpas —le espetó Orla a Blue—. Te estás olvidando de quién eres —remachó, y se dio la vuelta con toda la gracia que le permitían sus largas piernas y sus plataformas.

Gansey era demasiado delicado para preguntar por qué habían discutido.

—Sácame de aquí —le pidió Blue.

Hacía una tarde fea, lluviosa y fría; era como si el final del otoño hubiera llegado antes de tiempo. Malory esperaba en el asiento del copiloto, y Blue sintió una extraña mezcla de fastidio y alivio al verlo. Al menos, le evitaría la tentación de cometer alguna estupidez.

Acurrucada junto al Perro, miró por la ventanilla mientras pasaban junto a la colina Mole, de camino hacia el monte Coopers. Su enfado se fue diluyendo en la gris atmósfera de la tarde. Aquel paisaje era muy distinto al de Henrietta, menos salvaje. Más vacas, menos árboles. También transpiraba pobreza; las casas que bordeaban la autopista eran tan pequeñas como caravanas.

—No tengo muchas esperanzas de encontrar nada hoy —le estaba diciendo Gansey a Malory.

Se pasó la mano por el hombro izquierdo; aunque la ventanilla estaba cerrada, le estaban cayendo gotas de lluvia. El agua goteaba por el retrovisor y se acumulaba en el salpicadero. Malory sacudió el mapa que llevaba en las manos, y que también había empezado a mojarse.

—Hace un año —continuó Gansey—, recorrí esa montaña de arriba abajo y no encontré ninguna cueva. Si hay alguna, alguien la mantiene en secreto.

Blue se inclinó hacia delante y el Perro la imitó.

—¿Sabes? —dijo—. La gente de pueblo tenemos una táctica especial para enterarnos de los secretos: preguntar.

Los ojos de Gansey se encontraron con los de ella en el retrovisor y luego se desviaron hacia el Perro.

—Adam es de pueblo y no suele revelar sus secretos.

—La familia de Adam no pertenece al tipo de gente de pueblo del que te estoy hablando.

Con los años, Blue había descubierto que la mayor parte de la población rural de aquella zona de Virginia podía dividirse en dos estereotipos: los vecinos que se pedían favores mutuos y lo sabían todo acerca de los demás, y los mastuerzos que se pasaban las tardes en el porche de su casa, empuñando una escopeta y gritando insultos racistas cuando se emborrachaban. Al haber crecido inmersa en el primero de los dos grupos, Blue no había advertido la existencia del segundo hasta bien entrada la adolescencia. El instituto se había encargado de enseñarle que los dos tipos casi nunca coexistían en la misma familia.

—Espera y verás —añadió—. Cuando lleguemos, te iré diciendo en qué casas tienes que parar.

El monte Cooper resultó ser más bien una colina; lo único llamativo en él era su elevación repentina en medio de una llanura de campos de cultivo. Abajo, en un costado, se extendía un pueblo; el resto de la base estaba salpicado de granjas dispersas. Blue le indicó a Gansey que pasara de largo el pueblo y se acercara a las granjas.

—La gente de los pueblos solo sabe de sus vecinos, no de las cuevas que hay en el vecindario —explicó—. ¡Para, para! Esta tiene buena pinta. Espérame en el coche. Tienes demasiada pinta de chico rico para que confíen en ti.

Gansey era muy consciente de la pinta que tenía, así que no protestó. Hizo avanzar lentamente el Camaro por un largo paseo de grava que conducía a una casona pintada de blanco. Cuando se detuvo, Blue salió del coche y se encontró con la acogida furiosa de un perrillo de ninguna raza, o de todas.

—Eh, tranquilo —le dijo, y el chucho retrocedió apresuradamente para meterse debajo del porche.

Blue llamó a la puerta y, al cabo de unos segundos, le abrió una mujer mayor con una revista en la mano. Parecía amable. Pero, en la experiencia de Blue, todas las personas que vivían en granjas aisladas parecían amables… hasta que dejaban de parecerlo.

—¿Puedo ayudarla en algo? —preguntó la mujer.

—No vengo a venderle nada, se lo aseguro —empezó Blue, esforzándose por exagerar su acento de la región—. Me llamo Blue Sargent y vivo en Henrietta. Estoy visitando esta zona para hacer un trabajo de geología. Me han dicho que hay una cueva por aquí… ¿Le importaría decirme dónde está? —preguntó, y luego sonrió

como si la mujer ya la hubiera ayudado. Si algo había sacado Blue en claro de su experiencia como camarera, paseadora de perros e hija de Maura Sargent, era que la gente solía responder a lo que se esperaba de ella.

La mujer se quedó pensativa.

—El caso es que me suena —dijo al fin—, pero no sé si… ¿Le has preguntado a Wayne, hija? Wayne Bauer… Sabe mucho acerca de la comarca.

—¿Me puede decir dónde vive?

La mujer extendió el brazo en diagonal y señaló una casa al otro lado de la carretera. Blue levantó el pulgar a modo de agradecimiento, y la mujer le deseó suerte.

Resultó que Wayne Bauer no estaba en casa. Sin embargo, su mujer, que sí estaba, dijo que no sabía nada de una cueva, pero que por qué no le preguntaban a su vecino Jimmy, que siempre andaba cavando zanjas, y todo el mundo sabía que en las zanjas se encontraba de todo. Jimmy tampoco sabía nada, pero creía recordar que Gloria Mitchell había dicho algo de una cueva el año anterior. Gloria también había salido, pero pudieron hablar con su hermana mayor, que les dijo: «Ah, esa debe de ser la cueva de Jesse Dittley».

—No tienes por qué mirarme con esa sonrisilla triunfal, ¿sabes? —le dijo Gansey a Blue mientras ella se abrochaba el cinturón.

—¿Cómo que no?

La granja de Jesse Dittley estaba en la misma base de la montaña. Era una casona desvencijada, rodeada de coches abandonados y sofás cubiertos de maleza. Aquel paisaje de neumáticos tirados y electrodomésticos viejos le inspiró a Blue la misma sensación que la había invadido en la cocina-baño-lavadero de Monmouth: un ansia de despejar, de poner orden.

Salió del coche dándole vueltas a aquel nombre, como si fuera una cantinela: Jesse Dittley, Jesse Dittley… Le sonaba de algo, pero no lograba recordar de qué. ¿Un viejo amigo de su familia? ¿Un psicópata cuya historia hubiera salido en la prensa local? ¿Un personaje de un libro?

Por si se trataba de lo segundo, Blue se aseguró de que llevaba su navaja rosa en el bolsillo. Aunque estaba segura de que no tendría que usarla, le gustaba estar preparada.

Se plantó en el ruinoso porche, junto a catorce botellas de leche vacías y a diez gatos, y llamó con los nudillos. La puerta tardó varios minutos en abrirse, y cuando lo hizo, lo primero que salió por ella fue una nube de humo de tabaco.

—¿QUIÉN DIABLOS ERES TÚ?

Blue levantó la cabeza para mirar al hombre y él agachó la suya. El tipo debía de medir más de dos metros, y llevaba la camiseta de tirantes más grande que Blue había visto en su vida (y eso que había visto muchas). Su expresión sorprendida no mostraba malicia, y Blue se dio cuenta de que su bramido no se debía a que estuviera enfadado, sino al puro tamaño del sujeto. El hombre examinó la chaqueta de Blue,

que se había hecho ella misma con una combinación de cintas de raso y anillas de refresco, y luego le miró a la cara.

—Soy una persona que viene a verle —respondió Blue, inclinándose un poco para atisbar el interior de la casa.

Más allá de la puerta se abría un recibidor con la mayor concentración de butacas reclinables que Blue había visto en su vida (y eso que había visto muchas). No había nada que le recordara de qué podía conocer a aquel hombre.

—¿Es usted Jesse Dittley? —preguntó.

—SOY JESSE DITTLEY. Y TÚ, ¿NO TE BEBÍAS LOS VASOS DE LECHE QUE TE DABAN DE PEQUEÑA?

Era cierto que Blue apenas llegaba al metro y medio, y también lo era que se negaba a beber leche de pequeña. Sin embargo, no creía que los dos hechos estuvieran tan estrechamente relacionados.

—La genética me jugó una mala pasada.

—Y QUE LO DIGAS.

—He venido porque me han dicho que tiene usted una cueva.

El hombre se quedó pensativo. Se rascó el pecho. Por fin, asomó la cabeza y vio el Camaro, que seguía aparcado en el camino lleno de socavones.

—¿QUIÉNES SON ESOS?

—Mis amigos —contestó Blue—. También están interesados en conocer la cueva. Si existe, claro.

—SÍ QUE EXISTE —repuso el hombre, dejando escapar un suspiro con la potencia de un tornado—. ANDA, DILES QUE SALGAN DEL COCHE Y VENGAN A REFUGIARSE DE LA LLUVIA.

Técnicamente, los amigos de Blue ya estaban a salvo de la lluvia, con la excepción del hombro izquierdo de Gansey. Blue, sin embargo, prefirió no meterse en discusiones absurdas y les indicó con un gesto que se acercaran.

El interior de la casa se parecía mucho a sus alrededores. Máquinas a medio desmontar, plantas secas en sus tiestos, bolas de pelusa en los rincones, gatos acechando desde los lavabos… A la luz de la tarde, todo parecía desteñido y grisáceo. Además, había algo peculiar en aquel edificio, como si los pasillos fueran demasiado estrechos, se inclinaran un poco o estuvieran desenfocados de algún modo.

Jesse Dittley… Se estaba volviendo loca por lo mucho que le sonaba aquel nombre.

Al llegar al salón, Malory se acomodó con expresión impávida en una butaca reclinable de color marrón. Gansey se quedó de pie; parecía un poco pálido, mareado. Blue se sentó en un apoyapiés sin butaca a juego. Jesse Dittley se plantó junto a una mesita cubierta de vasos sucios.

—¿QUÉ QUIEREN SABER SOBRE LA CUEVA? —empezó sin más preámbulos, y luego, antes de que pudieran contestar, añadió—: ESTÁ MALDITA.

—Santo cielo —dijo Malory.

—A decir verdad, no me importan mucho las maldiciones —repuso Gansey, cuyo acento de virginiano acomodado resaltaba aún más al lado del de Jesse—. ¿Está cerca de aquí?

—ESTÁ AQUÍ MISMO.

—¡Ah! ¿Y sabe usted qué tamaño tiene? —preguntó Gansey, justo al mismo tiempo que Blue preguntaba en tono amistoso:

—¿Maldita, cómo?

—MI PADRE MURIÓ DENTRO. Y EL PADRE DE MI PADRE. Y EL PADRE DE MI PADRE DE MI PADRE —explicó Jesee, y luego concluyó—: NO CREO QUE LA COSA TENGA FIN. ¿ERES UNO DE ESOS CHICOS DE AGLIONBY, ENTONCES?

—Sí —repuso Gansey sin más.

—¿NO TENDRÁ SED ESE PERRO?

Todos miraron al animal; era cierto que parecía sofocado.

—Si no es mucha molestia… —contestó Malory.

Jesse fue a buscar agua y Gansey cruzó una mirada con Blue.

—Esto ha tomado un tinte inesperadamente ominoso, ¿no crees?

—¿Crees que será cierto eso de la maldición? —preguntó ella.

—Por supuesto —respondió Malory—. La cueva está en una línea ley. Apariciones, tormentas repentinas, distorsiones en el tiempo…

—Para nosotros es lo habitual en una línea ley —remachó Gansey como si pensara en voz alta—. Para el resto del mundo es una maldición. Claro…

El dueño de la casa regresó con una ensaladera desportillada llena de agua, y el Perro bebió con ansia. El Camaro tenía una fuga en los conductos del tubo de escape, y los gases acababan por deshidratar a quienes los respiraban.

—¿POR QUÉ LES INTERESA ESTA CUEVA? SEGURO QUE EN LA COMARCA HAY MUCHAS OTRAS CUEVAS QUE NO ESTÉN MALDITAS.

—Estamos explorando un sistema de grutas, y hemos llegado a un punto en el que no podemos pasar —explicó Gansey—. Estamos tratando de hallar otra entrada y creemos que tal vez su cueva sea la adecuada.

Qué buen resultado daba decir la verdad…

Jesse los hizo salir por la puerta trasera. Después de atravesar un porche tan desvencijado como el anterior, se internaron en la bruma.

Al ver al dueño de la granja en el exterior, Blue se dio cuenta de que era aún más grande de lo que había pensado, aunque tal vez la impresión se debiera a que ahora podía comparar su tamaño con el de la casa, que parecía menuda a su lado.

Dittley atravesó un amplio prado en el que pastaban vacas, sin agachar la cabeza para protegerse de la lluvia. A Blue le admiró la decisión con la que caminaba, aunque no logró convencer a su cuerpo de imitarle.

—Este tiempo me recuerda a la ocasión en que subí una montaña con un tal Pelham. Fue catastrófico —comentó Malory, mientras se sacaba un paraguas plegable

del bolsillo y lo compartía con Blue—. Catorce kilómetros de ida y otros tantos de vuelta, y todo para ver un peñasco que, desde ciertos ángulos, recordaba a un perro. Pelham no hizo más que hablar de fútbol y de su novia durante todo el camino. Fue un día muy poco satisfactorio.

Las grandes zancadas de Jesse los habían llevado hasta una cerca baja de alambre de espino. Al otro lado, una ruinosa estructura de piedra que tal vez fuera antigua parecía crecer de la ladera de la colina. Aunque era de un solo piso, algo en su apariencia daba impresión de más altura, como si en tiempos hubiera tenido más plantas. Blue trató de imaginar cuál habría sido su propósito original; desde luego, sus diminutas ventanas no le daban aspecto de vivienda. Si no hubieran estado en Virginia, sino en un país con más… historia, habría pensado que eran las ruinas de una torre.

—AQUÍ ESTÁ.

Blue y Gansey cruzaron una mirada. La de Gansey decía: «¿Estás segura de que le preguntaste por una cueva?», y la de Blue respondía: «Segurísima».

Jesse agarró un palo y aplastó con él la cerca de alambre para que pudieran pasar sobre ella. Todos lo hicieron a excepción del Perro, que se quedó atrás con aire ofendido. Luego, los cuatro subieron por la ladera, resbalando sobre las hojas empapadas. En la parte trasera del edificio había una puerta bastante nueva, encajada en un marco antiguo y cerrada con un candado. Jesse se sacó una llave del bolsillo y se la tendió a Blue.

—¿Yo? —preguntó ella.

—YO NO VOY A ENTRAR.

—Qué galante —comentó Blue.

No es que estuviera nerviosa, exactamente, pero no había salido de su casa esa mañana con la intención de inmiscuirse en una antigua maldición.

—SOLO MATA DITTLEYS —la tranquilizó Jesse—. NO SERÁS UNA PARIENTE LEJANA DE MI FAMILIA, ¿VERDAD?

—No creo —respondió Blue.

Metió la llave en el cerrojo, la giró y abrió la puerta de un empujón.

En el interior del edificio había arbolillos, escombros y, en mitad del recinto, un agujero. No recordaba en nada a la invitadora entrada que Cabeswater les había preparado: era un boquete angosto, oscuro, desigual y empinado desde su arranque. Parecía un sitio hecho para guardar secretos.

—Vaya, Gansey, ¿has visto esa cueva? —dijo el profesor—. Me pregunto quién diría que debía haber una cueva por aquí…

—Malory, ¿podrías dejar las sonrisillas triunfales para Jane?

—No entres —le pidió Blue mientras avanzaba hacia la boca de la cueva sorteando los escombros—. Podría haber nidos de avispas.

—AL MIRAR LA CUEVA DESDE FUERA, TIENE MALA PINTA —dijo Jesse cuando Blue se asomó al agujero, invadido por unas tinieblas que la oscura tarde no

contribuía a disipar—. PERO NO ES PELIGROSA. SOLO ESTÁ MALDITA.

—¿Cómo sabe que no es peligrosa? —replicó Blue.

—ENTRÉ HACE TIEMPO PARA RECOGER LOS HUESOS DE MI PADRE. LA MALDICIÓN NO SE TE LLEVA HASTA QUE NO ES EL MOMENTO DE HACERLO.

Era difícil contradecir una lógica como aquella.

—¿Cree que podríamos entrar? —dijo Gansey—. No digo ahora, claro, pero tal vez podamos volver más equipados.

Jesse lo miró de arriba abajo y luego hizo lo mismo con Malory y con Blue.

—ME PARECÉIS GENTE BUENA Y DECENTE, ASÍ QUE LA RESPUESTA ES —sacudió la cabeza— NO.

—Eh… Disculpe, pero ¿ha dicho usted que no? —preguntó Gansey.

—SI OS DEJARA ENTRAR, NO TENDRÍA LA CONCIENCIA TRANQUILA. HALA, SALID YA. VAMOS A CERRAR ESTO.

El hombretón extendió la mano, y Blue, aún asombrada, le entregó la llave.

—Le aseguro que iríamos con mucho cuidado… —insistió.

Jesse cerró el candado sin decir nada, como si no la hubiera oído.

—Tal vez podríamos compensarle monetariamente… —propuso Gansey con voz suave, y Blue le propinó una patada que le dejó una marca lodosa en la pernera del pantalón—. ¡Jane, por Dios!

—NO TOMES EL NOMBRE DEL SEÑOR EN VANO —le reprendió Jesse—. HALA, CHAVALES, ID A EXPLORAR A OTRO LADO.

—Pero es que…

—PODÉIS ATAJAR POR ESE CAMPO. PASADLO BIEN.

Los tres se miraron, atónitos. Dittley acababa de echarlos, y no había nada que pudieran hacer al respecto.

—No hay mal que por bien no venga —observó Malory mientras cruzaban el campo lleno de charcos, encorvados para protegerse de la llovizna—. Siempre me ha parecido horrible morir en una cueva.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Blue.

—Tenemos que darnos prisa, ¿no? —repuso Gansey—. Eso dice todo el mundo. Así que tendremos que encontrar el modo de convencerle. Y si no, nos colaremos.

Cuando ya estuvieron metidos en el coche, Blue se dio cuenta de que Gansey llevaba puesto el uniforme de Aglionby y tenía los hombros mojados por la lluvia: era el aspecto exacto de su espíritu cuando lo había visto en la línea ley. Habría podido morir cruzando aquel campo. Y por más que Blue estuviera advertida, no se habría dado cuenta hasta después de que ocurriera.

Era tan difícil vivir la vida hacia atrás…

14

—En este pone «Cheddar procedente de ganadería ecológica en Nueva Zelanda» —dijo Greenmantle mientras cerraba la puerta a su espalda.

Sin la luz del atardecer que entraba por la puerta, el vestíbulo quedó en penumbra, y Greenmantle tuvo que acercarse la etiqueta a los ojos para seguir leyendo.

—«Un queso cheddar suave» —leyó, en voz lo bastante alta para que Piper lo oyera—, «elaborado con leche ecológica de vacas alimentadas con hierba fresca. Ingredientes: leche de vaca, sal, cuajo natural»… Ah, hace falta cuajo, igual que para hacer cultura de vanguardia. A ver qué más pone… «fermentos lácticos»… Claro, el fermento serían los medios de masas.

Greenmantle se quitó el abrigo y lo dejó sobre la butaca que había al lado de la puerta. Luego, tras un instante de vacilación, se quitó también los pantalones. Las apetencias sexuales de Piper eran como un cepo para osos en mitad de un bosque: casi imposibles de encontrar si las buscabas, pero aún más imposibles de evitar si te topabas con ellas por accidente.

—Espero que tu silencio se deba a que estás preparando un plato de galletas saladas —dijo Greenmantle mientras entraba en la cocina.

Solo le hizo falta un vistazo para comprobar que no era esa la causa del silencio de Piper. Su mujer estaba de pie frente a la encimera, con expresión furiosa, pantalones rosas de yoga y el cañón de una pistola pegado a la sien.

En el otro extremo del arma estaba el señor Gris, el antiguo empleado de Greenmantle. Las siluetas del uno y de la otra se recortaban contra la ventana que daba al prado de las vacas. El Hombre de Gris tenía buen color, como si la vida en Henrietta y la rebelión contra su jefe le sentaran bien. Piper tenía aspecto de estar furiosa, pero no con el hombre que la amenazaba, sino con su marido.

El Hombre de Gris había tardado más en aparecer de lo que Greenmantle calculaba.

Pero al menos, ya estaba allí.

—Parece que tendré que sacar yo las galletas —comentó Greenmantle dejando el trozo de queso en la mesa—. Siento mucho que mi atuendo no sea el más adecuado para recibir a las visitas.

—No te muevas —gruñó el Hombre de Gris, levantando la barbilla para señalar

la pistola que empuñaba.

Greenmantle observó el arma, que era de color negro y aspecto impresionante. Aunque no tenía ni idea de su marca o modelo, le parecía peligrosa. Por alguna razón, las plateadas se le antojaban menos letales, aunque suponía que ese prejuicio le podía costar bastante caro, llegada la ocasión.

—No te muevas —repitió el Hombre de Gris.

—Vamos, para ya —replicó Greenmantle con exasperación, mientras se volvía para alcanzar una tabla de cortar que estaba apoyada en la pared—. Sabes que no vas a matar a Piper.

—¿Estás seguro?

—Sí, razonablemente.

Greenmantle sacó las galletas de un armario y dispuso varias en un plato. Luego se hizo con un cuchillo y cortó varias cuñas de queso.

—¿Os parece que están bien de este tamaño, o las hago más finas? Mirad, estas son las galletas que tenemos para acompañar.

—Ese trozo es del tamaño de una ubre —replicó Piper.

—Lo siento. Es que el cuchillo no está muy afilado. Gris, en serio, ¿hace falta esa pistola? ¿No te parece un poco teatral?

El Hombre de Gris no replicó ni cambió de postura; se limitó a seguir pareciendo peligroso, como era su costumbre. No resultaba sorprendente que inspirara tanto miedo; al fin y al cabo, hasta hacía poco, su trabajo consistía en ser la cosa más intimidatoria de cualquier escena en cualquier momento.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el Hombre de Gris.

Ah: el baile había comenzado.

—¿Que qué hago aquí? Te diré que, si algo me sorprende, es tu presencia; al fin y al cabo, me dijiste que habías robado varios objetos de mi propiedad y te habías ido a West Palm Springs.

Recordó aquel día agobiante, con Laumonier siendo Laumonier, aquellos condenados tejidos peruanos atascados en la aduana antes de que pudiera echarles siquiera un vistazo y, para rematarlo todo, el Hombre de Gris yéndose por libre.

—Primero te dije la verdad, pero no te bastó.

Greenmantle partió con saña un nuevo trozo de queso.

—Ah, sí, la… verdad. Recuérdame en qué consistía, ¿quieres? Espera, ya sé: la verdad, según tú, era que aquel artefacto que, según los rumores, llevaba más de una década en esta zona, y que habíamos logrado relacionar de manera inequívoca con ese imbécil de Niall Lynch, no existía. Sí, tienes razón: me negué a aceptar esa verdad. Espera; estoy intentando recordar por qué lo hice, exactamente. Querida, ¿recuerdas por qué decidí en aquella ocasión que este hombre me estaba mintiendo?

Piper chasqueó la lengua.

—¿Porque no eres tan tonto como pareces?

Greenmantle meneó el cuchillo en dirección a su mujer. O esposa. O compañera.

O amante.

—Exacto, por eso fue. Ahora me acuerdo.

—Lo que yo te dije fue que no era un artefacto, y lo mantengo —replicó el Hombre de Gris—. Es un fenómeno, no un objeto.

—No me intentes tomar el pelo, Gris —dijo Greenmantle en tono amable, y se metió una galletita salada en la boca—. ¿Cómo crees que averigüé cómo se llamaba? Porque Niall Lynch me lo dijo. Menudo fanfarrón… Se creía invencible. ¿Te pongo un poco de vino? Ayer traje una botella de tinto excesivamente delicioso. Hay que probarlo para creerlo.

El Hombre de Gris le lanzó una mirada imperturbable: era su cara de asesino a sueldo. A Greenmantle siempre le había atraído la idea de ser un sicario misterioso. Sin embargo, esa perspectiva profesional palidecía en comparación con el placer que le proporcionaba salir por la ciudad, relacionarse con personas que lo admiraban, conducir su Audi con matrícula personalizada (GRNMNTL) y hacer catas de queso en países que colocaban sombreritos encima de algunas vocales, como por ejemplo la ê.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó el Hombre de Gris.

—Si tuviéramos una máquina del tiempo, te respondería que quiero que retrocedas y hagas lo que te pedí; pero me temo que esa posibilidad se ha ido al garete. ¿Quieres abrir la botella de vino? Siempre las cierro con su corcho. ¿No? Bueno, de acuerdo. Te das cuenta de que voy a tener que usarte como ejemplo, ¿verdad?

Greenmantle cruzó la cocina y metió una galleta con queso en la boca de Piper. Luego le ofreció otra al Hombre de Gris, que no la aceptó ni bajó la pistola.

—Porque, si no te doy un escarmiento —continuó Greemantle—, ¿qué pensarían de mí los demás? Nada bueno, seguro. Así que, por muy agradable que me haya parecido tratar contigo, me temo que voy a tener que destruirte.

—De acuerdo. Pégame un tiro —replicó el Hombre de Gris sin inmutarse.

Sí: aquel hombre era una auténtica obra de arte. Una figura de acción articulada. Y aquel alarde de nobleza no hacía más que confirmar lo que Greenmantle ya sospechaba: que en aquel pueblo había cosas que el Hombre de Gris valoraba más que su propia vida.

—Ay, señor Gris… Dean… No te hagas el ingenuo. Nadie recuerda un simple cadáver; los dos sabemos que las cosas no funcionan así —Greenmantle cortó un poco más de queso—. Primero me quedaré por aquí, observando cómo son las cosas y apreciando el paisaje. Averiguaré cuáles son los mejores cafés para desayunar, qué monumentos visitan los turistas, dónde y cómo duermes, qué es lo que más aprecias, dónde anda esa mujer de la que te has enamorado, cuál es la mejor forma de destruir todo lo que he enumerado para que todos se enteren de tu desgracia… Etcétera.

—Dame otra, pero con menos queso —le pidió Piper.

Greenmantle obedeció.

—Si estás decidido a destruir todo lo que me importa —dijo el Hombre de Gris—, no tengo ningún motivo para no mataros a Piper y a ti ahora mismo.

—Así me gusta: dime cosas feas, como en los viejos tiempos —contestó Greenmantle—. En realidad, sí que hay otra salida. Me entregas el Greywaren, como te pedí. Luego, grabamos un breve vídeo en que aparezcas cortándote el dedo con el que aprietas el gatillo y damos el asunto por zanjado —añadió, levantando las manos como una estatua de la Justicia y sopesando el queso en una y el cuchillo en la opuesta—. O lo uno, o lo otro.

—¿Y si no hay Greywaren?

—Entonces, habrá que optar por destruir públicamente todo lo que amas. Ah, las opciones: la esencia del sueño americano.

El Hombre de Gris reflexionó. Normalmente, los interlocutores de Greenmantle solían parecer asustados en ese punto de la conversación. Si embargo, entraba dentro de lo posible que el Hombre de Gris careciera de emociones.

—Tengo que pensarlo —dijo.

—Por supuesto —repuso Greenmantle—. ¿Te basta con una semana? No, te daré nueve días. Me gusta el nueve, tan redondo: tres más tres más tres. Yo me dedicaré a visitar la zona mientras tú te decides. Gracias por la visita.

El Hombre de Gris retrocedió, sin dejar de apuntar a la cabeza de Piper, y luego desapareció por una puerta que había a su espalda. La cocina se quedó en silencio.

—Esa puerta, ¿no da a un armario? —preguntó Greenmantle al cabo de unos segundos.

—Da al garaje, imbécil —respondió Piper, con la actitud afectuosa que la caracterizaba—. He faltado a yoga. Y ahora, ¿qué le digo a la monitora? «Oiga, es que me estaban apuntando a la cabeza con una pistola». Por cierto, te dije hace meses que tirases esos calzoncillos a la basura; la goma está toda estirada.

—Es que me gusta estirar la ropa —repuso Greenmantle—. ¿Lo pillas? Estirarla… para que dure más.

La voz de Piper pareció quedar suspendida en la estancia mientras su dueña se daba la vuelta y salía:

—Estoy harta de tus *hobbies*. Estas son las vacaciones más cutres que he pasado en mi vida.

15

Adam estaba solo en el taller.

La tarde lluviosa oscurecía el interior del local aún más que de costumbre, y en los rincones reinaba una penumbra espesa que los fluorescentes no lograban disipar. Sin embargo, Adam había pasado tantas horas trabajando allí dentro que sus manos sabían dónde encontrar las cosas, aunque sus ojos no las vieran.

Estaba inclinado sobre el motor de un Pontiac, con la mugrienta radio que había en un estante como única compañía. Boyd le había encargado que cambiara la junta de la culata y luego cerrara el taller. «Cenar», había añadido el jefe de Adam, «es para los viejos como yo». Aparentemente, la monótona tarea de cambiar juntas de culata era para los jóvenes como Adam.

No era un trabajo difícil, y eso, en cierto modo, lo hacía peor, porque la mente de Adam quedaba libre para dar vueltas a las cosas. Incluso mientras repasaba el examen del día siguiente, sobre los principales acontecimientos ocurridos durante los años veinte en los Estados Unidos, una parte de su mente quedaba libre para considerar el dolor de su espalda encorvada, el pegote de grasa que tenía en una oreja, la frustración de no poder aflojar una tuerca oxidada, lo poco que quedaba para el juicio o la presencia de intrusos en la línea ley.

Se preguntó si Gansey y los demás habrían ido a explorar el monte Coopers a pesar de la lluvia. Una parte de él deseaba que no lo hubieran hecho, aunque Adam se esforzaba mucho por reprimir las emociones egoístas en lo concerniente a sus amigos. La relación de cualquiera de ellos —Blue, Ronan, Gansey— con los otros dos tenía el potencial de causarle unos celos incontrolables. Cualquier combinación que no lo incluyera a él lo molestaba, si se dejaba llevar.

Pero no iba a dejarse llevar.

«No te pelees con Gansey. No te pelees con Blue. No te pelees con Gansey. No te pelees con Blue».

No tenía sentido repetirse que no se pelearía con Ronan. Mientras Ronan respirase, los dos volverían a discutir.

En el exterior, el viento estrellaba con violencia las gotas de lluvia contra los mugrientos ventanucos del portón. Las hojas secas que se habían colado en el taller crujían en los rincones y se deslizaban, arrastradas por la corriente. Era esa época del

año en la que un día frío seguía a otro caluroso: el intervalo entre el verano y el otoño, un momento impreciso, fronterizo.

Mientras se movía para alcanzar mejor el bloque del motor, Adam sintió una brisa fría que jugueteaba con el dobladillo de sus pantalones y se le colaba alrededor de los tobillos. Las manos le dolían; ya estaban empezando a agrietarse. De niño solía lamérselas, sin darse cuenta de que, a la larga, aquello las hacía empeorar. Le había costado mucho quitarse aquella manía. Incluso ahora, mientras aguantaba el picor, tuvo que resistir el impulso de aliviarlo aunque solo fuera por un segundo.

Fuera, el viento volvió a soplar y algunas ramas golpearon los ventanucos. En el interior del taller sonó un ruidito seco. Adam supuso que alguna cosa habría cedido en el cubo de la basura.

Se frotó la mejilla con el brazo, dándose cuenta mientras lo hacía de que tenía un manchurrón de grasa en la manga. Suspiró: por mucho que se hubiera ensuciado la cara, no serviría de nada limpiársela hasta que no acabase la jornada.

Sonó un nuevo ruidito. Adam dejó de trabajar por un momento y escuchó, encorvado sobre el motor, con la coronilla rozando el interior del capó. Algo parecía distinto, pero no lograba averiguar qué era.

La radio ya no sonaba.

La observó, intranquilo. Estaba a cierta distancia, más allá del Pontiac, de una camioneta y de un Toyota pequeño. El piloto ya no lucía; tal vez se hubiera estropeado definitivamente.

—¿Noah? —preguntó Adam por si acaso.

No era propio de su amigo resultar tan inquietante; pero últimamente, Noah parecía comportarse de forma menos típica de él y más típica de un muerto.

Sonó un chasquido fuerte.

A Adam le llevó un segundo darse cuenta de qué lo había producido: la lámpara portátil que había colgado del capó se había apagado. El garaje se sumió en la penumbra.

—Noah, ¿eres tú?

De pronto, Adam tuvo la espantosa sensación de que a su espalda había algo que lo miraba. Algo lo bastante cercano para producir una nueva ráfaga helada que le trepó por los tobillos. Algo lo bastante grande para tapar la luz de la bombilla que había junto al portón.

No era Noah.

El estallido de un trueno le hizo reaccionar. Se incorporó apresuradamente, se dio la vuelta y pegó la espalda al morro del coche.

Ante él no había nada más que paredes de hormigón, calendarios, herramientas colgadas de las paredes, *pósters*. Pero una llave inglesa se balanceaba. Y en el otro lado del garaje se veían unas sombras difusas que Adam nunca había visto allí.

«Vete, vete, vete…».

Notó un roce en la nuca.

Cerró los ojos.

Y de pronto lo comprendió. Era Cabeswater, que trataba de decirle algo. Persphone le había estado ayudando a mejorar su comunicación; desde entonces, Noah le preguntaba cada mañana a Cabeswater si necesitaba algo de él, ayudándose con la baraja del tarot o escrutando el lavabo lleno de agua. Pero no lo había hecho desde el inicio de las clases.

Así que, ahora, lo obligaba a escucharle.

«Cabeswater», le había dicho Persephone en cierta ocasión con voz severa, «no es tu dueño».

Algo repiqueteó en el banco de la pared opuesta.

—¡Espera! —gritó Adam.

Se lanzó a por su mochila, notando cómo el taller se oscurecía más aún. Sus dedos rozaron cuadernos, libros, sobres, bolígrafos, la chocolatina de Gansey… Algo que Adam no pudo identificar se cayó al suelo. Durante un minuto de pánico, creyó que se había dejado la baraja en su habitación.

«No me hará daño. Aunque me asuste, no me hará daño».

Pero el miedo también dolía.

«No creas que Cabeswater lleva razón solo porque se agarra rabietas de vez en cuando», le había dicho Persephone.

La baraja… Adam se agachó, recogió la funda de terciopelo en que la guardaba y la volcó. Persephone le había enseñado varias técnicas de meditación, pero no era el momento de meditar. Tembloroso, mezcló las cartas mientras el aceite que colmaba una palangana bajo el Pontiac empezaba a agitarse como un océano furioso.

Sin perder un segundo, sacó tres cartas y las dejó boca arriba en el suelo de cemento. La muerte, la emperatriz, el demonio.

«Piensa, Adam, piensa, métete en ello…».

Con un zumbido, el fluorescente más cercano desprendió un brillo cegador por un instante antes de apagarse.

El subconsciente de Adam recorrió precipitadamente el consciente de Cabeswater, los dos entrelazados por el extraño trato que habían cerrado.

La muerte, la emperatriz, el demonio. Tres durmientes, sí, sí; eso lo sabía, pero solo necesitaban uno de ellos. Y además, ¿qué le importaba a Cabeswater quiénes más durmieran en la línea ley? ¿Y qué quería de Adam?

Su mente se fijó en una ramificación del pensamiento de Cabeswater y la recorrió hasta llegar al tronco, a las raíces, al suelo. Y allí, en aquella oscuridad de tierra y roca, Adam vio la línea ley, y comprendió dónde se rompía y qué era lo que Cabeswater le pedía que arreglara. Una oleada de alivio lo invadió.

—Entiendo —dijo en voz alta mientras retrocedía y caía sentado en el suelo—. Lo haré esta semana.

El taller volvió de inmediato a la normalidad. La radio estaba sonando de nuevo, sin que Adam se hubiera dado cuenta de cuándo empezaba a hacerlo. Por muy

aterradores que pudieran ser los métodos de comunicación de Cabeswater —apariciones, perros negros, vientos repentinos, caras en los espejos…—, su intención nunca era asustar. Adam lo sabía; pero le resultaba difícil recordarlo mientras, a su alrededor, las paredes se movían, el agua brotaba del interior de las ventanas o una mujer imaginaria le sollozaba al oído.

Pero aquellas cosas siempre acababan en cuanto él comprendía. El único propósito de Cabeswater era llamar su atención.

Soltó el aire con tanta fuerza que las cartas del suelo se movieron un poco. Tenía que volver al trabajo.

Pero.

Acababa de oír algo más. Un ruidito extraño que no tenía razón de ser.

Y sin embargo, algo estaba arañando el portón del taller. Era un sonido fino y rasposo, como de papel al rasgarse. Una garra. Una uña.

«¿Por qué?», se preguntó. Ya lo había entendido y había prometido llevar a cabo la tarea.

Trató de convencerse de que solo era una ramita o una hoja, nada fuera de lo normal.

Pero Henrietta ya no era un lugar normal. Adam ya no era una persona normal.

—He dicho que lo había entendido —dijo en voz alta—. Lo haré esta semana. ¿O es que hay que hacerlo antes?

No hubo respuesta en el interior del taller. En el exterior, sin embargo, algo de movimientos ágiles y repentinos pasó frente a una ventana situada a dos metros del suelo. La luz débil del atardecer iluminó sus escamas.

Sus escamas.

El pulso de Adam se aceleró, y el corazón empezó a golpetearle en el pecho con tanta fuerza que le dolía.

¿No le habría creído Cabeswater? ¿Por qué, si nunca le había fallado? Entre ellos no había normas establecidas, pero sí confianza.

Un nuevo ruidito sonó fuera, junto a la entrada: tic, tic, tic, tic.

El portón se levantó con violencia y se deslizó por los raíles del techo con un estruendo de tren en marcha.

Frente a la oscuridad amoratada y lluviosa de la tarde se recortó la silueta blanquecina de un monstruo. Garras como agujas, picos serrados, alas andrajosas, escamas grasientas. Contravenía de tal modo todo lo que Adam conocía que incluso le resultaba difícil mirarlo.

El terror lo había petrificado. Era un terror que ya conocía, en el que el miedo se fundía con la confusión y la sensación de haber sido traicionado.

Había hecho todo lo que tenía que hacer. ¿Por qué le ocurría aquello ahora, si lo había hecho todo correctamente?

La horrible criatura dio un paso rasposo y deslizante en dirección a Adam.

—Fuera, bicho asqueroso —dijo Ronan Lynch apareciendo en la entrada.

Debía de llevar un rato fuera, pero sus oscuras ropas lo habían camuflado en la penumbra del atardecer. Entró en el taller, con las manos en los bolsillos y Sierra posado en el hombro, y levantó la mano como si se despidiera del pasajero de un barco. La criatura se irguió y levantó la cabeza, abriendo sus picos dentados.

—Vete —dijo Ronan tranquilamente.

La criatura salió y se echó a volar.

Porque no era un monstruo normal, sino uno de los horrores nocturnos de Ronan Lynch: una pesadilla deforme que había cobrado vida. Adam miró cómo se elevaba en la oscuridad, extrañamente elegante ahora que no se distinguía su rostro.

—Dios, Ronan —masculló agachando la cabeza—. Dios. Me has dado un susto de muerte.

Ronan sonrió, sin comprender que el corazón de su amigo estaba a punto de estallar. Adam entrelazó las manos en la nuca y se hizo un ovillo sobre el suelo de cemento, esperando a que se le pasara aquella sensación de muerte inminente.

Oyó cómo el portón traqueteaba y volvía a cerrarse. Sin la brisa helada que entraba desde fuera, la temperatura del taller subió de inmediato.

Una bota le empujó la pierna.

—Levántate, Adam.

—Eres un cabrón —masculló sin levantar la cabeza.

—Levántate. Mi bicho no iba a hacerte nada. No sé por qué estás tan cagado.

Adam se estiró y se sentó en el suelo; su cuerpo volvía lentamente a la normalidad, y ya era capaz de sentirse más enfadado que asustado. Empezó a levantarse.

—¿Sabes, Lynch? En el mundo hay más gente, aparte de ti.

Ronan giró la cabeza para mirar las tres cartas.

—¿Qué es esto?

—Cabeswater.

—¿Qué narices te ha pasado en la cara?

Adam ni siquiera se molestó en contestar.

—¿Por qué venía esa cosa contigo? —preguntó.

—Estuve en Los Graneros. El bicho siguió mi coche cuando me fui.

Ronan rodeó el Pontiac y le echó un vistazo indiferente al motor medio desmontado. Sierra saltó de su hombro y se posó en el bloque del motor, con la cabeza hundida entre las alas.

—Sal de ahí. Hay sustancias tóxicas —le advirtió Ronan.

Adam habría querido preguntarle qué había hecho en Los Graneros durante todas las tardes que había pasado allí últimamente, pero se contuvo. Los Graneros eran un asunto de familia, y nadie tenía por qué meterse en aquellas cosas.

—Iba ya de vuelta a casa, pero vi ese cacharro que llamas coche en el aparcamiento —explicó Ronan—. Así que me pasé a hacerte una visita; lo que sea, con tal de ahorrarme unos minutos con Malory.

—Qué conmovedor.

—¿Qué te parece la idea de investigar la tela de araña de Greenmantle? ¿Posible? ¿Imposible?

—Todo es posible.

—Vale, pues encárgate. Hazlo por mí, ¿quieres?

Adam soltó una carcajada incrédula.

—¿Que me encargue yo? Algunos tenemos que estudiar, ¿sabes?

—¿Estudiar? ¿Para qué?

—¿Para aprobar los exámenes, quizá? ¿Para graduarnos?

Ronan soltó un taco desganado.

—¿Estás tratando de ponerme furioso? —preguntó Adam.

Su amigo agarró una palanca del banco de trabajo que había junto al Pontiac y la examinó, como si estuviera calibrando su potencial como arma.

—Para la gente como nosotros, Aglionby no tiene mucho sentido.

—¿A qué te refieres con eso de «la gente como nosotros»?

—Yo no voy a graduarme para conseguir un trabajo de ejecutivo con corbata, desde luego —Ronan agarró una corbata imaginaria y levantó el brazo como si se ahorcara con ella—. Y tú podrías buscar la manera de beneficiarte de la línea ley, ya que has llegado a un trato con ella.

—Dime, Adam, ¿qué te parece que estoy haciendo ahora mismo? ¿Te das cuenta de dónde estamos?

—Insultantemente cerca de ese Toyota. Ahí es donde estoy.

—No: estás en mi trabajo. Dentro de dos horas, tengo que entrar en mi otro trabajo, donde pasaré las cuatro horas siguientes. Si pretendes convencerme de que no necesito estudiar en Aglionby, después de que me haya matado a trabajar para estar ahí, no te molestes. Echa tu vida a perder, si eso es lo que quieres, pero no quieras arrastrarme contigo para sentirte mejor.

Ronan asomó la cabeza sobre el capó y lo miró con expresión vagamente divertida.

—Vete al carajo, Parrish.

Adam lo fulminó con la mirada.

—Vete a hacer los deberes, Ronan.

—Lo que tú digas. Me piro.

Adam se agachó sobre el banco para coger un trapo con el que limpiarse la grasa de la cara y la oreja. Cuando se incorporó, Ronan ya se había ido. Era como si se hubiera llevado consigo todos los sonidos del taller: el viento había amainado, con lo que las hojas secas ya no crujían, y el dial de la radio se había movido de forma que sonaba un zumbido impreciso. El peligro que parecía flotar en el aire un rato antes había sido sustituido por soledad.

Al acabar la jornada, Adam caminó por el aparcamiento húmedo y frío hasta llegar a su cutre cochecito. Al acomodarse en el asiento del conductor, se dio cuenta

de que ya había algo allí.

Se levantó un poco para alcanzarlo y lo sostuvo bajo la débil luz del techo. Era un tarro de plástico blanco. Lo abrió y vio que contenía una pomada blancuzca que olía a bruma y a musgo. Con el ceño fruncido, volvió a enroscar la tapa y examinó con más detenimiento el exterior del recipiente. En el fondo había una palabra escrita con la letra de Ronan: *manibus*.

Para tus manos.

16

—Gansey, sabes que gozas de todo mi aprecio —comenzó Malory arrellanándose en una silla de escritorio—, pero he de decir que el té que haces es verdaderamente deleznable.

Al otro lado del ventanal, la noche era lluviosa y oscura; tras las negras ramas de los árboles azotados por el viento, las luces de Henrietta parecían oscilar. Gansey, sentado en el suelo, trabajaba en su maqueta del pueblo. No había tenido tiempo de añadir nada nuevo; el escaso tiempo que lograba dedicarle lo empleaba en reparar los daños que había sufrido la maqueta durante el verano. Sin embargo, cada vez era más consciente de que reparar algo era mucho menos satisfactorio que crear.

—No sé qué hago mal, la verdad —admitió—. A primera vista, parece un procedimiento bien sencillo.

—Si no me espantara entrar en ese cuarto de baño que llamáis cocina, te asesoraría —respondió Malory—. Pero cada vez que me meto en ese antro, tengo miedo de no volver a salir.

Gansey echó un grumo de pegamento en una escalerita de cartón, la fijó en su sitio y levantó la mirada. El Perro lo observaba con los ojos entrecerrados. El animal tenía razón: la escalera estaba un poco torcida. Gansey la enderezó con cuidado.

—¿Mejor así? —preguntó.

—No le hagas caso —dijo Malory—. Sufre de los nervios. Te diré, Gansey, que estoy perplejo por la falta de reflexión con la que has encarado el hecho de que Glendower lleve seis siglos aletargado.

—Sí que he reflexionado sobre ello —replicó Gansey—. Bueno, he hecho conjeturas; no tengo modo de comprobar la validez de mis teorías. Además, por interesante que resulte, en última instancia carece de relevancia.

—Como estudioso de la materia, disiento, y tú también deberías hacerlo.

—¿Sí?

—Según tus propias suposiciones, Glendower se trasladó hasta esta zona viajando por una línea ley. Una recta perfecta que atravesaba el mar; todo un logro, en mi opinión. Parece un procedimiento un tanto complicado para ocultar un príncipe… ¿Por qué no esconderse en una línea ley galesa?

—Porque los ingleses no habrían descansado hasta encontrarlo —repuso Gansey

—. Gales es pequeño para guardar un secreto así.

—¿Te parece? Tú y yo hemos recorrido Gales. ¿Te parece que en esas montañas no hay sitios en los que Glendower podría haberse ocultado?

Gansey lo pensó. No, no se lo parecía.

—Entonces, ¿por qué viajar a casi cinco mil kilómetros de distancia, hasta un mundo nuevo en el que nadie es capaz de hacer una taza de té aceptable? —preguntó Malory, arrastrando la silla para acercarse a los mapas que había extendidos sobre la mesa de billar.

Gansey se puso a su lado y vio cómo el profesor deslizaba el dedo por el océano de papel, desde Gales hasta el puntito que representaba Henrietta.

—¿Por qué se propondrían la tarea casi imposible de cruzar el océano sin salirse de una línea recta? —insistió Malory.

Gansey se quedó callado. Aunque el mapa no tenía nada escrito, no podía dejar de ver en él todos los lugares en los que había estado. Fuera, el viento se avivó de repente, aplastando las húmedas hojas contra los cristales del ventanal.

—Líneas ley, caminos de muertos, *doodwegen*, si haces caso a los holandeses, aunque quién les hace caso hoy día… En fin, esas son las rutas que se han usado siempre para transportar a los cadáveres —prosiguió Malory—. Los portadores de los ataúdes las seguían para mantener intacta el alma de los fallecidos. Si su trayectoria se desviaba, el alma se inquietaba y podía quedarse rondando por el lugar, o algo peor. Así que, cuando la comitiva de Glendower lo trajo sin desviarse de la línea recta, lo estaban tratando como a un cadáver.

—Entonces, ya estaba dormido cuando salió de Gales —repuso Gansey, aunque la palabra «dormido» ya no le parecía adecuada para expresar aquello.

La vino a la mente un recuerdo; no era un suceso real, sino una visión que había tenido en Cabeswater. Glendower tumbado en su ataúd, con los brazos cruzados sobre el pecho, la espada junto a una mano y una copa junto a la otra. Y él mirándolo, con la mano suspendida sobre su casco, tan temeroso como extasiado ante el rostro de aquel rey que llevaba seis siglos de espera.

—Querían mantener su cuerpo y su alma juntos —concluyó Gansey.

—Exacto. Y ahora que estoy aquí, después de ver vuestra línea… Creo que si emprendieron la travesía fue, precisamente, para llegar a este lugar —Malory dio unos golpecitos en el mapa.

—¿A Virginia?

—A Cabeswater.

La palabra pareció quedar suspendida en la sala.

—O, si no exactamente a Cabeswater, a un lugar con sus características —continuó Malory—. Tal vez se limitaran a ir sondeando la energía hasta hallar un sitio con la fuerza suficiente para mantener su alma aletargada durante siglos, o al menos durante un periodo más largo del que esperaban vivir los miembros de su comitiva.

Gansey reflexionó durante unos segundos.

—Sabemos que hay tres durmientes, Glendower y otros dos —dijo—. Supongo que esto explicaría la presencia de los otros. Quizá haya habido intentos de aletargar a otras personas en lugares diferentes, pero todos hayan fracasado… excepto en Cabeswater.

Aquella idea le provocó un estremecimiento: confiar que ibas a entrar en un largo sueño, para acabar siendo enviado a una muerte accidental.

Los dos observaron el mapa un buen rato.

—Me voy a la cama —dijo Malory al fin—. ¿Saldremos mañana a explorar, o puedo irme a la otra Virginia por mi cuenta para examinar la cartografía?

—¿La otra Virginia…? Ah, la occidental —comprendió Gansey—. Creo que podremos salir juntos cuando acabe las clases.

—Excelente.

Malory salió de la estancia acompañado por el Perro, abandonando su inaceptable taza de té en la mesa de billar.

Gansey se quedó inmóvil en medio de la sala. Al cabo de un rato, se preguntó cuánto tiempo llevaría allí de pie. ¿Un minuto? ¿Una hora? Se sentía desorientado, sin saber bien si se encontraba en el presente o un año atrás. Era parte de aquella sala, tanto como el telescopio o los montones de libros. Inmutable. Incapaz de cambiar.

No lograba decidir si estaba cansado o si estaba cansado de esperar.

Se preguntó dónde se habría metido Ronan.

No llamó a Blue.

—Mira lo que he encontrado.

Gansey dio un respingo en el momento en que reconoció la voz de Noah. El chico muerto estaba sentado al estilo indio sobre el colchón de Gansey, en mitad de la sala. A Gansey le alivió comprobar que había recobrado su aspecto de costumbre. En las manos sujetaba algo, una pella de arcilla oscura que había moldeado hasta convertirla en el negativo de un hombrecillo de nieve.

—Frosty, el hombre de arcilla —bromeó Noah—. Lo he cogido de la habitación de Ronan. Está hecho de una pasta que se derrite.

Gansey lo observó más de cerca mientras se sentaba frente a Noah e imitaba su postura.

—¿La sacó de un sueño?

—No, creo que la compró en una gasolinera. Contiene fragmentos de metal, o algo así —respondió Noah—. Mira, hay un imán en la base. Dentro de un rato, se habrá escurrido hacia abajo hasta tragarse el imán.

Los dos lo miraron, callados. Y siguieron mirándolo. A Gansey le llevó más de un minuto convencerse de que tal vez fuera cierto lo de la arcilla y el imán.

—¿Se supone que es un juguete? —preguntó Gansey.

—Para mayores de seis años.

—Como juguete, es lo peor que he visto en mi vida.

Noah lo miró con una sonrisa de oreja a oreja y luego dijo:

—No sirve para una mierda.

Los dos se echaron a reír a carcajadas al oír las palabras de Ronan saliendo de la boca de Noah. Gansey volvió a mirar la figura: la arcilla ya había engullido el imán, sin que él se hubiera dado cuenta de que se movía.

—¿Cómo es ese refrán que habla de ir despacio? —preguntó Noah—. Vísteme despacio…

—… Que tengo prisa —remató Gansey—. Noah, por favor, no te vayas. Te voy a hacer una pregunta, y no quiero que te marches como haces siempre.

El chico muerto levantó la cabeza para encontrar la mirada de Gansey. Aunque no resultaba translúcido ni extraño en modo alguno, aquella luz le daba un aspecto inquietante. Tal vez fueran sus ojos, que no parpadeaban.

«Ese podría ser yo. Ese tendría que haber sido yo».

—¿Le oíste al… al morir? —preguntó Gansey; y aunque se arrepintió de haberlo dicho antes de acabar, insistió—. ¿Oíste una voz, como yo?

Noah se llevó la mano a la mejilla emborronada, con expresión ausente. Luego negó con la cabeza.

Los dos, Gansey y Noah, habían yacido agonizantes al mismo tiempo en la línea ley. Entonces, ¿por qué la línea había decidido que Gansey viviese y Noah muriera? Se mirase como se mirase, su muerte era la más absurda: lo habían asesinado porque sí. A Gansey, sin embargo, le había alcanzado una muerte que llevaba más de una década zumbando a su alrededor.

—Creo… Creo que Cabeswater quería despertar —dijo Noah—. Y sabía que yo no haría lo necesario para conseguirlo, pero que tú sí lo harías.

—¿Cómo iba a saberlo?

Noah volvió a sacudir la cabeza.

—Cuando el tiempo avanza en círculos y no en línea recta, es fácil saber muchas cosas.

—Pero… —empezó a protestar Gansey, y se detuvo al darse cuenta de que no sabía cómo continuar.

En realidad, lo que le hacía rebelarse era la lenta agonía que había sufrido Noah, y no parecía haber nadie a quien quejarse por aquello. Se tocó la oreja, sintiendo que los fantasmas de aquellas avispas volvían a caminar sobre ella.

—Cuando encontremos a Glendower —dijo—, le pediré que deshaga lo que te pasó. Ese será mi deseo.

No le gustaba decirlo en voz alta; no porque fuera mentira, sino porque no sabía bien cómo funcionaría aquello o si funcionaría en absoluto, y no quería hacer promesas falsas.

Noah hundió un dedo en el grumo de arcilla. Ya no recordaba en nada a un hombre de nieve; si Gansey aún lo reconocía era porque lo había visto antes.

—Ya lo sé, y te lo agradezco…

—¿Pero?

—No tengas miedo —dijo Noah de improviso.

Extendió la mano para despegar los dedos de Gansey de su oreja, y él se los miró, sorprendido: ni siquiera se había dado cuenta de que los tuviera aún allí. Noah se inclinó hacia delante y, acariciándole la oreja con su fresco aliento de fantasma, le susurró al oído:

—No tienes nada ahí. Solo estás cansado.

Gansey contuvo un estremecimiento.

Y luego, porque Noah era quien era, fue capaz de admitirlo:

—No sé qué voy a hacer si lo encuentro, Noah. No sé quién seré cuando deje de buscarlo. No tengo ni idea de cómo volver a ser esa persona.

Noah alargó el brazo y le entregó a Gansey el pegote de arcilla.

—Eso es exactamente lo que siento yo cuando pienso en estar vivo otra vez.

17

—Busca en mi futuro —pidió Blue mientras se sentaba de golpe frente a Cala, que había cubierto de facturas la mesa del cuarto de los clientes.

El 300 de Fox Way estaba insoportablemente ruidoso esa noche; Orla y su madre, Jimi, estaban atendiendo a sendos grupos, y Trinity —que era hermana, prima o amiga de Jimi; Blue no estaba segura de qué, exactamente— había llevado a unos cien niños y les estaba enseñando a hacer jabón. El cuarto de los clientes era el lugar más tranquilo de la casa.

—Dime si en mi futuro próximo soy huérfana —insistió Blue.

—Déjame en paz. Estoy ocupada —le espetó Cala mientras apretaba varias teclas en la calculadora.

Hasta hacía poco, Maura la ayudaba a poner en orden las finanzas de la casa: mientras Cala manejaba la calculadora como una buena adulta, Maura se sentaba a lo indio sobre la mesa, junto a ella. Pero Maura ya no estaba.

—¿Sabes qué? Creo que no tienes ni idea —replicó Blue—. Eso es lo que te pasa. Persephone y tú os pasáis la vida lanzándome sermones y diciendo que Maura tiene que encontrar su lugar en el mundo, bla, bla, bla, y lo que ocurre es que no sabéis qué le ha podido pasar.

—Tengo que resolver este papeleo —dijo Cala—. Y tú me estás dando la lata. Déjame en paz.

Blue agarró un puñado de facturas y se las tiró a la cara.

Cala la miró sin decir nada entre los papeles que revoloteaban.

Los papeles cayeron sobre la mesa.

Blue y Cala se miraban fijamente.

—Lo siento mucho —musitó Blue, cabizbaja—. De verdad.

Empezó a ordenar las facturas, pero Cala la agarró de la muñeca.

—No.

Los hombros de Blue se hundieron un poco más.

—Mira, esto no es fácil para ninguna —prosiguió Cala—. Tienes razón: nunca hemos sido capaces de ver lo que ocurre dentro de Cabeswater, y ahora que estamos solo Persephone y yo, también nos resulta difícil ver todo lo demás. Por no hablar de lo que nos cuesta ponernos de acuerdo sin una mediadora… Sobre todo, cuando

nuestros desacuerdos son precisamente acerca de la mediadora —un destello atravesó su mirada—. Te voy a decir una cosa: hay tres durmientes.

—Ya me lo habías dicho. Me lo ha dicho todo el mundo.

—Bien: pues creo que vuestro trabajo es despertar a uno de ellos, y que el trabajo de Maura es no despertar a otro de ellos.

—Hay dos trabajos y tres durmientes.

—Persephone y yo no acabamos de ponernos de acuerdo en cuanto a la existencia de un tercer trabajo.

—Vamos a ver, ¿de qué tipo de trabajo estamos hablando? ¿De uno con un sueldo a fin de mes, en el que ponen una foto nuestra en una pared del bosque mágico, con un cartel de «Mejor Empleada de la Era»?

—De uno que, al llevarlo a cabo, restaure el equilibrio de forma que todos podamos vivir felices para siempre, etcétera.

—Pues suena fenomenal, salvo por un par de cosillas. Punto uno: ¿qué pasa con el durmiente del medio? Punto dos: es imposible completar un trabajo negativo, así que ¿cuándo va a saber mi madre que ha logrado NO despertar a alguien? Punto tres: ¿sigue implicando todo esto que Gansey muera? Porque, punto catorce: esta no es mi idea de vivir felices para siempre, etcétera.

—Lamento que hayamos empezado esta conversación —dijo Cala empezando a amontonar facturas.

—Punto quince: no quiero ir al instituto.

—Pues no vas a dejar los estudios, así que lo siento por ti.

—No he dicho que quiera dejar los estudios. Lo que pasa es que, ahora mismo, tengo la motivación bajo mínimos. La moral de la tropa es baja. Los soldados se niegan a ir a una escuela universitaria pública.

Cala aporreó el teclado de la calculadora. En su cara había una expresión no especialmente compasiva.

—Los soldados no deberían lloriquearle a alguien que se mató a trabajar para ir a una escuela universitaria pública.

—¿Me vas a hacer una escena en plan «de pequeña yo iba andando a la escuela y el camino era cuesta arriba a la ida y a la vuelta»? Porque si vas a…

—Te voy a hacer una escena en plan de «no sé quién te has creído que eres para venirme con estas ñoñeces, Blue Sargent».

Blue resopló y se levantó, súbitamente avergonzada.

—Mejor lo dejamos. ¿Dónde está la lista de nombres que recogimos en el cementerio?

—Eso no va a impedir que Gansey muera.

—Cala…

—Creo que está en la caja que hay sobre la nevera.

Blue salió del estudio a grandes zancadas, entró en la cocina y, esquivando una horda de niños que fabricaban jabón, arrastró una silla hasta el frigorífico. Como Cala

había supuesto, los cuadernos del cementerio estaban guardados allí, en una caja. Blue la agarró sin molestarse en sacar el cuaderno que buscaba, sorteó a los atareados chavales y salió al patio por la puerta de atrás.

Fuera se estaba mucho más tranquilo. Lo único que había eran algunos crisantemos a la espera de que los plantaran, la enorme haya con su amplia copa amarillenta y el Hombre de Gris.

Estaba tan silencioso, sentado en una de las sillas plegables, que Blue no advirtió su presencia hasta que se acercó a la silla contigua.

—¡Ah, perdón! ¿Prefieres estar solo? Puedo meterme otra vez en casa, si quieres.

Él la observó con expresión pensativa y luego inclinó hacia ella su vaso de cerveza, del que apenas había bebido.

—No, tranquila; el intruso soy yo. Debería ser yo quien te preguntase si quieres estar sola en tu patio.

Blue desechó su comentario con un gesto y se sentó. La noche olía a almizcle y a humedad, a lluvia y a humo de hogueras fallidas. Los dos estuvieron un rato en silencio, Blue revisando los cuadernos y el Hombre de Gris sujetando su cerveza. Cuando se levantó una brisa fresca, él se quitó la chaqueta y se la ofreció a Blue sin darle mayor importancia.

—¿Qué es eso que hojeas? —le preguntó mientras ella se ponía la chaqueta sobre los hombros—. Sonetos, espero.

Blue tamborileó con los dedos sobre una página, pensando en la mejor forma de resumirlo.

—Todos los años, en mayo, pasamos una noche en vela para ver los espíritus de las personas que morirán durante el año siguiente. Les preguntamos su nombre y, si vienen a vernos luego, les decimos que hemos visto su espíritu para que puedan poner en orden sus asuntos. Esta es la lista del año pasado.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, sí. Es que se me ha colado una pestaña en el ojo —respondió Blue secándose una lágrima—. ¿Por qué pones esa cara?

—Porque me deslumbran las implicaciones éticas y espirituales de lo que acabas de contar.

—Sí, ¿verdad? —repuso Blue, levantando la lista de nombres más reciente para aprovechar la luz de la cocina—. Vaya por Dios.

—¿Qué?

Blue acababa de encontrar lo que buscaba: JESSIE DITTLEY. Estaba mal escrito, pero era inconfundible.

Se arrellanó en la silla.

—Gansey y yo conocimos el otro día a un hombre, y me pareció que su nombre me sonaba de algo.

—Y está ahí.

—Sí. La cosa es que no sé si va a morir porque hemos entrado en su vida, o si

morirá en caso de que no entremos, o si da igual porque se va a morir de todas formas.

El Hombre de Gris apoyó la nuca en la parte superior del respaldo y observó las nubes bajas, iluminadas por las luces de Henrietta.

—El destino contra el mero pronóstico del futuro, ¿no es eso? Supongo que tú sabes más que yo acerca de cómo funcionan estas cosas.

Una nueva ráfaga de viento agitó las hojas del haya. Blue se arropó con la chaqueta.

—Solo sé lo que me han contado.

—¿Y qué te han contado?

A Blue le gustaba la forma en que el Hombre de Gris hacía preguntas, como si le interesara más charlar con ella que obtener información. Por extraño que fuese, la compañía de aquel hombre le resultaba más cómoda y consoladora en aquel momento que la de Cala o la de Persephone.

Los ojos le escocieron; se le debían de haber metido más pestañas.

—Mi madre dice que es como un recuerdo —dijo—, solo que aún no ha ocurrido. Una especie de memoria del futuro. Porque el tiempo no es… —Trazó una línea recta con la mano—, sino… —Trazó un círculo—. Si lo vemos de ese modo, la cuestión no es si podemos cambiar el futuro o no; es que, si vemos el futuro, tal vez ya refleje los cambios que hemos hecho al verlo. Uf, yo qué sé… Mi madre siempre dice a sus clientes que sus pronósticos son una promesa, no un compromiso. Y las promesas se pueden romper.

—Los compromisos también —repuso el Hombre de Gris con ironía—. ¿Está Maura en la lista?

Blue negó con la cabeza, sorprendida por la pregunta.

—No. Mi madre nació en Virginia Occidental, y los espíritus que vemos todos los años pertenecen a gente que ha nacido en las cercanías.

O renacido, en el caso de Richard Gansey Tercero.

—¿Me dejas ver la lista? —preguntó el Hombre de Gris.

Blue se la entregó y observó el temblor de las hojas del haya mientras él revisaba las páginas. Le encantaba aquel árbol. De pequeña, salía a menudo para apoyar las manos en su corteza suave y fresca, o para sentarse entre el amasijo de raíces que asomaba de la tierra. En cierta ocasión, le había escrito una carta y la había metido en un plumier que encajó entre dos raíces. Con los años, las raíces habían crecido hasta engullir el plumier. Blue deseó volver a ver aquella carta; recordaba su existencia, pero no su contenido.

El Hombre de Gris se había quedado inmóvil.

—¿Gansey? —preguntó en voz baja.

Era el último nombre de la última página.

Blue se mordió el labio inferior.

—¿Lo sabe él?

Blue sacudió ligeramente la cabeza. No.

—¿Sabes cuándo será?

No.

Los ojos del Hombre de Gris pesaron sobre ella por un instante. Luego suspiró y asintió con la cabeza, y Blue notó la solidaridad del que también había quedado atrás, del que tampoco estaba en la lista.

—Muchas promesas se rompen, Blue —dijo al fin, y luego dio un trago a su cerveza.

Blue dobló la hoja de papel de forma que ocultara las palabras JESSIE DITTLEY y luego volvió a alisarla.

—¿Quieres a mi madre? —preguntó en la oscuridad.

El Hombre de Gris levantó la mirada hacia el oscuro encaje de las hojas y asintió.

—Yo también —repuso Blue.

Él se miró los dedos con aire sombrío y flexionó el índice.

—No era mi intención poner en peligro a tu familia —dijo.

—Ya lo sé. No creo que nadie te eche la culpa.

—Tengo que tomar una decisión —dijo él—. O trazar un plan, una de dos. El domingo lo decidiré.

—¿Por qué el domingo?

—Porque esa fecha era muy importante para mí —contestó el Hombre de Gris—. Me parece adecuado que sea el día en que comenzaré a ser la persona que Maura cree que puedo ser.

—Espero que Maura crea que eres una persona capaz de encontrar madres perdidas —repuso Blue.

El Hombre de Gris se levantó y se estiró.

—*Helm sceal cenum, ond a þœs heanan hyge hord unginnost*.

—¿Significa eso «Voy a ser un héroe»?

Él sonrió.

—«El corazón de un cobarde no es un premio digno, pero el hombre de valor merece su casco reluciente».

—Lo que he dicho yo, ¿no? —replicó Blue.

—En esencia, sí.

18

Gansey no podía dormir.

Dado que Blue no tenía teléfono móvil, era imposible romper las reglas y llamarla. Así que, en vez de hacerlo, había empezado a tumbarse en la cama todas las noches, con los ojos cerrados y las manos apoyadas sobre el teléfono, a la espera de que ella le llamara desde aquella habitación que hacía de centralita telefónica, de cuarto de costura y de guarida del gato de su casa.

«Para», se dijo una vez más. «Deja de desear que…».

Su teléfono vibró.

Se lo llevó a la oreja.

—Sigues sin ser el Congreso, por lo que veo.

Gansey se despertó del todo.

Echó un vistazo a la puerta del cuarto de Ronan, y luego recogió sus gafas y su diario y se levantó. Se encerró en la sala que servía de cocina, baño y lavadero y se sentó delante de la nevera.

—¿Gansey?

—Estoy aquí —contestó en voz baja—. ¿Qué sabes de la cerceta aliazul?

Una pausa.

—¿De estas cosas habláis en el Congreso cuando está cerrado?

—Sí.

—¿Es un pato?

—¡Bingo! Un punto para Fox Way. ¡El público se vuelve loco! ¿Sabes que cada verano mudan todas las plumas de vuelo y pierden durante un mes la capacidad de volar?

—¿No les pasa lo mismo a todos los patos? —preguntó Blue.

—No sé. ¿Les pasa?

—¿Ves? Este es el problema del Congreso.

—No te pongas irónica conmigo, Sargent —repuso Gansey—. Jane. ¿Y sabías que la cerceta aliazul debe ingerir cien gramos de proteínas para reemplazar los sesenta gramos de plumas procedentes del cuerpo y de la cola que pierde cada año?

—Pues no.

—Eso supone un total de unos treinta y un mil invertebrados.

—¿Estás leyéndolo?

—No —Gansey cerró de golpe su diario.

—Bueno, pues ha sido muy instructivo.

—Siempre lo soy.

—Es cierto.

Volvió a hacerse el silencio, y Gansey se dio cuenta de que Blue había colgado. Se recostó en la nevera y cerró los ojos; se sentía culpable, reconfortado, exaltado, contenido. En veinticuatro horas, volvería a anhelar que pasara algo como lo que acababa de ocurrir.

«Sabes que no debes sabes que no debes sabes que no debes…».

—¿Se te ha ido la pinza, tío? —dijo Ronan.

Los párpados de Gansey se abrieron justo en el momento en que se encendían las luces. Ronan se quedó de pie en el umbral, con los cascos alrededor del cuello y Sierra encorvado sobre su hombro como un matón amistoso. Aunque sus ojos se detuvieron en el teléfono que reposaba junto a la pierna de Gansey, no preguntó, y tampoco Gansey dijo nada. Ronan habría detectado una mentira al instante, y la verdad no era confesable. Durante varios meses, tras la introducción de Adam en el grupo, los celos habían destrozado a Ronan. Y esto le dolería aún mucho más que aquello.

—No podía dormir —dijo sin mentir, y luego, tras una pausa, añadió—: No estarás pensando en matar a Greenmantle, ¿verdad?

Ronan levantó la barbilla y esbozó una sonrisa afilada y carente de humor.

—No. Se me ha ocurrido una opción mejor.

—Me pregunto si quiero saber cuál es… ¿Implica aceptación, o una venganza sin sentido?

—No es asunto tuyo, Gansey.

Ronan era mucho más peligroso cuando no estaba enfadado.

Y Gansey ya sabía la respuesta a su pregunta: no, prefería no saber.

Ronan abrió la puerta de la nevera desplazando a Gansey, que seguía apoyado en ella. Metió la mano y sacó un refresco para él y una salchicha para Sierra. Luego volvió a mirar a su amigo, que estaba tratando de ignorar los ruidos que hacía el cuervo al engullir su cena tardía.

—He encontrado una canción buenísima —dijo—. ¿Quieres oírla?

Gansey se encogió de hombros y asintió, aunque los gustos musicales de Ronan y los suyos rara vez coincidían.

Ronan se quitó los cascos del cuello y se los puso a Gansey. Tenían un olor polvoriento, seguramente por la proximidad de Sierra.

La música empezó a sonar por los auriculares: *Squash one, squash tw…*

Gansey se quitó los cascos de un tirón mientras Ronan rompía a reír como un maniaco, coreado por Sierra. Los dos parecían de lo más divertidos.

—Eres un ser despreciable —masculló Gansey—. Despreciable. Has traicionado

mi confianza.

—Es la mejor canción del mundo —replicó Ronan sin aliento, y soltó otra carcajada—. Hala, pájaro, vámonos para dejar que este hombre cene tranquilo.

Al salir de la cocina, Ronan volvió a apagar las luces. Gansey escuchó en la oscuridad cómo se alejaba en dirección a su cuarto, silbando el resto de la canción.

Se puso en pie, recogió su diario y su teléfono y regresó a la cama. La sensación de culpa y la preocupación ya se habían disipado cuando su cabeza tocó la almohada. Solo quedaba la felicidad.

19

A Gansey se le había olvidado cuánto tiempo consumían los estudios. Tal vez fuera porque ahora tenía muchas otras cosas que hacer, aparte de esa, o quizá se debiera a que ya no podía dejar de pensar en los estudios aunque estuviera en otra cosa.

«Greenmantle».

—¡Dick! ¡Gansey! ¡Gansey, muchacho! ¡Richard Campbell Gansey Tercero!

Las clases ya habían terminado, y el Gansey en cuestión caminaba por la columnata que rodeaba el edificio de la escuela en dirección a las oficinas. Aunque era vagamente consciente de los gritos, su mente estaba demasiado concentrada en otras cosas para darse cuenta de que lo llamaban a él. Una parte de sus pensamientos estaba ocupada con Greenmantle; otra, con la desaparición de Maura; otra, con las conjeturas de Malory sobre la línea ley perpendicular; otra, con la cueva de los cuervos; otra, con la posibilidad de que, en siete horas, tal vez Blue volviera a telefonearle. Y la última, una parte ansiosa que no dejaba de crecer, estaba absorta en el color del cielo otoñal, en la hojarasca del suelo, en la sensación de que el tiempo pasaba sin recuperación posible, que corría y se desenrollaba y pronto se agotaría.

Aquel día los habían dejado prescindir del uniforme para celebrar la victoria del colegio en un concurso regional de preguntas y respuestas, y la variedad de los atuendos, por alguna razón, acrecentaba la ansiedad de Gansey. Sus compañeros se paseaban por el recinto vestidos con plumas sin mangas, pantalones de cuadros y jerséis de marca. Verlos le recordaba a Gansey que estaba existiendo en el presente, y solo en el presente. Los demás demostraban a las claras que eran habitantes de un siglo, de una década, de un año, de una estación, de un nivel de renta determinados. Eran relojes humanos. Solo cuando regresaran a sus jerséis idénticos de cuello de pico, Aglionby volvería a escapar del tiempo y todos los tiempos volverían a parecer el mismo, a ojos de Gansey.

A veces, se sentía como si hubiera pasado los últimos siete años de su vida buscando lugares que le hicieran sentir así.

«Greenmantle».

Todas las mañanas de aquella semana habían comenzado con Greenmantle de pie frente a la pizarra, mirándolos con su eterna sonrisa. Ronan había dejado de ir a primera hora. No podría graduarse si suspendía latín, ¿pero acaso podía culparle

Gansey por faltar?

Las paredes se desmoronaban.

Adam le había preguntado a Gansey para qué quería ir al departamento de administración, y Gansey le había mentido. No pensaba reñir más con Adam Parrish.

—¡Ganseeeeeeeeeey!

La noche anterior, el Hombre de Gris le había dicho a Ronan: «Suéñame un Greywaren para entregárselo a Greenmantle».

«¿Quieres entregarle a ese tipo las llaves de Cabeswater? ¿Es eso lo que me pides?», contestó Ronan.

De modo que estaban en un punto muerto.

—¡Eh, Gansey, tío! ¡DICK!

Ronan giró sobre sus talones y retrocedió para encararse al que gritaba.

—Ahora no, Cheng —dijo abriendo los brazos—. El rey está ocupado.

—No hablaba contigo, Lynch. Necesito a alguien que tenga alma.

La boca de Ronan se torció en un rictus sarcástico que sacó a Gansey de su ensimismamiento y lo devolvió al presente. Tras echar una mirada a sus zapatos y otra a su reloj, se dio la vuelta y se acercó a Henry, que estaba sentado tras una mesa plegable situada entre dos columnas, con el pelo tan revuelto como una hoguera negra.

Los dos chocaron amigablemente los cinco sobre la mesa. Tenían algunas cosas en común. Antes de renunciar a ello el otoño anterior, Gansey había sido capitán del equipo de remo, y Henry se había apuntado una vez al equipo de remo mientras desayunaba (para borrarse a la hora de la cena). Gansey había estado en Ecuador; Henry, en cierta ocasión, había hecho de modelo en una sesión de fotos junto a un caballo llamado Ecuador in Love. Gansey había muerto por picaduras de avispa; la familia de Henry poseía una empresa especializada en diseñar abejas robóticas de última tecnología.

En suma, los dos se caían bien, aunque no fueran amigos. Henry se pasaba los días con la panda de Vancouver, mientras que Gansey se pasaba los días pensando en reyes galeses muertos.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Cheng? —preguntó Gansey con amabilidad.

Henry extendió una mano hacia él.

—¿Lo ves, Ronan? Así es como se habla a una persona. Me alegro de que me hagas esa pregunta, Gansey. Lo cierto es que necesito tu ayuda. Mira, firma esto.

Gansey observó el papel que le ofrecía. El lenguaje era un tanto farragoso, pero parecía tratarse de una petición para establecer un consejo de alumnos elegidos por sus compañeros.

—¿Quieres que vote para pedir el derecho al voto?

—Has captado la línea fundamental de mi argumentación mucho más rápido que el resto de nuestros compañeros. No me extraña que salgas tanto en la revista del colegio.

Henry le pasó un bolígrafo, y al ver que Gansey no lo aceptaba de inmediato, le ofreció un rotulador y luego un lápiz.

Gansey no aceptó ninguno de ellos. Estaba tratando de averiguar si firmar la petición supondría algún tipo de compromiso por su parte.

Rex Corvus, parate Regis Corvi.

—Vamos, Gansey —insistió Henry—. Si tú apoyas esto, todos me harán caso. Tu voto cuenta el doble porque eres un tipo blanco con un pelazo espectacular. Eres el chico dorado de Aglionby. La única forma de que puntúes aún más alto es que tu madre consiga ese escaño.

Ronan se volvió hacia Adam y esbozó una sonrisita de suficiencia. Gansey se frotó el labio inferior con el pulgar, incómodamente consciente de que Henry decía la verdad; nunca lograría saber qué parte de sus logros provenía de sus propios méritos, y qué parte le venía dada por su pedigrí de oro. Aquello siempre le había molestado un poco.

Y ahora le molestaba mucho.

—De acuerdo, firmaré, pero me niego a que me elijan para el consejo —dijo, aceptando el bolígrafo—. Ya tengo demasiadas cosas que hacer.

Henry se frotó las manos.

—Como tú mandes, viejo amigo. ¿Parrish?

Adam se limitó a sacudir la cabeza con actitud lejana y ecuánime. Henry no insistió.

—¿Lynch? —preguntó.

La mirada de Ronan osciló entre Adam y Henry.

—Creí que habías dicho que no tengo alma.

Gansey lo miró; en ese momento, no se parecía en absoluto al típico chico de Aglionby. Con su cabeza afeitada, su cazadora de cuero negro y sus vaqueros caros, tenía un aspecto del todo adulto. Era como si, aquel verano, el tiempo hubiera arrastrado a Ronan un poco más deprisa que al resto de ellos.

«¿Quiénes son estos dos chicos?», se preguntó. «¿Qué estamos haciendo?».

—Bueno, parece que la política ya ha empezado a erosionar mis principios —repuso Henry.

Ronan seleccionó un rotulador de punta gruesa y se inclinó sobre la petición. Escribió «ANARQUÍA» en letras enormes y luego le tiró el rotulador a Henry.

—¡Eh! —exclamó este mientras el rotulador le rebotaba en el pecho—. ¡Eres un macarra!

—La democracia es una farsa —replicó Ronan, y Adam sonrió para sí al oírlo.

Era una sonrisa teñida de sarcasmo, un gesto que indicaba el conocimiento de algo que el interlocutor no sabía; una expresión, de hecho, que Adam muy bien había podido aprender de Ronan.

Gansey le lanzó una mirada compasiva a Henry.

—Perdona —dijo, señalando a Ronan con un ademán—, es que hoy no ha hecho

suficiente ejercicio. O tal vez sea su dieta, que es inadecuada. En cualquier caso, enseguida me lo llevo.

—Cuando me nombren presidente —le dijo Henry a Ronan—, haré que tu jeta sea ilegal.

Ronan esbozó una sonrisa fina y oscura.

—La justicia civil es una farsa.

Mientras se alejaban por la sombreada columnata, Gansey se volvió hacia Ronan.

—¿Alguna vez has considerado la posibilidad de que te estés convirtiendo en un gilipollas? —le dijo.

Ronan dio una patada a un trozo de grava, que rebotó por el suelo de ladrillo antes de desaparecer en el césped de fuera.

—Según los rumores, el padre de Cheng le regaló un Fisker por su cumpleaños y él no se atreve a conducirlo. Quiero comprobar si es cierto. La gente dice que ha venido a Aglionby en bici.

—¿Desde Vancouver? —preguntó Adam.

Gansey frunció el ceño al ver un par de chavales de noveno curso, imposiblemente jóvenes, que atravesaban el césped a la carrera. ¿De verdad había sido él así de joven? Se acercó a la puerta del despacho del director y llamó. «¿Voy a hacer esto?». Sí, iba a hacerlo.

—¿Me esperáis aquí?

—No —contestó Ronan—. Parrish y yo vamos a dar una vuelta en coche.

—¿Ah, sí? —preguntó Adam.

—Estupendo —repuso Gansey, aliviado de que sus amigos fueran a hacer algo distinto de preguntarse por qué querría hablar con el director o de sospechar que, una vez más, Gansey estaba haciendo de las suyas—. Nos vemos luego.

Y antes de que ellos pudieran responder, entró en el despacho y cerró la puerta.

20

Ronan llevó a Adam a Los Graneros.

Desde la desastrosa fiesta del cuatro de julio, Ronan había a empezado a escabullirse a la casa de su familia. No ofrecía explicaciones y siempre volvía tarde. Adam respetaba demasiado los secretos para inmiscuirse, pero no podía negar que estaba intrigado.

Y ahora, parecía que su curiosidad iba a verse satisfecha.

A Adam siempre le habían desconcertado Los Graneros. Tal vez la finca de los Lynch no mostrara la pátina de opulencia que cubría la casa de Gansey, pero lo compensaba de sobra con su claustrofóbico aire de cosa pasada. Aquellos campos salpicados de cobertizos eran una isla a la que no contaminaba el resto del valle, concebida por la imaginación de Niall Lynch y frecuentada por sus sueños.

Era otro mundo.

Ronan condujo por el estrecho camino de entrada, que atravesaba un terraplén y un bosquecillo de árboles retorcidos. Entre los troncos asomaban hojas escarlatas de hiedra venenosa y frambuesas silvestres, rojas como gotas de sangre. Todo lo demás era de color verde: las copas de los árboles, tan espesas que ocultaban el sol del mediodía, la hierba que ondeaba en los claros, el húmedo musgo que cubría las piedras.

Salieron del bosque y entraron en los prados vallados. Aquí, los colores eran aún más saturados: verde y dorado en los pastos; rojo y blanco en los cobertizos; rosas densos y otoñales suspendidos de los enmarañados arbustos; lilas desvaídos y somnolientos en las montañas que asomaban tras las copas de los árboles. En la arboleda que se extendía a un lado del camino brillaban cientos de manzanas amarillas como la mantequilla fresca. En el otro lado, la hierba estaba salpicada de flores de un azul imposible, sin duda soñado. Todo parecía salvaje, sin procesar.

Así eran los Lynch.

Al final del camino, Ronan hizo un derrape espectacular, y Adam echó mano disimuladamente del agarradero del techo. El BMW resbaló entre una nube de gravilla y se detuvo en la explanada que había frente a la gran casa blanca.

—Un día de estos, te vas a llevar un muro por delante —dijo Adam mientras salía del coche.

—Tienes razón —repuso Ronan, con la mirada puesta en los ciruelos que bordeaban la explanada.

Como siempre que iba allí con él, Adam se maravilló de lo cómodo que parecía Ronan en aquel lugar. El aire seguro con el que examinaba las ramas en busca de frutos maduros indicaba que ya había hecho aquello cientos de veces. Al verlo allí, era fácil comprender por qué Ronan se había criado en aquel lugar y envejecería sin salir de él: para él, alejarse de allí sería como extirparse el alma.

Adam se permitió imaginar por un momento cómo sería su vida si, en lugar de en un solar polvoriento a las afueras de Henrietta, se hubiera criado en aquellos campos. ¿Cómo sería un Adam Parrish que se atreviera a considerar ese sitio como su hogar? Pero imaginarlo era tan imposible como ver a Ronan de profesor en Aglionby.

No se explicaba que Ronan fuera tan hosco, después de hacer crecido en un lugar tan protegido.

Ronan, mientras tanto, había localizado dos ciruelas amoratadas y ya maduras. Las desprendió de la rama, le tiró una a Adam y le indicó con un movimiento de la barbilla que lo siguiera.

Por alguna razón, Adam se había convencido de que las visitas de Ronan a Los Graneros se debían a que quería preparar la casa para vivir en ella junto a Matthew. Era una suposición tan convincente que, cuando Ronan rodeó la casa y lo condujo a uno de los cobertizos que había en la finca, Adam se sorprendió.

Era un cobertizo grande y alargado, seguramente concebido para guardar caballos o vacas. Pero en vez de animales, lo que contenía eran trastos. Al mirarlos con atención, Adam se dio cuenta de que eran trastos soñados, cuya antigüedad era evidente por la capa de polvo que los cubría y por sus bordes levemente desvaídos.

Ronan se movió con familiaridad por la sala en penumbra, recogiendo cosas aquí y allá: un reloj, un fanal, un rollo de un tejido extraño que hacía daño a los ojos… Al llegar junto a una especie de lámpara fantasmal que pendía de una correa, se la echó al hombro. Ya había engullido su ciruela.

Adam, de pie en el umbral, lo observó entre las motas de polvo suspendido, dando pequeños bocados a su ciruela.

—¿Es esto lo que querías enseñarme? —le preguntó.

—No. Esto son cosas de mi padre —Ronan recogió un pequeño instrumento de cuerda y se lo mostró a Adam para que este viera las cuerdas, que eran de oro puro—. Échale un vistazo a esto.

Adam avanzó hasta llegar a su altura; aunque tenía que estudiar y debía atender a Cabeswater, en ese momento le resultaba difícil sentirse apurado. El tiempo parecía haberse detenido en el interior del cobertizo, y no había nada malo en rebuscar entre aquel amasijo de objetos delirantes y maravillosos. Algunos de los objetos que salpicaban el interior del recinto eran máquinas que aún funcionaban, impulsadas por alguna energía misteriosa. Otras debían de haber salido de los sueños de Niall Lynch mientras este estaba vivo, porque ahora estaban dormidas. Entre los trastos

abundaban los animales aletargados: varios pájaros, un gato, un anticuado osito de peluche que debía de haber vivido en tiempos, porque ahora su pecho subía y bajaba al ritmo de la respiración… Tras la muerte de su creador, todos habían caído en un sueño del que no despertarían jamás. A no ser que, como la madre de Ronan, regresaran a Cabeswater.

Mientras se movían por el viejo cobertizo, Adam sentía cómo los ojos de Ronan se posaban en él de vez en cuando, con un desinterés ensayado pero no del todo convincente. Se preguntó si alguien más se habría dado cuenta. Una parte de él lo deseaba; y cada vez que se daba cuenta de ello, se sentía mal consigo mismo, porque no era más que una forma de vanidad: «¿Veis? Adam Parrish también es deseable, una persona que puede inspirar amor; y no en cualquiera, sino en alguien como Ronan, que podría desear a Gansey o a cualquier otro y, en su lugar, ha elegido a Adam como objetivo de sus ojos hambrientos».

Quizá se equivocara. Tal vez.

«Soy incognoscible, Ronan Lynch».

—¿Quieres ver en qué he estado trabajando? —preguntó Ronan con tono despreocupado.

—Claro —contestó Adam igual de despreocupado.

Deteniéndose solo para colgar la luz fantasmal de una valla, Ronan condujo a Adam por los campos húmedos hasta llegar a un cobertizo en el que ya habían estado. Antes de que Ronan levantara el portón oxidado, Adam sabía lo que iba a ver. Y, en efecto, allí estaba: un rebaño de vacas de todos los colores. Como los demás seres vivos que había en los cobertizos, dormían. Esperaban.

En el interior del cobertizo, la luz era tenue y amarronada tras pasar por las claraboyas mugrientas. Había un olor cálido, vivo, familiar, a pelo de animales, estiércol y humedad. ¿Qué clase de persona había que ser para soñar un rebaño de vacas? A Adam no le extrañaba que Cabeswater no hubiera podido manifestarse hasta después de que el padre de Ronan muriera. Incluso la avidez frívola de los sueños de Ronan y de Kaminsky había consumido tanta energía de la línea ley que el bosque había desaparecido. Y aquello solo habían sido baratijas, drogas, coches…

No campos llenos de criaturas vivientes. Ni un valle entero.

Esa era la razón de que no pudieran entregarle a Greenmantle ni siquiera un Greywaren falso: por feroz que fuera Cabeswater, adolecía de una extraña fragilidad.

Ronan abrió una puerta tras la que había un despacho desastrado. Los muebles estaban cubiertos de un polvo tan espeso que casi era tierra. En el escritorio se amontonaban facturas y cartas amarillentas. La papelera rebosaba de latas vacías de Coca Cola. Las paredes estaban adornadas con *pósters* sin enmarcar: un folleto que anunciaba la actuación de una banda irlandesa en Nueva York; una lámina de unos niños que corrían por el espigón de un muelle lejano y anticuado, en un país lejano y anticuado… Aquello era tan distinto de los adornos que había colgado el padre de Adam en su espacio de trabajo, que Adam se replanteó si realmente Ronan lo

apreciaba. ¿Cómo iba a considerar alguien como Ronan que alguien como Adam era digno de…?

Ronan tropezó y soltó un taco. Se acercó a la pared, pulsó un interruptor y un aplique del techo se encendió, bañando la estancia en una luz amable. El cristal estaba salpicado de moscas muertas.

Ahora que la iluminación era algo mejor, Adam vio en el polvo un rastro que llevaba desde la mesa hasta una silla giratoria que había pegada a la pared del fondo. Sobre la silla reposaba una manta nada polvorienta, y no hacía falta un gran esfuerzo de la imaginación para imaginar la forma de una persona dormida bajo ella. La imagen transmitía una sensación sorprendentemente solitaria.

Ronan arrastró un baúl metálico para separarlo de la pared y abrió la tapa con un crujido.

—Llevo días tratando de reanimar los sueños de mi padre.

—¿Cómo?

—Los seres que soñó no están muertos. Solo duermen. Si lograra llevarlos a Cabeswater, todos se despertarían y empezarían a moverse. Así que se me ocurrió la posibilidad de traer Cabeswater hasta ellos.

Adam no sabía lo que esperaba oír; pero, desde luego, no era eso.

—¿Hasta quiénes? ¿Hasta las vacas?

—Algunos tenemos familia, Parrish.

Claro: Aurora estaba atrapada en Cabeswater. ¿Cómo no iba a querer liberarla Ronan?

—Perdón. Ya lo pillo —contestó Adam, avergonzado.

—No es solo por ella. Matthew… —empezó a decir Ronan, pero se interrumpió abruptamente.

Adam comprendió que no quisiera hablar de ello: aquel era otro secreto, uno que Ronan no estaba preparado para revelar.

Tras hurgar un momento en el baúl, Ronan se dio la vuelta sosteniendo una esfera de cristal. En su interior, el aire parecía vibrar como un leve jirón de niebla. Era un objeto bonito, algo que podría verse colgado en un jardín o en la cocina de una señora mayor. A Adam le sorprendió verlo en la mano de Ronan; parecía demasiado inofensivo, poco propio de él.

Ronan lo levantó para que le diera la luz, y la neblina de su interior se agitó. ¿Sería un gas o un líquido?, se preguntó Adam, mientras observaba el reflejo de la esfera en los ojos azules de Ronan.

—Fue mi primer intento —dijo este.

—¿La soñaste?

—Claro.

—Ah. ¿Y Cabeswater?

Ronan lo miró con expresión ofendida.

—Le pedí permiso.

La había pedido permiso, así de fácil. Como si para él fuera sencillo comunicarse con aquella entidad que solo podía contactar con Adam por medio de gestos exagerados y dramáticos.

—En mi sueño, la esfera contenía un poco de Cabeswater —explicó Ronan, y luego añadió como si fuera una cantinela—: Si funciona en el sueño, funciona en el mundo real.

—¿Y funciona? Cuéntame el resumen, anda.

—Serás mamón… No, no funciona. En resumen, no sirve para una mierda.

Ronan volvió a inclinarse sobre el baúl y fue sacando otros intentos fallidos, cada uno más sorprendente que el anterior: una cinta irisada, una mata de hierba aún sujeta a su terrón, una rama ahorquillada… Le ofreció a Adam algunos de ellos, y él los examinó. Resultaban extraños; demasiado pesados, como si la gravedad actuara sobre ellos más de lo debido. También desprendían un aroma vagamente familiar. Olían a Ronan, o tal vez a Cabeswater.

Si Adam se concentraba en ello —o, más bien, si dejaba de concentrarse en ello—, podía sentir el pulso de la línea ley latiendo en aquellos objetos dispares.

—También saqué una bolsa llena de arena —dijo Ronan—, pero la esparcí toda.

Aquello suponía pasar horas soñando… Cada día, Ronan hacía un trayecto de una hora para aparcar el coche, acurrucarse en aquella silla y dormir.

—¿Por qué aquí? ¿Por qué no lo haces en Monmouth?

—A veces sueño con avispas —respondió Ronan con voz átona.

Una escena irrumpió en la mente de Adam: Ronan despertando en su cama de Manufacturas Monmouth con un objeto soñado entre las manos, su cobertor plagado de avispas, Gansey durmiendo al lado sin sospechar el peligro.

Era verdad: Ronan no podía soñar cualquier cosa en Monmouth.

«Solitario».

—¿Y no te da miedo que te pase algo mientras estás aquí solo? —preguntó.

Ronan resopló como si la idea le pareciera ridícula. ¿Él, Ronan Lynch, temiendo por su vida? Pero, aun así, había algo raro en sus ojos.

—He soñado una caja de inyectores de epinefrina para él —respondió agachando la mirada—. Me paso las noches soñando con curas para las picaduras. Siempre llevo un inyector encima. He guardado varios en los compartimentos de Pig. He repartido decenas por Monmouth.

Adam sintió que lo invadía una esperanza feroz y cruel.

—¿Sirven de algo?

—No lo sé, y no hay manera de comprobarlo antes de que ocurra de verdad. No habrá ninguna vida extra.

Eligió dos objetos del baúl y se puso en pie.

—Vamos —le dijo a Adam—. Es hora de experimentar un poco. Vamos al laboratorio.

Con una mano sujetaba una manta azul de forro polar contra su cuerpo; en la otra,

llevaba una lámina de musgo que se plegaba sobre sí misma como el trapo de un camarero clásico.

—¿Quieres que lleve algo? —le preguntó Adam.

—Ni de coña.

Adam se adelantó y abrió la puerta.

Una vez en la sala principal del cobertizo, Ronan caminó entre las vacas, deteniéndose de vez en cuando para examinar el rostro de alguna e inclinando la cabeza para ver las marcas de otras. Por fin, se detuvo al lado de una de color chocolate que tenía en la frente una marca blanca en forma de zigzag.

—Funciona mejor cuanto más… más especial sea la criatura —explicó, empujando con la puntera el flanco inmóvil de la vaca—. Cuanto más se parezca a algo que podría haber soñado yo.

A Adam no le parecía que aquella vaca tuviera nada de especial.

—¿Y qué te atrae de esta?

—Parece simpática, como la versión bovina de un chico mago —repuso Ronan, dejando la manta con cuidado en el suelo—. Búscale el pulso, no te quedes ahí como un pasmarote. El pulso de la cara. Ahí. Ahí. Joder, Parrish, es ahí.

Adam palpó el pelo ralo con las yemas de los dedos hasta encontrar el lento pulso del animal. Ronan se acercó y extendió la plancha de musgo sobre la cruz de la vaca.

—¿Y ahora? —preguntó Adam, sin saber muy bien qué debía notar.

No sentía nada extraño, nada en absoluto… Ah, sí, ahora. El pulso de la vaca se había acelerado levemente. Volvió a imaginar a Ronan Lynch allí solo, tan desesperado por hacer algún avance que había notado aquella sutil diferencia. Nunca había sospechado que Ronan fuera capaz de mostrar tanta dedicación.

«Solitario».

—¿Esto es lo que has conseguido hasta ahora?

Ronan soltó un bufido.

—¿Crees que me habría molestado en traerte si solo fuera esto? Hay algo más. ¿Necesitas echar una meada antes de verlo?

—Muy gracioso.

—Lo digo en serio.

—No, tranquilo.

Ronan se inclinó sobre el segundo objeto que había llevado allí. No se trataba de la manta azul, como Ronan había supuesto, sino de algo que estaba envuelto en la manta. No parecía mayor que un libro grueso o una caja de zapatos, y a juzgar por la manera en que Ronan lo manejaba, era bastante ligero.

Y si los ojos de Adam no le engañaban, a Ronan le daba miedo.

—Vamos allá, Parrish —dijo Ronan.

Respiró hondo y desenvolvió el objeto.

Adam lo miró.

Apartó la mirada.

Lo volvió a mirar.

«Es un libro», pensó, y de inmediato se preguntó por qué habría pensado aquella tontería cuando claramente era un pájaro. No, era una planeta. No, un espejo.

No era nada de aquellas cosas. Era una palabra, una palabra que Ronan sostenía en el cuenco de las manos y que quería ser pronunciada en voz alta; y aunque Adam no quería pronunciarla, lo hizo a su pesar…

Apartó la vista otra vez, porque ya no soportaba mirarlo más. Su mente podía enloquecer tratando de ponerle nombre.

—¿Qué es? —preguntó.

Ronan lo observó de reojo, con la cabeza levemente ladeada. De pronto parecía más joven, con los rasgos suavizados por la precaución y la incertidumbre. Gansey le había contado a Adam historias del Ronan que había conocido antes de la muerte de Niall; ahora, mirando a aquel Ronan falible, Adam se dio cuenta de que podría creerlas.

—Un trozo de Cabeswater —respondió Ronan—. Un pedazo de sueño. Es lo que pedí. Y este es… es el aspecto que decidí que debía tener, aparentemente.

Adam oyó la verdad que había en sus palabras. Aquel horrososo, imposible, bellísimo objeto era un sueño que no tenía nada en lo que refugiarse. ¿Quién era aquel muchacho que podía soñar con un sueño y darle forma corpórea? No era de extrañar que a Ronan le aburriese Aglionby.

Adam volvió a mirar el objeto y apartó la vista de inmediato.

—¿Surte efecto? —preguntó.

La expresión de Ronan se hizo más afilada. Sin decir nada, sostuvo el objeto ante la cara de la vaca. Un resplandor, o algo parecido a un resplandor, se reflejó en la mejilla y los pómulos de Ronan convirtiéndolo en otra persona, alguien severo, bello y terrorífico. Frunció los labios, sopló suavemente y su aliento traspasó la palabra, el espejo, el verso no escrito.

Adam oyó un susurro junto a su oído. Algo tembló y se agitó en su interior. Las sombrías pestañas de Ronan se estremecieron.

«Lo que estamos haciendo…».

La vaca se movió.

No fue gran cosa: su cabeza se inclinó un poco, y una de sus orejas tembló como si quisiera espantar un tábano. Un músculo se tensó en su lomo.

Los ojos de Ronan estaban abiertos; en ellos ardían dos hogueras. Volvió a soplar, y la vaca movió la otra oreja y tensó los belfos.

Pero no llegó a despertarse ni se levantó.

Ronan retrocedió, ocultando el sueño a los enloquecidos ojos de Adam.

—Hay algo que se me escapa todavía —dijo—. Dime qué es.

—Tal vez sea imposible despertar los sueños de otra persona.

Ronan negó con la cabeza. Le daba igual que fuera imposible; pensaba conseguirlo de todos modos.

Adam se rindió.

—Energía. Hace falta muchísima energía. Casi todas las reparaciones que le hago a la línea ley consisten en establecer conexiones mejores para que la energía corra mejor. Quizá puedas encontrar la forma de traer aquí una derivación de la línea.

—Ya lo había pensado, pero no me interesa. No quiero hacer una jaula más grande. Lo que quiero es abrirla.

Los dos se miraron. Adam, cauto y ecuánime. Ronan, oscuro e incendiario. Aquel era Ronan al desnudo.

—¿Por qué? —preguntó Adam—. Dime la verdadera razón.

—Matthew… —empezó a decir Ronan, y se interrumpió otra vez.

Adam esperó.

—Matthew es mío —explicó Ronan al fin—. Es uno de los míos.

Adam lo miró sin responder nada, perplejo.

—¡Lo soñé, Adam! —explotó Ronan, furioso; todas las emociones de Ronan, aparte de la alegría, eran variaciones de la furia—. Eso quiere decir que, cuando me… si me ocurre algo, se quedará dormido, como las vacas. Como mi madre.

Todos los recuerdos que Adam tenía de Ronan con su hermano pequeño cambiaron de perspectiva. La devoción de Ronan por Matthew; el parecido del niño con su madre, también una criatura soñada; la eterna condición marginal de Declan, que no era ni sueño ni soñador…

A Ronan solo le quedaban dos parientes vivos, y uno de ellos no era real.

—Me lo dijo Declan un domingo, hace varias semanas —explicó Ronan.

Aunque Declan estaba estudiando en una universidad de Washington, cada domingo conducía cuatro horas para ir a la iglesia con sus hermanos, en un gesto tan extravagante que incluso Ronan lo veía como una muestra de cariño.

—¿Es que no lo sabías? —preguntó Adam con asombro.

—Tenía tres años. ¿Qué quieres?

Ronan se dio la vuelta y se quedó con la cabeza gacha y los ojos entrecerrados, ocultando su pesar por haber nacido y no haber salido de un sueño.

«Solitario».

Adam suspiró, se sentó junto a la vaca y se apoyó contra su cálido flanco, dejando que sus lentas respiraciones lo acunaran. Al cabo de un momento, Ronan se dejó caer a su lado y los dos contemplaron los animales dormidos. Adam notó que Ronan lo mirada y luego apartaba la vista. Sus hombros casi se tocaban. Fuera, empezó a caer un chaparrón que golpeteó en el techo del cobertizo. Otra tormenta repentina, tal vez causada por ellos, tal vez no.

—Greenmantle —dijo Ronan abruptamente—. Su tela de araña. Quiero enroscarla en su propio cuello.

—El Hombre de Gris tiene razón, Ronan. No puedes matarlo.

—Es que no lo quiero matar. Quiero hacerle lo que él amenaza con hacer a Gris. Quiero mostrarle que podría convertir su vida en un infierno. Si soy capaz de soñar

eso —Ronan levantó la barbilla con un gesto brusco y señaló la manta que envolvía su objeto soñado—, seguro que puedo soñar algo con lo que chantajearle.

Adam consideró aquellas palabras. ¿Cómo no iban a poder tenderle una trampa, si Ronan era capaz de soñar todas las pruebas que hicieran falta? Pero ¿y si Greenmantle lograba evadirse y volvía a la carga, el doble de peligroso que al principio?

—Tú eres mucho más listo que yo —dijo Ronan—. Busca algo que podamos usar, ¿quieres?

—¿Cómo? —barbotó Adam, atónito—. ¿Acabas de pedirme que investigue a Greenmantle en mi tiempo libre?

—Eso es, y ahora voy a decirte por qué te lo pido a ti.

—¿Por qué?

Ronan soltó una carcajada, y Adam se maravilló de que aquel sonido, tan retorcido, gozoso y terrible como el sueño que tenía entre las manos, no despertara definitivamente a las vacas.

—Porque dicen que, si quieres magia, tienes que pedírsela a un mago.

21

Cuando Blue llamó aquella noche, ya era muy tarde. Hacía horas que Malory había regresado de su excursión en el Suburban y que Ronan había vuelto en su BMW.

Ninguno de los dos estaba despierto.

—¿Gansey? —preguntó Blue, y la parte de él que se agitaba sin descanso se tranquilizó al oírla—. Cuéntame algo. Una historia de la línea ley.

Gansey se dirigió a la cocina-baño-lavadero tan sigilosamente como fue capaz, pensando en algo que contarle. Mientras se sentaba en el suelo, empezó a decir en voz baja:

—Cuando fui a Polonia, conocí a un tipo que había recorrido toda Europa sin dejar de cantar. Me dijo que, cuando cantaba, siempre era capaz de encontrar lo que él llamaba «la carretera».

La voz de Blue bajó de volumen al otro lado del teléfono.

—Supongo que hablas del camino de los muertos, no de una autopista.

—Hablo de una autopista mística —repuso Gansey, haciendo memoria mientras se atusaba el pelo—. Caminé a su lado unos treinta kilómetros. Yo tenía un GPS; él tenía su canción. Lo que me había dicho era cierto: por muchos rodeos que yo le hiciera dar, por mucho que tratara de desviarlo, solo tenía que cantar para encontrar de nuevo la línea ley. Era como si cantar lo magnetizara.

—¿Era siempre la misma canción? ¿*Murder squash*, tal vez?

—Dios…

Gansey removió los pies descalzos, notando el frescor de la tarima en las plantas. Por alguna razón, aquel roce le producía una sensación sensual que lo distraía, un recuerdo indirecto de la piel de Blue. Cerró los ojos.

—Cuánto más fácil era la vida en aquellos tiempos, antes de que esa canción azotara a la humanidad. No me puedo creer lo obsesionados que están Ronan y Noah con ella. El otro día, Ronan empezó a hablar de comprarse una camiseta con la letra. ¿Te lo imaginas con ella puesta?

Blue soltó una risita.

—¿Y qué pasó con el tipo polaco?

—Supongo que a estas alturas estará cantando en mitad de Rusia. Iba de izquierda a derecha. De oeste a este, quiero decir.

—¿Cómo era Polonia?

—Más bonita de lo que sospechas. Preciosa, en realidad.

Blue se quedó callada.

—Me gustaría ir algún día —dijo al cabo de unos segundos.

Sin darse tiempo a considerar si era propio decir aquello, Gansey repuso:

—Sé cómo ir, así que puedo llevarte si quieres.

Se hizo una larga pausa que rompió Blue.

—Voy a cantar hasta quedarme dormida —dijo con voz diferente a la de antes—. Te veré mañana, si quieres que te acompañe.

El auricular quedó en silencio. Aunque nunca era bastante, aquella noche había pasado algo. Gansey abrió los ojos.

Noah estaba sentado, con la espalda apoyada en el marco de la puerta. Gansey se preguntó cuánto tiempo llevaría allí y concluyó que podía llevar un buen rato.

En realidad, en la conversación telefónica no había habido nada por lo que Gansey debiera sentirse culpable. Aun así, en él ardía una hoguera de mala conciencia, expectación, deseo y la nebulosa sensación de que alguien lo conocía de verdad. Era un fuego interior, pero Noah solo prestaba atención a las cosas que estaban en el interior.

Su amigo lo observó. Sus ojos decían claramente que estaba al corriente de todo.

—No se lo digas a los otros —pidió Gansey.

—Estaré muerto —repuso Noah—, pero no soy idiota.

22

—Estoy furiosa contigo —dijo Piper desde muy cerca.

Greenmantle estaba tumbado sobre su segundo coche de alquiler, con los brazos cruzados sobre el pecho y las piernas estiradas y juntas, pensando en las posiciones con que se enterraba a los muertos en la alta edad media.

—Lo sé —repuso, abriendo los ojos y contemplando el cielo encarnizadamente azul—. ¿Por qué, esta vez?

—La gente del análisis de sangre vino hoy y tú no estabas. Te dije claramente que quería que estuvieras aquí.

—Sí que estaba aquí —replicó Greenmantle.

Después de aparcar, había pasado la primera hora tumbado boca abajo. Un porcentaje pequeño, pero significativo, de los enterramientos medievales presentaban al muerto en esa posición; los historiadores afirmaban que eran suicidas o gente acusada de practicar magia, pero a la hora de la verdad, no hacían más que suponer e inventar, y Greenmantle el primero.

—¡No contestaste al teléfono cuando te llamé!

—Eso no cambia el hecho de que estaba aquí.

—¿Cómo se me iba a ocurrir salir al aparcamiento para buscarte? Y ya que estamos, ¿qué pintas aquí?

—Tengo un bloqueo creativo —contestó Greenmantle.

—¿Acerca de qué?

Greenmantle se puso de lado para mirarla. Piper estaba de pie junto al coche, vestida con un traje que tenía aspecto de necesitar decenas de maniobras complejas para quitarlo. En sus brazos había un animal pequeño con un collar salpicado de piedrecitas brillantes. Carecía de pelo, a excepción de un mechón largo y sedoso que le brotaba de la cabeza y que era exactamente del mismo rubio platino que usaba Piper en aquel momento.

—¿Qué es eso? —preguntó Greenmantle, sospechando que tal vez fuera la manifestación física del mal humor que lo invadía.

—Otho.

Greenmantle se sentó en el tejado del coche, y este gimió.

—Pero qué es, ¿un gato? ¿Un roedor? ¿A qué especie pertenece, querida mía?

—Otho es un Crestado Chino.

—¿Un qué crestado chino?

—No seas imbécil.

Dado que a su alrededor nunca faltaban los humanos que jadeaban al verle y lo seguían con fidelidad inquebrantable, Greenmantle nunca había sentido la necesidad de tener mascota. Sí que había jugueteado, cuando era joven, con la posibilidad de comprar un perro de cola y patas peludas, uno de esos que cazaban patos, pero nunca había llegado a hacerlo. Y ahora, el tal Otho tenía más pinta de ser presa de un pato que de cazarlo.

—¿Crecerá más? ¿Le saldrá pelo? ¿De dónde lo has sacado?

—Lo encargué.

—¿Por internet? —preguntó Greenmantle, incrédulo.

Piper puso los ojos en blanco.

—Vamos a ver, ¿por qué dices que tienes un bloqueo creativo?

—Necesito encontrar a esa médium que se lio con el señor Gris, pero parece que nadie sabe dónde está. Desapareció justo cuando él decidió traicionarme —explicó Greenmantle, resbalando con cuidado por el capó del coche hasta quedar de pie en el suelo y flexionando las rodillas, rígidas por su entierro aéreo—. ¿Cómo voy a destruir lo que más quiere Gris, si ya ha desaparecido por su cuenta? Su familia incluso ha denunciado la desaparición. En la denuncia, que robé el otro día, pone que les dijo a sus familiares que estaba «bajo tierra».

En realidad no había robado la denuncia, sino que había pagado a otra persona para que lo hiciera. Pero la historia sonaba mejor con un poco de heroicidad por su parte.

—¿Bajo tierra? ¿Una médium? Eso me interesa.

—¿Por?

—Porque mientras tú estabas entreteniéndote aquí fuera, yo he hecho algunas cosas —contestó Piper—. Sígueme.

Piper atravesó el garaje y luego pasó por una puerta cuya existencia Greenmantle desconocía y que llevaba al interior de la casa. Los dos aparecieron en el pasillo del dormitorio.

—¿No te leías los informes del Hombre de Gris? —preguntó Piper.

Él la miró sin contestar, haciéndole ver que no sabía a qué venía aquello.

—Cuando el señor Gris vino aquí para buscar ese chisme que le habías encargado —explicó Piper hablando muy despacio, como si Greenmantle fuera lento de entendederas—, ¿leíste las cartas que te mandó sobre la marcha de la investigación?

—Ah, ¿te refieres a eso? No, claro que no.

—Y entonces, ¿por qué le pediste que te las mandara? Había como un millón.

—Solo quería que se sintiera observado para que no se durmiera en los laureles. No hay nada como la burocracia para oprimir a una persona. ¿Por qué me lo preguntas?

Piper abrió una puerta que daba a un pequeño trastero. En su interior había decenas de cajas amontonadas, todas con etiquetas de empresas de mensajería que tenían escrito el nombre de Piper. Greenmantle supuso que Otho habría llegado en una de ellas.

—Yo me las he ido leyendo todas en el baño —explicó Piper—. Luego me leí los informes que te mandan todos esos matones casi analfabetos a los que también contratas. Y luego leí los periódicos.

A Greenmantle no le hacía mucha gracia imaginarse a Piper leyendo las cartas del Hombre de Gris mientras estaba metida en la bañera. Abrió una caja y le echó un vistazo a su contenido.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Rodilleras —contestó su mujer, y se las puso para demostrarle cómo eran, muy satisfecha de sí misma—. Ese tipo tan horrible no hacía más que escribir sobre unas líneas subterráneas de energía espiritual que interferían en su búsqueda porque eran fortísimas. Lo primero que pensé fue que, si eran fuertes, merecían la pena. Y luego pensé que me apetecía explorar eso tan fuerte, porque este pueblo me mata de aburrimiento. Y también se me ocurrió que no debían de ser muy difíciles de encontrar, así que pedí estos chismes.

—¿Rodilleras?

—Preferiría no romperme una rótula mientras me arrastro por una cueva subterránea. Porque dime, Colin: ¿no te parece a ti que la novia mística del Hombre de Gris bien podría estar en el mismo lugar que esas líneas místicas, sean lo que sean? Por suerte para ti, también he encargado unas rodilleras de tu talla.

Él la miró, impresionado por su perspicacia. Sabía que no debería haberse sorprendido tanto, porque siempre había sabido que Piper era una criatura muy perspicaz. Sin embargo, no solía utilizar sus cualidades de manera constructiva; y cuando lo hacía, no solía ser en algo que le interesase a él. En realidad, Greenmantle no creía caerle bien a su mujer.

La veía tan contenta que no se atrevió a confesarle que prefería pagar a alguien para que buscara las cuevas en las que tal vez se ocultara la novia del Hombre de Gris. Además, el vestido resultó tener una cremallera disimulada que lo hacía extremadamente fácil de quitar. Y Piper se dejó puestas las rodilleras.

Al acabar, Greenmantle se dio cuenta de que había olvidado que el perro estaba allí, lo que se le antojó de un ligero mal gusto.

—De modo que quieres hacerte espeleóloga —dijo.

—No sé lo que es eso.

—Mujer de las cavernas. En el sentido literal del término, te vas a convertir en una mujer de las cavernas.

—Lo que tú digas. En cualquier caso, que sepas que te vienes conmigo.

23

El problema de Blue con los coches no era que fuese mala conductora; lo que pasaba era que se moría de miedo. Dado que, como Jesse Dittley había comentado, Blue no había bebido leche suficiente cuando era pequeña, tenía que acercar el asiento lo más posible a los pedales. En cuanto al volante, lo agarraba con la gracia de una osa amaestrada. Todas las luces y agujas del salpicadero parecían competir por su atención. ¿Luces? ¡Velocidad! ¿Aire en la cara? ¡Aire en los pies! ¡Combustible-aceite-motor! ¿Símbolo extraño con forma de loncha de beicon?

De modo que conducía muy muy despacio.

Lo peor de su miedo era lo furiosa que le ponía sentirlo. En la acción de conducir, no había nada que le pareciera ilógico o confuso. Se había sacado el carné a la primera. Sabía para qué servía todo, salvo el símbolo de la loncha de beicon. Las señales le resultaban bien claras; la preferencia en los cruces no tenía misterios para ella. Era la campeona de los Ceda el Paso. Con cuarenta minutos a su disposición, podía aparcar en paralelo el Ford comunal de Fox Way en cualquier sitio que se le pusiera por delante.

Pero jamás lograba olvidar que era una conductora diminuta, metida en un arma letal de varias toneladas.

—Lo que pasa es que te falta práctica —le dijo Noah magnánimamente, aunque aferraba la manecilla de la puerta de una forma poco esperable en alguien ya muerto.

Pues claro que le faltaba práctica. Solo había un coche para todas las habitantes de Fox Way, y la demanda era alta. Y como Blue podía ir en bici al instituto, al trabajo y a Manufacturas Monmouth, el coche solía quedar en manos de quienes trabajaban fuera de la casa o tenían que hacer algún recado. Al ritmo que llevaba, Blue calculaba que se sentiría cómoda al volante en algún momento entre los cuarenta y los cincuenta años de edad.

Aquella tarde, sin embargo, había logrado apoderarse del coche durante unas horas. Su único acompañante en aquella excursión era Noah: Gansey tenía una de esas actividades propias de los chicos del cuervo, Adam estaba trabajando o durmiendo para recuperar fuerzas, y Ronan había desaparecido como de costumbre.

Iban de camino a la casa de Jesse Dittley.

—Vamos un poco despacio, ¿no crees? —comentó Noah, girando la cabeza para

mirar la inevitable cola que había tras el Ford—. Creo que acaba de adelantarnos un triciclo.

—Eso me ha dolido.

Tras un viaje algo más largo de lo estrictamente necesario, Blue enfiló el camino de entrada de la granja Dittley. A la luz del sol, el edificio tenía un aspecto más convencional, no tan sombrío y maldito como mugriento y desvencijado. Blue tiró del freno de mano. —«¡Pero si ni siquiera estamos en cuesta!», protestó Noah—, salió del coche, subió la escalera del porche y llamó a la puerta.

Tuvo que insistir un rato para que el dueño de la casa acudiera. Cuando lo hizo, Blue volvió a quedarse asombrada por lo grande que era. Jesse iba vestido con otra camiseta blanca de tirantes, o tal vez fuera la misma. Su cara quedaba tan alta que Blue apenas podía distinguir su expresión.

—AH, ERES TÚ OTRA VEZ.

—Exacto —asintió Blue—. Te propongo un trato: tú me dejas explorar tu cueva y yo te limpio el patio. Tengo experiencia demostrable en ese tipo de trabajos.

Dittley se agachó para tomar la tarjeta de visita que Blue le ofrecía. Había impreso unas cuantas para impresionar a las viejecitas del barrio y convencerlas de que le pagaran por plantar esquejes en sus parterres.

Mientras el granjero examinaba la tarjeta, Blue observó su cara y su cuerpo en busca de síntomas de alguna enfermedad, algo que pudiera matarle de pronto. Algo que no fuera una cueva maldita. No vio nada salvo altura y más altura.

—¿QUIERES DECIR QUE NO TE GUSTA CÓMO TENGO EL PATIO? —preguntó el hombre al fin.

—Todos los patios mejoran si se les plantan algunas flores.

—AHÍ LE HAS DADO —respondió Dittley, y acto seguido, le cerró la puerta a Blue en las narices.

—¿Es eso lo que pretendías que ocurriera? —preguntó Noah, que llevaba todo el rato al lado de Blue sin que el granjero advirtiera su presencia.

No lo era; pero antes de que Blue tuviera tiempo de trazar una estrategia alternativa, la puerta volvió a abrirse. Ahora, Jesse se había calzado unas botas de goma con estampado de camuflaje.

—¿CUÁNDO TERMINARÁS? —preguntó saliendo al porche.

—Hoy.

—¿HOY?

—Soy muy rápida.

Dittely bajó del porche y contempló el patio. Blue no hubiera sabido decir si estaba preguntándose cómo podía completar Blue la tarea en una sola tarde, o si estaba despidiéndose del caos que reinaba en el lugar.

—PUEDES DEJAR LOS TRASTOS EN LA PARTE DE ATRÁS DE ESA CAMIONETA.

Blue siguió su mirada hasta encontrar un vehículo oxidado que hasta ahora había

tomado por un trozo de chatarra más.

—Estupendo —dijo con sinceridad; iría mucho más deprisa si no tenía que hacer cuatro viajes en el Ford hasta el vertedero más cercano—. ¿Trato hecho, entonces?

—SI LO TERMINAS HOY, SÍ.

Ella levantó el pulgar.

Jesse ladeó la cabeza y pareció mirar a Noah, pero sus ojos resbalaron sobre él y volvieron a posarse en Blue. Abrió la boca para hablar y, por un momento, Blue creyó que había visto al chico muerto e iba a decir algo al respecto. Al final, sin embargo, se limitó a decir:

—VOY A DEJARTE UNA JARRA DE AGUA EN EL PORCHE POR SI TE ENTRA SED. CUIDA QUE NO SE LA BEBAN LOS PERROS.

Blue no había visto ningún perro hasta el momento, pero tal vez estuvieran escondidos detrás de uno de los sofás que salpicaban el patio. Fuera como fuese, se sintió conmovida por el detalle.

—Gracias —respondió—. Es usted muy amable.

Aquella muestra de gratitud pareció darle fuerzas a Jesse para decir algo que debía de llevar un rato pensando. Se rascó el pecho y bajó la mirada para observar la camiseta desgarrada, los vaqueros desteñidos y las botas militares que llevaba Blue.

—ERES UNA CHICA MUY MENUDA. ¿SEGURO QUE PUEDES HACERLO?

—Es un problema de perspectiva. Como usted sí que se bebió todos los vasos de leche que le dieron del pequeño, creció mucho, y ahora me ve más pequeña de lo que soy en realidad. ¿Tiene una motosierra?

Dittley pestañeó.

—¿VAS A CORTAR ALGÚN ÁRBOL?

—No. Voy a cortar sofás.

Mientras el dueño de la casa se iba a buscar lo que Blue le había pedido, ella se enfundó sus guantes de trabajo y se puso manos a la obra. Empezó por las cosas más fáciles: trozos de metal del tamaño de cachorritos, cubos viejos por cuyas grietas asomaban las malas hierbas… Luego empezó a recoger tablones erizados de clavos herrumbrosos y lavabos viejos con manchas de liquen. Cuando Dittley apareció con la motosierra, Blue sacó del coche unas grandes gafas de sol con cristales rosas, se las caló y empezó a trocear los objetos más grandes en fragmentos manejables.

—OJO. HAY SERPIENTES —le advirtió Dittley desde el porche cuando Blue se detuvo un momento para tomar aliento.

Ella lo miró sin saber a qué se refería, y el hombretón señaló con un gesto ominoso las matas que rodeaban el porche.

—No me importan las serpientes —replicó ella.

En su experiencia, pocos animales eran peligrosos, siempre y cuando se respetara su espacio. Se enjugó el sudor de la cara con el dorso de la mano y aceptó el vaso de agua que le tendía Dittley.

—No se preocupe, ¿quiere? —dijo al acabar de beber—. Le aseguro que puedo arreglármelas.

—PARA SER TAN MENUDA, TE MANEJAS MUY BIEN —repuso Jesse—. ERES COMO ESAS HORMIGAS.

Blue echó la cabeza hacia atrás para mirarle a la cara.

—¿Por?

—LAS VI EN UN PROGRAMA DE LA TELE. ERAN DE ALGÚN LUGAR DE ESOS: SUDAMÉRICA, ÁFRICA, INDIA… PODÍAN LEVANTAR DIEZ VECES SU PESO.

Blue se sintió halagada, pero prefirió disimularlo.

—Todas las hormigas levantan diez veces su peso, creo —replicó con severidad —. Las normales también.

—YA, PERO ESTAS SE APAÑABAN AÚN MEJOR QUE LAS NORMALES. HACÍAN ALGO ESPECIAL, PERO NO ME ACUERDO DE QUÉ ERA EXACTAMENTE.

—¿Quiere decir que soy como una hormiga mejor de lo normal?

Jesse Dittley se ruborizó.

—BEBE UN POCO MÁS DE AGUA, ANDA —dijo antes de desaparecer en el interior de su casa.

Blue volvió al trabajo, con una sonrisa de oreja a oreja. Noah estaba agachado sobre el maletero del Ford, trasteando con las bolsas de mantillo y los plantones que había allí y en el asiento trasero. Tiró de una bolsa para sacarla, y cuando estaba a medias, el plástico se rompió y una lluvia de trozos de corteza se esparció por el camino.

—Ups —dijo.

—Ten cuidado, Noah —le recordó Blue.

—Sí, sí —respondió él, mientras se agachaba para recoger los fragmentos de corteza uno a uno.

Blue volvió a concentrarse en retirar trastos y chatarra. Era una tarea dura pero extrañamente satisfactoria, que le recordaba un poco a pasar la aspiradora. Resultaba agradable ver cómo su trabajo surtía efecto con tanta rapidez. A Blue se le daba bien ignorar el sudor y los calambres musculares.

El sol ya empezaba a bajar; el patio estaba ahora más oscuro, como si los árboles que lo rodeaban hubieran estrechado el cerco. Blue empezó a sentirse observada, aunque sabía que era una tontería. Era consciente de que su inquietud se debía, en gran medida, a Cabeswater; nunca podría olvidar el sonido de un árbol que hablaba, o lo que había sentido el día en que se dio cuenta de que estaba rodeada de criaturas inteligentes y no humanas. Los árboles de la granja Dittley, sin embargo, no eran más que árboles a secas.

Lo malo es que ya no estaba segura de que existieran árboles a secas. Quizás en Cabeswater sus voces fueran perceptibles debido a la línea ley; tal vez el resto de los

árboles del mundo no pudieran hacerse oír.

«Pero yo soy como una batería», pensó, recordando cómo había logrado desconectarse para que Noah no pudiera seguir usando su energía. ¿Sería posible hacer lo mismo, pero a la inversa?

—Suena fatigoso —comentó Noah, en respuesta a su pregunta no expresada.

Era cierto; Blue se había quedado exhausta después de velar en el cementerio de la iglesia el mayo anterior, cuando docenas de espíritus habían recurrido a su energía. Lo que necesitaba era un término medio.

En cualquier caso, ¿estaban hablando aquellos árboles, o se trataba solo del susurro del viento?

Dejó de cubrir los parterres con trozos de corteza y levantó la cabeza para observar los árboles que rodeaban el patio: robles, espinos, prunos, algún cornejo…

—¿Estáis hablando? —susurró.

Aguzó el oído, pero lo que percibió no fue ni más ni menos que lo que llevaba un rato oyendo: un rumor de hojas, un movimiento leve a sus pies, como si las hojas de hierba se desplazaran levemente… Era difícil distinguir de dónde venía.

De pronto, creyó oír un murmullo leve e indistinto…

Tua tir e elintes tir e elintes

… pero tal vez solo fuera el viento, que soplaba alto e imperioso entre las ramas finas como astillas.

Trató de oírlo de nuevo, pero el sonido se había disuelto.

El sol estaba a punto de ponerse, y a Blue no le emocionaba la perspectiva de hacer a oscuras el lento camino de regreso. Al menos, por fin habían llegado a la parte agradable del trabajo: plantar flores, dar los últimos retoques. Noah tenía fuerza suficiente para ayudar con aquello, así que llevaba un rato arrodillado amistosamente junto a Blue, haciendo agujeros en la tierra para meter las raíces de los plantones.

Al cabo de un rato, Blue se volvió hacia él. A la débil luz del atardecer, vio que Noah metía una planta entera en un agujero y empezaba a echarle tierra por encima, aplastando los tallos y las flores.

—¡Eh, Noah! —exclamó.

Él levantó la cabeza y la miró. En sus ojos había un extraño vacío. Su mano derecha arrojó un nuevo puñado de tierra sobre los pétalos; parecía un gesto automático, como si su mano estuviera desconectada del resto del cuerpo.

—Así no —le dijo Blue. No sabía muy bien lo que estaba diciendo; lo único que quería era sonar amable, en vez de horrorizada—. Noah, presta atención a lo que haces, ¿quieres?

Los ojos de Noah, negros como el infinito, seguían mirándola con una fijeza que a Blue le erizaba el vello de la nuca. Su mano se movió otra vez, ahora para aplastar el montón de tierra que había echado sobre la planta.

De pronto Noah estaba más cerca de Blue, aunque no lo había visto moverse. Con la cabeza ladeada en un gesto muy poco humano, clavó sus negros ojos en los de ella.

Había algo indefinible en su aspecto, algo muy ajeno al Noah que Blue conocía.

Las copas de los árboles se estremecieron.

A la luz mortecina del ocaso, lo más visible de la escena era la blancura muerta de la piel de Noah, el agujero de su cara.

—Blue —dijo, y ella notó cómo su cuerpo se aflojaba por el alivio.

Pero Noah no había terminado de hablar.

—Lily —añadió.

—Noah…

—Lirio. Azul.

Blue se incorporó muy despacio, pero no logró alejarse de él. De algún modo, Noah se había levantado exactamente al mismo tiempo que ella, como un reflejo perfecto, sin dejar de mirarle a los ojos. La piel de Blue empezaba a helarse.

«Levanta tus barreras», se dijo Blue. Imaginó la burbuja a su alrededor, la muralla impenetrable…

Pero era como si Noah estuviera dentro de la burbuja con ella, aún más cerca que antes. Su cara pegada a la de ella.

A Blue le habría resultado más fácil reaccionar a una mirada de pura maldad que a aquellos ojos vacíos, como espejos negros que solo reflejaran su cara.

La bombilla del porche se encendió, arrojando una luz que iluminó y atravesó a Noah. El chico se había convertido en una intrincada red de sombras.

La puerta de la casa se abrió de golpe. Jesse Dittley se abalanzó por las escaleras, haciendo temblar el porche entero, y se acercó a Blue de tres zancadas. Levantó bruscamente la mano derecha, y Blue pensó que iba a golpearla a ella o quizás a Noah. Pero entonces se dio cuenta de que Dittley sostenía algo plano entre la cara de ella y la del chico.

Era un espejo.

Ella solo veía su dorso rugoso. La cara pulida estaba de cara a Noah.

Los ojos del chico se hundieron y se oscurecieron aún más. Retrocedió, cubriéndose la cara con las manos.

—¡No! —chilló, como si se hubiera escaldado con agua hirviendo—. No…

Sin darse la vuelta, se alejó un poco más de Jesse, Blue y el espejo, con la cara aún oculta entre las manos. Seguía soltando chillidos, ahora aún más escalofriantes porque su voz estaba empezando a sonar otra vez como la de Noah.

Tropezó con uno de los tiestos vacíos, cayó de espaldas y se quedó en el suelo, con la cara tapada y los hombros estremecidos, repitiendo «No…» una y otra vez.

Blue se avergonzó al darse cuenta de que prefería no verle los ojos aún. Ella también estaba temblorosa. Echó la cabeza atrás para mirar a Dittley: el granjero seguía plantado a su lado, sin soltar aquel espejo que parecía un juguete en su manaza.

—¿NO TE DIJE QUE HABÍA UNA MALDICIÓN?

24

Mientras Blue descansaba en una especie de taburete desvencijado, Jesse calentó dos platos de espaguetis instantáneos. En la diminuta cocina, el granjero se veía aún más grande; comparados con él, todos los muebles parecían de casa de muñecas. A su espalda, por la ventana que había sobre el fregadero, una oscuridad malevolente se asomaba a la cocina. Blue agradecía en el alma estar en aquel oasis de luz amarillenta; no se sentía aún con fuerzas para conducir de noche hasta su casa, especialmente ahora que tendría que hacerlo sola. Noah se había desvanecido, y Blue no estaba nada segura de querer volver a verlo pronto.

El microondas soltó un pitido. Jesse sacó el plato de espaguetis mientras le explicaba a Blue que, en realidad, no era la cueva la que estaba maldita, sino algo que había en la cueva.

—Y ese algo es capaz de matar a los Dittleys —concluyó Blue— y de hacerle algo horrible a mi amigo.

—A TU AMIGO MUERTO —puntualizó Jesse, sentándose al otro lado de la pequeña mesa plegable. Entre ellos, sobre el tablero, descansaba el espejo colocado boca abajo.

—Bueno, eso no es culpa suya. ¿Por qué no me dijo que podía verlo?

—TAMPOCO DIJE QUE PUDIERA VERTE A TI.

—Pero yo no estoy muerta —observó Blue.

—YA, PERO ERES MUY BAJITA.

Blue decidió dejarlo pasar y se comió un espagueti. Estaba bastante malo, pero le parecía mal dejárselos en el plato.

—¿Y qué es eso que hay en la cueva?

—DURMIENTES.

Blue ladeó la cabeza, súbitamente interesada.

—DEBAJO DE ESTAS MONTAÑAS HAY COSAS DORMIDAS. ALGUNAS ES MEJOR NO DESPERTARLAS.

—¿Ah, sí?

Dittley asintió.

—¿Y por qué es mejor?

El granjero se inclinó sobre el plato y empezó a comer sus espaguetis.

—No me diga que lo entenderé cuando sea mayor, porque ya soy mayor.

—¿ES QUE NO VISTE A TU AMIGO?

Sí, sí que lo había visto. Más de lo que le hubiera gustado.

Jesse suspiró, se levantó y volvió con un libro grueso: el álbum de fotos de la familia Dittley. Aquel era el tipo de experiencia que Blue siempre había querido probar, suponiendo que echar un vistazo al pasado de otra familia sería algo tan encantador como intrigante.

No lo era; resultaba monótono y aburrido. Pero entre las historias de cumpleaños que transcurrían como estaba previsto y excursiones de pesca que empezaban y acababan como tenían que hacerlo, asomaban fragmentos de una historia muy distinta: la de una familia que vivía junto a la boca de una cueva en la que había algo dormido. Y ese algo tenía un sueño tan intranquilo que se asomaba a los espejos y a los ojos de la gente, hacía que zumbaran los altavoces y gotearan los muros y, a veces, convencía a los niños de que arrancaran el papel de las paredes y a las mujeres de que arrancaran mechones de su propio pelo. Aquel durmiente inquieto se había hecho más y más activo a lo largo de una generación, hasta que, al fin, un Dittley entró en la cueva y se entregó voluntariamente a la oscuridad. Al cabo de algún tiempo, el resto de la familia recogió sus huesos y disfrutó de unas cuantas décadas de paz.

Y luego venía una tanda de fotos de cuando los Dittley habían construido un garaje nuevo.

—¿Y se supone que usted es el siguiente? —preguntó Blue—. ¿Y después, qué?

—DESPUÉS VENDRÁ MI HIJO, SUPONGO.

Blue aguantó las ganas de decir que no había rastro de ningún otro habitante en la casa; sin embargo, Jesse debió de notar su escepticismo, porque añadió:

—MI MUJER Y LOS CHICOS SE MARCHARON HACE CINCO AÑOS, PERO VOLVERÁN CUANDO YO APACIGÜE LA MALDICIÓN.

Blue estaba tan asombrada con todo aquello que se acabó los espaguetis sin darse mucha cuenta.

—Nunca había conocido a nadie que también estuviera afectado por una maldición, como yo.

—¿EN QUÉ CONSISTE LA TUYA?

—Si beso a mi amor verdadero, morirá.

Jesse asintió sin decir nada, con cara de «Vaya, esa sí que es buena».

—Pero, vamos a ver, ¿por qué no se marcha sin más? ¿Por qué no vende la casa y deja que otra persona se las arregle con todo ese asunto del papel de las paredes y demás?

Él se encogió de hombros.

—PORQUE ESTA ES MI CASA. SIEMPRE HE VIVIDO AQUÍ.

—Sí, pero podría mudarse al otro extremo de Henrietta y pasar por aquí de vez en cuando para decir: «¡Hola, casa de las paredes que gotean y todo lo demás! ¡Hasta la

vista!» —insistió Blue—. Eso resolvería el problema, ¿no?

Jesse retiró su plato y lo dejó en el fregadero. Aunque no parecía ofendido, estaba claro que no compartía la opinión de Blue y que tampoco quería seguir hablando de ello.

—Además, cuando se… —empezó a decir Blue, pero se interrumpió al oír un golpeteo furioso.

El estruendo parecía venir de todas partes. ¿La maldición? ¿Noah? Blue miró a Jesse y señaló el espejo con expresión interrogante. Él negó con la cabeza.

—ESTÁN LLAMANDO A LA PUERTA —dijo, limpiándose las manos en un trapo que estaba más sucio que ellas y echando a andar hacia la entrada.

Blue oyó cómo abría la puerta y luego escuchó un murmullo indistinto de voces.

De pronto, dos personas escoltadas por Jesse aparecieron en la puerta de la cocina. Blue dio un respingo al reconocer a Gansey y a Cala. Le resultaba extraño imaginarlos viajando en coche juntos, y aún más extraño verlos allí, en la cocina de la granja Dittley, mirándola fijamente.

El granjero la señaló con un ademán amistoso.

—AHÍ LA TIENEN.

De pronto, Cala se abalanzó hasta quedar delante de Blue y extendió la mano, con la palma hacia arriba. Parecía fuera de sí.

—Dame las llaves del coche ahora mismo —masculló—. No vas a volver a conducir ese coche hasta que tengas ochenta años y la cabeza llena de canas. Dámelas. Ya.

Blue pestañeó.

—¿Qué? ¿Cómo?

—¿Te parece que puedes desaparecer sin más y no llamar a nadie?

—¡Me dijiste que nadie más iba a necesitar el coche hoy!

—¿Y crees que eso te exime de la obligación de llamar?

Blue estaba a punto de replicar que era una persona responsable y que Cala no tenía ninguna razón para preocuparse por dónde iba o dejaba de ir, cuando vio la expresión de Gansey. Estaba de pie detrás de Cala, rozándose la mejilla y la sien con las yemas de los dedos y mirando al vacío. Dos o tres meses atrás, Blue no habría sabido interpretar su expresión; pero ahora lo conocía lo suficiente para saber que era un gesto de alivio, el estupor que seguía a la liberación de una ansiedad reprimida. Gansey parecía enfermo. La supuesta desaparición de Blue los había preocupado verdaderamente a los dos.

—… Media docena de personas buscándote por todas partes —estaba diciendo Cala—, convencidas de que habías tenido un accidente y estabas tirada en una cuneta…

—Espera, ¿qué dices? ¿Ha salido más gente a buscarme?

—¡Son las diez de la noche! ¡Te fuiste de casa hace seis horas, y nadie sabía que fueras a trabajar! ¡No teníamos ni idea! Hemos estado a esto de llamar a la policía

otra vez —añadió Cala, enarcando las cejas al decir «otra vez».

Blue apartó la mirada, con cuidado de no encontrar los ojos de Gansey ni los de Jesse.

—Voy a llamar a Ronan para decirle que ya puede volver a Monmouth —dijo Gansey.

¿Ronan también había salido a buscarla? Blue se habría sentido conmovida si no fuera por lo absurdo de todo aquello.

—Yo… —empezó a decir, pero de pronto se dio cuenta de que no tenía nada que alegar; sus amigos y su tía tenían razón—. Creí que no os preocuparíais —terminó, avergonzada.

—Las llaves —gruñó Cala—. Ahora.

Blue se las ofreció con expresión contrita.

—Y otra cosa: no quiero que vuelvas a montar en el cacharro de este chico nunca más —añadió Cala—. Solo te dejo que vuelvas con él a casa porque estoy demasiado enfadada para mirarte a la cara. Podría decirte cosas que lamentaría después.

Se dio la vuelta y salió de la cocina a grandes zancadas. Al pasar junto a Jesse, se detuvo y lo miró arrugando la nariz. Sus brazos se habían rozado; Cala debía de haber recibido una impresión psicométrica.

—Ah, de modo que eras tú —masculló.

Jesse inclinó la cabeza y la observó con buen talante. Cala apartó la mirada y siguió andando, sin más comentarios ni explicaciones.

—Esto… —farfulló Blue mientras se ponía en pie—. Siento lo que ha ocurrido.

—NO PASA NADA.

—Gracias por los espaguetis. Entonces, ¿qué pasa con la cueva?

—¿SIGUES QUERIENDO ENTRAR, DESPUÉS DE LO DE ANTES?

—Como usted dice, solo mata Dittleys.

—LA MALDICIÓN SOLO MATA DITTLEYS. LA CUEVA PODRÍA MATAR A OTRAS PERSONAS.

—Estoy dispuesta a probar suerte, si usted está dispuesto a dejarnos entrar.

Jesse se rascó el pecho.

—TE LO HAS GANADO, SUPONGO.

Los dos sellaron el trato con un apretón de manos que casi hizo desaparecer la de Blue.

—TRABAJASTE DE FIRME, HORMIGUITA —dijo Dittley.

Gansey entró en la cocina y cambió el teléfono que había sostenido hasta hacía un momento por las llaves de su coche. Aún había algo tirante en sus rasgos; de hecho, a Blue le vino a la cabeza la expresión que había visto en su cara el día de la cueva. Le resultaba tan raro verlo en público sin su disfraz de Richard Campbell Gansey III que no podía dejar de mirarlo. De pronto, se dio cuenta de que lo raro no era su expresión, sino su actitud: la forma en que su espalda se encorvaba, su barbilla se pegaba al pecho y sus ojos atisbaban bajo las cejas inciertas.

—NO TENÍAIS POR QUÉ PREOCUPAROS —le aseguró Jesse.
—Mi cerebro lo sabía —asintió Gansey—. Pero el resto de mí, no.

25

—No me puedo creer que no estés muerta en alguna parte —dijo Ronan—. Deberías estar muerta en alguna parte.

Gansey parecía tan irritado por aquella situación que ni siquiera se molestó en regañar a su amigo por el comentario.

—Te agradezco que te preocupes por mí, Ronan —contestó Blue.

La cocina del 300 de Fox Way estaba atestada. Malory, Gansey, Ronan y Adam estaban sentados alrededor de la mesa. Persephone flotaba junto al fregadero. Cala se apoyaba con actitud sombría en la encimera. Orla no hacía más que asomarse a la puerta de la cocina para echar miraditas a Ronan. Aquel ambiente urgente y opresivo le recordaba a Adam a una noche de hacía varios meses, después de que Gansey se rompiera el pulgar y estuviera a punto de morir de un disparo, después de que descubrieran que Noah estaba muerto. Por aquel entonces, las cosas acababan de empezar a cambiar.

Comprobó con disimulo la hora que marcaba el reloj del horno. Había pedido permiso en la fábrica de caravanas para entrar dos horas tarde, porque quería asistir a aquella reunión. Sin embargo, no quería retrasarse ni un minuto más de lo acordado.

—¿Te apetece tomar una infusión? —le preguntó Blue a Malory.

El profesor asintió con expresión de alivio.

—Me encantaría, joven.

—¿Qué prefieres, que sepa a frutas o que sepa a pies?

El profesor reflexionó unos segundos.

—A pies.

—Una decisión osada —repuso Blue—. ¿Alguien más quiere?

Varias cabezas negaron con energía. Tanto Adam como Gansey habían sufrido los brebajes que se preparaban en aquella cocina. Las habitantes de la casa secaban, troceaban y mezclaban plantas que sacaban del jardín o del mercado de productos agrícolas. Luego, las guardaban en bolsas con etiquetas que especificaban, bien el ingrediente predominante, bien el efecto buscado. Algunas de aquellas infusiones eran más apropiadas para beberlas por placer que otras.

—Yo he preferido ir directamente al *bourbon* —dijo Cala, entrechocando su vaso con el de Persephone.

Mientras Blue ponía agua a calentar y echaba un poco más en un cacharro para el Perro, Gansey empezó a hablar.

—Bien, esta es la cosa: hemos encontrado otra cueva, y parece ser que hay algo o alguien dormido en ella. Es el momento de decidir qué hacemos.

—No hay nada que decidir —repuso Ronan—. Tenemos que entrar.

—Dices eso porque no viste cómo se puso Noah hoy —replicó Blue, ofreciéndole una taza a Malory—. Ahí tienes; esta infusión no tiene efectos alucinógenos, pero puede resultar ligeramente euforizante.

—Ninguna de las infusiones que he probado en esta cocina me ha hecho experimentar nada parecido a la euforia —comentó Gansey.

—Porque nunca has tomado esta —replicó Blue—. En fin, la cosa es que Noah daba mucho miedo. El dueño de la cueva dice que está maldita —añadió, y luego resumió la historia familiar de los Dittley.

—¿Por qué no se muda a otra casa? —preguntó Adam.

—¿Y dejar el hogar de su familia? —replicó Ronan, consiguiendo sonar borde y sincero al mismo tiempo.

—Lo de «hogar» me parece francamente exagerado —intervino Gansey—. Tendríais que ver ese sitio.

—Tú —le espetó Blue señalándolo con el índice—, haz el favor de callarte antes de decir algo ofensivo. Hay otra cosa que deberíais saber: una de las mujeres de esta casa predijo la muerte de Jesse Dittley hace unos meses. Aunque no lo conocía, escribió su nombre.

Adam dio un respingo. Lo que le había sobresaltado no era la noticia en sí, por sorprendente que fuera, sino la vacilación en la voz de Blue al decirla y la forma en que Cala y Persephone se habían concentrado en sus bebidas, evitando mirarse de repente. Como animal de secretos, Adam tenía un sexto sentido para detectar los secretos de los demás. Y aunque no sabía qué podía haber de inconfesable en la predicción de que un desconocido moriría, estaba seguro de que Blue Sargent estaba diciendo una verdad a medias.

—Eh, un momento —dijo Gansey—. Entonces, lo que estás diciendo no es solo que Jesse Dittley piensa que la cueva está maldita, sino que tiene razón y que va a morir por ello.

—O que va a morir por algo que hagamos nosotros, posiblemente —repuso Blue —. Por eso quería que lo habláramos; creo que deberíamos tomar decisiones de manera responsable.

—Entonces, ¿tenéis una lista de muertes anunciadas? —preguntó Ronan—. Qué macabro. ¿Salgo yo?

—Algunos días desearía que salieras —masculló Blue.

—¿Puedo verla? —preguntó Adam.

—¿Cómo?

—Que si puedo ver la lista.

Blue se dio la vuelta para preparar otra infusión.

—No la tengo; se la llevó mi madre. Lo que pasa es que me acordaba de su nombre. Bueno, en la lista ponía «Jessie», así que pensaba que era una chica, pero lo de Dittley es inconfundible.

Cala levantó una ceja inquisitiva, pero no dijo nada.

«Ah», pensó Adam sintiendo una certeza repentina y feroz. «Eso es: uno de nosotros sale en esa lista».

—Bueno, eso no importa ahora —dijo Gansey—. Estamos perdiendo el tiempo, y Adam tiene que marcharse dentro de un rato. Lo que hay que decidir es esto: ¿entramos en esa cueva mañana, o no?

«¿Cuál de nosotros?», se preguntó Adam.

Malory reaccionó.

—Creo que este es un buen momento para mencionar que no estoy dispuesto a internarme en ninguna caverna —puntualizó—. Estaré feliz de ofreceros todo mi apoyo desde cualquier lugar al que llegue la luz del sol.

—Claro que tenemos que entrar —dijo Ronan—. ¿Por qué no íbamos a hacerlo?

—Porque supone un riesgo —respondió Gansey—. No sé si podéis imaginar lo reticente que soy a poner en peligro a cualquiera de los presentes en esta sala.

—Además, conejitos míos —añadió Cala—, debéis recordar que hay más de un durmiente. En total, hay tres. A uno debéis despertarlo; a otro, debéis no despertarlo —dijo, recalcando el «no».

—¿Y el del medio? —preguntó Ronan.

—Estas cosas siempre suenan mejor si se dicen de tres en tres —comentó Persephone con su suave vocecilla.

—Jesse también dijo que hay cosas que es mejor no despertar —añadió Blue, evitando discretamente responder a la mirada de Adam—. De modo que sí que es arriesgado.

«¿Será más de uno de nosotros?».

—Ya entramos en la cueva de Cabeswater, y el riesgo era el mismo —alegó Ronan—. O mayor, porque en ese momento no sabíamos nada.

Adam se preguntó si sería la propia Blue quien aparecía en esa lista. ¿Sería por eso por lo que se lo ocultaba a todos?

—Yo estoy de acuerdo con Ronan —dijo Blue—, pero no soy imparcial. Quiero encontrar a mi madre, y eso compensa los riesgos que podamos correr.

Adam pensó en sus sesiones con Persephone. ¿Se habría molestado en enseñarle lo que sabía si supiera que iba a morir pronto? La miró: sus ojos oscuros se clavaban en él con insistencia, como si lo desafiara a desvelar los secretos de aquella noche.

—Hay algo más que deberíamos comentar —empezó a decir Gansey con tono vacilante—. ¿Qué vamos a hacer si este durmiente es Glendower, y nos ofrece su favor cuando lo despertemos? No sé si podríamos pedir un deseo o varios, y creo que habría que discutir qué hacer en cada uno de los casos. No hace falta que respondáis

ahora, pero tendríais que reflexionar sobre ello.

Hasta hacía no tanto, Adam pensaba mucho en la promesa de aquel favor. Pero ahora solo le quedaba un año para terminar los estudios, ya no vivía bajo el mismo techo que su padre, y era capaz de vislumbrar una salida que no implicara la ayuda de Glendower. Lo único que podía desear era liberarse de Cabeswater.

Y no estaba seguro de querer eso.

Gansey y Ronan hablaban de alguna otra cosa, con intervenciones ocasionales de Malory, pero Adam no era capaz de prestar atención a sus palabras. Sabía que estaba en lo cierto al sospechar que Blue ocultaba algo. Lo sabía del mismo modo en que sabía cuándo era Cabeswater lo que lo despertaba en medio de la noche, o dónde tenía que ir para reparar la línea ley. Sabía que era verdad.

Echó un vistazo a su reloj.

—Si ya lo hemos decidido, me tengo que marchar.

No era verdad; aún le quedaba un rato. Pero aquello no podía esperar. La sospecha se estaba apoderando de él.

—¿Ya? —protestó Gansey, disgustado pero no suspicaz—. Qué lata… En fin.

—Sí, es una lata —convino Adam—. Pero tengo este fin de semana libre, y varios días más dentro de poco. Blue, ¿puedes ayudarme a sacar del coche lo que me pediste?

—¿El qué?

—Eso que necesitabas —respondió Adam, improvisando la mentira sobre la marcha—. No puedo creer que no te acuerdes de esa… esa tela que te hacía falta.

Persephone seguía mirándolo fijamente.

Blue sacudió la cabeza con fastidio, y Adam se dio cuenta de que no estaba molesta por la petición, sino por su mala memoria. Mientras ella echaba a andar hacia la puerta, él se despidió de Gansey chocando los puños y de Malory y Ronan con un gesto de cabeza, haciendo un esfuerzo por aparentar normalidad a pesar de la carga del secreto.

Blue y él salieron de la casa y caminaron por la acera oscura hasta donde estaba aparcado el cochecito de Adam, detrás del glorioso Camaro. Hacía una noche tranquila y fresca. El susurro de la hojarasca recordaba a alguien que chistara para pedir silencio.

—No recuerdo haber… —empezó a decir Blue.

Adam la aferró del brazo y la acercó a él.

—¿Cual de nosotros es, Blue?

—¡Eh, déjame! —protestó ella liberando su brazo de un tirón.

Los dos se miraron. Blue no retrocedió.

—¿Cuál de nosotros está en esa lista? —insistió Adam.

Ella apartó la mirada y observó un coche aparcado en una bocacalle, algo más allá. Aunque no contestó, tampoco insultó la inteligencia de Adam diciendo que se equivocaba.

—Blue.

Ella siguió sin mirarlo.

Adam se acercó aun más y se colocó frente a su cara para que no pudiera dejar de mirarlo.

—Blue, ¿quién es?

Elle tenía una expresión extraña, despojada de cualquier rastro de alegría. Aunque no lloraba, sus ojos transmitían algo peor que el llanto. Adam se preguntó cuánto tiempo llevaría acarreando ese peso. El corazón se le aceleró: su suposición era cierta. Uno de ellos iba a morir.

«No quiero morir ahora, no…».

—Blue.

—Si te lo digo, ya no podrás dejar de saberlo —dijo ella.

—Pero tengo que saber. ¿No te das cuenta? Ese será el favor; eso será lo que pida. Necesito saberlo para estar seguro de que pedimos eso, si solo hay un deseo.

Ella le sostuvo la mirada sin decir nada.

—Gansey —dijo Adam.

Blue cerró los ojos.

Por supuesto. Claro que se lo iban a arrebatar.

La mente de Adam reprodujo una escena: Gansey convulsionándose en el suelo, bañado en sangre. Ronan acurrucado junto a él, abrumado por el dolor. Hacía meses que Cabeswater le había mostrado aquella visión, pero Adam no la había olvidado. Como tampoco había olvidado que, en la visión, el culpable de la muerte de Gansey era él.

Su corazón era una tumba.

«Si es por culpa tuya», pensó, «también podrás evitarlo».

26

Blue se despertó enfadada.

No recordaba lo que había soñado; solo sabía que tenía algo que ver con su madre, y que al despertar estaba tan furiosa que le daban ganas de golpear algo. Recordó la tarde de verano en que había visitado a Adam y él había pateado una caja, y se dio cuenta de que ahora ella estaba igual de enfadada. Sin embargo, no tenía sentido dar patadas a los objetos cuando no había nadie que la viera hacerlo.

Se quedó tumbada y trató de volver a dormirse, pero solo consiguió enfadarse más aún. Estaba harta de que Persephone, Cala y su madre le escatimaran información solo porque ella no tenía percepciones extrasensoriales. De no poder ni soñar con estudiar en un sitio que la atrajera, solo porque no era rica. De no poder agarrar la mano de Gansey porque no debían herir los sentimientos de Adam, y de no poder besarle en la boca porque tal vez lo matara. Estaba harta de saber que Gansey iba a morir y de temer que su madre muriera también.

Una y otra vez, oía la voz de Adam adivinando la verdad: «Gansey».

Tiró el edredón al suelo, se vistió enfadada y entró con furia en el cuarto del teléfono.

Orla estaba allí sentada, pintándose las uñas a la una en punto de la madrugada.

Blue se quedó inmóvil en el umbral, con sus intenciones escritas en la cara.

—¿Qué pasa? —preguntó Orla—. Vamos, no te cortes.

Blue no se movió.

—Vamos, mujer. No voy a impedirte que llames. Solo quería impedir que acabes con el corazón roto, pero haz lo que quieras. Venga, adelante.

Blue entró en la habitación y descolgó el teléfono, observando a Orla con desconfianza. Su prima había vuelto a concentrarse en pintar pequeños mandalas en cada una de sus uñas. Aunque no parecía dispuesta a dejar a Blue a solas, tampoco parecía especialmente interesada en lo que hiciera.

Blue llamó a Gansey.

Él descolgó al primer timbrazo.

—No estaba dormido.

—Ya lo sé —repuso ella—. Ven a recogerme.

Había algo extraño en Gansey cuando llegó para recogerla al volante de Pig: un matiz

de ferocidad en sus ojos, una suerte de filo en su leve sonrisa. Era algo frenético, inestable. Blue se asomó al borde de aquella sonrisa y oteó el fondo.

Aquel no era el Gansey que había visto antes en la cocina; aquel era el Gansey al que llamaba en secreto por las noches.

Él no le preguntó adónde quería ir. No tenían permitido hablar de aquellas cosas, así que se quedaron callados.

El Camaro había aparecido lentamente, avanzando por la calle oscura y vacía. Blue se montó y cerró la puerta de golpe.

Gansey —aquel Gansey despreocupado y salvaje— cambió de marcha en cuanto salieron del vecindario. Condujo a toda velocidad de semáforo en semáforo y luego, cuando llegó a la autopista desierta, dejó que el coche acelerara frenéticamente, con la mano engarfiada sobre el cambio de marchas.

Iban hacia el este, en dirección a las montañas.

Blue encendió la radio y buscó entre la música de Gansey algo que mereciera la pena escuchar a todo volumen. Luego giró la palanca que bajaba la ventanilla para dejar que el aire chillara a su alrededor. Hacía demasiado frío para aquello, pero Gansey alargó la mano hacia el asiento de atrás, sin despegar los ojos de la carretera, y arrastró su gabán hasta el asiento de Blue. Ella se tapó con él, estremeciéndose cuando el frío forro de seda le rozó las piernas. El cuello de la prenda olía a Gansey.

Siguieron callados.

La radio saltaba de emisora y de canción. El coche rugía. El viento se arremolinaba en el habitáculo. Blue colocó la mano encima de la de Gansey, que tenía los nudillos blancos de apretar la palanca, y la dejó allí. En la autopista no había un alma salvo ellos dos.

Se acercaron a las montañas, subiendo más y más hacia el puerto.

A la luz de los faros, los riscos parecían oscuros y temibles. Cuando llegaron al punto más alto del puerto, la mano de Gansey se movió bajo la de Blue para bajar de marcha, y el coche se precipitó por un cambio de sentido y emprendió el regreso.

Volvieron a Henrietta a toda velocidad, pasando junto a aparcamientos inquietantemente vacíos y casas oscuras, dejando atrás Aglionby y el centro del pueblo. Al llegar al otro lado, Gansey tomó una salida que llevaba a una circunvalación nueva y aún no terminada: cuatro carriles recién pintados e iluminados por farolas, que llevaban de ninguna parte a ninguna otra parte.

Aparcó en el arcén, retiró el abrigo que cubría a Blue y los dos intercambiaron posiciones. Blue movió el asiento del conductor hasta acercarlo lo más posible al volante, arrancó y caló el coche. Arrancó y volvió a calarlo. Gansey le puso una mano en la rodilla —sus dedos rozando la piel, su línea de la vida acariciando el hueso— y apretó cuando vio que Blue soltaba el embrague demasiado pronto. El motor aceleró, fuerte y seguro de sí, y el coche salió disparado hacia delante.

Los dos siguieron callados.

Las farolas trazaban líneas blancas en el parabrisas mientras Blue iba de un

extremo a otro de la carretera, daba la vuelta y volvía a recorrerla una y otra y otra vez. El Camaro era aterrador y complaciente: demasiado fuerte, demasiado rápido, demasiado de todo a la vez. La palanca de cambios temblaba bajo el puño de Blue cuando estaban parados, y el acelerador se hundía y luego se elevaba de repente cuando empezaban a moverse. Un respiradero en el suelo dejaba pasar una brisa nocturna que susurraba alrededor de las piernas de Blue; el calor del motor rugiente le quemaba los empeines.

Y el sonido… El sonido ya era un monstruo por sí solo, amplificado por la vibración de la palanca de cambios, por las sacudidas del volante, por el temblor que notaba en las plantas de los pies.

Le daba miedo hasta que pisaba el acelerador; cuando lo hacía, el corazón se le aceleraba demasiado para acordarse de tener miedo.

El Camaro era como el Gansey de aquella noche: terrorífico y emocionante, dispuesto a hacer cualquier cosa que ella le pidiera.

Blue se envalentonaba más con cada giro. Pese a todos sus rugidos y su pose de chico malo, Pig era un profesor generoso; no le importaba que Blue fuera una chica muy bajita que nunca había manejado un cambio manual. El Camaro hacía todo lo que podía.

Y Blue no podía olvidar la mano de Gansey en su rodilla.

Se detuvo en el arcén.

Mientras estaba saliendo con Adam, había pensado que no besar a alguien era algo simple; su cuerpo nunca había sabido qué hacer. Ahora lo sabía perfectamente. A su boca no le importaba que sobre ella pesara una maldición.

Se volvió hacia Gansey.

—Blue… —murmuró él, en un tono que quería ser disuasorio pero era caótico.

Ella estaba tan cerca de su garganta que percibía su aroma a menta, a jersey de lana, a asiento de coche y a Gansey, simplemente a Gansey.

—Solo quiero hacer como si… como si pudiera.

Él dejó escapar el aliento.

¿Qué era besarse sin darse un beso?

Era un mantel que alguien retiraba de un tirón bajo un banquete recién servido; un caos de contactos en unos segundos de confusión. Dedos en el pelo, manos acariciando nucas, labios rozando mejillas, mentones en peligrosa proximidad…

Se detuvieron, nariz contra nariz en aquella extraña actitud que requería la intimidad. Blue sintió cómo el aliento de Gansey le acariciaba los labios.

—Quizá no pase nada si te beso —susurró él—. Tal vez si no eres tú la que…

Los dos tragaron saliva al mismo tiempo, y el hechizo se rompió. Los dos se echaron a reír, también a la vez, con carcajadas trémulas.

—Y ahora no volveremos a hablar del tema —susurró Gansey imitándose a sí mismo, y Blue se alegró de oírlo; había recordado miles de veces las palabras de aquella noche, y le gustaba saber que él había hecho lo mismo.

Gansey le metió el pelo con suavidad tras las orejas; era un empeño absurdo, porque aquellos mechones nunca se habían quedado detrás de las orejas de Blue y no iban a hacerlo ahora. Pero él insistió una y otra vez, y luego se sacó dos hojas de menta del bolsillo y metió una en su boca y otra en la de ella.

Blue miró de reojo afuera. No sabía si era muy tarde o muy temprano.

Y ahora, aquella alegría total y catastrófica empezaba a desgastarse para dejar paso a la realidad. El Gansey que tenía ante los ojos ya casi era el mismo que había visto en el cementerio de la iglesia.

«Díselo».

Dio vueltas a la hoja de menta con la lengua. Estaba temblorosa, aunque no sabía si era de frío o de cansancio.

—¿Nunca has pensado en abandonar antes de encontrarle? —preguntó.

Él la miró con expresión perpleja.

—No me pongas esa cara —dijo ella—. Sé que tienes que encontrarlo; no te estoy preguntando por qué. Hasta ahí llego. Pero a medida que se hace más peligroso, ¿no te planteas abandonar?

Él le sostuvo la mirada, pero en sus ojos había aparecido un expresión lejana, pensativa. Tal vez estuviera comparando el coste de su búsqueda con su necesidad acuciante de ver a su rey. De pronto, pareció volver a la realidad.

Y negó con la cabeza.

Blue se recostó en el asiento y soltó un suspiro tan fuerte que se le hincharon los carrillos.

—Vale. De acuerdo.

—¿Tienes miedo? —preguntó él—. ¿Me lo has preguntado por eso?

—No digas tonterías.

—No pasa nada porque tengas miedo —insistió Gansey—. Al fin y al cabo, esto es cosa mía, y no espero que nadie más…

—No. Digas. Tonterías.

Aquello era absurdo; Blue ni siquiera sabía si sería la búsqueda de Glendower lo que le mataría, cuando cualquier avispa despistada podía hacerlo. No podía decírselo. Maura tenía razón: si lo hacía, solo conseguiría arruinarle los días que le quedaban. Y Adam también tenía razón: debían encontrar a Glendower para pedirle la vida de Gansey. ¿Pero cómo podía saber algo tan tremendo acerca de su vida y no contárselo?

—Deberíamos volver —dijo.

Gansey suspiró, pero no protestó. Aunque el reloj del Camaro no funcionaba, Blue sabía que el amanecer estaba peligrosamente cerca. Se cambiaron otra vez de asiento y Blue volvió a arroparse en el gabán, con los pies subidos en el asiento. Mientras tiraba del cuello del abrigo para cubrirse con él la boca y la nariz, imaginó que aquel asiento le pertenecía por derecho; que Adam y Ronan lo sabían y no les importaba; que sus labios no portaban ninguna amenaza; que Gansey no iba a morir, que no iba a marcharse a Yale o a Princeton, y que lo único que importaba era que le

había cedido aquel abrigo oloroso a trigo tierno y a menta.

Mientras se dirigían al centro del pueblo, encontraron un coche parado a un lado de la carretera. Destellaba a la luz de las farolas, reluciente y carísimo; era indudable que pertenecía a un chico del cuervo.

La áspera mano de la realidad volvió a rozar a Blue.

—¿Qué es esto? —preguntó Gansey.

—Uno de los tuyos.

Gansey detuvo el Camaro y le indicó a Blue con un gesto que bajara su ventanilla.

Tras el volante del otro coche se sentaba un chico moreno, tan reluciente y carísimo como su vehículo.

—Eres una chica —le dijo a Blue, atónito.

—¡Veinte puntos para el señor! —exclamó Blue con sarcasmo—. Mira, apúntate mejor treinta; es tarde y me siento generosa.

—Cheng, ¿qué te ha ocurrido? —preguntó Gansey, inclinándose sobre Blue para asomarse a su ventanilla.

Su voz había cambiado; ahora hablaba con su tono de chico del cuervo, y al oírlo, a Blue le molestó de inmediato que la vieran en un coche con él. Era como si la furia que había sentido antes no se hubiera extinguido del todo, y solo hiciera falta la conciencia de que era una chica montada en el coche de un príncipe de Aglionby para reavivar los rescoldos.

Henry Cheng salió de un salto de su coche y se asomó a la ventanilla de Blue. Ella lo observó, incómoda de tener tan cerca los pómulos afilados del chico.

—No sé, Gansey. El coche se ha parado —respondió el tal Cheng.

—¿Cómo?

—Yo qué sé… Hizo un ruido raro y preferí apagarlo. Parecía enfadado, o algo así. Gansey, no quiero morir; tengo la vida entera por delante. ¿Tú sabes algo de coches?

—Solo de los que no son eléctricos. ¿Qué ruido dices que hizo?

—No sé. Uno que no quiero volver a oír. No puedo cargarme este coche; cuando rompí el anterior, no sabes cómo se puso mi padre.

—¿Quieres que te lleve a Aglionby?

—No, quiero que me dejes tu teléfono. El mío no tiene cobertura, y no puedo pasearme por la carretera porque no quiero que me violen los lugareños —Henry palmeó el costado del Camaro—. Tío, tú sí que sabes: un motor americano que se oye a dos kilómetros de distancia. Me temo que la cosa esta de ser un WASP no se me acaba de dar bien… Tú, sin embargo, eres un campeón. Aunque creo que la cosa es del revés: hay que juntarse con chicas durante el día, y con los amigos por la noche. Al menos, eso decía siempre mi *halmeoni*.

Blue se estremeció. Aquella conversación la horrorizaba por algo que no acababa de identificar; tal vez fuera que no la incluía, o que los dos interlocutores pertenecían a familias millonarias, o quizá, simplemente, le recordara de manera inequívoca que

había roto una de sus normas fundamentales (mantenerse alejada de los chicos de Aglionby). Se sentía como un accesorio vulgar y polvoriento, o como algo aún peor. Se sentía… mal.

Sin decir nada, le pasó a Henry el teléfono de Gansey.

Cuando el otro chico volvió a su reluciente nave espacial para hacer la llamada, Blue se volvió hacia Gansey.

—¿Sabes qué? No me gusta nada esa voz que pones.

—¿Qué voz?

Aunque Blue sabía que no era un comentario agradable, su boca lo dijo de todos modos.

—Tu voz falsa.

—¿Cómo dices?

—La que pones siempre que hablas con ellos. Con los gilipollas de Aglionby.

—Henry es un tipo majo —replicó Gansey.

—¿Ah, sí? ¿Por eso no quiere que lo violen los lugareños?

—Era una broma.

—Ja, ja, ja. Me parto. Eso solo puede ser una broma cuando lo dice alguien como él, porque jamás tendrá que preocuparse de que le ocurra algo así. ¡Qué típico!

—No entiendo por qué te pones así. En realidad, Henry se parece un poco a ti en…

—¡Vamos, hombre! —saltó Blue.

Sabía que estaba exagerando, pero no lo podía evitar; había algo en aquellos chicos que la ponía frenética, algo relacionado con sus facciones perfectas, su pelo perfecto, sus coches perfectos y la camaradería fácil con la que hablaban entre sí.

—La verdad —dijo— es que casi me alegro de que no podamos… De que nunca vayamos a…

—Ah, de modo que te alegras —repuso Gansey en tono peligrosamente cortés—. ¿Por qué?

—Porque estamos en lugares muy diferentes, y punto. Tenemos prioridades distintas. Estamos demasiado alejados. Jamás funcionaría.

—Hace dos segundos hemos estado a punto de besarnos. Y ahora se ha acabado todo, solo porque me he parado para dejarle el teléfono a un compañero.

—¿Acabado? ¡No había empezado nada! —replicó Blue, aún más furiosa que cuando se había despertado aquella noche.

—¿Es porque no te he dado la razón cuando has dicho que Henry es un gilipollas? Estoy tratando de ver las cosas desde tu punto de vista, pero no me lo pones nada fácil. ¿O es por eso de mi voz?

—Olvídalo. No importa. Llévame a casa y ya está, ¿vale? —murmuró Blue.

Ahora sí que estaba arrepentida de todo lo que había pasado aquella noche. Ni siquiera estaba segura de adónde la había llevado su pataleta; solo sabía que ya no podía dar marcha atrás.

—Cuando te devuelva el teléfono, nos vamos, por favor —añadió.

Los ojos de Gansey recorrieron su cara. Blue le devolvió la mirada; esperaba encontrar su enfado reflejado en los ojos de él, pero lo que vio fue otra cosa. La expresión de Gansey se había despejado; no parecía feliz, ni mucho menos, pero ya no mostraba perplejidad.

—¿Cuándo me contarás lo que te pasa de verdad, Blue? —dijo.

Ella soltó un suspiro tembloroso y peligrosamente cercano a las lágrimas.

—Nunca —respondió.

27

Gansey se despertó de pésimo humor. Aún estaba cansado; había perdido varias horas de sueño recordando una y otra vez lo ocurrido en el coche, tratando de decidir si había actuado bien, si lo había hecho mal o si todo aquello daba lo mismo. Además, estaba lloviznando, Malory no dejaba de silbar, Noah entrechocaba pelotas de billar una y otra vez, Ronan se estaba echando cereales de la caja directamente a la boca y su jersey amarillo favorito estaba demasiado sobado para ponérselo una vez más. Y, por si fuera poco, Pig se negó a arrancar. Así pues, ahora se dirigían todos en el anodino Suburban a recoger a Adam y a Blue, y Gansey llevaba un jersey parduzco que reflejaba exactamente su estado de ánimo.

Estaba seguro de que la cueva de Dittley no sería más que una gruta normal y corriente; no le habría importado nada quedarse en Monmouth durmiendo tres o cuatro horas más y dejar la expedición para otro día.

—Con toda esta lluvia, podríamos estar perfectamente en Gales —observó Malory, en un tono que no expresaba ninguna satisfacción al respecto.

A su lado, Adam iba callado, con una expresión atormentada que Gansey llevaba tiempo sin verle.

Blue también guardaba un silencio huraño, y sus ojeras rivalizaban con las del propio Gansey. La noche anterior, el cuello del gabán de Gansey olía a ella; ahora, por más que él agachaba la cabeza para recuperar aquel aroma, no detectaba más que un rastro tan desvaído y tristón como la luz de aquel día.

Al llegar a la granja Dittley, Malory, el Perro y el propio Jesse se dirigieron al interior de la casa (Malory, en tono poco esperanzado: «¿No tendrá usted té, verdad?»; Jesse: ¿PREFIERE EARL GREY O DARJEELING?; Malory: «¡Oh, gracias al cielo!»), mientras los demás atravesaban los campos encharcados en dirección a la cueva.

—¿De verdad vas a meterte con ese cuervo en la gruta, Ronan? —preguntó Adam.

—Sí, Parrish. Tengo toda la intención de hacerlo.

Era imposible hablar con Blue acerca de la noche anterior.

Pero Gansey estaba demasiado atontado para analizarlo más; lo que necesitaba ahora eran certezas. ¿Se suponía que seguían enfadados?

Se recreó en su mal humor mientras los cuatro se ponían su equipo de espeleólogos y comprobaban una y otra vez el funcionamiento de las linternas. Blue había sacado de alguna parte un mono de trabajo, y el simple esfuerzo de no quedarse mirando lo bien que le quedaba exigía toda la concentración de que Gansey era capaz esa mañana.

No era así como se suponía que debía culminar su búsqueda, pensó. No debía ocurrir en un rato robado a los estudios y las tareas de la campaña de su madre; en un oscuro día de otoño, demasiado lluvioso para la estación; después de una noche casi en vela, que lo había dejado atontado e incapaz de sentir las cosas en condiciones. No tendría que ser nada así, y sin embargo, así era.

Ni siquiera la cueva tenía el aspecto que debería tener, pensó mientras descendía. Sí, sabía que Glendower se encontraba en el subsuelo —Gansey siempre había sabido que estaba enterrado, al fin y al cabo—, pero, por alguna razón, imaginaba que habría más luz. Aquello no era más que un vulgar agujero en el suelo. Paredes de tierra que parecían echárseles encima, raspadas y ampliadas en los puntos por los que no cabía un ataúd… Una madriguera de conejo que bajaba más y más.

Aquello no se correspondía con lo que le había mostrado Cabeswater en el árbol de las visiones. Pero quizás aquello no fuera la verdad.

Esta era la verdad. La tenían delante de los ojos.

—Para, Lynch —dijo Adam; iba en el último puesto de la fila, precedido por Ronan.

—¿Qué pare de hacer qué?

—Venga, hombre.

Ronan no contestó. Los cuatro siguieron caminando. Apenas habían recorrido unos metros más cuando Adam estalló:

—¡Ronan, para de una vez!

La fila se detuvo gradualmente: Adam había frenado en seco, lo que había tensado la cuerda hasta parar a Ronan, a Blue y, por último, a Gansey. Sierra echó a volar por la gruta, rozando las paredes con las puntas de las alas. Tras dar una vuelta, volvió a posarse en el hombro de Ronan, inclinó la cabeza y empezó a limpiarse el pico en la camisa de su dueño, como si estuviera frenético.

—¿Se puede saber de qué hablas? —le preguntó Ronan a Adam, chascando los dedos para calmar al cuervo.

—Estás cantando.

—Yo no estoy haciendo nada.

Adam se llevó las manos a los oídos y se los tapó con los dedos.

—Sí, tienes razón —dijo—. Ahora me doy cuenta de que no eres tú…

—¿Por qué lo dices?

—Porque —respondió Adam con un hilo de voz— lo estoy oyendo con mi oído sordo.

Un leve escalofrío recorrió la piel de Gansey.

—¿Qué están cantando? —preguntó Blue.

Sierra abrió el pico, y con una vocecilla trémula y maliciosa que sonaba muy diferente de su áspera voz de pájaro, cantó:

—Oh, doncellas frescas y bellas, escuchad a vuestros padres…

—¡Para! —gritó Ronan, y Gansey se dio cuenta de que no se dirigía al cuervo, sino a la gruta.

Pero aquello no era Cabeswater. Y fuera lo que fuera, no le hacía caso a Ronan Lynch.

Sierra no dejaba de cantar. La imagen era terrorífica, porque su pico continuaba entreabierto, sin moverse, como si el ave no fuera más que una caja de resonancia para la voz que sonaba en su interior:

—Los hombres de aquella tierra atendían a sus padres…

—¡Seas quien seas, para de una vez! —gritó Ronan—. ¡El cuervo es mío!

El cuervo se echó a reír.

Era una carcajada aguda y maliciosa, tan musical como los versos de la canción.

—Dios mío… —masculló Gansey, notando que todo el vello del cuerpo se le ponía de punta y que sus testículos se encogían.

—¡Sierra! —Ladró Ronan.

El ave pareció recordar su existencia y se giró para mirarlo, con la cabeza ladeada en un gesto tan extraño como intenso. Parecía haberse vuelto más grande; las negrísimas plumas de su cuello estaban erizadas, y su pico tenía un aspecto salvaje e irónico. En aquel momento, era imposible pasar por alto que Sierra era una criatura soñada, no un cuervo de verdad, y que los mecanismos de su mente estaban hechos de la misma materia misteriosa que los de Ronan Lych o que Cabeswater. Por un momento terrorífico, demasiado breve para darle tiempo a decir nada, Gansey creyó que el cuervo iba a atacar a Ronan con su afilado pico.

Sin embargo, Sierra se limitó a cerrarlo con un chasquido, y luego emprendió el vuelo y desapareció por el estrecho corredor que se abría ante ellos.

—¡Sierra! —gritó Ronan al ver que el ave desaparecía en la oscuridad—. Mierda… Desatadme ahora mismo.

—No —replicaron Adam y Blue al unísono.

—No —añadió Gansey en tono más tranquilo—. Ni siquiera estoy seguro de que debamos continuar. No tengo un interés especial en ofrecerme como víctima a una cueva maldita.

La deserción del cuervo le inquietaba; era algo torcido, al revés de como debería ser. De pronto, todo le parecía impredecible. Nada más pensarlo, aquella idea intrigó a Gansey, porque implicaba que, hasta entonces, todo le había parecido predecible. No: la palabra no era predecible, sino inevitable.

Ahora, sin embargo, le daba la impresión de que podía ocurrir cualquier cosa.

Ronan seguía con la vista clavada en el oscuro pasadizo, buscando en vano algún rastro de Sierra.

—Quedaos aquí, si os da miedo venir conmigo —masculló con desdén.

Gansey lo conocía demasiado bien para molestarse por su tono.

—No tengo miedo por lo que pueda pasarme a mí, Ronan —contestó—. Relájate, ¿quieres?

—Sea lo que sea, creo que solo quiere asustarnos —dijo Blue, sensata como siempre—. Si quisiera hacernos daño, ya lo habría hecho.

Gansey volvió a ver el pico de Sierra suspendido sobre el ojo de Ronan.

—Adam —dijo—, ¿tú qué opinas?

Adam se quedó callado mientras sopesaba las opciones. A la luz del foco de Gansey, sus facciones parecían extrañas y delicadas. Sin previo aviso, extendió el brazo y tocó la pared de la gruta. Aunque Adam no era una criatura del sueño, cada vez era más evidente que era una criatura de Cabeswater; se veía en la forma en que sus dedos caracoleaban por la pared de tierra, en la negrura de sus ojos fijos en el vacío.

—¿Está también…? —empezó a preguntar Blue.

«Poseída».

Ninguno de los tres quería decirlo.

Ronan se llevó el índice a los labios.

Adam pareció escuchar a las paredes durante unos minutos —«Quién es este chico», pensó Gansey, «sigue siendo tu amigo, qué le entregó a Cabeswater, en qué lo ha convertido eso, por qué medra tanto el terror en ausencia de la luz del sol»—, y luego dijo con tono cauto:

—Voto por continuar. Creo que no pretende atemorizarnos, que lo ha hecho sin querer. Lo de Sierra ha sido un aliciente para animarnos a seguir.

De modo que continuaron.

El pasadizo descendía de manera constante, con curvas que lo hacían mucho más intrincado que la cueva de Cabeswater. Si aquella había sido excavada por al agua, esta galería tenía un aspecto artificial, como si la tierra hubiera sido arrancada y no arrastrada con el tiempo. Al cabo de un rato, se oyó un graznido algo más adelante; era un sonido reminiscente del día, que sonaba extraño en aquella oscuridad.

—¿Sierra? —llamó Ronan con voz ronca.

—¡Kerah! —Se oyó en un punto no muy alejado. Aquel era el ruido con el que el cuervo llamaba siempre a Ronan.

—Gracias a Dios… —musitó Blue.

El primero en ver a Sierra fue Gansey, que iba en cabeza. Estaba posado en una estrecha repisa natural, aleteando levemente para mantener el equilibrio. No huyó al verlos, y cuando Gansey extendió el brazo, voló hacia él y aterrizó pesadamente.

—Aquí tienes a tu cuervo, Lynch —dijo volviéndose a medias.

—Y aquí tienes tu tumba, Gansey —replicó Ronan con voz estrangulada, mirando algo que había más allá de su amigo.

Gansey miró al frente: ante ellos había una puerta de piedra labrada. Aunque

podría haber sido la puerta de muchas cosas, Gansey no tenía ninguna duda: aquella era la entrada de una tumba. Los relieves mostraban la figura de un caballero con armadura, que reposaba con los brazos cruzados sobre el pecho. Dos cuervos le servían de almohada, y sus pies se apoyaban en sendas flores de lis. Su torso estaba cubierto por un escudo con tres figuras de cuervos. El escudo de Glendower.

No podía ser.

No es que aquella tumba no tuviera el aspecto que Gansey había supuesto que tendría la tumba de Glendower. Lo que pasaba era que aquello no podía ocurrir de ese modo, en ese día, mientras a Gansey le dolían los ojos por la falta de sueño y fuera lloviznaba y estaban en una cueva que habían descubierto unos días antes.

Tendrían que haber descubierto una pista que los llevara a otra, que a su vez los llevara a otra más.

No podía consistir en una caminata de media hora que los condujera a la puerta de una tumba, así, sin más.

Pero así era.

—No puede ser —dijo finalmente Adam.

—¿Qué hacemos? ¿La… la empujamos? —preguntó Blue.

También ella parecía perpleja. Las cosas no podían suceder de ese modo. Lo importante debía ser la búsqueda, no el hallazgo.

—Esto me produce una sensación peculiar —admitió Gansey por fin—. Es extraño que no haya nada de… de ceremonia.

«Deberías estar emocionado».

Mientras los demás se acercaban, Gansey volvió a mirar la puerta de la tumba, se sacó el teléfono del bolsillo e hizo varias fotos. Luego, tras pensar un momento, anotó las coordenadas y la descripción del lugar.

—Joder, Gansey —refunfuñó Ronan.

No le hizo caso; al menos, aquello le había hecho sentirse algo mejor. Extendió la mano y rozó con delicadeza la orla que rodeaba al caballero. La piedra era fresca, sólida, real; cuando apartó los dedos, vio que estaban manchados de polvo. Aquello estaba ocurriendo de verdad.

—No creo que la puerta esté sellada con cemento. ¿Necesitaremos una palanqueta?

Adam palpó el borde de la losa.

—No creo —dijo—. No me parece muy encajada.

Gansey recordó la predicción de los tres durmientes, y las advertencias de que había uno al que era mejor no despertar. ¿Cómo sabrían si era este? Pero el trabajo de Maura era no despertar a ese durmiente; si hubieran llegado a su tumba, seguramente habría algún rastro de ella.

Sin embargo, no estaba seguro. No había manera de estarlo.

Todos los acontecimientos de aquel día estaban teñidos de indecisión e incertidumbre.

De pronto, la losa se derrumbó con estruendo.

Todos retrocedieron tosiendo, ahogados por un remolino de polvo y tierra.

—¡Ronan Lynch! —gritó Blue en cuanto recuperó el aliento, furiosa.

El aludido la miró desde el centro de la nube de polvo, que se iba disipando lentamente. Acababa de derribar la puerta de una patada.

—Eso —dijo con voz tensa, sin dirigirse a nadie en particular— ha sido por manipular a mi cuervo.

—Ronan, dime ahora mismo si tengo que ponerte la correa, porque lo haré si es necesario —dijo Gansey, y Ronan soltó un bufido desdeñoso—. Voy en serio, Ronan. No puedes ir por libre. Si esta es una tumba, entonces es que hay alguien enterrado aquí, y ese alguien se merece respeto. No. Me. Hagas. Decírtelo. Otra. Vez. Y ya que estamos, si alguno de vosotros cree que no podrá aguantar sus impulsos una vez estemos dentro, le sugiero que espere aquí fuera o que todos nos marchemos para volver otro día.

Ronan le lanzó una mirada incendiaria.

—Ni se te ocurra, Lynch —le advirtió Gansey—. Llevo siete años haciendo estas cosas, y esta es la primera vez que me iré de un sitio dejándolo en peor estado que cuando lo encontré. No me hagas desear haber venido sin ti.

Ronan agachó la cabeza, como si aquello al fin hubiera atravesado su coraza y le hubiera tocado una fibra sensible.

Los cuatro entraron.

Fue como penetrar en el pasado.

La sala entera estaba llena de relieves y pinturas. En la oscuridad, los colores se habían mantenido intactos: azul cobalto, violeta, rojo herrumbroso… A lo largo de las paredes se sucedían los arcos labrados, bordeados por relieves de lirios y cuervos, columnas y pilares. Figuras de santos los observaban desde las hornacinas, regios y vigilantes. Había mártires alanceados, quemados y aprisionados. Había perros que perseguían liebres que perseguían perros. En una de las paredes había colgados un par de guanteletes, un casco y un peto.

Era excesivo.

—Dios… —jadeó Gansey.

Estiró la mano para tocar el peto y se dio cuenta de que no podía —no quería— hacerlo.

No estaba dispuesto a que aquello terminara.

Estaba deseando que aquello terminara.

En el centro de la cámara había un sepulcro de piedra que les llegaba hasta la cintura, aún más trabajado que las paredes de la sala. Su tapa mostraba una efigie yacente de Glendower, ataviado con casco y armadura, con la cabeza apoyada en tres cuervos.

«¿Recuerdas que me salvaste la vida?».

—Mirad cuántos pájaros —dijo Blue, recorriendo los costados del sepulcro con el

haz de su linterna.

Había plumas talladas por todas partes. Una cenefa de alas remataba los laterales. Había cuervos que comían moras y se enzarzaban encima de escudos labrados en la piedra.

La luz de la linterna cayó sobre la cara de Adam, que lo observaba todo con los ojos entrecerrados y expresión de desconfianza. Ronan, a su lado, se mostraba extrañamente hostil, con Sierra posado en el hombro. Blue le sacó el teléfono a Gansey del bolsillo y empezó a hacer fotos de las paredes, del sepulcro, del propio Gansey.

Los ojos de él volvieron a recorrer la sepultura. La tumba de Glendower.

«¿Esto está pasando de verdad?».

Todo parecía extrañamente ladeado, reflejado, distinto a como lo había imaginado.

—¿Qué hacemos? —preguntó.

—Creo que, entre todos, podríamos levantar la tapa haciendo palanca —respondió Adam.

Sin embargo, eso no era lo que Gansey quería preguntar. Lo que quería decir era esto: «¿Qué estamos haciendo? ¿Por qué nosotros, precisamente?».

Blue soltó una risita carente de humor.

—Tengo las manos pegajosas —dijo.

Los cuatro se alinearon, codo con codo. Gansey, jadeante, contó del tres al uno y todos hicieron fuerza. Nada. Era como tratar de levantar la caverna entera.

—Ni siquiera se ha movido —dijo Gansey.

—Vamos a intentarlo por el otro lado.

Mientras todos rodeaban el sepulcro y tiraban, esforzándose por sujetar el borde de la tapa con las yemas de los dedos, Gansey no pudo evitar acordarse de los antiguos cuentos de hadas. Quizá lo que hiciera tan difícil levantar aquella tapa no fuera su peso, sino la falta de valía de quienes trataban de desplazarla. Aún no habían demostrado ser dignos de acceder a Glendower.

Se sintió extrañamente aliviado. Aquello, al menos, tenía sentido.

—Cuando se construyó esto, aún no había maquinaria pesada —dijo Ronan.

—Pero sí que tenían cuerdas y poleas —le recordó Blue—. O más gente para empujar. Muévete un poco; no me caben las dos manos.

—No estoy seguro de que importe demasiado —repuso Gansey, produrando hacerle sitio de todos modos.

Los cuatro se apretujaron frente al sepulcro: Gansey, Blue, Ronan, Adam.

Lo único que se oía era el rumor de su respiración.

—Tres, dos… —contó Blue, y todos empujaron a una.

La tapa se desplazó, como si su peso hubiera disminuido de pronto, y resbaló rápidamente hacia el otro lado.

—¡Agarradla! —exclamó Blue, y luego, al ver que Gansey se abalanzaba hacia el

lado opuesto, se corrigió—: ¡No, espera, no lo hagas!

La piedra se deslizó en diagonal, con un estruendo rasposo que a Gansey le dio dentera, y se precipitó al suelo con un golpe sordo pero destructivo, como el de un puño que golpeara en hueso.

—Se ha rajado —dijo Adam.

Los cuatro se inclinaron. El contenido de la sepultura estaba oculto bajo un paño basto.

«Algo no encaja».

De pronto, Gansey notó que lo invadía una extraña tranquilidad. Aquel momento era tan radicalmente distinto al que había aparecido en su visión que su ansiedad se calmó, dejándolo en blanco. Estiró la mano y retiró el paño de un tirón.

Los cuatro se quedaron inmóviles.

Al principio, Gansey no fue capaz de comprender lo que tenía ante los ojos. Era una silueta antinatural que no sabía cómo interpretar.

—¿Está boca abajo? —sugirió Blue con voz vacilante.

Sí, por supuesto; ahora que lo había dicho, estaba claro que se trataba de eso. Los omóplatos de la figura sobresalían bajo una túnica oscura, de color morado o granate. Sobre ella había una masa de pelo, más abundante y oscura de lo que Gansey hubiera esperado. Las manos estaban atadas tras la espalda.

¿Atadas?

Atadas.

Un destello de inquietud retorció las entrañas de Gansey.

«Así no es. No es, no es, no puede ser».

Adam recorrió el interior del ataúd con el foco de su linterna. El borde de la túnica estaba levantado y dejaba a la vista las piernas de Glendower. También estaban atadas, a la altura de las rodillas. Boca abajo, muñecas y rodillas atadas. Así era como se enterraba antiguamente a los brujos. A los suicidas. A los criminales. A los reos. La mano de Gansey avanzó hacia la figura y luego se retrajo. No le fallaba el coraje; lo que le faltaba era certidumbre.

No podía ser así.

Adam volvió a mover la linterna.

—Ah —jadeó Blue como si fuera a decir algo, pero no añadió nada más.

El pelo se movió.

—Me cago en todo lo que… —masculló Ronan.

—¿Ratas? —sugirió Adam, y la imagen que conjuraba aquel comentario era tan espantosa que Gansey y Blue retrocedieron al mismo tiempo.

Entonces el pelo volvió a agitarse, y un sonido escalofriante brotó del interior del sepulcro. ¿Un grito?

No. Una carcajada.

Los hombros se movieron, elevando el cuerpo de forma que pudiera ladear la cabeza para mirarlos. Gansey atisbó el rostro, y su corazón se aceleró antes de

detenerse de pronto. Estaba tan aliviado como horrorizado.

No era Glendower.

—Es una mujer —dijo.

28

La mujer no esperó a que la liberasen.

Mientras ellos retrocedían, reptó y se retorció hasta caer al suelo, con las manos y las piernas aún amarrados. Aprovechando que su cabeza había quedado al lado de los pies de Ronan, le lanzó una dentellada juguetona a la puntera y soltó otra risotada.

Ronan reculó, tan sobresaltado como Sierra.

Blue cruzó una mirada frenética con Adam.

La mujer había empezado a cantar:

Reinas y reyes,
reyes y reinas,
Blue Lily, lirio azul,
coronas y pájaros,
espadas y cosas,
Blue Lily, lirio azul.

De pronto, se interrumpió y lanzó una carcajada aguda idéntica a la que había salido del pico de Sierra hacía un rato. Rodó hasta quedar boca arriba y, mirando directamente la mueca hosca de Ronan, gorjeó:

—¿Cortarás mis ligaduras, príncipe cuervo?

—¡Dios! —explotó él—. ¿Se puede saber qué eres tú?

Ella volvió a reírse.

—¡Oh! Mi salvador llegó en un corcel blanco como la nieve, y me dijo: «Bella dama, haré aquello que desees…».

Ronan miró a los demás con una expresión casi idéntica a la que se le había puesto tras recoger a Malory del aeropuerto.

—Está loca —dijo.

—No la toques —repuso Gansey con voz serena; ahora que sabían que no habían hallado a Glendower, parecía mucho más tranquilo.

El corazón de Blue seguía desbocado después de ver cómo caía la tapa del ataúd y cómo la mujer reptaba hasta salir de él. Y aunque nunca había querido dejarse dominar por Gansey, agradecía que él dominara aquella situación, mientras ella

convencía a su pulso de adoptar un ritmo más razonable.

Gansey rodeó el sepulcro y se acercó a la mujer.

Al verla boca arriba, Blue se dio cuenta de que era joven; no aparentaba mucho más de veinte años. Su abundantísima melena era negra y salvaje como ala de cuervo, y su piel era tan pálida como la de una muerta. Pero tal vez lo más extraordinario que había en ella fuera su túnica. No parecía un disfraz de dama medieval; parecía una prenda de verdad, por la sencilla razón de que era una prenda de verdad.

Gansey se encorvó y le preguntó con su tono cordial y seguro de sí mismo:

—¿Quién es usted?

—¡No bastaba con uno! —exclamó ella con voz chillona—. ¡Han enviado a otro! Decidme, ¿cuántos mozos hay en mi cámara? Espero que sean tres, el número divino. ¿No vais a desatarme? Es muy poco delicado dejar a una dama atada durante más de dos o tres o siete generaciones.

—¿Fue usted quien poseyó al cuervo de mi amigo? —dijo Gansey con voz aún más calmada, aunque tal vez fuera la cadencia irregular de la mujer lo que hacía que pareciera tranquilo, en comparación.

Ella sonrió.

—Oh, doncellas frescas y bellas, escuchad a vuestros padres…

—Sí, eso me había parecido —repuso Gansey, irguiéndose para mirar a sus compañeros—. No creo que sea buena idea desatarla.

—¿Acaso tenéis miedo de mí? —se burló ella—. ¿Os han dicho que soy una bruja? ¡Tengo tres pechos! ¡Tengo cola y cuernos! Ahí abajo, soy gigantesca. Ah, si yo fuera tú, también me temería, joven caballero. ¡Podría dejarte embarazado! ¡Corre, corre!

—Voto por dejarla aquí —dijo Ronan.

—Si abandonáramos a la gente dentro de las cuevas solo porque están locos —replicó Gansey—, tú aún estarías en Cabeswater. Dame tu cuchillo.

—Lo he perdido —contestó Ronan.

—¿Cómo que lo has…? Vale, no importa.

—Yo tengo uno —dijo Blue muy satisfecha de sí misma, y sacó su navaja rosa de resorte mientras los ojos grises de la mujer se levantaban para mirarla.

Blue se estremeció, temiendo que la mujer empezara a cantarle su canción, pero ella se limitó a esbozar una ancha sonrisa de complicidad.

—Creía que estas navajas eran ilegales —comentó Gansey arrodillándose junto a la mujer.

Toda su actitud exudaba sosiego, como si estuviera acostumbrado a tratar con aquel tipo de cosas. Abrió la navaja y cortó las ligaduras de las rodillas, pero dejó las de las manos.

—Es que lo son —respondió Blue, sin dejar de mirar a los ojos de la mujer.

Ella sonreía imperturbable, como si estuviera esperando a que Blue apartara primero la mirada. Blue, sin embargo, había practicado mucho aquel tipo de

situaciones gracias a Ronan, así que mantuvo el ceño fruncido y la mirada fija. Le habría gustado preguntarle a la mujer por qué hablaba inglés, quién era y si se encontraba bien después de haber pasado tanto tiempo metida en una caja, pero no le parecía una persona especialmente dispuesta a contestar preguntas.

—Voy a ayudarla —dijo Gansey—, pero si me muerde, volveré a meterla en ese ataúd. ¿Queda claro?

—Ay, gallito mío —ronroneó la mujer—, no sabes cuánto me recuerdas a mi padre. Lo cual es una faena, claro.

Ronan seguía mirando a la mujer con cara de asco, así que Blue se adelantó para ayudar a Gansey. La mujer tenía un tacto más sólido y cálido de lo que Blue esperaba. Era muy alta; debía de haberse bebido todos los vasos de leche que le habían dado de pequeña. Cuando Blue la agarró de un codo para ayudarla a levantarse, su abultada pelambrera negra le cosquilleó en la nariz, desprendiendo un vivo aroma a tierra y a metal. La mujer se puso a cantar una cancioncilla sobre regalos, reyes y órganos internos.

—Vale, Gansey —dijo Adam con tono cauteloso—. ¿Qué propones hacer ahora?

—Sacarla de aquí, obviamente —repuso Gansey, y luego se volvió hacia la mujer —. A no ser que prefiera quedarse, claro.

Ella torció la cabeza hasta apoyarla en su hombro. Ahora, su cara estaba a centímetros de la de Gansey.

—¿Existe aún el sol?

Gansey le agarró un mechón de pelo y tiró suavemente hasta apartar la cabeza de la mujer.

—Hace unas horas, existía.

—Entonces, ¡llevadme! ¡Llevadme!

Adam miraba la escena sacudiendo la cabeza.

—¿Sabéis qué? —dijo Ronan—. No veo el momento de escuchar las explicaciones que pensáis darle a Malory.

Cuando salieron, las nubes se habían disipado y el cielo lucía brillante y azul. Se había levantado un viento tan vivo que los cuatro tuvieron que agachar la cabeza para evitar que se les metiera tierra en los ojos. El aire soplaba tan fuerte que el flequillo de Blue le azotaba las mejillas y le hacía daño. Una bandada de cornejas o de cuervos volaba en lo alto, zarandeada por las ráfagas. Ronan apretó a Sierra contra su pecho, como si aún fuera un polluelo al que tuviera que proteger.

Caminaron hacia la casa, inclinados para vencer la fuerza del aire. De vez en cuando, del cielo aparentemente despejado caía algún goterón. Adam se llevó la mano a la mejilla para secarse uno y se detuvo a medio gesto al ver la expresión de Blue.

—Adam, tu cara… —dijo.

Él acabó de secarse la mejilla y se miró los dedos. Estaban manchados de rojo.

Blue extendió la mano para atrapar otro goterón. También era escarlata.

—Sangre —dijo Ronan, con tanta indiferencia como si fuera algo normal.

Blue se estremeció.

—¿De quién?

Gansey observaba una salpicadura roja en el hombro de su chaqueta, con la boca entreabierta por el asombro.

—Mirad —exclamó Adam señalando hacia arriba.

Todos se detuvieron en medio del prado para otear el cielo. Algo brillaba con furia sobre el horizonte, como si el sol se reflejara de lleno en un avión lejano. Blue se protegió los ojos con la mano y vio que el objeto tenía una estela de fuego. ¿Qué podía dar tanta luz como para brillar a plena luz del día?

—¿Un accidente aéreo? —preguntó.

—Un cometa —replicó Ronan sin vacilar.

—¿Un cometa? —repitió Adam.

Blue empezaba a sentir aún más miedo que antes, en la cueva. ¿En qué se estaban metiendo?

—¡Ya empieza! —gritó la mujer—. ¡Comienza de nuevo! ¡Gira, gira y vuelve a girar!

Se había separado de ellos y daba vueltas sobre sí misma por el prado, con las manos aún amarradas tras la espalda. A la luz del sol, su belleza regia era aún más evidente. Su nariz, aunque de buen tamaño, dibujaba una línea armoniosa; sus mejillas y su frente se curvaban suavemente; sus cejas oscuras dibujaban un arco inquisitivo, y a todo eso se sumaba su imposible cabellera encrespada, que sobresalía haciendo aún más alta a su dueña. Su túnica entre roja y amoratada destacaba como una pincelada sobre la hierba.

Gansey observó cómo el cometa trazaba una trayectoria lenta y ardiente por el éter.

—Señales y portentos —dijo—. En 1402 también se vio un cometa, justo cuando Glendower empezaba a alzarse.

—¡Ja! —exclamó la mujer—. ¡Alzarse, alzarse, alzarse! ¡También entonces había sangre de sobra, sí, sangre de sobra para todos! —entonó, cayendo de nuevo en una de sus cancioncillas.

Adam la agarró del hombro para que dejase de dar vueltas. Ella lo esquivó, girando como una bailarina ebria, y luego se detuvo para clavar en él sus ojos desorbitados.

—Tú —dijo— eres el que menos me gusta de los tres. Me recuerdas a un hombre y a un perro que nunca me gustaron.

—Lo tendré en cuenta —respondió Adam—. ¿Nos vas a conceder un favor por despertarte?

«Claro», pensó Blue sintiéndose estúpida. «¿Cómo no se nos ha ocurrido pensar en eso antes?». En las leyendas, todos los durmientes otorgaban deseos a quienes los

despertaban, no solo Glendower. Parecía increíble que ninguno de ellos se hubiera acordado hasta ese momento; pero todo lo que les había parecido evidente al repasar la teoría, se hacía confuso, cenagoso y terrorífico en la práctica.

La mujer graznó como los cuervos que planeaban en lo alto, y luego volvió a graznar. Solo entonces se dio cuenta Blue de que se estaba riendo.

—¿Un favor? ¿Por despertarme? Ay, plebeyo mío, yo no estaba dormida.

Adam la miró sin decir nada, conmocionado. Esa única palabra —plebeyo— le había cortado hasta el hueso.

Gansey intervino, recurriendo una vez más a su exagerada cortesía.

—Nosotros te hemos tratado con cortesía en todo momento —dijo—. Mi amigo se llama Adam Parrish, y te agradecería que te refirieras a él por ese nombre.

Ella dobló una rodilla e hizo una reverencia exagerada.

—Perdonadme, mi señor —dijo en tono burlón, y él frunció los labios en un mohín desdeñoso.

—¿Por qué has dicho que no estabas dormida?

—Duérmete, hijita mía —respondió la mujer con dulzura—. Sueña con la guerra. ¡Pero yo no soñaba! ¡No podía! Siempre he tenido el sueño ligero —adoptó una pose dramática, con las piernas separadas para mantener el equilibrio, y dijo con voz aguda —: ¡Socorro! ¡Socorro! ¡No estoy dormida! ¡Volved! ¡Volved! —Y luego, en tono más grave—: ¿Habéis oído algo? ¡No, solo el rumor de la sangre que palpita en mi hombría! ¡Vamos!

La boca de Ronan dibujó una mueca. Blue suspiró; estaba bastante segura de haber oído un rumor palpitante como ese en los pasillos del instituto.

—¿Quieres decir que llevas seiscientos años despierta? —preguntó.

—Doscientos arriba, doscientos abajo… —canturreó la mujer.

—No me extraña que esté como una cabra —comentó Ronan.

—Mira, Ronan… —Gansey se interrumpió, sin saber qué más decirle a su amigo —. Vamos.

Cuando entraron en la casa, Jesse Dittley miró de arriba abajo a la mujer, que era casi tan alta como él.

—¿QUÉ ES ESTO?

—Su maldición —respondió Gansey.

Jesse puso cara de escepticismo.

—A VER, DÍGAME: ¿ALGUNA VEZ HIZO USTED QUE MIS PAREDES REZUMARAN AGUA?

—Solo tres o cinco veces —respondió ella—. ¿Fue la sangre de su padre lo que me atragantó hasta hacer que me callara?

—¿MATÓ AL GATO DE MI MUJER?

—Eso fue un accidente —canturreó ella—. Y la sangre de antes, ¿era la de su abuelo?

—SACADLA DE MI CASA —dijo Jesse—. POR FAVOR.

Los chicos llevaron a la mujer hacia la puerta de entrada, seguidos por Malory y el Perro. Blue se quedó un poco más en la cocina. Se acercó a Jesse mientras él levantaba un visillo churretoso y los dos miraron cómo los chicos convencían a la mujer de que se montara en el Suburban. En cierto momento, Blue vio claramente cómo la mujer le atizaba un mordisco al Perro.

Ahora que se había alejado de ella, se sentía un poco menos asustada. Sin embargo, no podía dejar de ver el pico de Sierra, entreabierto mientras la cancioncilla falsa salía de su interior, ni olvidar cómo se le había detenido el corazón al ver que el cuerpo se movía. Aquel hechizo retorcido no recordaba en nada a la magia orgánica de Cabeswater.

—ESA NO TIENE LA CABEZA EN SU SITIO.

—Bueno, es que lleva varios siglos despierta —repuso Blue—. Cada vez que un Dittley moría en la cueva, eso la acallaba por alguna razón. Pero ya la hemos sacado; ella era la maldición. Ya no tiene usted que morir en esa cueva.

Jesse dejó caer el visillo.

—¿TE PARECE QUE PUEDE SER TAN FÁCIL LIBRARSE DE UNA MALDICIÓN?

—A lo mejor… Sí, supongo. Esa mujer lleva muchísimos años ahí metida, desde antes de que llegara aquí ningún Dittley. Y ya le ha oído decir que era ella quien hacía todas esas cosas.

—¿PERO QUÉ VAIS A HACER CON ELLA?

—No sé. Ya veremos —respondió Blue dando palmaditas en el brazo de su anfitrión—. Debería llamar a su mujer. O a sus perros.

Jesse se rascó el pecho.

—ERES UNA HORMIGUITA ESTUPENDA, ¿SABES?

Chocaron los cinco.

Antes de que el coche arrancara, Blue vio a Jesse mirándolos desde la ventana.

Decidieron llevar a la mujer al 300 de Fox Way, donde fueron recibidos por Cala (que no parecía muy contenta), Jimi (que se mostraba alarmada) y Orla (que los miraba con fascinación). Persephone le echó un vistazo a la mujer, asintió con firmeza y luego desapareció escaleras arriba. Malory se metió en el salón, con una taza de infusión olorosa a pies. Adam y Ronan se quedaron rondando por el recibidor, deseosos de enterarse de lo que pasaba pero demasiado cobardes para afrontar la ira de Cala.

Y Cala, desde luego, estaba en buena forma.

—¿Recordáis eso que dije de que había tres durmientes, y que el trabajo de Maura era no despertar a uno de ellos, y que el vuestro era despertar a otro de ellos? ¿Recordáis que no dije nada acerca del tercero? ¡Pues mi silencio no quería decir que la trajerais a mi cocina! —estalló.

Al oírla, Blue no supo si se sentía aliviada o preocupada. Lo primero, porque

hasta entonces había temido que la mujer fuera el durmiente al que no debían despertar; lo segundo, porque se habían metido en un buen lío.

—¿Y qué querías que hiciéramos con ella? —preguntó—. Maura nos habría dicho que la trajéramos aquí.

—¡Tu madre carece de sentido común! Además, no somos una casa de acogida —Cala se acercó a la mujer, que llevaba un rato observando la cocina con una mezcla de asombro y locura regia—. ¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es el nombre de todas las mujeres —contestó la mujer—: Pena.

Una de las cejas de Cala se levantó, como si su dueña estuviera considerando la idea de propinarle un puñetazo a su interlocutora.

—¿Por qué no la dejasteis donde estaba? —preguntó.

Ronan asomó la cabeza por el hueco de la puerta y le lanzó una mirada de suficiencia a Gansey.

—Mira, Cala, entiendo que no pueda quedarse a vivir aquí —repuso Gansey—. Pero está claro que se parece más a vosotras que a…

La expresión de Cala se volvió volcánica.

—¿A quién se parece menos que a nosotras? ¿A usted, señor Richard Gansey? ¿Es eso lo que ibas a decir? ¿Crees que contigo se portaría como la lunática que es, pero que nosotras somos inmunes a esas cosas? ¡Pues estás muy equivocado!

Gansey pestañeó.

La boca de la mujer se curvó en una lenta sonrisa.

—No anda muy desencaminado, bruja —dijo.

La lava se desbordó de los ojos de Cala.

—¿Qué acabas de llamarme? —preguntó, recalcando cada palabra.

—Blue Lily, lirio azul, tú y yo, yo y tú —cantó la mujer con una risita.

Tanto Blue como Cala fruncieron el ceño al oír aquellas palabras tan inquietantemente familiares. Aquella mujer era la que había poseído a Noah, igual que había hecho con Sierra más tarde. Blue rogó para sus adentros que solo fuera capaz de hacer su truquito con chicos muertos y aves soñadas.

—Aún estamos a tiempo de encerrarla allí otra vez —propuso Ronan.

—¡VOSOTROS DOS! —rugió Cala, y tanto Ronan como Adam dieron un respingo—. ¡Id a alguna tienda! ¡Hay que equipar a esta mujer!

Adam y Ronan se miraron, perplejos. La expresión de Adam parecía decir: «¿A qué narices se refiere?», mientras que la de Ronan contestaba: «No tengo ni idea, pero vámonos de aquí antes de que cambie de idea». Gansey, ceñudo, observó cómo salían a toda prisa de la casa.

En ese momento reapareció Persephone, sosteniendo el jersey de las mangas desparejadas. Examinó a la mujer con curiosidad, de un modo que habría resultado grosero en cualquiera que no fuese Persephone. La mujer le devolvió la mirada, con los ojos bastante más desorbitados que los de ella.

Finalmente, Persephone pareció satisfecha de su examen y levantó la prenda.

—Te hice esto —le dijo a la mujer—. Pruébatelo y… ¡Oh! ¿Por qué no te han desatado aún?

—Pensábamos que podía ser… ¿peligrosa? —respondió Gansey con muy poca convicción.

Persephone inclinó la cabeza.

—¿Y te pareció que dejaría de serlo si le atabas las manos?

—Yo… —Gansey se volvió hacia Blue en busca de ayuda.

—La testigo se negaba a cooperar —dijo Blue, recurriendo a la jerga de las series policiacas.

—En esta casa nunca hemos tratado así a los invitados —la reprendió Persephone con suavidad.

—Ah, no sabía que fuera nuestra invitada —intervino Cala.

—Pues yo llevaba días esperándola —replicó Persephone, y luego hizo una pausa —. Creo. Vamos a ver si le sirve el jersey.

Gansey volvió a mirar a Blue y ella negó con la cabeza.

—Deberías desatarme tú, florecilla mía —le dijo la mujer a Blue—, con tu cuchillito en flor. Sería muy apropiado y circular.

—¿Por qué sería apropiado y circular? —preguntó Blue con inquietud.

—Porque fue tu padre quien me ató. Ah, hombres…

Blue despertó de pronto. No es que antes no estuviera despierta; pero aquel comentario la había despejado tanto que, por comparación, le daba la impresión de haber estado dormida.

«Mi padre».

De pronto, la cara de la mujer estaba justo delante de la suya.

—Ah, sí. «Un escarmiento adecuado», lo llamó. Artemussssssss… —La mujer miró las caras atónitas que la rodeaban y soltó una carcajada—. ¡Ah, las cosas que yo sé! ¡Admirad cómo reluce en un anillo de agua, en un foso, en un lago, todo en un anillo de agua!

Hacía algunos meses, cuando Blue conoció a los chicos, se había sentido sorprendida por la forma en que se estaba dejando arrastrar hasta enredarse en sus vidas. Ahora, de pronto, se daba cuenta de que jamás había sido arrastrada: había estado allí todo el tiempo, junto a aquella mujer y a las demás mujeres de Fox Way, incluso, tal vez, junto a Malory y su Perro. No estaban creando confusión; lo que estaban haciendo era arrojar luz lentamente sobre la confusión que ya existía.

Frunciendo el ceño, se sacó la navaja del bolsillo y, con cuidado de no herirse ni rozar la pálida piel de la mujer, cortó la cuerda desgastada que le amarraba las muñecas.

—Ya está. Habla.

La mujer estiró los brazos hacia arriba, extática, y se puso a dar vueltas sobre sí misma, tirando los vasos que había sobre la mesa y haciendo tintinear la complicada lámpara que colgaba del techo. Tropezó con los pies de uno y luego con los de otro,

pero siguió dando vueltas entre carcajadas cada vez más histéricas.

Cuando al fin se detuvo, en sus ojos había una mirada eléctrica y desquiciada.

—Me llamo Gwenllian —dijo.

—Oh —jadeó Gansey.

—Sí, mi pequeño caballero; sabía que tú lo entenderías.

—¿El qué? —preguntó Cala con suspicacia.

Gansey le lanzó una mirada de preocupación y luego volvió a encarar a la mujer.

—Eres la hija de Owen Glendower.

29

—Ni siquiera sé qué se supone que tenemos que comprar. ¿Una jaula para perros? —preguntó Ronan.

Adam no contestó. Estaban en el interior brillantemente iluminado de un hipermercado, contemplando los productos de aseo. Adam agarró un bote de champú y volvió a dejarlo en su sitio. Aún tenía la ropa manchada por las salpicaduras de la lluvia apocalíptica y el ánimo escocido porque la mujer lo hubiera llamado plebeyo. Gwenllian (Gansey le acababa de mandar un mensaje para ponerlos al corriente de las novedades) llevaba seis siglos en aquella cueva, y aun así, le había tomado la medida nada más conocerlo. ¿Cómo lo había hecho?

Ronan eligió otro bote de champú y lo lanzó al carro que Adam empujaba.

—Este cuesta catorce dólares —protestó Adam.

Era incapaz de desconectar la parte de su cerebro que iba sumando el total de sus compras. Tal vez fuera eso lo que Gwenllian había leído en el surco entre sus cejas.

Ronan ni siquiera se dio la vuelta.

—¿Qué más? —preguntó—. ¿Un collar antipulgas?

—Ya habías hecho un chiste perruno. El de la jaula.

—En efecto, Parrish.

Ronan siguió caminando por el pasillo, con los hombros erguidos y la barbilla levantada en un gesto arrogante. Más que una persona haciendo la compra, parecía un ladrón. Agarró un tubo de pasta de dientes y lo echó en el carrito.

—¿Qué cepillo de dientes será mejor? —preguntó—. Este parece rápido —dijo, y lo dejó caer junto a la pasta.

El descubrimiento de Gwenllian estaba haciéndole cosas raras a la mente de Adam. Después de todo lo que había ocurrido con la línea ley y Cabeswater, en su cerebro no debería haber quedado sitio para la incredulidad; y sin embargo, ahora se daba cuenta de que nunca había llegado a creer realmente que Glendower pudiera estar dormido bajo una montaña. Pero allí estaba Gwenllian, enterrada de la misma forma que el Glendower de las leyendas. Aquello le había arrebatado sus últimas reservas de escepticismo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó.

—Comprar una caseta. Joder, tienes razón; no se me ocurre ningún chiste que no

tenga que ver con perros.

—No me refiero a eso, sino a lo que vamos a hacer ahora que hemos encontrado a Gwenllian.

Ronan soltó un gruñido que indicaba su profundo desinterés.

—Seguir con lo que estábamos haciendo antes. Gwenllian no importa.

—Todo importa —replicó Adam, recordando sus sesiones con Persephone.

Se detuvo delante de los desodorantes y los contempló, tratando de decidir si tenía sentido llevarle uno a una persona que había nacido antes de que se inventara el desodorante.

—Gansey quiere encontrar a Glendower. Ella no es Glendower —dijo Ronan, pero se interrumpió antes de rematar el razonamiento. Echó al carro un bote de crema de afeitar, sin molestarse en elegir una bolsa de maquinillas, y Adam se preguntó si sería para él—. De todos modos, tal vez deberíamos retirarnos, aprovechando que ahora llevamos la delantera. Tenemos Cabeswater. ¿Para qué necesitamos a Glendower?

Adam recordó la imagen de Gansey agonizando en el suelo.

—Quiero pedir el favor.

Ronan se detuvo tan bruscamente que Adam estuvo a punto de embestirlo con el carrito. Los seis productos que habían elegido rodaron hacia delante.

—Venga ya, Parrish. ¿Aún te parece que necesitas eso?

—Yo no pongo en duda tus motiva…

—Bla, bla, bla. Vale, sí, tienes razón. Eh, mira eso —dijo Ronan.

Los dos observaron a una mujer de muy buen ver que salía de la sección de herramientas para el jardín, escoltada por tres dependientes de sexo masculino. La mujer empujaba un carrito lleno de rollos de lona, cortasetos y todo tipo de herramientas que podrían servir como armas sin demasiada adaptación. Los dependientes, extremadamente deseosos de ayudarla, acarreaban picos, palas y postes que no cabían en el carro.

Era Piper Greenmantle.

—No sabía que ese fuera tu tipo —comentó Adam con sarcasmo.

—Es la mujer de Greenmantle —siseó Ronan.

—¿Cómo lo sabes?

—No me jodas, Parrish. ¿Sabes qué? Esas son las cosas que deberían preocuparnos ahora mismo. ¿Has empezado ya a investigar?

—No —respondió Adam, pero era mentira; jamás había sido capaz de olvidar un enigma una vez se lo planteaban, y Greenmantle era un enigma más intrigante que la mayoría—. Bueno, sí, un poco —admitió.

—Mucho —tradujo Ronan, y tenía razón.

Extrañamente, Ronan parecía tener un conocimiento instintivo de cómo funcionaba Adam por dentro. En el fondo, Adam siempre había sido consciente de ello, pero había preferido considerar que su interior —especialmente, las partes

menos agraciadas de su interior— era algo impenetrable.

Tras echar un último vistazo a la rubia señora Greenmantle, los dos se pusieron en la cola de las cajas. Ronan sacó la tarjeta sin mirar siquiera cuánto tenía que pagar —«Algún día, algún día, algún día»—, y los dos salieron a la tarde soleada. Al llegar al bordillo donde empezaba el aparcamiento, Adam se dio cuenta de que seguía empujando el carrito, aunque solo llevaba una bolsa arrinconada tristemente en una esquina. Se preguntó si habrían debido comprar algo más; pero por más que se devanaba los sesos, no se le ocurría nada.

—Métete —dijo Ronan señalando la cesta del carro.

—¿Qué?

Ronan siguió señalando la cesta sin decir nada.

—Vamos, Ronan, no fastidies —protestó Adam—. Este es un aparcamiento público.

—No me pongas las cosas difíciles, Parrish.

Adam esperó a que una anciana pasara a su lado, y luego suspiró y se montó en el carrito, doblando las rodillas para encajar en el exiguo espacio. Sabía perfectamente que aquello podía acabar con agua oxigenada y tiritas.

Ronan tomó el mando del carro, con la concentración afectada de un piloto de carreras, y consideró el espacio que los separaba del fondo del aparcamiento, donde habían dejado el BMW.

—¿Qué pendiente crees que hay? —preguntó.

—¿Pendiente? No hemos comprado nada de bisutería —contestó Adam, confuso, y de pronto cayó en la cuenta—. Ah, te refieres a la inclinación. Pues no sé… ¿Diez grados? —sugirió, abrazando los lados del carro y luego, tras pensarlo mejor, rodeándose las piernas con los brazos.

Con una sonrisa salvaje, Ronan empujó el carro, que bajó abruptamente del bordillo y se precipitó hacia el BMW. Cuando empezaron a tomar velocidad, Ronan soltó un taco regocijado y muy malsonante y se metió de un salto en la cestilla, junto a Adam. Este miró de refilón el coche que se acercaba a ojos vistas, dándose cuenta de que, como de costumbre, su amigo no tenía ninguna intención de detenerse antes de que ocurriera algo malo. Se llevó la mano a la nariz para protegerla justo en el instante en que rebotaban en el costado del BMW; el carro, desestabilizado, se tambaleó un par de veces y luego cayó de lado y se deslizó por el asfalto, con los dos chicos resbalando desmadejados a su lado.

Por fin, los tres —Ronan, Adam, carrito— se detuvieron.

—Ay, Dios —murmuró Adam palpando la rozadura que acababa de hacerse en el codo y que, en realidad, no era tan grave—. Dios… Uf, creo que no he perdido ningún diente.

Ronan estaba tirado de espaldas a cierta distancia, con el tubo de dentífrico sobre el pecho y el carrito tirado junto a él. Parecía profundamente feliz.

—Deberías contarme lo que has averiguado acerca de Greenmantle —dijo—,

para que pueda ponerme a soñar cuanto antes.

Adam se levantó antes de que lo atropellara algún coche.

—¿Cuándo?

Ronan esbozó una sonrisa maliciosa.

30

—Qué preciosidad de casa. Tiene tantas paredes, decenas y decenas de ellas… —le dijo Malory a Blue mientras ella entraba en el salón y cerraba la puerta.

El profesor se había dejado engullir por los cojines del sofá. A su lado, el Perro aguardaba tumbado en el suelo, con las patas cruzadas y expresión crítica.

Al otro lado de la puerta, en el cuarto de los clientes, la voz de Gansey se elevó brevemente antes de sucumbir bajo la de Cala. Ellos dos y Persephone estaban discutiendo, o más bien, ellos dos discutían mientras Persephone los acompañaba. Resultaba difícil distinguir las dos cosas.

—Gracias —dijo Blue.

—¿Dónde se encuentra la mujer demente?

Blue acababa de retirar todas las cosas de Neeve que invadían el colchón del desván para que Gwenllian pudiera alojarse allí. Las manos aún le olían a las plantas que usaba Neeve para predecir el futuro, y a las que había esparcido Jimi más tarde para tratar de cubrir el olor de las primeras.

—En la buhardilla, supongo —respondió—. ¿Te parece que es realmente la hija de Glendower?

—No veo ninguna razón para dudar de su palabra; al fin y al cabo, su atuendo lo confirma. Desde luego, resulta difícil asimilarlo… Es una pena que no pueda relatar la experiencia en un artículo para enviarlo a una revista científica. Bueno, supongo que podría hacerlo, si quisiera acabar con mi carrera profesional de manera repentina e irrevocable.

—Me encantaría que nos respondiera sin canciones ni acertijos —suspiró Blue—. Dice que fue mi padre quien la maniató y la puso a dormir, aunque, según ella, no se quedó dormida ni por un momento. Pero eso es imposible, ¿no crees? ¿Cómo puede estar nadie vivo y despierto durante seis siglos?

El Perro le lanzó a Blue una mirada irónica, como si quisiera decir que esa era precisamente la razón de que la mujer se encontrara en aquel estado.

—Por lo que sabemos, es muy probable que ese mismo Artemus fuera quien hizo dormir a Glendower —observó Malory—. Sin ánimo de ofender, la idea de que también pueda ser tu padre resulta un tanto inverosímil.

—Sí, un tanto —asintió Blue.

El asunto no la afectaba demasiado; jamás había sabido nada de su padre, y el hecho de que fuera o dejara de ser un chalado centenario no iba a cambiar aquello. Simplemente le parecía interesante que a Gwenllian la hubiera maniatado y encerrado un hombre llamado Artemus, y que aquel Artemus, por lo que parecía, se asemejara mucho a ella, y que Maura también le hubiera dicho que su padre se llamaba Artemus. Pero por mucho que le interesara, aquello no iba a ayudarla a encontrar a su madre.

—Aunque uno no puede evitar pensar en ese tapiz… —añadió Malory.

Se refería al antiguo tapiz que habían desenterrado en el cobertizo de su casa de verano. Blue volvió a verlo: sus tres caras, sus manos rojas.

—¿Y qué piensa uno al respecto?

—Uno no sabría decirlo. ¿Se va a quedar aquí esa mujer? —preguntó Malory.

—Supongo que sí, por ahora. Aunque no estoy segura de que no vaya a matarnos a todas mientras dormimos, diga lo que diga Persephone.

—Creo que es bueno que se quede —afirmó Malory—. Este es su lugar.

Blue parpadeó, asombrada. A pesar de su actitud eternamente gruñona, cada vez apreciaba más al profesor, pero nunca se le había ocurrido que fuera el tipo de persona aficionada a interpretar las relaciones personales del prójimo para dar consejos sobre el particular.

—¿Te gustaría saber para qué sirve el Perro? —preguntó Malory.

Aunque aquello no parecía guardar ninguna relación con el tema del que estaban hablando, a Blue la dominó la curiosidad.

—Bueno, sí, pero no quisiera hacerte sentir incómodo —repuso con cautela.

—Jane, yo siempre me siento incómodo. Esa es la razón de que lleve al Perro conmigo. El Perro es un auxiliar psiquiátrico, entrenado para percibir cuándo me dejo llevar por la ansiedad; cada vez que eso ocurre, el Perro hace algo para desactivar la situación. Se sienta a mi lado, se tumba sobre mi pecho, me toma la mano entre los dientes…

—¿Y te pasa mucho, eso de dejarse llevar por la ansiedad?

—Ah, ansiedad… Qué palabra tan fea. Le hace a uno pensar en manos que se retuercen, gritos histéricos y corpiños. No: el problema, más bien, es que no me gusta demasiado la compañía porque… Cielos, parece que se están enzarzando, ¿no crees?

En la sala contigua, Cala acababa de berrear: «¡NO TE QUEDES AHÍ CALLADO MIRÁNDOME CON CARA DE NIÑO PIJO!». Blue se encogió de hombros; empezaba a darle mala conciencia haberse escaqueado de la discusión.

—Me proporcionaron al Perro justo antes de emprender esta expedición —prosiguió Malory—, y lo cierto es que jamás imaginé que fuera tan complicado viajar con un animal de compañía. Me las vi y me las deseé para encontrar algún lugar en el que pudiera aliviarse durante el vuelo. Y, por si fuera poco, el pobre animal estuvo tratando de tumbarse sobre mi pecho durante todo el tiempo que pasamos en esa horrible cola de la aduana.

Blue miró al Perro, que no parecía nada arrepentido.

—Lo que me inquieta no es el aspecto externo de las personas —continuó diciendo Malory—, sino su interior. Desde que era un niño, siempre he sido capaz de ver las auras, la esencia de las personas, como quieras llamarlo. Y si una persona…

—Un momento… ¿Acabas de decir que puedes ver las auras?

—Jane, jamás hubiera esperado que tú, precisamente, reaccionaras con prejuicios.

Blue estaba más que familiarizada con el concepto de las auras: campos de energía que supuestamente rodeaban a todos los seres vivos. En su adolescencia, Orla había pasado por una fase en la que le iba diciendo a todo el mundo lo que sus auras indicaban sobre ellos. A Blue le había dicho que tenía aura de persona bajita; la adolescencia de Orla no había sido un periodo especialmente agradable.

—¡No es que dude de ti! —protestó—. Solo quería asegurarme de que te había entendido. Y esto, ¿qué relación guarda con el Perro?

—Que, cuando la gente se acerca a mí en exceso, sus auras me tocan. Y si me tocan demasiadas auras, eso me confunde y me provoca lo que los médicos, en su ignorancia, califican de «ataques de ansiedad». Necios… No sé si Gansey te habrá contado alguna vez cómo mi madre fue asesinada por el sistema de salud pública británico.

—Ah, sí —mintió Blue rápidamente; estaba muy interesada en escuchar cómo veía Malory las auras, algo que caía de lleno en su círculo de intereses, y muy poco interesada en escuchar historias de muertes de madres, algo que caía decididamente fuera de su círculo de intereses.

—Es una historia escandalosa —repuso Malory con cierto deleite.

Luego, quizá porque le gustaba la cara de Blue o por su escasa estatura, procedió a contársela.

—… Y pude ver cómo su aura se desvanecía lentamente —terminó—. En fin, ahora ya sabes cómo puedo estar seguro de que Gwenllian encaja en un lugar como este.

Blue se esforzó por que su cara volviera a mostrar alguna expresión.

—Un momento —dijo—. ¿Cómo…? Creo que me he perdido algo.

—Su aura es igual que la tuya: azul —explicó Malory—. ¡El aura de los clarividentes!

—¿Ah, sí? —repuso Blue, pensando que se iba a mosquear mucho con Maura si descubría que había sido esa la razón de que le pusiera su nombre, como si le pusiera Peluso a un cachorro especialmente peludo.

—¡Ese color de aura pertenece a aquellos capaces de traspasar el velo!

Blue pensó decirle que ella, de hecho, era incapaz de traspasar el velo, pero decidió que eso solo prolongaría la conversación.

—El aura de Gansey fue lo que hizo que me interesara por él, al conocerle —continuó Malory—. A pesar de su tornadiza personalidad, posee un aura agradablemente neutral. Cuando estoy en su compañía, no me siento como si

estuviera con otra persona. Su aura no me exige ningún esfuerzo… Ahora es algo más estridente, pero no mucho.

Blue no acababa de entender qué significaba exactamente «tornadizo», y lo poco que entendía no le cuadraba en absoluto con el Gansey que conocía.

—¿Cómo era Gansey cuando estudiaba contigo? —preguntó.

—Ah, esos fueron tiempos gloriosos —replicó el profesor, y luego, tras una pausa, añadió—: Menos cuando no lo eran. Por aquel entonces, Gansey era más pequeño.

Por la forma en que había dicho «más pequeño», a Blue le dio la impresión de que no se refería a su talla. Aun así, le dio la impresión de que lo comprendía.

—Aún estaba tratando de demostrar que no había sufrido una alucinación —prosiguió Malory—. El acontecimiento lo tenía obsesionado. Por suerte para él, ya parece haber superado aquella fase.

—¿El… acontecimiento? ¿Te refieres a las picaduras de avispa, a su muerte?

—Sí, Jane: a su muerte. Gansey se pasaba los días reflexionando sobre ello. Nunca paraba de dibujar abejas, avispas y criaturas semejantes. A menudo sufría pesadillas que lo hacían gritar; al final tuvo que buscarse otro alojamiento, ya que, como podrás imaginar, aquello me quitaba el sueño. En ocasiones, aquellos ataques ocurrían en pleno día. Podíamos estar caminando por un sendero de Leicestershire cuando, de pronto, se dejaba caer al suelo y empezaba a arañarse la cara como si estuviera trastornado. Pero yo prefería dejar que la cosa siguiera su curso, y pronto se recuperaba y seguía como si nada hubiera ocurrido.

—Es terrible —susurró Blue.

Estaba imaginando aquella sonrisa fácil con la que Gansey había aprendido a cubrir su verdadera cara. Avergonzada, recordó que, no hacía tanto, se había preguntado qué podría haber causado que una persona como él —un chico que lo tenía todo— adquiriera esa habilidad. Qué injusta había sido al suponer que el amor y el dinero podían excluir los sufrimientos y el dolor… Cada vez se sentía peor al recordar la discusión que habían mantenido la noche pasada.

Malory seguía hablando como si no hubiera oído su observación.

—No obstante, siempre ha sido un investigador ejemplar. Ese olfato con el que detecta las cosas más ocultas… ¡Es un don que no puede aprenderse! Hay que nacer con ello.

A Blue le pareció oír la voz de Gansey en la cueva, tensa y asustada: «Avispas».

Se estremeció.

—Y un buen día, por supuesto, desapareció —concluyó Malory.

—¿Cómo? —preguntó Blue, súbitamente atenta.

—No habría debido sorprenderme, claro —añadió el profesor sin darle importancia—. Sabía que Gansey era un gran viajero. Sin embargo, pensaba que aún no habíamos acabado nuestras investigaciones. Mantuvimos una pequeña discusión, llegamos a un acuerdo… Pero luego, una mañana, me encontré con que se había

marchado.

—¿Qué?

El Perro se había subido al pecho de Malory y le estaba lamiendo la barbilla. Malory le dejó hacer.

—Hizo las maletas y se marchó, simplemente. Dejó muchas cosas atrás, todo lo que no necesitaba. Pero nunca volvió. Tardó meses en volver a llamarme como si nada hubiera ocurrido.

A Blue le resultaba difícil imaginar a Gansey abandonándolo todo de aquel modo. Siempre había creído que se aferraba con ferocidad a lo que le rodeaba.

—¿No dejó una nota ni nada así?

—Se fue sin más —respondió Malory—. Después de eso, su familia me telefoneó en varias ocasiones para preguntarme por su paradero.

—¿Su familia? —repitió Blue, anonadada; era como si estuvieran hablando de una persona completamente distinta al Gansey que ella conocía.

—Sí. Yo, por supuesto, les dije lo que sabía, que no era mucho. Antes de acudir a mí pasó una temporada en México, y después creo que visitó Islandia antes de regresar a Estados Unidos. A decir verdad, creo que no conozco ni la mitad de sus andanzas; Gansey era capaz de moverse de un lado a otro con una rapidez asombrosa. Lo había hecho muchas veces antes de venir a Inglaterra, Jane. Tenía años de práctica a sus espaldas.

Decenas de conversaciones pasadas empezaban a recolocarse lentamente en la mente de Blue, mostrando nuevos matices de significado. Recordó una noche tensa en la que los dos habían contemplado desde la ladera de una montaña el resplandor de Henrietta, iluminada como un pueblo de cuento. «Este es el único lugar en el que me siento como en casa», había dicho Gansey, como si le doliera pronunciar esas palabras o no pudiera creerlas.

No era exactamente que las revelaciones de Malory contradijeran lo que ella conocía de Gansey. Era, más bien, como si el Gansey que ella conocía fuera una verdad a medias.

—Fue una actitud cobarde y estúpida —dijo Gansey desde el umbral.

Estaba apoyado en el marco de la puerta, con las manos en los bolsillos. Blue le había visto cientos de veces en aquella postura.

—No me gustaba despedirme —explicó Gansey—, así que me ausenté sin más y no me paré a pensar en las consecuencias.

Blue y Malory lo miraron fijamente. Era imposible saber cuánto tiempo llevaba allí, escuchándolos.

—No sabe cuánto te agradezco que no me lo recriminaras —continuó—. Es más de lo que merezco. Aun así, te aseguro que lo he lamentado en muchísimas ocasiones.

—Bien —repuso Malory, que tenía un aspecto de incomodidad absoluta. El Perro apartó la mirada—. Bien. Entonces, ¿cuál es el veredicto respecto a nuestra mujer de la caverna?

Gansey se metió una hoja de menta en la boca. A Blue se le fue irremediablemente la cabeza a la noche anterior, cuando le había dado una igual a ella.

—Por ahora, se queda aquí —contestó—. Y no he sido yo quien ha convencido a Cala, sino Persephone. Yo me he ofrecido a arreglar la primera planta de Monmouth para que pueda mudarse allí; puede que eso sea lo que suceda, al final.

—¿Pero quién es, exactamente? —preguntó Blue, y luego intentó una vez más decir el nombre de la mujer. No acababa de pronunciarlo bien; la elle tenía un sonido muy raro, nada parecido a lo que cabría esperar al ver el nombre escrito.

—Glendower tuvo diez hijos con Margaret, su mujer. Y, al menos, otros cuatro… con otras —respondió Gansey con cierto disgusto, como si aquello no le pareciera digno de su héroe—. Gwenllian es una de esos cuatro hijos ilegítimos de los que se tiene noticia. Es un nombre patriótico; hubo otra dos mujeres llamadas Gwenllian que tuvieron papeles relevantes en la lucha por la liberación galesa.

Estaba claro que le quedaba algo más por decir, pero que se estaba reprimiendo. Tenía que ser algo desagradable o feo.

—Suéltalo, Gansey —dijo Blue—. ¿Qué más?

—La forma en que estaba enterrada… La puerta de la tumba tenía una efigie de Glendower, y el sepulcro también. No eran retratos de ella. Podemos preguntarle al respecto, aunque resulta francamente difícil sacarle nada que tenga sentido, pero a mí me parece muy posible que se tratara de una tumba señuelo.

—¿Una qué?

—A veces, cuando se quería enterrar a alguien en una tumba muy rica o muy importante, se construía en las cercanías otro sepulcro más fácil de encontrar para despistar a los saqueadores.

—¿Y Glendower enterró allí a su propia hija? —repuso Blue, escandalizada.

—Bueno, era ilegítima —puntualizó Gansey con desgana—. Y ella misma nos ha dicho que fue un escarmiento por algo que hizo. En fin, la cosa resulta bastante sórdida. Me muero de hambre… ¿Dónde se han metido Par… Adam y Ronan?

—Han ido a comprar cosas para Gwenllian.

Gansey echó un vistazo a su enorme reloj, con el ceño enormemente fruncido.

—¿Hace mucho que salieron?

—Bastante —repuso Blue con un mohín.

—¿Qué hacemos?

—¡VE A COMPRARNOS *PIZZA*! —berreó Cala desde la sala contigua—. ¡Y PIDE QUE LE PONGAN EXTRA DE QUESO, SEÑOR MILLONETIS!

—Creo que estás empezando a caerle bien —dedujo Blue.

31

En vez de volver a Fox Way, Ronan condujo hasta Saint Agnes. Adam creyó que se proponía ir a su habitación; pero al salir del coche, Ronan no se dirigió a la entrada lateral por la que se entraba a la casa de Adam, sino que se dirigió a la puerta principal de la iglesia.

A pesar de que llevaba meses viviendo en el edificio parroquial, Adam no había entrado en la iglesia desde su mudanza. Su familia nunca había sido especialmente religiosa; y aunque Adam sospechaba que debía de existir un Dios, también sospechaba que no importaba demasiado.

—Lynch, ¿no íbamos a hablar? —dijo mientras su amigo se internaba en la penumbra del templo.

Ronan se mojó los dedos en agua bendita y se tocó la frente.

—La iglesia está vacía —respondió.

Pero a Adam no le daba la impresión de que lo estuviera. En aquel ambiente cargado por el incienso se amontonaban los floreros llenos de extraños lirios, los manteles de paño blanco, la mirada rota de un Cristo crucificado. El aire rezumaba historias que Adam no conocía, rituales en los que jamás participaría, conexiones que nunca compartiría. El zumbido de la historia que colmaba aquel lugar lo mareaba.

Ronan le golpeó un brazo con el dorso de la mano.

—Vamos, Parrish.

Los dos recorrieron la parte trasera de la oscura iglesia y abrieron una puerta que daba acceso a una escalera estrecha y empinada. Al llegar arriba, Adam se encontró en un balcón disimulado que contenía dos bancos y un órgano. Una estatua de la Virgen —al menos, supuso que sería ella— extendía las manos hacia él en ademán suplicante, pero eso lo hacía porque no lo conocía aún. Aunque a Ronan le dedicaba el mismo gesto, y a él sí que debía de conocerlo… Ante ella ardían varias velas chatas.

—Aquí es donde se coloca el coro —explicó Ronan, y luego, sin previo aviso, se sentó ante el órgano y tocó unos acordes ensordecedores.

—¡Ronan! —siseó Adam mirando de reojo a la Virgen, que no parecía especialmente molesta.

—Ya te he dicho que no hay nadie aquí —replicó Ronan, y luego, al darse cuenta

de que Adam seguía sin creerle, se lo explicó—. Hoy toca confesión en Woodville, y el párroco es el mismo en las dos iglesias. Matthew siempre venía a esta hora para sus clases de órgano; así nadie tenía que sufrir su música.

Tranquilizado al fin, Adam se sentó en uno de los bancos. Apoyó la mejilla contra el suave respaldo y miró a Ronan. Por extraño que resultara, Ronan parecía encajar allí tanto como en Los Graneros. Aquella religión colorida y sonora le había dado forma en la misma medida en que lo había hecho el mundo onírico de su padre, aunque pareciera imposible que en Ronan cupieran tantas facetas. Adam empezaba a darse cuenta de que no conocía a su amigo; o más bien, que hasta entonces solo había conocido una parte de él y la había tomado por el todo.

El aroma de Cabeswater —árboles tras la lluvia— envolvió a Adam por un momento, y cayó en la cuenta de que, mientras él miraba a Ronan, Ronan lo había estado mirando a él.

—Bueno. Hablamos de Greenmantle, ¿no? —dijo, y Ronan apartó la vista.

—Sí. Cerdo…

—La noche en que me lo pediste, empecé por mirar toda la información accesible al público.

En realidad, aquello bien podía haberlo hecho Ronan; pero quizá su amigo se hubiera dado cuenta de que Adam disfrutaría de aquel pasatiempo.

—Doctorado en dos especialidades —emuneró Adam—, residente en Boston, tres multas por exceso de velocidad en el último año y medio, etcétera, etcétera.

—¿Y lo de la tela de araña?

—Eso no importa —replicó Adam.

Había tardado muy poco en obtener la historia vital de Colin Greenmantle que era accesible a primera vista, y aún menos en darse cuenta de que no era eso lo que necesitaba. No tenían por qué deshacer la tela de araña; de hecho, entraba en lo posible que no se pudiera deshacer. Lo que necesitaban era crear otra tela.

—Pues claro que importa. Es lo único que importa.

—No, Ronan. Mira, ven aquí.

Adam empezó a escribir en el polvo que cubría el banco contiguo. Ronan se acercó y se acuclilló para leer.

—¿Qué es eso?

—Las cosas que tendríamos que preparar —respondió Adam.

Lo había planeado todo pero había preferido no escribirlo, aunque habría sido más fácil. Era mejor no dejar ningún rastro, ya fuera en papel o en un archivo digital. Solo Cabeswater podía inmiscuirse en la base de datos que era el cerebro de Adam.

—Estas son las pruebas incriminatorias que tendrías que soñar —explicó—. Y esta es la manera en que tendríamos que plantarlas.

Algunas de ellas habría que plantarlas literalmente, en el sentido de enterrarlas. El plan era pulcro en su concepción, pero su ejecución no lo sería. Inculpar a alguien de asesinato con pruebas falsas era un asunto inherentemente sucio, y los asesinatos

requerían cuerpos. O porciones de cuerpos.

—Parece mucho —admitió Adam, después de escribirlo todo en el polvo—. Y la verdad es que lo es. Pero casi todo son cosas pequeñas.

Ronan terminó de leer el plan de Adam y giró un poco el rostro como si quisiera protegerlo de aquel horror, de la misma forma en que había apartado la mirada de su sueño hecho objeto.

—Pero esto… —empezó a decir—. Esto no es lo que ocurrió. Esto no es lo que Greenmantle hizo de verdad.

No hacía falta que dijera en alto la conclusión: «Esto es mentira».

Adam se maldijo; tendría que haberse dado cuenta de que aquello supondría un problema para Ronan. Se esforzó por explicarlo.

—Tienes razón, Ronan. Pero inculparlo de la muerte de tu padre es demasiado difícil. Fue algo muy intrincado, con demasiados elementos que desconozco; él podría refutar alguna de nuestras pruebas falsas con otra verdadera, o esgrimir una coartada real para deshacer nuestra reconstrucción de lo que pudo pasar. Sin embargo, si invento el crimen, soy yo quien controla todas las piezas.

Ronan lo miró sin decir nada.

—Y además, tiene que ser algo verdaderamente horrible, algo por lo que Greenmantle no esté dispuesto a ir a la cárcel —añadió Adam.

Estaba empezando a sentirse mal consigo mismo; no sabía si la evidente repugnancia de Ronan se debía a la propia naturaleza del crimen que le había resumido, o al hecho de que Adam fuera capaz de inventar algo tan repulsivo. Aun así, insistió, porque era demasiado tarde para echarse atrás.

—Tenemos que hacerle sentir tan amenazado —continuó— que ni siquiera se le ocurra abrir la boca o reaccionar. Si lo acusáramos de haber hecho esto, su vida estaría arruinada. Y si lo metieran en la cárcel por ello… Bueno, los reclusos no tratan muy bien a sus compañeros acusados de matar niños, y estoy seguro de que Greenmantle lo sabe.

Adam observó a Ronan, consciente de que dentro de él se estaba librando una batalla. Increíblemente, su mentira parecía llevar las de perder.

—Nunca volveríamos a hacer algo así —dijo rápidamente—. Solo sería esta vez. Podría reformular la historia para que la víctima fuera tu padre, pero correríamos muchos más riesgos. Y además, eso implicaría que tuvieras que acudir a los juzgados para testificar. Y Matthew también.

Se sintió culpable por añadir esa última observación, aunque sabía que era verdad, porque suponía que condicionaría a Ronan. No se equivocaba.

—De acuerdo —mascculló Ronan de mala gana. Volvió a mirar el esquema escrito en el polvo, y sus cejas se fruncieron—. A Gansey le horrorizaría esto.

Era verdad, porque se trataba de algo abyecto. Los reyes no tenían por qué arrastrar los bordes de sus vestiduras por un lodo como aquel.

—Por eso no vamos a decirle nada —repuso Adam.

Para su sorpresa, Ronan asintió sin protestar. Esas eran las dos cosas en las que siempre estaban de acuerdo: proteger los quebradizos sentimientos de Gansey y mentir por omisión.

—¿Crees que serás capaz de conseguirlo todo? —preguntó Adam—. Son muchas cosas.

Debería haber sido imposible; nadie tendría que ser capaz de soñar ninguno de aquellos objetos, y mucho menos todos. Pero Adam había comprobado lo que Ronan era capaz de hacer. Había leído un testamento soñado, había montado en un Camaro soñado y se había sentido despavorido por un espantoso ser soñado.

En realidad, tal vez hubiera dos dioses en aquella iglesia.

Ronan volvió a ponerse en cuclillas junto al banco y estudió la lista, acariciándose la barba de dos días con expresión ausente. Cuando no se esforzaba por poner cara de cabrón, su cara adoptaba un aspecto muy diferente. Durante un instante de vértigo, Adam fue consciente del desequilibrio de su relación: Ronan lo conocía a él, mientras que él ya no estaba en absoluto seguro de conocer a Ronan.

—Lo haré ahora mismo —resolvió Ronan.

—¿Ahora? —se asombró Adam—. ¿Aquí? ¿Ahora?

Ronan esbozó una sonrisa arrogante, feliz de haberle sobresaltado.

—No dejes para mañana lo que puedas hacer ahora mismo, Parrish. Lo haré ya. Todo, menos lo del teléfono; tengo que ver cómo es antes de soñarlo.

Adam miró en derredor. La iglesia seguía pareciéndole un lugar habitado. Aunque su cerebro confiaba en que estaba tan desierta como Ronan le había asegurado, a Adam le abrumaban las… las posibilidades. Sin embargo, en la expresión de Ronan había un reto que Adam no iba a rehuir.

—Yo sé qué teléfono tiene Greenmantle —dijo.

—No basta con que me digas qué modelo es; necesito verlo —replicó Ronan.

Adam vaciló.

—¿Y si le pido a Cabeswater que te muestre su teléfono mientras sueñas? —preguntó al fin.

Esperó a que Ronan titubeara o se extrañara ante su comentario, pero su amigo se limitó a incorporarse y frotarse las manos.

—Vale, de acuerdo. Bien. Pero tal vez sea mejor que te marches. Ve a tu habitación y yo iré allí cuando acabe.

—¿Por?

—Lo creas o no, Parrish, en mi cabeza no solo hay cosas estupendas. Te lo he dicho una y otra vez. Y cuando saco algo de un sueño, a veces no puedo evitar traerme también otras cosas.

—Correré el riesgo.

—Al menos déjame un poco de sitio, ¿quieres?

Mientras Adam retrocedía para sentarse junto a la Virgen, Ronan se tumbó boca arriba en el banco polvoriento, borrando las palabras que había escritas. Algo en él —

su inmovilidad sobre el banco, o tal vez la cualidad funeral de la luz tenue— le recordó a Adam la efigie de Glendower que habían visto en la tapa del sepulcro. Parecía un rey dormido, aunque Adam no alcanzaba a imaginar cómo sería el reino extraño y salvaje de Ronan.

—Deja de mirarme —dijo sin abrir los ojos.

—Como quieras. Voy a pedirle a Cabeswater lo del teléfono.

—Te veo al otro lado.

Mientras Ronan se removía, Adam desvió la mirada hacia las velas que ardían a los pies de la escultura. Aunque era más difícil perder la mirada en una llama que en un cuenco de agua oscura, las dos cosas servían para lo mismo. Notó que su visión se difuminaba y que su mente se aflojaba hasta despegarse del cuerpo. Justo antes de caer fuera de sí mismo, le pidió a Cabeswater que le mostrara el teléfono a Ronan. Aunque tal vez la palabra adecuada no fuera «pedir», porque lo que hizo fue enseñarle a Cabeswater lo que necesitaba: una imagen del teléfono materializándose ante Ronan.

Le resultaba imposible medir el tiempo cuando salía de sí mismo.

Cerca de él —¿pero qué era eso, «cerca de él»?— sonó un ruido agudo, como un graznido, y de pronto se dio cuenta de que no sabía si había estado mirando la vela un minuto, una hora o un día. Su cuerpo tenía la consistencia de una llama, titilante y frágil; se estaba internando demasiado.

Era el momento de volver.

Retrocedió, retirándose al refugio de sus huesos, y notó el preciso instante en que su mente volvía a encajar en su cuerpo. Sus ojos se abrieron.

Ronan se convulsionaba delante de él.

Adam retrajo las piernas bruscamente, alejándose por instinto del horror que tenía delante. Los brazos de Ronan parecían desgarrados, y sus manos estaban salpicadas de heridas húmedas y abiertas. Sus vaqueros parecían negros por la sangre. La moqueta del balcón brillaba, empapada.

Pero lo más espantoso era su columna vertebral, doblada hacia atrás; su mano engarfiada sobre su garganta; su aliento rasposo, laborioso como una palabra ahogada. Eran sus dedos, temblando mientras se movían hacia su boca. Eran sus ojos, demasiado abiertos y brillantes, fijos en el techo, capaces solo de ver dolor.

Adam no quería moverse. No podía moverse. No podía aceptar aquello, porque no podía estar sucediendo.

Pero estaba sucediendo, lo aceptara o no.

Gateó hacia delante.

—¡Ronan! Dios… ¡Dios!

Porque ahora que estaba más cerca, se daba cuenta de lo dañado que estaba el cuerpo de su amigo. Aquello era irreparable. Ronan se estaba muriendo.

«Yo he causado esto… fue idea mía… él ni siquiera quería…».

—Qué, ¿contento? —preguntó Ronan—. ¿Era eso lo que querías?

Adam dio un violento respingo. La voz no había salido del Ronan que había ante él, sino de otro punto situado más arriba. Levantó la mirada y vio a Ronan sentado a lo indio en el banco, mirándolo con expresión pensativa. Este Ronan tenía una mano manchada de sangre, pero estaba claro que no era suya. Bajó la cabeza para mirar a su doble agonizante, y por su cara cruzó un destello oscuro. El Ronan del suelo soltó un gemido lastimoso y escalofriante.

—¿Qué ha… Qué ha pasado? —preguntó Adam. La cabeza le daba vueltas. Estaba despierto; estaba soñando.

—Dijiste que querías quedarte para ver qué pasaba —respondió con sarcasmo el Ronan del banco—. Disfruta del espectáculo.

Adam comprendió al fin. El Ronan de verdad no se había movido; se había despertado en el mismo lugar en que se había dormido. El otro Ronan, el que agonizaba, era una copia.

—¿Por qué has soñado esto? —preguntó.

Por más que trataba de convencer a su cerebro de que el Ronan moribundo no era real, la semejanza era excesiva. Adam veía al mismo tiempo un Ronan Lynch sufriendo una agonía brutal, y un Ronan Lych que lo observaba con cierto desinterés. Ambos eran reales, aunque no habrían debido ser compatibles.

—Eran muchas cosas para soñarlas de una vez —explicó Ronan desde el banco.

Sus sílabas era cortas, precisas; estaba tratando de aparentar que no le importaba verse morir. Quizá fuera verdad que no le importaba. Tal vez esas cosas le ocurrieran constantemente. Adam se sintió como un necio por haber pensado que conocía a Ronan Lynch.

—No era el tipo de cosas con las que suelo soñar —prosiguió—, y al cabo de un rato todo se agitó bastante. Aparecieron los horrores nocturnos, y luego las avispas. Me di cuenta de que iba a traerlos conmigo, de que corría el peligro de despertarme… así. De modo que soñé otro yo para que lo atacaran a él, y me desperté. Y aquí estoy. Y allí estoy, también. Qué buen truco, ¿verdad? Un truquito del carajo.

El otro Ronan estaba muerto.

Adam se sintió como cuando había visto el mundo onírico por primera vez: la realidad se estaba retorciendo sobre sí misma. Ronan estaba muerto delante de él, pero no podía afligirse porque Ronan estaba vivo a su lado.

—Toma —dijo Ronan—. Aquí tienes la mierda que me pediste. Las mentiras que querías.

Extendió la mano, en la que sostenía un sobre grande de papel marrón que, presumiblemente, contenía las pruebas necesarias para incriminar a Greenmantle. A Adam le llevó un largo momento darse cuenta de que Ronan pretendía que lo cogiera, y un momento más recordar los gestos necesarios para agarrarlo. Le ordenó a su brazo que se estirara, y este le obedeció sin mucho entusiasmo.

«Ponte las pilas, Adam».

El sobre rezumaba sangre, que ahora también manchaba la mano de Adam.

—¿Lo has conseguido todo? —preguntó.

—Está todo ahí.

—¿También las…?

—Está. Todo. Ahí.

Qué cosa, qué milagro inconcebible y espantoso, pensó Adam. Un plan feo, concebido por un chico de mente fea, que alguien soñaba hasta convertirlo en una fea realidad. Del sueño a la vida. Qué apropiado era que Ronan, cuando seguía sus impulsos, soñara con coches bonitos, pájaros bellos y hermanos bondadosos, y que Adam, al tener la ocasión de hacer lo mismo, ideara una cadena de asesinatos perversos.

—¿Y ahora, qué? —preguntó—. ¿Qué hacemos con…?

—Nada —gruñó Ronan—. No tienes que hacer nada. O mejor dicho, haz lo que te dije antes: vete.

—¿Qué?

Ronan estaba temblando; no por el veneno, como el otro Ronan, sino por alguna emoción reprimida.

—Dije que no quería tenerte aquí por si ocurría algo como esto. Y ahora ha ocurrido, y mira qué cara tienes.

A Adam le parecía que se había tomado las cosas razonablemente bien; a esas alturas, Gansey seguramente se habría desmayado. Desde luego, no veía de qué manera su presencia había empeorado la situación. Lo que sí que veía era que Ronan Lynch estaba furioso porque quería estarlo.

—Córtate un poco, ¿no? Esto no ha sido culpa mía.

—No he dicho que lo fuera —contestó Ronan—. Lo único que he dicho es que te vayas de una maldita vez.

Los dos chicos se miraron de hito en hito. Extrañamente, a Adam no le parecía una discusión muy diferente de las decenas que ya habían mantenido, aunque en esta ocasión se interpusiera entre los dos un cadáver con la forma de Ronan acurrucado y cubierto de sangre. Una vez más, el fondo de la disputa era Ronan, dispuesto a gritar aprovechando que había alguien que lo escuchaba. A Adam aquello empezaba a irritarle, no porque le molestara que Ronan se enfadase con él, sino porque estaba cansado de que Ronan no buscara otra manera de demostrar que se sentía mal.

—Vamos, Lynch. ¿Qué te pasa ahora? —dijo.

—Que te marches. Eso me pasa.

—Como quieras —repuso Adam enfilando la escalera—. La próxima vez, puedes morirte tú solo.

32

Ya en su habitación, Adam se dio una ducha bien larga; por una vez, la parte de su cerebro que calculaba cuánto le costaría una ducha así se mantuvo en silencio. Se quedó bajo el chorro hasta que el agua empezó a enfriarse. Luego, tras secarse y vestirse, se le ocurrió pensar que tal vez Ronan se sintiera mal por el sueño en sí, no por haber visto agonizar a su doble. Se había dormido con la intención de conseguir pruebas de unos asesinatos falsos, y se había despertado con sangre en las manos. Adam sabía que los horrores nocturnos de Ronan solo aparecían cuando tenía una pesadilla. Aunque Ronan debía de haber supuesto lo que le esperaba, se había lanzado sin dudarlo al sueño cuando Adam se lo había pedido.

Tal vez debiera ir a ver qué tal se encontraba Ronan. Seguro que estaba aún en la iglesia.

Pero se quedó en su casa pensando en el otro Ronan, el que había muerto. Lo más extraño de todo era que la escena era exacta a la visión que le había ofrecido el árbol de Cabeswater, pero vuelta del revés: aquí no era Gansey el que moría, sino Ronan. ¿Habría sido falsa aquella visión? ¿Habría modificado ya su propio futuro? ¿O había otras escenas así por venir?

Alguien llamó a la puerta.

Debía de ser Ronan, aunque a Adam le extrañaba muchísimo que fuera el primero en admitir que se había equivocado.

Volvieron a llamar, ahora con más insistencia.

Adam se miró las manos para asegurarse de que no quedaban restos de sangre, y abrió la puerta.

Era su padre.

Abrió la puerta.

Era su padre.

Abrió la puerta.

Era su padre.

—¿No vas a decirme que entre? —le preguntó Robert Parrish.

El cuerpo de Adam ya no era suyo. Ligeramente sorprendido, se vio a sí mismo retrocediendo para que su padre pudiera pasar a la habitación.

Qué enclenque parecía Adam, comparado con el recién llegado; si no se

examinaban atentamente las dos caras, resultaba difícil creer que hubiera un parentesco. Pero, si se miraba bien, podía verse que Robert Parrish tenía los mismos labios finos y bien dibujados de Adam. Que tenía el mismo pelo rubio ceniza, como polvo hilado, y la misma arruga suspicaz entre los ojos. Entonces era fácil convencerse de que uno había engendrado al otro.

Adam no lograba recordar en qué estaba pensando antes de abrir la puerta.

—Así que este es el lugar en el que te has metido —observó Robert Parrish echando una ojeada a la estantería de segunda mano, la mesilla improvisada y el colchón en el suelo.

Adam se sentía como un trasto fuera de lugar.

—Parece que tú y yo tenemos una cita dentro de poco —añadió su padre deteniéndose justo delante de él—. ¿Vas a mirarme a la cara cuando te hablo, o te vas a quedar mirando esa estantería?

Adam iba a quedarse mirando aquella estantería.

—Como quieras. Mira, sé que nos dijimos alguna palabra más alta que otra, pero creo que deberías acabar con este asunto ahora que aún estás a tiempo. A tu madre le está costando un disgusto, y cuando llegue el momento de la verdad, vas a hacer el ridículo.

Adam estaba bastante seguro de que su padre tenía prohibido acercarse a él; aunque no recordaba todo lo que había ocurrido después de que lo denunciara, sí sabía que le habían impuesto una orden de alejamiento. Recordaba que, en aquel momento, le había reconfortado, algo que en este momento le parecía absurdo. Su padre lo había maltratado durante años, y un puñetazo era un delito mayor que romper una orden así. Por supuesto, podía llamar a la policía después de que su padre se marchara; no estaba seguro que fuera a servir de mucho, pero la parte adulta de Adam opinaba que era mejor que constara en su historial. Pero eso vendría más tarde, después de los minutos que aún tenía que vivir.

No quería que volviera a pegarle.

Le resultó extraño darse cuenta de aquello. No es que hubiera llegado jamás a acostumbrarse a que lo maltratara. El dolor era algo asombroso: siempre funcionaba. Pero cuando aún vivía en la casa paterna, había llegado a habituarse a la idea de la violencia. Ahora, sin embargo, había pasado el tiempo suficiente para que hubiera dejado de esperarla, lo que hacía su súbita posibilidad aún más inaceptable.

No quería que volviera a pegarle.

Haría lo que fuera para que no volviera a pegarle.

Un temor de anticipación le sacudió las manos.

«Cabeswater no es tu dueño», dijo la voz de Persephone en su cabeza.

—Adam, estoy tratando de ser razonable, pero me estás agotando la paciencia —dijo su padre—. Al menos, haz como si escucharas lo que te estoy diciendo.

—Te escucho —replicó Adam.

—Y ahora me contestas con descaro.

«No creas que Cabeswater lleva razón solo porque se agarra rabietas».

—Creo que deberías marcharte —dijo Adam, con la mirada fija en la estantería.

Se sentía como un cobarde sin agallas.

—¿De modo que estas tenemos?

Sí. Esas tenía.

—Pues entonces, ve haciéndote a la idea de que vas a quedar como un idiota en ese juzgado, Adam —repuso Robert Parrish—. La gente me conoce, sabe la clase de hombre que soy. Los dos sabemos que esto no es más que un numerito que has montado para llamar la atención, y dentro de poco lo sabrá todo el mundo. No hace falta más que mirarte para ver en qué especie de mierdecilla te has convertido. Y no creas que no sé de dónde sale todo esto; es por culpa de esos maricas ricos con los que te juntas.

Una parte mínima de Adam seguía junto a su padre, pero el resto de su ser —la parte mejor— había empezado a retraerse. Adam el mago ya no estaba en su cuarto; ese Adam estaba caminando entre los árboles, rozando con la mano las piedras musgosas al pasar a su lado.

—El juez lo va a ver bien claro, no te confundas. ¿Y sabes qué pasará entonces? Que saldrás en todos los periódicos como el mocoso malcriado que quiso meter a su padre en la cárcel, después de que su padre se matara a trabajar por él.

Las hojas crujieron cercanas y protectoras, tapándole los oídos y acariciando sus puños. No pretendían asustarle; solo intentaban hablar su lenguaje, llamar su atención. Cabeswater era impresionante, pero no tenía la culpa de que Adam fuera un muchacho impresionable cuando cerraron el trato.

—¿Te parece que van a mirarte y van a ver un chico maltratado? ¿Tú sabes lo que es el maltrato de verdad? Ese juez habrá oído suficientes cuentos para reconocer a un cuentista. No se le va a mover ni un pelo.

Las ramas se inclinaron sobre Adam y lo abrazaron amorosamente, protegiéndolo del exterior con una muralla de espinas. En el pasado habían tratado de enredarse en su mente, pero ahora sabían que solo debían rodear su cuerpo. Adam le había pedido a Cabeswater que guardara las distancias, y Cabeswater había escuchado. «Sé que no eres lo mismo que él», dijo para sus adentros. «Pero en mi cabeza todo está enredado. Soy una criatura dañada…».

—Así que volvemos a lo mismo: anula ese juicio y ahórrate las molestias, ¿quieres?

Las gotas de lluvia caían entre las hojas, agitándolas y resbalando hasta mojar a Adam.

—Mírate ahí, como un pasmarote. ¿Pero es que no oyes que te estoy hablando? ¿Qué haces, practicar para cuando estés en el juzgado? Al menos, demuéstrame que no estoy hablando con la pared. ¿Qué coj…?

El tono lastimero que había cobrado de pronto el grito de su padre hizo que Adam volviera a la realidad. Robert Parrish tenía una mano en el aire, como si hubiera

tratado de tocar a Adam y se hubiera retirado bruscamente.

En la palma de su mano se veía una espina clavada. Un hilillo de sangre, brillante como un milagro, caía de la herida.

El padre de Adam se quitó la espina de un tirón y observó a su hijo, a aquel ser que había creado. Se quedó en silencio un largo rato, y luego algo deformó sus rasgos. No era miedo, exactamente, sino incertidumbre. Su propio hijo estaba ante él, pero no lo conocía.

«Soy incognoscible».

Robert Parrish empezó a decir algo, pero se interrumpió. Ahora había visto algo en la cara de Adam o en sus ojos, o tal vez hubiera sentido algo en el pinchazo de la espina, o tal vez, como Adam, percibiera el olor húmedo de un bosque flotando en la estancia.

—Vas a ser el hazmerreír de ese juzgado —dijo por fin—. ¿Es que no piensas decir nada?

No: Adam no pensaba decir nada.

Su padre salió con un portazo.

Adam se quedó inmóvil durante un largo momento. Se frotó el ojo y el pómulo derechos con la base del pulgar y luego se secó la mano en los pantalones.

Se acercó al colchón y se tumbó encima, con las manos cerradas sobre el pecho, envuelto en niebla y musgo.

Cuando cerró los párpados, encontró a Cabeswater esperándolo.

33

—Lo que me asombra —reflexionó Greenmantle en voz alta— es que haya gente que hace esto como actividad de ocio, gente que gasta días libres para obtener experiencias de este tipo. Resulta fascinante, la verdad. No tengo ni la más mínima idea de dónde nos encontramos. Supongo, Piper, que tú ya habrías dicho algo si nos hubiéramos extraviado y/o estuviéramos en peligro de muerte.

La familia Greenmantle —mujer, marido y perro— se encontraba en el interior de una cueva. Piper había descubierto que Otho, cuando se quedaba solo, tenía tendencia a mordisquear las puertas de los cuartos de baño hasta agujerearlas, razón por la cual ahora el perro correteaba delante de ella. La cueva era un lugar oscuro y con un leve olor a sobaco. Antes de emprender la marcha aquella tarde, Greenmantle había investigado someramente y había descubierto que, en teoría, las cuevas eran receptáculos naturales de belleza virgen.

En realidad, eran agujeros en el suelo. A Greenmantle le daba la impresión de que las cuevas estaban tremendamente sobrevaloradas.

—No vamos a morirnos aquí dentro —replicó Piper—. Tengo club de lectura el martes.

—¿Club de lectura? ¡Solo llevas dos semanas en el pueblo y ya te has metido en un club de lectura!

—¿Y qué quieres que haga mientras tú andas por ahí encontrándote a ti mismo? ¿Que me quede en casa poniéndome como una foca? Como me digas que puedo entretenerme hablando con mis amigas por teléfono, te clavo este piolet en el ojo.

—¿Qué estáis leyendo?

Piper dirigió la linterna hacia el techo de la caverna y luego iluminó el suelo embarrado. Tanto el haz de luz como su labio se curvaron en una mueca de asco.

—No recuerdo el título, pero tiene algo que ver con un cítrico. Es una autobiografía literaria de una muchacha que crece en una plantación de naranjas, ambientada en una época de guerra y lucha de clases con connotaciones religiosas, o algo así. Si vas a decir «No me leería eso ni borracho», haz el favor de callarte.

—No he dicho nada —replicó Greenmantle, aunque era cierto que por un momento había considerado la posibilidad de decir «No me leería eso ni borracho» para continuar el diálogo.

Personalmente, Greenmantle prefería los libros de espías protagonizados por tipos elegantes de treinta y tantos años, que conducían bólidos ocultos por alta tecnología antirradares mientras hablaban por teléfono con gente importante. Con un suspiro, levantó la mano en la que llevaba al magnetómetro para ver si los destellos que emitía variaban aunque solo fuera un poco. No variaron.

Otho se había agazapado para hacer sus necesidades, y Piper se acercó a él enarbolando una bolsita de plástico.

—Esto no tiene ningún sentido —dijo Greenmantle—. ¿Acabas de guardar la caca del perro en esa bolsa?

—Vi un reportaje en la tele sobre la forma en que el ecoturismo está deteriorando las cuevas —repuso Piper—. ¿Te das cuenta de la cara que estás poniendo? Bien, pues esa cara es parte del problema. Tú eres parte del problema.

En opinión de Greenmantle, el sitio más adecuado para guardar una caca de perro era un agujero en el suelo. Se acercó a la pared y pasó sobre ella el magnetómetro, con una mano, y el georradar con la otra. Habría obtenido el mismo resultado si hubiera usado una bengala y un ukelele.

—¿Sabes qué? —dijo—. Voy a contratar un billón de esbirros para que busquen a esa mujer en todas las cuevas de la región, y si eso no funciona, destriparé a su hija delante del Hombre de Gris y asunto arreglado.

—¿Esbirros? No estoy dispuesta a que un billón de brutos descerebrados se metan aquí conmigo. Quiero explorar mis conexiones psíquicas sin oír gruñidos inarticulados a mi alrededor.

—¿Tus conexiones psíquicas? —repitió Greenmantle con sorna, y el repentino picor de su nuca le indicó que Piper lo estaba fulminando con la mirada—. De acuerdo, les diré que procuren ser delicados.

—¿Sabes qué? Podrías cederme un par de esbirros para ayudarme a alcanzar mis objetivos vitales.

—¿¿¿Qué???

—Podría llamarles y hacerme pasar por ti. «Hola, señor matón, soy Colin. ¿Me echaría usted una manita?» —dijo Piper logrando una imitación pasable, aunque ligeramente nasal y autocomplaciente.

De pronto, frenó y se quedó plantada con las piernas un poco separadas y la melena rubia ondulando por su espalda, como una modelo en plena sesión de fotos espeleológicas. Durante un instante de extrañeza, a Greenmantle le dio la impresión de que acababa de encontrarla en la cueva y se disponía a sacarla a la luz, pero enseguida recordó la caca del perro y la forma en que habían llegado allí. Era muy posible que aquella cueva estuviera llena de monóxido de carbono. Sí, muy bien podían estarse muriendo.

—¿Has oído eso? —preguntó Piper.

—¿El sonido de tu voz riéndose a mi costa?

En vez de contestar, ella volvió a enfocar la oscuridad del túnel, con el mentón

alzado y las cejas fruncidas en un gesto de concentración. Greenmantle pensó en alguien dormido. En alguien a quien se podía despertar.

—¿El sonido de mi amor por ti? —insistió.

Piper continuó callada, escuchando.

—¿El sonido de mi mujer haciendo cosas raras que están empezando a asustarme?

Porque era verdad que estaba empezando a asustarse.

Al fin, ella se volvió y lo miró. No tenía cara de haber oído el sonido del amor de Greenmantle por ella.

—Definitivamente, necesito dos de tus esbirros. Vamos a algún sitio en el que haya cobertura.

Greenmantle la obedeció de muy buen grado. Si de él dependía, jamás volvería a pisar una cueva.

34

Tal vez Gansey hubiera encontrado a Gwenllian, pero era Blue quien tenía que vivir con ella. Blue, y el resto de las habitantes del 300 de Fox Way. Era como compartir la casa con un desastre natural, o con una niña criada por una manada de lobos, o con una niña naturalmente desastrosa y criada por una manada de lobos.

Para empezar, Gwenllian no dormía. La primera noche, le dijo a Cala a voz en cuello que había dormido suficiente para mil vidas y que pensaba pasarse el resto de esta despierta, y procedió a cumplir escrupulosamente su palabra. Cada vez que Blue se despertaba en medio de la noche, la oía trasteando en el desván, que quedaba justo encima de su habitación.

Luego estaba el asunto de su atuendo. La consciencia sobrenatural que había mantenido dentro del sepulcro le había permitido atisbar el mundo real lo bastante para no asombrarse al ver los coches o para manejarse con el inglés moderno, pero no para adquirir habilidades sociales. De modo que se ponía lo que le venía en gana (Blue, de hecho, respetaba sus motivaciones, aunque no los resultados), que solía ser un vestido, o varios superpuestos y a menudo del revés. Esto implicaba algún saqueo de los armarios disponibles, de los que solo se libraba Blue gracias a su escasa estatura.

También la comida suponía un problema, ya que, para Gwenllian, siempre era hora de comer. Parecía carecer tanto de sentido del gusto como de sensación de saciedad, y a menudo combinaba los alimentos de una forma que a Blue le resultaba inquietante. Aunque nunca había sido partidaria de decirle a nadie cómo vivir su vida (bueno, solo un poquito), le resultaba francamente difícil quedarse callada mientras Gwenllian untaba una salchicha con mantequilla de cacahuete y se la zampaba.

Para rematar, estaba lo de la locura. El cuarenta por ciento de lo que salía de la boca de Gwenllian eran cancioncillas, y el resto era una mezcla abigarrada de retahílas, chillidos, sarcasmos y susurros escalofriantes. La joven se pasaba el día trepando al tejado, hablando con el árbol del patio y encaramándose a los muebles. A menudo se guardaba cosas en la pelambrera para no perderlas, y luego se olvidaba de que estaban allí. En un plazo de tiempo asombrosamente corto, su abultada cabellera se convirtió en un almacén de lápices, hojas, pañuelos de papel y cerillas.

—¿Y si la rapamos? —sugirió Orla la segunda tarde.

—No me parece que esa sea una decisión que un ser humano pueda tomar en nombre de otro ser humano —replicó Persephone.

—¿Ni siquiera aunque el segundo ser humano tenga pinta de vagabunda? —preguntó Orla.

Por una vez, Blue estaba de acuerdo con ella.

Lo peor de todo era que, aunque Gansey se había ofrecido a llevársela a su casa y repetía de vez en cuando el ofrecimiento, Persephone insistía en que Gwenllian se quedase allí.

—Hace falta más de un fin de semana para reparar siglos de sufrimiento —dijo.

—Esta casa está padeciendo siglos de sufrimiento en un solo fin de semana —replicó Cala.

—Es una vidente de gran talento —adujo Persephone con voz dulce—. Acabará por aportar ingresos a la casa, ya veréis.

—Estupendo; así podremos pagarme el psiquiatra que necesitaré para entonces —repuso Blue.

—Esa ha sido buena —aprobó Orla, y luego, para premiar a Blue por su ingeniosa respuesta, le pintó las uñas de un naranja igual que el de Pig (un tono que, según dijo, se llamaba «Caramelo beligerante»).

Gansey trataba de dialogar con Gwenllian cada vez que visitaba la casa, pero ella le trataba invariablemente con una solemnidad absurda y fingida.

Por si fuera poco, Gansey andaba ocupado con alguna tarea académica de la que prefería no hablar, Ronan y Adam no hacían más que desaparecer sin ofrecer explicaciones, y Noah no podía o no quería entrar en el 300 de Fox Way.

Blue empezaba a tener la ligera sensación de estar encerrada en un manicomio.

«Mamá, ya es hora de que vuelvas».

El Hombre de Gris apareció en la casa a mitad de la semana, para alivio de Blue.

—Soy yo —exclamó desde el recibidor.

Blue levantó la cabeza de la mesa de la cocina, donde estaba haciendo los deberes, y lo miró. Su visitante, vestido con camisa y pantalones grises, tenía un aspecto tan aseado como peligroso. Sin embargo, parecía más optimista que la última vez que se habían visto.

Gwenllian, que había encendido la aspiradora y la observaba atentamente sin moverla, advirtió también su llegada.

—¡Hola, bella espada! —le saludó—. ¿Has matado a alguien hoy?

—Una espada conoce a otra —replicó él de buen talante, mientras se metía las llaves del coche en el bolsillo—. ¿Y tú, has matado a alguien?

Alborozada por aquella respuesta, Gwenllian desenchufó la aspiradora de modo que su sonrisa desquiciada fuera lo más estruendoso de la casa.

—Gris, no le hagas caso y ven a tomar una infusión —le llamó Blue—. Si la provocas, se pondrá a cantar otra vez.

El Hombre de Gris lanzó una mirada de reojo a Gwenllian y entró en la cocina, donde pasó unos minutos examinando las distintas mezclas de hierbas hasta encontrar una más apta para inducir optimismo que para aflojar las deposiciones.

—Me han contratado tus amigos, el señor Parrish y el señor Lynch —dijo mientras se sentaba frente a Blue.

«¡Por eso no hacen más que desaparecer los dos juntos!», pensó Blue.

El Hombre de Gris estiró la mano y dio golpecitos sobre uno de los problemas de álgebra hasta que Blue se acercó el cuaderno y lo corrigió.

—Tienen un plan para ocuparse de Greenmantle —explicó él—, y he de decir que parece muy prometedor.

—¿En qué consiste?

—Preferiría no decírtelo; cuantas menos personas estén al corriente, mejor. Por otra parte, no sería educado hablar de esas cosas mientras estamos sentados a la mesa —el Hombre de Gris hizo una pausa—. Pero querría preguntarte algo. Esa cueva maldita que encontrasteis… ¿Te parece un lugar adecuado para esconder un cadáver, o al menos parte de uno?

Blue entrecerró los ojos.

—En esa cueva había sitio de sobra para todo tipo de cosas. ¿Qué cadáver? ¿Qué parte?

Gwenllian apareció en la cocina, arrastrando la aspiradora a su espalda como si fuera un perro poco dispuesto a pasear.

—¿Y la maldición, lirio mío? —dijo.

—¿No eras tú? —replicó Blue.

—Podría ser —contestó Gwenllian sin darle importancia—. ¿Quién más había, sino yo? ¡Todo galés me conoce, oh, bella Gwen, bella Gwen, desde Gower hasta Anglesey, oh, bella y muerta Gwen!

—Te dije que se pondría a cantar —comentó Blue con expresión sombría, volviéndose hacia el Hombre de Gris.

Él, sin embargo, se limitó a levantar las cejas.

—Las poesía y las armas siempre han ido de la mano.

—¡Qué astuta arma es usted! —exclamó Gwenllian acercándose—. Fue un poeta quien me encerró en aquella cueva.

—¿Es una buena historia?

—Ah, la mejor de todas.

Blue escuchó la conversación, sintiéndose un poco intimidada; en alguna parte de aquellas palabras se ocultaba una lección.

El Hombre de Gris dio un sorbo a su infusión.

—Debería cantárnosla, joven —le dijo a Gwenllian.

Y ella, increíblemente, le hizo caso.

Cantó una tonada furiosa acerca de Iolo Goch, el poeta de Glendower, de cómo este susurraba palabras de guerra en el oído de su padre (esa parte la susurró en el

oído de Blue), y de cómo, al ver que la sangre empapaba los campos de Gales, ella había hecho todo lo posible por matarlo de varias puñaladas.

—¿Estaba dormido? —preguntó el Hombre de Gris con interés profesional.

Gwenllian se echó a reír y no paró en algo más de un minuto.

—Fue mientras cenábamos —dijo al fin—. ¡Ah, qué buen asado se podría haber hecho con él!

Luego se inclinó sobre la taza del Hombre de Gris y escupió dentro, aunque el gesto parecía más dirigido a Iolo Goch que al dueño de la infusión.

Él suspiró y apartó la taza.

—Y entonces, la sentenciaron a quedarse en esa cueva.

—¡Era eso o la horca! Y como elegí la horca, me metieron en la tumba falsa.

Blue la miró de reojo, tratando de imaginar cómo habría sido seiscientos años atrás. Una muchacha de la edad de Orla, la hija de un noble, una bruja nacida en una época en la que no resultaba muy aconsejable serlo. Rodeada por la guerra y haciendo lo que podía para detenerla.

Se preguntó si ella habría tenido el coraje de apuñalar a alguien, si con ello creyera que podía salvar vidas inocentes.

Gwenllian regresó al recibidor arrastrando su aspiradora, sin molestarse en decir adiós.

—Gwenllian y electrodoméstico, mutis por la derecha del escenario —dijo Blue.

El Hombre de Gris apartó su taza un poco más.

—¿Crees que podrías dedicar un rato a enseñarme esa cueva de la que la sacasteis? Me gustaría saber dónde está, por si acaso.

En ese momento, la idea de salir de casa atraía extraordinariamente a Blue, y tampoco le importaba volver a ver a Jesse. Y aunque le molestaba un poco que Adam y Ronan no le hubieran confiado sus misteriosos planes con respecto a Greenmantle, le apetecía ayudarlos.

—Puede. ¿Me darías de cenar?

—Sí, y ni siquiera te escupiría en el plato.

Tras avisar a Cala de que iba a salir un rato en compañía de un asesino a sueldo, Blue se fue con el Hombre de Gris a la cafetería del centro, donde él la invitó a cenar un bocadillo de ensaladilla de atún (¡el mejor bocadillo de atún de la ciudad!) antes de montar en el coche para salir de Henrietta. Avanzaron a toda velocidad por las carreteras oscuras, con el coche vibrando y oscilando como si estuviera ligeramente fuera de control.

—Este coche es una auténtica basura —dijo Blue.

No se trataba de una observación impertinente, ya que el vehículo no pertenecía realmente al Hombre de Gris. Era un Mitsubishi blanco que había caído en sus manos, el tipo de coche que podría conducir un tipo joven con grandes sueños y un ego aún mayor, con una matrícula especial en la que se leía «ladrón».

—Al final se hace querer —repuso el Hombre de Gris—. O se quiere hacer, no sé

cuál de las dos cosas.

—Me parto —repuso Blue completamente seria.

Los dos se echaron a reír y luego se quedaron un momento en silencio, pensando, cada uno por su lado, que llevaban demasiado tiempo sin estar con alguien que compartiera exactamente su sentido del humor (esto es, con Maura Sargent). En la radio del coche, los Kinks sonaban de fondo: así sonaba el alma del Hombre de Gris.

—No hago más que desear que las cosas vuelvan a la normalidad —admitió Blue —. Pero sé que eso no va a ocurrir, ni siquiera cuando Maura vuelva —añadió, prefiriendo usar la palabra «cuando» aunque, en realidad, quería decir «si».

—No pensaba que fueras especialmente partidaria de la normalidad —comentó el Hombre de Gris, aminorando la velocidad al distinguir en el arcén los ojos de tres ciervos iluminados por los faros del coche.

A Blue le resultaba reconfortante sentirse tan conocida.

—No es que me encante la normalidad, pero supongo que me había acostumbrado a ella. Era aburrida, pero al menos no daba miedo. ¿Tú no pasas miedo? ¿Eres un tipo demasiado duro para eso?

El Hombre de Gris se quedó callado tras el volante, conduciendo con eficiencia. Parecía divertido, un tipo duro y divertido.

—En mi experiencia —dijo al fin—, los tipos duros somos los que más miedo pasamos. Lo que pasa es que nos esforzamos por no pasar miedo si no está justificado.

Blue pensó que aquello parecía un objetivo razonable.

—¿Sabes qué? —dijo tras pensar unos segundos—. Me caes bien.

—A mí también —respondió él mirándola de reojo.

—¿A ti también te caes bien? ¿O te caigo bien yo? Especifique, por favor.

Los dos volvieron a soltar una carcajada y a disfrutar de la compañía de alguien que compartía su sentido del humor.

—Ah, aquí es. No te pases el desvío.

Al avanzar por el camino de entrada vieron que la granja Dittley estaba casi a oscuras; la única ventana iluminada era la de la cocina. Por un momento, Blue se preguntó si Jesse se habría ausentado para reconquistar a su mujer, sus hijos y sus perros. Sin embargo, enseguida vio su enorme silueta aparecer tras el visillo para observar los faros del coche que se aproximaba a la casa.

Abrió la puerta en cuanto llamaron.

—Buenas —saludó Blue—. He venido a molestarle un rato y también, si es posible, a enseñarle su cueva a mi amigo, el señor Gris.

Jesse les indicó que pasaran.

—TE HUELE EL ALIENTO A ENSALADILLA DE ATÚN.

—Vaya, podría haberle traído un poco…

Jesse negó con la cabeza.

—SOLO COMO ESPAGUETIS INSTANTÁNEOS —respondió mientras le

chocaba los cinco al Hombre de Gris.

Luego se inclinó hacia delante, Blue se puso de puntillas y los dos se abrazaron.

—ACABO DE SACAR DEL CONGELADOR UNA CAJA DE GALLETAS DE LAS GIRL SCOUTS.

—Ah, no, muchas gracias —respondió Blue—. Como ya ha olido, acabamos de cenar.

—Yo sí que tomaré una —dijo el Hombre de Gris—. ¿Hay Thin Mints?

Jesse fue a buscar la caja.

—¿TÚ NO QUIERES NADA, HORMIGUITA?

—Pues la verdad es que sí: un vaso de agua y un resumen de lo estupenda que es su vida, ahora que hemos sacado a esa loca de su cueva.

—LA VIDA ES ESTUPENDA —asintió Jesse—. LA CUEVA ES OTRO CANTAR… ¿LLEVÁIS BOTAS? EL CAMPO ESTÁ EMBARRADO.

Después de que Blue y el Hombre de Gris le aseguraran que iban bien calzados, Jesse sacó de un armario una linterna que le dio a Blue, y un foco portátil y una escopeta que se colgó al hombro. Los tres salieron de la casa y atravesaron el prado oscuro hasta llegar al edificio que daba acceso a la cueva. Mientras se acercaban, a Blue le pareció oler algo familiar. No era el olor terroso de los campos enlodados, ni el aroma ahumado de la noche otoñal; era el olor metálico y húmedo de algo cerrado. Al cabo de unos segundos, lo identificó al fin: así olía la cueva de los cuervos.

—TENED CUIDADO AHORA.

—¿Con qué debemos tener cuidado? —preguntó el Hombre de Gris.

—AH, ESA ES LA CUESTIÓN.

Jesse se escabulló hasta llegar a la puerta, en la medida en que su corpachón podía escabullirse. Le entregó el foco a Blue y abrió el candado.

—APÁRTATE.

Blue se apartó.

—APÁRTATE MÁS.

Blue le hizo caso, mientras el Hombre de Gris se interponía entre la puerta y ella justo lo suficiente para protegerla de cualquier atacante sin quitarle visibilidad.

Jesse abrió la puerta de una patada. Fue una patada a cámara lenta, porque su pierna era tan larga que, entre el momento en que empezó a tomar impulso y el instante en que su pie golpeó la madera, pasó un tiempo absurdamente largo. Blue se preguntó si aquel golpe tendría algún nombre. ¿Un gancho de pierna, quizá?

La puerta se abrió.

—AJÁ —dijo Jesse mientras algo se lanzaba hacia delante.

Era un algo terrorífico.

Blue se tenía por una persona de mentalidad abierta, siempre dispuesta a aceptar que había amplias porciones del mundo que quedaban fuera del ámbito de su experiencia y sus conocimientos. Sabía que el hecho de que algo te pareciese malvado o perverso no implicaba necesariamente que quisiera hacerte daño.

Aquel algo, sin embargo, sí quería hacerles daño.

Ni siquiera era una cuestión de maldad. Era, simplemente, que a veces las cosas y las criaturas se regían por afinidades, y ese algo no sentía ninguna afinidad por ellos. Fueran lo que fueran los humanos, aquel ser estaba en contra.

Una sensación de caos y desastre los azotó justo antes de que aquel algo saltara sobre ellos.

El Hombre de Gris se sacó una enorme pistola negra de dentro de la chaqueta y le pegó tres tiros a la criatura en cada una de sus cabezas. El ser se derrumbó en el suelo. De sus cabezas ya no quedaba gran cosa.

—UN POCO EXCESIVO, ¿NO LE PARECE? —comentó Jesse.

—Sí —asintió el Hombre de Gris.

Blue se alegró de que la cosa estuviera muerta, y al mismo tiempo se sintió mal por alegrarse de eso. Era más fácil contemplarlo con magnanimidad, ahora que no estaba tratando de arrancar de cuajo todo lo que la definía como persona.

Jesse cerró la puerta y echó el cerrojo.

—ASÍ LLEVO TODA LA SEMANA.

Blue contempló el cuerpo extraño e informe de la criatura, como un enorme gusano cuyas escamas irisadas brillaban a la luz del foco. No hubiera sabido decir si era bello, espantoso o simplemente distinto a todo lo que había visto en su vida.

—¿Ha habido muchos como este?

—DE SOBRA.

—¿Había visto antes alguna cosa así? —preguntó el Hombre de Gris.

—NUNCA. TAMPOCO ES QUE TODOS SEAN COMO ESTE. ALGUNOS SON MENOS AGRESIVOS; NO SON MÁS QUE COSAS VIEJAS. PERO SI SE METEN EN LA CASA, DAN LA LATA.

—¿Por qué salen ahora? —dijo Blue.

—TE DIJE QUE LA CUEVA ESTABA MALDITA.

—¡Pero si ya sacamos a la que provocaba la maldición!

—SUPONGO QUE ERA ELLA LO QUE IMPEDÍA QUE SALIERAN. A ESTA CUEVA LE GUSTAN MUCHO LOS SACRIFICIOS.

Los tres contemplaron el cuerpo de la cosa durante un largo rato.

—¿Lo hacemos desaparecer? —propuso el Hombre de Gris.

—NO ES NECESARIO. LOS CUERVOS SE ENCARGARÁN DE ELLO.

—Esto no tiene buena pinta… —murmuró Blue. Le habría gustado ofrecerse a ayudar, ¿pero qué podían hacer ellos? ¿Volver a enterrar a Gwenllian?

El Hombre de Gris se guardó la pistola; parecía disgustado por la evolución de los acontecimientos. Blue se preguntó si estaría pensando en cómo iba a esconder nada en una cueva tan llena de cosas, y luego se preguntó si estaría imaginando a Maura metida en una cueva atestada de criaturas como aquella, y en cuanto se le ocurrió aquella idea, su rostro adoptó la misma expresión que ya mostraba el del Hombre de Gris.

—VAMOS, VAMOS, HORMIGUITA —la consoló Jesse—. ELLA YA VIGILÓ LA CUEVA UNA BUENA TEMPORADA. AHORA ME TOCA A MÍ.

35

Aquella noche, Gwenllian anunció su presencia en la puerta de la habitación de Blue con una de sus risotadas. No llegaba en el mejor momento; Blue estaba de pésimo humor porque ya era hora de que Maura volviera, o de que ella fuera a buscar a Maura, o de cualquier otra cosa. Estaba dispuesta a meterse ella sola en la cueva de los cuervos, a enfrentarse a los monstruos de la gruta de Dittley o a internarse en el centro de la tierra para buscar a su madre. No hacía más que inventar planes, desecharlos y reinventarlos, uno nuevo cada segundo.

Gwenllian soltó otra carcajada con cierto retintín; era su versión del típico carraspeo de antes de hablar. Blue suspiró, rodó sobre la cama para mirarla y la vio disfrutando de una cucharada de algo que se parecía mucho a la mayonesa.

—¿Te vas a escapar, mi pequeño lirio azul?

—Aún no —respondió Blue entrecerrando los ojos, sin saber si la pregunta de Gwenllian encerraba algún significado profundo.

Algo más allá, en una habitación cercana, sonaban las voces de Cala y de Persephone discutiendo. En realidad, Cala discutía mientras Persephone se quedaba callada.

—Mira —dijo Blue—, no se me ocurre cómo decir esto de manera más delicada, así que te lo voy a plantear sin más: ¿crees vas a dejar de estar loca en algún momento? Porque tengo muchas preguntas que hacerte sobre mi padre, y mi madre ha desaparecido, y eso de intentar interrogarte y que tú respondas con cantinelas está empezando a ponerme de los nervios.

—Empiezas a sonar como tu príncipe, florecilla —repuso Gwenllian—. Y no me parece que ese sea tu lugar. De modo que persevera; no hay nada que me guste más que una mujer que usurpa su posición a un hombre.

Blue lo dejó pasar; Gwenllian ya había demostrado muchas veces su habilidad para encontrar el punto flaco de cada uno y apretarlo como quien no quería la cosa.

—Solo quiero que vuelva mi madre —replicó—. Y deja de llamarme así; me llamo Blue.

—Lily.

—Por favor…

—Lirio.

—… ¡Para!

—Azul —remató Gwenllian con tono triunfal, y luego lamió la cuchara para rebañar su contenido. Blue decidió que tenía más pinta de ser suavizante para el pelo—. Ven a mi aposento y te mostraré que somos iguales, tú y yo, yo y tú.

Con un nuevo suspiro, Blue se dejó caer del la cama y siguió a Gwenllian hasta la buhardilla en penumbra. A pesar de que hacía varias horas que el sol se había puesto, la temperatura era allí varios grados más alta que en el resto de la casa, lo que daba a la estancia una atmósfera recogida y cálida. Entrar allí era como ponerse una chaqueta.

Blue había recogido casi todas las cosas que Neeve había dejado atrás, y Persephone y Cala se habían encargado del resto. Lo único de cierta entidad que quedaba eran dos espejos de pie situados bajo la claraboya, uno frente a otro.

Gwenllian condujo a Blue directamente hacia ellos y se detuvo antes de quedar entre los dos. Atusó el pelo de Blue con las manos, como si quisiera alisar una peluca. Luego le agarró la cara y se la giró hacia el espejo de la izquierda.

—Esa soy yo —dijo, y después le giró la cara hacia el espejo de la derecha—. Esa eres *vous*.

—No entiendo.

—He sido espada y he sido trueno y he sido un cometa extinguido y he sido palabra y he sido espejjjjjjjjjo…

Blue esperó a que terminara la canción.

—De modo que, según tú, eres un espejo.

—Del más profundo azul —le susurró Gwenllian al oído, y luego retrocedió para trazar en el aire la silueta de Blue—. Azul, Blue. Azul, Blue. Azul, Blue. Nos rodea a ti y a mí, porque es lo que hacemos.

—Ah, ¿te refieres a nuestras auras? Vale, de acuerdo. Pero Persephone dice que tú eres vidente, y no nunca lo he sido.

Gwenllian esbozó una mueca de aburrimiento y extendió los brazos a los lados con gesto teatral, señalando un espejo con cada mano.

—¡Espejos! Te estoy diciendo que eso es lo que hacemos.

Algo incómodo cosquilleó en la mente de Blue. Echó un vistazo a los espejos; según Cala, Neeve los había usado para ver el futuro. Se colocaba entre los dos y veía infinitas posibilidades de sí misma extendiéndose a cada lado, reflejándose de un espejo a otro.

Maura siempre estaba sacando la sota de copas de su baraja de tarot y enseñándosela a Blue: «¡Mira, eres tú! ¡Fíjate en todo el potencial que guardas!».

—¡Sí! —exclamó Gwenllian con voz estridente—. Estás empezando a verlo. ¿Acaso no te usan, lirio azul? ¿No te piden que les agarres las manos para ver mejor su futuro? ¿No las ayudas a ver los muertos? ¿No te piden que salgas de la habitación cuando las cosas se hacen demasiado intensas para ellas?

Blue asintió, atontada.

—Espejos —gorjeó Gwenllian—. Eso es lo que somos. Cuando sujetas una vela frente a un espejo, ¿acaso no se ilumina el doble la estancia? Nosotras hacemos lo mismo, Blue Lily, lirio azul —se plantó de un salto en su colchón y continuó—. ¡Qué útil! Somos una magnífica adquisición para las caballerizas. Como los corceles de Gwythur y de Gwarddur y de Cunin y de Lieu —Gwenllian dejó de canturrear, sacudió la cabeza y dijo en tono normal—: No, el de Lieu no. Pero los otros sí.

Blue no podía creer que al fin hubiera encontrado a alguien con la misma capacidad que ella. Hasta ese momento, ni siquiera sabía que fuera posible.

—¿Qué es eso de «Blue Lily, lirio azul», entonces? ¿De dónde sale ese nombre?

Gwenllian se acercó de dos zancadas a los espejos, se detuvo justo antes de llegar a ellos y se inclinó hacia un lado hasta que su cara quedó a un centímetro de la de Blue.

—Brujas, mi cojincito estampado. Eso es lo que somos.

Un escalofrío expectante y travieso recorrió a Blue cuando oyó esa palabra. Aunque nunca había aspirado a ser una bruja, llevaba tantos años siendo un accesorio sin nombre que la idea de recibir un título, de ser algo de entidad, se le antojaba deliciosa.

Por desgracia, Gwenllian se equivocaba.

—Quizá lo seas tú —replicó—, pero yo no. Lo más que puedo hacer es no ayudar a la gente. Y ni siquiera lo consigo siempre —añadió, pensando que había logrado desconectarse de Noah en Monmouth, pero había sido incapaz de hacerlo en la granja Dittley. Aquello último, recordó de repente, había sido por causa de Gwenllian.

—¡La gente! —repitió Gwenllian con una carcajada gloriosa—. ¿Gente? ¡Hombres! ¿Qué te hace pensar que puedes ser amiga de los hombres? —le espetó, pronunciando la última palabra como si la escupiera.

En realidad, podía decirse que Blue solo tenía amigos hombres, pero prefirió no mencionarlo en ese momento.

—¿Quién quiere hablar con la gente? —añadió Gwenllian, señalando con un ademán exagerado los dos espejos—. ¡Ve! ¡Ponte ahí en medio! ¡Ve!

Cala había dejado bien claro una y otra vez que no quería meterse entre aquellos dos espejos. También había dejado caer que la desaparición de Neeve muy bien podía estar relacionada con ellos.

Lo último que le apetecía a Blue era colocarse entre los dos.

Gwenllian la empujó.

Blue salió despedida hacia los espejos, haciendo aspavientos para mantener el equilibrio. Vio la luz reflejada en sus superficies. Se tambaleó y logró detenerse justo antes de quedar entre ellos.

—Mira, yo… —empezó a decir.

Gwenllian le dio otro empellón.

Blue solo avanzó un paso, pero eso fue suficiente para dejarla justo en medio de los espejos.

Esperó a evaporarse.

Esperó a que aparecieran monstruos.

No ocurrió ninguna de las dos cosas.

Miró de soslayo a su izquierda y luego a su derecha. Después bajó la cabeza y contempló sus manos. Las veía perfectamente, lo que era algo notable, porque su reflejo no aparecía en ninguno de los dos espejos. Las superficies pulidas solo se reflejaban mutuamente, un espejo y otro y otro y otro. Había algo ligeramente oscuro e inquietante en la imagen, pero eso era todo.

—¿Dónde estoy? —le preguntó Blue a Gwenllian.

La mujer se echó a reír y empezó a dar saltos juguetones y a aplaudir.

—¡Que tu ignorancia no te aflija! La magia de los espejos no afecta a los espejos.

Blue aprovechó la oportunidad para retroceder rápidamente.

—No entiendo —dijo.

—Yo tampoco —repuso Gwenllian con descuido—. Y tanta cháchara me ha dado hambre —añadió, dándose la vuelta para bajar a la cocina.

—¡Espera! —exclamó Blue—. ¿Querrás hablarme de mi padre?

—No —respondió Gwenllian—. Lo que quiero es mayonesa.

36

El primer artefacto sobrenatural que había adquirido Greenmantle en su vida era una muñeca embrujada. La había comprado en una subasta de eBay por quinientos dólares (el precio incluía el envío con entrega en dos días). Según la descripción de la mercancía, la muñeca había pasado las dos semanas anteriores encerrada en el sótano de su dueño, soltando gruñidos y poniendo los ojos en blanco. En ocasiones, decía el texto, le salía algún escorpión de las orejas. La descripción terminaba diciendo que no debía usarse como juguete, y que solo se ofrecía como complemento para reforzar rituales satánicos o de magia negra.

Greenmantle la había adquirido con una actitud a medio camino entre el escepticismo y la esperanza. Para su disgusto, pero no sorpresa, la muñeca no había mostrado ninguna característica especial a su llegada. No gruñía. Sus ojos solo se abrían y cerraban cuando se la movía. No mostraba ningún rastro de vida invertebrada en su interior.

Piper y Greenmantle —que eran novios, por aquel entonces— se habían pasado la tarde en casa, comiendo *sushi* y tirándole a la muñeca vainas de edamame en un intento de provocarla para que diera alguna muestra de actividad demoniaca.

—Si tuviéramos un cachorro —dijo Piper al cabo de un rato—, podríamos pedirle que recogiera todas esas vainas que hay en el suelo.

—Sí, y luego lo sacrificaríamos y usaríamos su sangre para activar a la muñeca —repuso Greenmantle.

—¿Quieres casarte conmigo? —preguntó ella.

Greenmantle se lo pensó.

—Bueno, pero te diré que siempre voy a quererme más a mí mismo. ¿No te importa ser siempre la segunda?

—Lo mismo digo —replicó ella.

Y a continuación, se hizo un corte en el pulgar y untó de sangre la frente de la muñeca, mostrando un nivel de implicación que Greenmantle aún estaba lejos de alcanzar.

La muñeca nunca llegó a gruñir ni a morder a nadie. Pero aquella noche, Greenmantle la guardó en una caja que metió en la habitación de invitados, y al día siguiente la encontró boca abajo junto a la puerta de entrada. Al verla, sintió un

satisfactorio latigazo de emoción, miedo y alegría.

—Qué aburrido —dijo Piper, pasando por encima de la muñeca de camino a alguna de sus clases de esgrima femenina o cocina natural—. Encuéntrame algo mejor.

Y él lo había hecho.

O más bien, había contratado a gente para que le encontraran cosas mejores. Ahora, años después, poseían decenas de artefactos sobrenaturales, casi todos más interesantes que una muñeca que se movía de vez en cuando. Él siempre había preferido los artefactos inquietantes y evocadores. Piper se inclinaba por los tenebrosos.

Greenmantle se daba cuenta de que a Piper le estaba pasando algo raro desde su llegada a Henrietta, y no se debía únicamente a las clases de yoga.

No hubiera debido llevarla.

—¡Piper! —llamó mientras entraba en su pintoresco apartamento.

No hubo respuesta. Greenmantle fue a la cocina para picar un poco de queso y una uva.

—Piper, si el señor Gris te retiene a punta de pistola, ladra una vez, por favor.

Pero a Piper no la retenía una persona, sino un espejo. Estaba en el baño de la entrada mirando su reflejo, y ni siquiera contestó cuando Greenmantle se asomó y dijo su nombre. No se trataba de una actitud especialmente preocupante, ya que Piper a menudo se quedaba absorta al mirarse al espejo, así que Greenmantle volvió a la cocina para servirse una copa de vino. Como Piper había usado todas las copas y no había lavado ninguna, Greenmantle tuvo que servirse un Pugnitello peleón en una taza de la Academia Aglionby.

Cuando regresó al cuarto de baño, Piper seguía en la misma actitud de antes.

—Se acabó —dijo, agarrándola de los hombros para apartarla. Frente a ella, en el borde del lavabo, había una carta de tarot: el tres de espadas—. Ahora te toca mirarme a mí.

Ella seguía con la mirada perdida, así que Greenmantle chasqueó los dedos delante de su nariz durante un minuto o dos, y luego, como empezaba a asustarse un poco, metió los dedos en la taza para mojarlos de vino y los introdujo en la boca de su mujer.

Ella volvió en sí.

—¿Qué quieres? ¿Por qué están tus dedos en mi boca? Eres un pervertido, Colin.

—Solo quería saludarte. Hola, cariño. Ya estoy en casa.

—Fenomenal, ya estás en casa. Tengo cosas que hacer —respondió Piper cerrándole la puerta en las narices.

Greenmantle oyó un tarareo en el interior del baño. No sonaba como la voz de Piper, aunque tenía que ser ella.

Tal vez fuera el momento de rematar aquel trabajo y salir de allí pitando, pensó.

O de salir de allí pitando, a secas.

37

A veces, Gansey olvidaba lo mucho que le gustaba Aglionby y lo bien que se le daba vivir allí. Sin embargo, no podía olvidarlo en mañanas como aquella: la bruña otoñal levantándose en los campos y ocultando las montañas; Pig rugiendo por la carretera; Ronan saliendo del asiento del copiloto y golpeando el capó del coche con los nudillos, sus dientes resplandeciendo en una sonrisa; la hierba húmeda pegándose en las punteras de sus zapatos negros; la mochila al hombro; Adam mirándolo con sus ojos rasgados mientras se chocaban los puños; sus compañeros riendo, llamándose unos a otros y dejando espacio para que los tres pasaran, porque ya nadie recordaba cómo era cuándo no iban juntos: Gansey-Lynch-Parrish… Las mañanas como aquella estaban destinadas a convertirse en recuerdos.

Nada podía estropear aquella tersa perfección salvo la presencia de Greenmantle en algún lugar cercano y la no presencia de Maura; salvo la aparición de Gwenllian, las manos de Blue y las cavernas colmadas de promesas y amenazas; salvo todo. La coexistencia de aquellos dos mundos era tan difícil…

Los tres chicos atravesaron juntos el césped del campus, oyendo los gritos de los cuervos más madrugadores y de varios obreros que estaban subidos a un andamio. Los golpes de los martillos rebotaban en las paredes de los edificios; la dirección había decidido reparar varios tejados, y en los andamios se amontonaban las tejas de pizarra.

—Mirad eso —dijo Ronan señalando con la barbilla a Henry Cheng, que estaba de pie con una pancarta en un rincón de la explanada.

—«Participa, pero DESPUÉS de graduarte» —leyó Gansey mientras los tres se acercaban a él—. Dios, Cheng, ¿llevas aquí toda la noche?

Los zapatos de Henry estaban empapados de rocío, y sus hombros se encorvaban para protegerse del viento. Tenía la nariz de un rosa intenso. Su pelo, habitualmente erguido en una orgullosa maraña de pinchos, seguía erguido en una orgullosa maraña de pinchos; estaba claro que Henry Cheng tenía sus prioridades. Detrás de él había otra pancarta sujeta a un palo que se clavaba en un macetero; en esta ponía «UTILIZA TU CEREBRO… pero no para pensar en Aglonby».

—Ni de coña —respondió—. Solo desde las seis. Pero quería que pensaran que llevo aquí desde ayer.

—¿Quiénes quieres que lo piensen? —inquirió Adam levantando una ceja.

—El equipo directivo, evidentemente —respondió Henry.

Gansey sacó un rotulador de su mochila y añadió cuidadosamente la i que le faltaba a «Aglonby».

—¿Sigues con lo del consejo de alumnos, entonces? —preguntó.

—Ni siquiera consideraron mi petición —asintió Henry—. Fascistas… No podía quedarme de brazos cruzados, así que voy a estar aquí plantado hasta que accedan a montar el consejo.

—Parece que has encontrado una forma excelente de que te expulsen —comentó Ronan.

—Dímelo tú, que eres el experto.

Adam entecerró los ojos, y Gansey pensó que había algo diferente en él. O tal vez fuera, simplemente, que Henry y él eran diferentes. Henry era un chico; Adam era un…

Gansey no habría sabido decir qué era.

—¿Qué han alegado para justificar el rechazo de la petición? —preguntó Adam.

De pronto, Henry apartó la mirada.

—¡Cheng Dos, si ese café no es para mí, vete a por otro! —le gritó a alguien que había al otro lado del césped—. ¡Por favor! ¡Gracias! ¡Por favor!

El otro Cheng levantó el vaso de café a modo de saludo y gritó «¡Perdón, perdón!» antes de desaparecer en el edificio de las aulas.

—Ya no hay honor —masculló Henry, y luego, volviéndose a Adam, añadió—: Dicen que habría que dedicar demasiados recursos a establecerlo y evaluar su funcionamiento.

—Parece razonable —repuso Adam, con la mirada fija en el edificio donde tendrían la siguiente clase—. De todos modos, ¿qué se supone que debatiría el consejo? ¿El menú de los almuerzos?

Ronan esbozó una sonrisa desagradable.

—Tú, Parrish, eres parte del problema —se desesperó Cheng estremeciéndose de frío.

—Te traeré un café —dijo Gansey tras echar un vistazo a su reloj—. Me da tiempo antes de la clase.

—Gansey… —se quejó Ronan.

—Os veo allí.

—Eres un príncipe entre los hombres, Dick Gansey —dijo Cheng.

—Más bien un hombre entre los príncipes —masculló Adam—. Tienes siete minutos, Gansey.

Mientras Henry, Adam y Ronan seguían hablando, Gansey echó a andar hacia la sala de profesores. En términos generales, los alumnos tenían prohibido entrar y salir a su antojo de la sala de profesores; en términos particulares, Gansey estaba exento de aquella prohibición por puro y simple favoritismo. Al llegar a la sala, se limpió en el

felpudo la hierba húmeda que se le había pegado a los zapatos, entró y cerró la puerta a su espalda. El peso de la tradición había acabado por combar la tarima de la entrada; por ello, para cerrar la puerta había que empujarla con fuerza y familiaridad, algo que Gansey hizo sin necesidad de pararse a pensarlo.

La sala era un lugar austero, lleno de corrientes y de olor a humo de madera y magdalenas. Poseía todas las comodidades de una prisión de novela: bancos corridos de madera en las paredes, un fresco de tema histórico, una lámpara de araña en el techo y un sobrio surtido de desayunos sobre una mesa combada. Gansey se quedó de pie delante de la cafetera. Estaba empezando a notar aquella impresión de intemporalidad que a menudo le provocaba el campus de la escuela: la sensación de que llevaba allí desde siempre, de pie en la vieja sala de aquel viejo edificio, o de que alguien había estado siempre allí porque todos los tiempos y todas las personas eran los mismos. Inmerso en aquel espacio sin forma, se dio cuenta de lo mucho que agradecía que Ronan y Adam estuvieran fuera esperándolo, que existieran Blue y su familia, Noah y Malory. Estaba profundamente agradecido de haber encontrado a todos ellos por fin.

Le cruzó por la mente un recuerdo: la sima de la cueva de los cuervos.

Por un brevísimo instante, creyó saber… algo. La respuesta.

Pero no había formulado ninguna pregunta y, de todos modos, al segundo siguiente la respuesta había desaparecido y Gansey estaba oyendo algo. Un grito, un estrépito, el nombre de Adam…

Sus pies corrían hacia la puerta, aunque no había tomado la decisión de moverse.

Fuera, el patio y la explanada parecían el escenario de una obra de teatro. Había más de veinte alumnos esparcidos por el césped, pero ninguno se movía. Entre ellos flotaba una nube grisácea que descendía lentamente. Todo el mundo miraba la esquina de la explanada en la que Henry llevaba a cabo su protesta.

Y sin embargo, el nombre que habían gritado era el de Adam.

Gansey vio que el nivel superior del andamio colgaba en diagonal, y que los albañiles miraban hacia abajo desde sus puestos de trabajo en el tejado.

Polvo. La nube era de polvo, provocado por lo que debía de haberse caído del andamio. Las tejas de pizarra.

«Adam».

Gansey se abrió paso a empujones entre sus compañeros. Al primero que vio fue a Henry, y luego a Ronan; estaban ilesos, pero tan cubiertos de polvo como dos cadáveres de Pompeya. Su mirada encontró la de Ronan —«¿Ha pasado algo?»—, pero no logró reconocer su expresión.

Y luego estaba Adam.

Estaba de pie, sin moverse, con los brazos caídos. Su mentón se elevaba en un ademán frágil y receloso, y sus ojos entrecerrados no miraban a nada en particular. A diferencia de Ronan y Henry, no parecía haberle caído ni una mota de polvo. Gansey vio cómo su pecho se estremecía con cada respiración.

A su alrededor había cientos de tejas destrozadas. Los fragmentos, esparcidos en un área de más de diez metros, se clavaban en la hierba como pequeños misiles.

Pero el suelo que rodeaba a Adam estaba impoluto: un círculo perfecto, libre de polvo y tejas.

Era aquel círculo, aquella forma imposible, lo que tenía fascinados al resto de sus compañeros. Algunos ya habían sacado sus teléfonos y empezaban a hacer fotos.

Ninguno de ellos le decía nada a Adam. No era difícil de entender: en ese momento, Adam no parecía el tipo de persona con el que se pudiera hablar. Su figura transmitía algo aún más inquietante que el círculo que lo rodeaba. Al igual que ocurría con el suelo libre de polvo, en su apariencia no había nada inherentemente extraño. Pero en aquel contexto, en medio de los edificios de ladrillo, parecía… ajeno.

—Parrish —dijo Gansey cuando llegó a su lado—. Adam, ¿qué ha pasado?

Los ojos de Adam se desviaron para mirarlo, pero su cabeza no se movió. Gansey se dio cuenta de que era aquella quietud lo que lo hacía parecer tan diferente.

—Me encanta ver cómo esta panda de cretinos ha pensado en Instagram antes que en llamar a una ambulancia —dijo Ronan a su espalda—. Idos a la mierda todos.

—No, a la mierda no —le corrigió Henry—. Mejor que vayan ahora mismo a avisar a un profesor de que hay una cuadrilla de albañiles en el tejado a los que estamos a punto de denunciar.

—El andamio cedió —murmuró Adam. Ahora sí que empezaba a aparecer una expresión en su cara, pero también resultaba extraña en él: un asombro maravillado—. Se cayó todo.

—Eres el tipo con más suerte de todo Aglionby —le dijo Henry—. ¿Cómo es que no estás muerto, Parrish?

—Son tus jodidas pancartas —sugirió Ronan, aparentemente mucho menos preocupado de lo que Gansey se sentía—. Han creado un jodido campo de fuerza.

Gansey se inclinó hacia Adam, y este le aferró del hombro y lo acercó todavía más.

—Yo no… —le susurró al oído con voz teñida de incredulidad—. Yo no pedí… Yo solo pensé…

—¿Qué pensaste? —preguntó Gansey.

Adam le soltó y contempló el círculo que había a su alrededor.

—Eso. Pensé eso. Y ocurrió.

Era un círculo absolutamente perfecto: una mancha impoluta rodeada de polvo espeso.

—Eres una criatura maravillosa —dijo Gansey, porque no había nada más que pudiera decir; porque acababa de pensar que aquellos dos mundos no podían coexistir y, sin embargo, allí estaba Adam, que pertenecía a ambos y no estaba muerto gracias a ello.

Aquello, aquello que estaban haciendo… En el corazón de Gansey se había

abierto un abismo insondable de posibilidades, una sima temible, atónita, alucinada.

La sonrisa se Ronan se afiló. De pronto, Gansey reconoció su expresión: arrogancia. Ronan no había temido por Adam; sabía que Cabeswater lo salvaría. No le cabía ninguna duda.

Gansey pensó en lo extraño que era conocer tan bien a aquellas dos personas y, al mismo tiempo, no conocerlas en absoluto. Ambos eran mucho más complejos que cuando los había conocido, y eso los había mejorado. ¿Era eso lo que debía hacerles la vida? ¿Cincelarlos hasta que se convirtieran en versiones más sólidas y auténticas de sí mismos?

—Te lo dije —murmuró Ronan—. Es un mago.

38

Al fin había llegado.

Después de todos los aplazamientos, después de meses de espera, ya era el día de la vista oral.

Adam se levantó a la misma hora que si fuera a ir a clase; pero en vez de ponerse el uniforme, se puso el traje bueno que se había hecho el año anterior a instancias de Gansey. En aquel momento, no le había permitido a Gansey ayudarle a pagarlo. La corbata que se estaba anudando ahora, sin embargo, sí que era un regalo de Gansey; dado que Adam ya poseía una corbata cuando Gansey le había regalado esta, había podido aceptarla sin sentir que era caridad.

Ahora, aquellas cosas le parecían escrúpulos tontos, alejados del verdadero sentido de las cosas. Adam se preguntó si se pasaría todos los años de su vida pensando en lo tonto que era el año anterior.

Pensó en desayunar antes de vestirse para evitar el riesgo de mancharse el traje, pero enseguida se dio cuenta de que era una estupidez. No iba a ser capaz de probar bocado, por mucho que lo intentara.

La vista comenzaría a las diez de la mañana, varias horas después de que empezaran las clases, pero Adam había pedido permiso para faltar todo el día. Sabía que, si se ausentaba a media mañana, le resultaría imposible ocultarles a Gansey y a Ronan la razón de su marcha, y aún más difícil justificar su regreso cuando todo acabara.

Una parte de él deseaba no tener que hacer aquello solo. Era un deseo sorprendente, teniendo en cuenta que unas semanas antes, le preocupaba la simple idea de que Gansey se enterase de que iba a celebrarse la vista oral.

Pero ahora… No, tampoco; seguía sin estar dispuesto a que sus amigos recordaran esa parte de él. Solo quería que vieran al nuevo Adam. Persephone le había dicho que nadie tenía por qué conocer su pasado, si él no quería mostrarlo.

Y no quería mostrarlo.

Así que esperó en su casa, mientras Gansey, Ronan y Blue comenzaban la rutina de un día normal. Se sentó en el borde del colchón y trabajó en el plan para chantajear a Greenmantle mientras los demás asistían a la primera clase. A segunda hora, se quedó mirando su libro de biología mientras imaginaba un círculo perfecto

alrededor de sus pies. Luego montó en su coche y fue al juzgado.

Cabeswater lo llamaba, pero esa mañana no podía refugiarse en él. Debía estar allí.

Se acercó al edificio, olvidando cada uno de sus pasos en cuanto lo daba. Había un aparcamiento, un detector de metales, un vigilante, una escalera estrecha en vez de ascensor, otro vigilante, una sala con techo bajo y bancos como los de una iglesia. Una iglesia para las cosas terrenales, una misa para los que se declaraban inocentes.

Adam trató de calmarse pensando que había personas que trabajaban allí todos los días y que aquello no era nada extraordinario para ellos, que no había nada de especial en aquel edificio. Pero el olor a viejo, a moho y pegamento; el tacto de la moqueta desgastada bajo sus pies; la luz enfermiza e inestable de los fluorescentes del techo… Todo le resultaba extraño, le sobrecargaba los sentidos con sensaciones diferentes a las de cualquier otro día. Le dio miedo vomitar. O desmayarse.

¿Estaría su padre ya en el edificio?

La sala, destinada a casos relacionados con menores, no estaba abierta al público. Por ahora, en ella solo había personal del juzgado: administrativos, abogados, ordenanzas…

Adam repasó mentalmente lo que podía ocurrir tras la vista. Aunque perdiera, sabía que no podían obligarle a regresar con sus padres. Ya había cumplido dieciocho años, y tenía derecho a independizarse y probar suerte en la vida sin necesidad de pedir permiso. Sin embargo, le daba miedo que aquello manchara su expediente: un chico que, supuestamente, había acusado en falso a su padre… Sonaría feo, ruin. Imaginó la interpretación que haría el padre de Gansey de algo así: una reyerta familiar, típica de las clases bajas. Esas eran las cosas que hacían que los pobres nunca dejaran de serlo, diría Gansey padre. Peleas, alcoholismo, televisión a todas horas y ofertas de Walmart.

Y sin embargo, tampoco lo alegraba la idea de ganar, porque no estaba seguro de qué ocurriría entonces. ¿Iría su padre a la cárcel? Si eso ocurría, ¿de dónde sacaría su madre dinero para mantenerse?

Aquellas cosas no deberían importarle, lo sabía. Pero no lo podía evitar.

Su traje bueno le incomodaba, como si fuera un disfraz.

«Pero no eres más que uno de esos: un paleto adornado con diamantes».

Allí estaba su padre.

Iba vestido con un polo de su empresa y una cazadora con el logo de un negocio local. Adam rogó para sus adentros que le llegara un poco de claridad, algo que le permitiera ver a su padre como lo veía todo el mundo y eliminara el impulso absurdo de acercarse y decir: «¿Papá? Soy Adam…».

—Aún estás a tiempo de decir la verdad —le dijo Robert Parrish.

Su madre no había acudido.

Adam notaba los dedos entumecidos.

«Aunque pierda este juicio», pensó, «no puede obligarme a volver, así que no

pasará nada. Solo será una hora de humillación y luego habrá acabado».

Deseó no haber provocado aquella situación.

—Muy bien, comencemos —dijo el juez. Su cara era un recuerdo que se desvaneció al primer parpadeo de Adam.

Cabeswater se lo llevó por un instante de dicha —las hojas rozando su garganta— y luego volvió a soltarlo. Cómo le habría gustado aferrarse a Cabeswater. Por extraño que pareciera, era algo familiar, algo que estaba de su parte.

Se había equivocado a ir allí solo. ¿Por qué le importaba que Gansey y Ronan vieran aquello? Al fin y al cabo, ya lo sabían. Lo sabían todo de él. «Incognoscible»: qué mentira. La única persona que no conocía a Adam era él mismo.

«Menudo idiota orgulloso has sido, Adam Parrish».

—¿Hay algún testigo para este caso? —preguntó el juez.

No los había.

Adam mantuvo la vista alejada de su padre.

—En ese caso, podemos comenzar.

De pronto se oyó un ruido rasposo junto al juez: era el transmisor de radio del ordenanza que aguardaba al lado. El ordenanza se lo llevó al oído, murmuró algo y se acercó al juez.

—Señoría, el ordenanza Myley dice que hay algunos testigos de este caso aguardando fuera y pide permiso para hacerlos pasar, si no es demasiado tarde.

—La puerta ya está cerrada, ¿no es así?

—Así es.

El juez echó un vistazo a su reloj.

—¿Seguro que vienen para el caso Parrish?

—El ordenanza Myley parece pensar que sí.

El juez esbozó una sonrisa cómplice; estaba claro que el ordenanza y él compartían una de esas bromas de compañeros de trabajo.

—No seré yo quien lo ponga en duda —repuso—. Indíquele que los haga pasar y yo decidiré si les permito testificar o no.

Adam, deprimido, se preguntó cuál de los vecinos de su padre habría acudido en su defensa.

«En una hora, esto habrá acabado. No tendrás que volver a hacer algo así nunca más. Solo tienes que sobrevivir una hora».

La puerta se abrió. Adam no quería mirar, pero lo hizo de todos modos.

Al otro lado estaba Richard Campbell Gansey III. Llevaba el uniforme de Aglionby, con gabán, bufanda y guantes, y tenía aspecto de ser alguien de otro mundo. A su lado aguardaba Ronan Lynch, con la corbata bien anudada por una vez en su vida y la camisa remetida en el pantalón.

En el interior de Adam, la humillación y la alegría entablaron una batalla furiosa.

Gansey avanzó a grandes zancadas por el pasillo central, mientras el padre de Adam lo miraba fijamente. Se acercó sin dudar al estrado y se dirigió al juez. Ahora

que lo tenía enfrente, Adam se dio cuenta de que estaba un poco jadeante. Ronan, que lo había seguido, también parecía sin aliento. Habían corrido para llegar.

Por él.

Gansey se quitó el guante derecho y le chocó los cinco al juez.

—Juez Harris… —saludó en tono cordial.

—Señor Gansey —respondió el juez—. ¿Ha encontrado ya el rey que andaba buscando?

—Todavía no, señor. Y usted, ¿ha terminado ya de acondicionar esos bancales?

—Todavía no, muchacho. Dígame, ¿qué relación guarda usted con este caso?

—Mi amigo Ronan Lynch, que está a mi lado, estaba presente en el incidente —explicó Gansey—. Los dos pensamos que su versión de la historia podría ser digna de interés. Por otra parte, yo mantengo amistad con Adam desde el mismo día en que llegué a Henrietta, y créame que me alegro de que este desagradable asunto llegue a su fin. Me gustaría testificar acerca de la personalidad del demandante, si es posible.

—Parece una petición razonable —repuso Harris.

—¡Protesto! —exclamó Robert Parrish.

Gansey dirigió la mirada por fin hacia Adam. Aunque mantenía su regia expresión de Richard Campbell Gansey III, caballero salvador, en sus ojos había una sombra de incertidumbre. «¿Te parece bien?».

¿Le parecía bien? Adam había rechazado tantas ofertas de ayuda de Gansey… Dinero para pagar los estudios, dinero para comida, dinero para el alquiler. Adam siempre había pensado que se lo ofrecía por caridad, por pena. Llevaba mucho tiempo queriendo que Gansey lo considerase como a un igual; pero ahora se daba cuenta de que, tal vez, el único que no estaba convencido de serlo era él mismo.

Ahora veía que lo que Gansey le estaba ofreciendo no era caridad, sino verdad.

Y algo más: una amistad indestructible. Una de esas amistades de las que se podía depender, que podía tensarse hasta llegar casi al punto de ruptura y luego volver aún con más fuerza.

Adam extendió la mano derecha y Gansey se la estrechó como si fueran dos adultos, porque eran dos adultos.

—Muy bien —dijo Harris—. Comencemos con este caso.

39

Adam no solía llevar a nadie consigo cuando realizaba los encargos de Cabeswater. Confiaba más en sus habilidades cuando estaba solo. También confiaba más en sus emociones cuando estaba solo. En una habitación vacía, no podía hacer daño a nadie y nadie podía hacérselo a él.

Era incognoscible.

Solo que no lo era.

De modo que, cuando al fin se dispuso a hacer lo que Cabeswater le había pedido semanas atrás, le pidió a Blue Sargent que lo acompañara. Había algo más que no le dijo, por si no funcionaba: le daba la impresión de que, si Blue iba con él, tal vez Cabeswater los ayudara a encontrar a Maura.

Ahora la esperaba en el coche, aparcado frente a una desvencijada gasolinera a las afueras de Henrietta, dudando si el pulso que sentía en las palmas de las manos sería el de su corazón o el de la línea ley.

—Ya, te entiendo perfectamente —dijo Noah desde el asiento de atrás.

Estaba tan inclinado sobre el reposacabezas del copiloto que parecía un jersey olvidado con un cuerpo todavía dentro. Adam casi había olvidado que estaba allí, porque no le había invitado a ir con ellos. No porque le molestara su presencia, sino porque estaba muerto, y los muertos no solían ser muy fiables a la hora de acudir a las citas.

—¿Acabas de contestar a lo que yo había pensado?

—Creo que no.

Adam trató de recordar si lo había dicho en alto o no. No creía haberlo dicho en alto.

Un camión cargado de hortalizas pasó por la carretera, y el coche se meció. Todo lo que los rodeaba tenía aspecto envejecido. La gasolinera era una reliquia de hacía varias décadas, con anuncios de hojalata en el escaparate y un corral lleno de gallinas que estaban a la venta. La granja que había al otro lado de la calzada resultaba encantadora pero ajada, como un periódico amarillento.

Adam repasó una vez más la historia con la que iban a chantajear a Greenmantle. Tenía que ser indestructible. No le había dicho nada a Gansey; no le había dicho nada a Blue. Había convencido a Ronan de hacerlo y, más tarde, había embarcado al

Hombre de Gris. Pero al final, si el asunto Greenmantle les estallaba en la cara, la responsabilidad sería solo suya.

—Yo creo que ya están atados todos los cabos —dijo Noah.

—Noah, por Dios, deja de hacer eso. Me estás dando miedo.

Le lanzó una mirada por el espejo retrovisor y lo lamentó de inmediato; su amigo muerto resultaba mucho más macabro en los reflejos, menos vivo.

Noah, que lo sabía, se encogió para salir de su campo de visión.

De pronto, la voz de Blue sonó detrás del coche.

—¿Y cómo se sentiría usted si yo lo redujera a un par de piernas?

Adam y Noah volvieron la cabeza para mirar por el parabrisas trasero.

—No, no —dijo Blue—. ¿Y si es usted el que hace un esfuerzo por comprenderme a mí? ¿Y si me hace el favor de no reducirme a la condición de objeto y luego, cuando yo me quejo, no me dice que es un cumplido y que debería estar contenta de oírlo?

Noah hizo un mohín: «Madre mía…».

—Pues sí —repuso Adam, y salió del coche.

Blue estaba de pie a pocos metros. Iba vestida con una camiseta enorme y cuadrada, pantalones cortos vaqueros, botas militares y calcetines hasta más arriba de las rodillas. Entre unas cosas y otras, solo se le veían diez centímetros de pierna, pero la verdad es que eran diez centímetros muy agradables de ver.

—Señorita —le estaba diciendo un señor mayor que llevaba una visera de propaganda—, algún día recordará con agrado los tiempos en que la gente le decía que tenía las piernas bonitas.

Adam se encogió esperando a que Blue explotara.

Y Blue lo hizo, con lluvia de metralla incluida.

—¿Recordar con agrado? ¡Cómo me gustaría ser tan ignorante como usted! ¡Qué inconsciencia tan estupenda! ¡Miles de chicas matándose por problemas con su imagen corporal y usted…!

—¿Hay algún problema? —La interrumpió Adam.

El hombre lo miró con alivio; la gente siempre se alegraba de ver aparecer a alguien como Adam, limpio y discreto, el prototipo de chico sureño cortés y razonable.

—Hijo, su novia es de armas tomar —le dijo.

Adam se quedó mirando al hombre. Blue se quedó mirando a Adam.

Le hubiera gustado decirle a Blue que no merecía la pena empeñarse; que se había criado junto a hombres como aquel, y sabía de buena tinta que no tenían remedio. Pero entonces, Blue le tiraría el termo a la cabeza y probablemente abofetearía al hombre. Resultaba increíble que Ronan y ella no se llevaran mejor, porque, en el fondo, eran versiones diferentes de la misma materia intratable.

—Señor —empezó a decir, y las cejas de Blue dibujaron dos picos—, creo que su madre no debió de enseñarle bien cómo dirigirse a una mujer.

El hombre lo miró sin decir nada y sacudió la cabeza como si se compadeciera de él.

—Y además —añadió Adam—, no es mi novia.

Blue le lanzó una mirada resplandeciente de aprobación, y luego se metió en el coche con un portazo teatral digno del mismísimo Ronan.

—Mira, chico… —empezó a decir el señor.

—Lleva usted abierta la tapa del gasoil —le interrumpió Adam.

Se dio la vuelta y se montó en su cochecito cutre, el Hondayota, como lo llamaba Ronan. Por absurdo que sonara, se sentía heroico. Blue, a su lado, mascaba su indignación. Salieron del aparcamiento y, durante unos minutos, solo se oyó la trabajosa respiración del coche.

—Dirás lo que quieras, pero es cierto que tienes las piernas bonitas —dijo Noah de improviso.

Blue le lanzó un manotazo, y luego, al ver que a Adam le había dado la risa, le propinó un papirotazo también a él.

—¿Trajiste al agua, al menos? —preguntó Adam.

Blue asintió y meneó el termo para que su contenido chapoteara.

—También he traído algo de azabache —añadió—; se supone que sirve para proteger durante la videncia.

—¿Cómo? ¿Vamos a hacer esas cosas? —preguntó Noah irguiéndose en el asiento.

Adam trató de buscar la mejor manera de explicárselo.

—Cabeswater habla un lenguaje y yo hablo otro. Leyendo las cartas, puedo hacerme una idea general de lo que me quiere decir, pero me resulta muy difícil enterarme de qué tengo que hacer en concreto para reparar la línea ley. Así que tengo que buscar visiones en el agua. Lo hago muy a menudo, Noah; es una pura cuestión de eficiencia.

—Sí: es una manera muy eficiente de dejar tu alma al desnudo para que te la roben las fuerzas del mal —repuso Noah.

Blue cruzó una mirada con Adam.

—Yo no creo en las fuerzas del mal —dijo.

—A las fuerzas del mal les da igual que no creas en ellas —le espetó Noah.

Blue se giró en el asiento para mirarle.

—Normalmente, no me gusta decirte nada cuando empiezas a darme miedo, Noah. Pero haré una excepción: me estás dando miedo.

El chico muerto se acurrucó en el fondo del asiento, y la temperatura del habitáculo subió un poco.

—Adam también dijo hace un rato que le doy miedo —se quejó.

—Dime más cosas de los alineamientos —le pidió Blue a Adam—. ¿Por qué Cabeswater te pide que hagas esas cosas?

—No sé por qué.

Blue soltó un bufido de exasperación.

—Incluso si dejásemos de lado las consideraciones espirituales o las… las mitológicas, o cualquier cosa que tenga algo de significado, lo cierto es que estás manipulando una fuente colosal de energía que parece comunicarse directamente con tu cerebro en un idioma extraño, ¡y eso, a mi modo de ver, parece algo que uno no debería aceptar sin preguntarse cientos de cosas!

—No quiero hablar de ello.

—Pero yo sí. Haces esta excursión porque te lo pide Cabeswater, ¿y ni siquiera le preguntas la razón?

Adam se abstuvo de contestar para no ser maleducado.

Su silencio, sin embargo, molestó aún más a Blue.

—¡Si preferías estar callado, no sé para qué me pediste que te acompañara! —explotó.

—Quizá no hubiera debido hacerlo.

—¡Sí, claro! ¿Para qué llevar un ser pensante como compañera de viaje?

Adam se dominó a duras penas.

—Lo único que quiero —dijo, en un tono solo ligeramente cortante— es llevar a cabo el encargo.

—Pues déjame aquí mismo. Prefiero volver andando.

—No creas que no soy capaz de hacerlo —repuso él pisando el freno.

—¡Pues hazlo! —gritó Blue, con la mano ya apoyada en la palanca de apertura.

—Chicos, por favor… —gimió Noah.

Lo mejor y lo peor de Blue Sargent eran la misma cosa: siempre hacía lo que decía. Si Adam se detenía ahora, sabía que Blue volvería andando a casa. Le lanzó una mirada furiosa y ella se la devolvió.

«No te pelees con Blue. No te pelees con Gansey».

Soltó un suspiro y volvió a acelerar.

Blue se quedó callada un rato y luego encendió la radio del coche.

Adam ni siquiera se había dado cuenta de que el anticuado radiocassette funcionara, así que se sorprendió cuando, al cabo de unos segundos sibilantes, empezó a sonar una cinta grabada. Noah empezó a corear la canción de inmediato:

—*Squash one, squash two*…

Adam y Blue golpearon los mandos del radiocassette al mismo tiempo, y la cinta salió despedida con tanta fuerza que Noah solo tuvo que estirar la mano para atraparla al vuelo.

—¡Maldita canción…! —exclamó Blue—. ¿Qué narices haces con eso en el coche? ¿Es que te gusta escucharla? ¿Y cómo has podido descargar eso de internet?

Noah soltó una risita y les mostró la cinta. En las dos caras tenía pegadas sendas etiquetas caseras, escritas con la letra de Ronan. Una decía «Música para el Hondayota de Parrish». La otra, «Para cantar en el cutrecoche».

—¡Ponla! ¡Ponla! —dijo alegremente Noah mientras la agitaba.

—¡Noah, para! Quítasela, ¿quieres? —le pidió Adam a Blue.

Ante ellos, en la carretera, apareció la entrada de Skyline Drive. Esta vez, Adam estaba preparado. Mientras esperaban en la cola, sacó su cartera y la abrió. Dentro, cuidadosamente doblados, había quince dólares.

—Mi contribución —dijo Blue tendiéndole un billete de cinco.

Adam se quedó inmóvil por un momento.

Luego lo aceptó.

Al llegar a la cabina, entregó el fondo común y recibió a cambio un mapa del parque, que entregó a Blue. Mientras se dirigía a un aparcamiento en pendiente que había cerca de la entrada, examinó tímidamente su orgullo en busca de daños y se sorprendió al no encontrarlos.

—¿Es aquí? —preguntó Blue—. ¿O necesitas nuestro mapa de quince dólares?

—Lo sabré en un momento —contestó Adam—. Salgamos del coche.

Delante de ellos, el suelo se interrumpía repentinamente en un profundo barranco, y a su espalda se cernían las oscuras montañas. En el aire flotaba el aroma agradable y peligroso del humo; en algún lugar de los montes otoñales debía de haber estallado un incendio. Adam escudriñó el paisaje hasta encontrar su origen: una columna de humo que envolvía un pico distante. Desde tan lejos, parecía más mágico que amenazante.

Blue y Noah se pusieron a hacer el tonto mientras Adam sacaba su baraja de tarot. Separó los pies para sentir mejor el pulso de la línea ley, sacó una carta al azar y la colocó boca arriba sobre el capó aún caliente. Esforzándose por no enfocar demasiado la mirada, observó el dibujo —un caballero emborronado de negro que llevaba una vara rodeada de hiedra— y dejó que se transformara en algo impreciso y onírico. Su vista fue reemplazada por sensaciones; una impresión vertiginosa de desplazamiento, de elevación, de plenitud.

Cubrió la carta con la mano hasta recuperar la capacidad de ver, y luego la guardó.

—¿El caballo de bastos? —le preguntó Blue.

—Sí… No sé —respondió Adam, que ya no recordaba cuál era la carta real que había sacado.

—Ajá. ¿Quién da miedo, ahora? —exclamó Noah.

Adam se ajustó la mochila a la espalda y se acercó al inicio del camino.

—Vamos; es por aquí —indicó.

El sendero, rocoso y angosto, estaba cubierto de hojarasca. A un lado del camino, el terreno caía bruscamente, y se elevaba igual de bruscamente por el otro lado. Adam caminó, muy consciente de los peñascos que sobresalían de vez en cuando y desviaban el camino. Bajo su cobertura de liquen verde menta, las piedras transmitían una sensación de frescor y vitalidad; eran conductoras naturales de la línea ley.

Los tres ascendieron a paso constante hasta que Adam vio un cúmulo de rocas a un lado. Se salió del sendero y trepó por ellas, apoyándose en los salientes de las

piedras y en las ramas que asomaban por encima. Los peñascos azulados se amontonaban como el juego de construcciones de un niño gigante.

«Sí: aquí es», pensó, asomándose a una grieta por la que fácilmente podría meterse una persona.

—¿Víboras? ¿Avispas? ¿Osos? —dijo Blue.

—He aquí las maravillas de un parque natural —repuso Noah en tono de broma, y luego, con una valentía inesperada, añadió—: Yo pasaré primero. A mí no pueden hacerme daño.

Su cuerpo borroso y desvaído se deslizó por la abertura hasta desaparecer. Luego se hizo un largo silencio. Silencio.

Blue se asomó a la grieta y achinó los ojos.

—¿Noah? —llamó.

Dentro del pasadizo sonó un estrépito de crujidos. Al momento siguiente, una nube de hojas secas de roble salió como una explosión de la grieta, sobresaltando a Blue y a Adam.

Noah apareció a continuación. Retiró cuatro hojas y media de la pelambrera enredada de Blue y sopló sobre la nariz de Adam para retirar algunos fragmentos de hojarasca.

—No hay peligro —dijo luego.

Adam se alegró de que Noah hubiera decidido acompañarlos.

El interior de la grieta estaba débilmente iluminado; por la abertura superior entraba bastante luz, y también penetraba algún rayo por las grietas que había entre las rocas de abajo. En medio del exiguo espacio había una roca del tamaño de una mesa de escritorio o un altar, con la superficie cóncava y rugosa.

Adam lo recordó, o lo reconoció, de la visión que había tenido en el taller.

Sintió un ligero calambre de nervios o de excitación. Le resultaba extraño hacer aquello en presencia de otras personas; no sabía qué aspecto podía ofrecer a quien lo mirara.

—Echa el agua ahí, Blue.

Ella retiró con la mano las hojas y las ramitas que había esparcidas sobre la roca. Luego, se sacó del bolsillo una piedra negra y lisa, la colocó junto a la concavidad y llenó esta de agua.

El charco reflejó el oscuro techo de rocas.

Noah retrocedió precipitadamente, asegurándose de que ninguna parte de él se reflejase; su miedo había absorbido todo el calor del aire. Blue le tendió una mano, pero él sacudió la cabeza y no la aceptó.

De modo que Blue se quedó junto a Adam, hombro con hombro, y él se dio cuenta de que también agradecía su presencia. No podía recordar cuándo había sido la última vez que estaba tan cerca de alguien, y el contacto lo estabilizaba de una manera difícil de explicar. Al cabo de un segundo, se dio cuenta de que parte de aquella sensación podía deberse al efecto de Blue, que amplificaba la parte de

Cabeswater a la que él estaba ligado.

Los dos observaron la superficie del agua; aunque no era la primera vez que Adam hacía aquello, nunca lo había hecho rodeado de piedras. Le producía una sensación extraña, como si hubiera alguien más con ellos. No se atrevía a reconocer que, incluso antes de que ocurriera nada sobrenatural, ya se sentía intimidado por el oscuro charco.

—¿Sabes? —susurró Blue al cabo de unos minutos—. Es como si alguien te dijera a ti: «¡Cómo mola tu jersey, tío!», mientras vas vestido con el uniforme de Aglionby.

—¿¿Qué??

—Te lo digo para que comprendas por qué me enfadé tanto con el tipo aquel. Llevaba un buen rato pensando en la manera de explicártelo. Sé que no acabas de pillarlo, pero la cosa es que fue por eso.

Era cierto que Adam no había comprendido el lío de aquella tarde en la gasolinera, más allá del hecho de que Blue se había molestado y a él no le gustaba que estuviera molesta. Ahora, sin embargo, se daba cuenta de que tenía razón con lo del jersey. Al ver al alguien vestido con el uniforme de Aglionby, la gente suponía de inmediato muchas cosas; él mismo lo había hecho en el pasado. Aún lo hacía, de hecho.

—Ya lo pillo —murmuró. Aunque, por alguna razón, no se atrevía a hablar en alto, ahora se sentía mejor, más normal, como si fueran ellos tres quienes controlaran la situación—. Es una forma de simplificar a la gente.

—Exacto —asintió Blue, y luego respiró hondo—. Vale. ¿Y ahora, qué?

—Voy a concentrarme mirando el agua —contestó Adam—. Puede que se me vaya un poco la olla.

Noah soltó un gañido.

—¿Y qué quieres que hagamos si se te va la olla? —repuso Blue, tan práctica como siempre.

—No creo que tengáis por qué hacer nada… La verdad es que no sé qué aspecto tendré, visto desde fuera. Yo qué sé: si os da la impresión de que algo va mal, haced lo que os parezca más adecuado.

Noah se rodeó el cuerpo con los brazos.

Al inclinarse sobre la oscura superficie del agua, Adam vio su rostro. Nunca se había dado cuenta de que tenía un aspecto peculiar, hasta que llegó al instituto y todo el mundo empezó a decirlo. No sabía si resultaba atractivo o repulsivo; solo sabía que parecía diferente. El decidir si aquella diferencia producía belleza o fealdad quedaba al criterio de cada uno.

Esperó a que sus facciones se disolvieran, a que se emborronaran en una sensación; sin embargo, lo único que veía era su cara de lugareño pobre de Henrietta, con su boca de labios finos y tristes. Rogó para sus adentros que su cara adulta no pareciera una combinación de los genes de sus dos progenitores.

—Creo que no está funcionando —dijo.

Blue no le contestó, y medio latido más tarde, Adam se dio cuenta de que la boca del reflejo no se había movido cuando él había hablado. Su cara se limitaba a devolverle la mirada, con las cejas fruncidas en un gesto de desconfianza y preocupación.

Los pensamientos giraban en su interior como posos que enturbiaran una charca. Los humanos eran seres circulares: vivían los mismos ciclos lentos de alegría y desolación una y otra vez, sin aprender jamás. Cada una de las enseñanzas que ofrecía el universo debía repetirse miles de millones de veces, y a pesar de ello, no permanecía. «Qué arrogancia la nuestra», pensó Adam, «al traer al mundo criaturas que no pueden caminar, hablar ni alimentarse solas. Qué seguros estamos de que nada las destruirá antes de que puedan cuidar de sí mismas». Qué frágiles eran esos seres; qué fácil era abandonarlos, descuidarlos, maltratarlos, odiarlos. Las presas de los predadores nacían ya asustadas.

Él no había nacido asustado, pero había aprendido a estarlo.

Aunque quizá fuera bueno que el mundo olvidara todas las enseñanzas, los recuerdos buenos o malos, los triunfos y los fracasos, todo borrado al morir cada generación. Quizá esa amnesia cultural fuera lo que les permitía vivir; quizá, si se acordaran de todo, se hiciera imposible la esperanza.

«Busca fuera de ti», le recordó la voz de Persephone.

Le resultaba difícil desprenderse de sí mismo; limar las aristas de su interior le provocaba un bienestar extraño y sórdido.

Aun así, hizo un esfuerzo por recordar a Cabeswater. Palpó con la mente el recorrido de aquella energía. En algún lugar debía haber un desgarro o una dispersión, algún achaque al que él pudiera poner remedio.

Allí estaba. Bastante más allá, en la línea ley, la energía se fracturaba. Si Adam se concentraba, podía incluso ver el porqué: la montaña estaba atravesada por una autopista que cortaba la roca, rompiendo el flujo natural de la línea. Ahora, la energía chisporroteaba de manera irregular en aquel punto, buscando caminos sobre la carretera y bajo ella. Si Adam lograba disponer de manera ligeramente distinta algunas de las piedras conductoras que había en la cima de aquel monte, se iniciaría una reacción en cadena que sepultaría la línea ley en la zona de la autopista, de manera que sus bordes deshilachados volvieran a unirse.

—¿Por qué me pides que haga esto? —preguntó—. *Rogo aliquem aliquid*.

Aunque no esperaba obtener respuesta, oyó un galimatías de palabras, todas incomprensibles salvo una: Greywaren.

Ronan, que hablaba el lenguaje de Cabeswater sin esfuerzo alguno. No Adam, que solo lo balbuceaba con esfuerzo.

Sin embargo, en la explanada de Aglionby todo había sido distinto. En ese momento no había tenido que esforzarse. No había existido ningún lenguaje. Solo él y Cabeswater.

—Ronan no —replicó Adam—. Yo; soy yo quien está haciendo esto por ti. Dímelo. Muéstramelo.

Un aluvión de imágenes lo embistió. Conexiones que vibraban, eléctricas. Venas. Raíces. Rayos que se bifurcaban. Afluentes. Ramas. Enredaderas que rodeaban árboles, manadas de animales, gotas de agua corriendo juntas.

«No comprendo».

Dedos entrelazados. Hombros que se apoyaban mutuamente. Puños que entrechocaban. Una mano que ayudaba a Adam a levantarse del suelo. Cabeswater rebuscaba frenéticamente entre los recuerdos de Adam y se los lanzaba a la mente. Las imágenes de Gansey, Ronan, Noah y Blue se sucedían tan rápido que Adam no lograba seguir el ritmo.

Y entonces, una malla de relámpagos se extendió por el mundo, una malla iluminada de pura energía.

Adam seguía sin comprender. Hasta que, de pronto, lo entendió.

Había más de un Cabeswater, o más de lo que fuese aquello.

¿Cuántos? Lo ignoraba. ¿En qué medida estaban vivos? También ignoraba aquello. ¿Eran seres pensantes, eran alienígenas, morían, eran bondadosos, tenían que existir? Adam no lo sabía. Pero ahora sabía que había más de uno, y que este estaba estirando los dedos hasta el límite de sus fuerzas para alcanzar a otro.

La enormidad del mundo creció y creció dentro de Adam, hasta que no supo si podría contenerla. Solo era un chico. ¿Debía saber aquellas cosas?

Sus amigos y él ya habían transformado Henrietta al despertar aquella línea ley y fortalecer a Cabeswater. ¿Cómo sería un mundo en el que hubiera más bosques reavivados? ¿Se desgarraría en una confusión de electricidad chispeante y magia, o sería un movimiento pendular, el resultado de siglos de letargo?

¿Cuántos reyes dormidos había?

«No puedo hacer esto. Es demasiado grande. No estoy hecho para algo así».

Una oleada negra de dudas rasgó su interior. Eran algo casi material, corpóreo, con peso y patas…

«¿Cómo?». Adam creyó haberlo dicho en voz alta, pero ya no sabía en qué se diferenciaba hacer de imaginar. Había vagado demasiado lejos de su propio cuerpo.

Volvió a sentir que aquel ente hecho de dudas intentaba alcanzarle, que le hablaba. El ente no creía que él tuviera poder allí; sabía que era un farsante.

Adam trató de aferrarse a las palabras. «¿Eres Cabeswater? ¿Eres Glendower?». Pero las palabras no eran un medio adecuado para aquel lugar. Las palabras estaban hechas para las bocas, y Adam ya no tenía boca. Se estiró sobre el mundo, incapaz de encontrar el camino de vuelta a la grieta entre las rocas. Estaba en un océano, cantando en la oscuridad.

Únicamente lo acompañaba aquel ente, aquella cosa que lo odiaba o lo ambicionaba o las dos cosas. Adam anhelaba verlo, y al mismo tiempo, sabía que verlo sería espantoso.

Manoteó en la oscuridad. Todas las direcciones eran la misma. Algo reptaba por su piel.

Estaba en una caverna. Agachado. El techo era bajo y las estalactitas le rozaban la espalda. Cuando estiró la mano para tocar la pared, sintió que la piedra era real. Tal vez la piedra fuera real y él no.

«Adam».

Se giró hacia la voz y vio una mujer que reconoció, pero a la que no supo dar nombre. Se hallaba demasiado lejos de sus propios pensamientos.

Aunque estaba seguro de que había sido la mujer quien lo había llamado, ella no le miraba. Estaba agazapada en la caverna, a su lado, con el ceño fruncido en una mueca de concentración y un puño apretado contra los labios. A su lado había un hombre de rodillas; la actitud de su cuerpo larguirucho y encorvado sugería que no se comunicaba con la mujer. Los dos estaban inmóviles frente a una puerta que había en la pared de la caverna.

«Adam, vete».

La puerta parecía pedirle que la abriera. Le describía la satisfacción de sentir cómo el pomo giraba bajo su mano. Le prometía, si la abría de un empujón, desvelarle la oscuridad que había dentro de él. Notó que un hambre latía en su interior, un deseo ascendente.

Nunca había ansiado nada con tanta intensidad.

Estaba delante de la puerta, aunque no recordaba haberse acercado a ella. La madera era de color rojo oscuro, labrada con raíces, nudos y coronas. El pomo era de un negro oleoso.

Adam se había separado tanto de su cuerpo que no sabía ni imaginar cómo emprender el camino de vuelta.

«Hacen falta tres para abrir la puerta».

«Vete».

Adam se acuclilló, inmóvil, con los dedos apoyados en la puerta, temeroso y anhelante.

En algún, lugar, lejos de allí, su cuerpo aguardaba sometido al paso del tiempo.

«Adam, vete».

«No puedo», pensó. «Me he perdido».

—¡Adam! —«Adam. Adam Parrish».

Volvió en sí con un espasmo de dolor furioso. Su cara estaba mojada; su mano estaba mojada; por sus venas corría demasiada sangre.

—¿Por qué le has hecho un corte tan profundo? —dijo la voz de Noah, alterada.

—¡No calculé bien! —respondió Blue—. Adam, di algo de una puñetera vez.

El dolor hacía que todas las respuestas posibles fueran más bruscas de lo debido. Adam inhaló con fuerza y se balanceó hasta incorporarse, agarrándose una mano con la otra. Muy lentamente, empezó a distinguir lo que le rodeaba; había olvidado que estaban en aquel hueco entre los peñascos. Noah se acurrucaba a un centímetro de él,

con los ojos clavados en los suyos. Blue aguardaba de pie a su espalda.

Todo comenzó a colocarse en su sitio. Adam miró alrededor, muy consciente de sus dedos y su boca y su piel y sus ojos y todo su ser. No recordaba haberse sentido jamás tan contento de ser Adam Parrish.

Sus ojos se posaron en la navaja rosa de resorte que agarraba Blue con una mano.

—¿Me has cortado? —preguntó, y al oír su voz, Noah dejó caer los hombros en un gesto de alivio.

Adam contempló su mano. El dorso estaba atravesado por un corte limpio. Aunque sangraba sin parar, no le dolía demasiado a no ser que doblara la muñeca; la hoja de la navaja debía de estar muy afilada.

Noah rozó el borde de la herida con sus helados dedos, y Adam se los apartó de un manotazo. Se esforzó por recordar lo que le había dicho aquella voz, pero las palabras ya se escurrían de su cabeza como un sueño.

¿Palabras? ¿Por qué pensaba que había oído palabras?

—No sabíamos qué hacer para traerte de vuelta —admitió Blue—. Noah dijo que podíamos hacerte un corte.

Adam volvió a mirar la navaja, confuso. Parecía representar una faceta distinta de Blue, una faceta qué él desconocía hasta ahora. Su cerebro se debatió, incapaz de conjugar aquello con el resto de la personalidad de Blue.

—¿Por qué teníais que detenerme? ¿Qué estaba haciendo?

Blue dijo «Nada» exactamente al mismo tiempo que Noah decía «Morirte».

—Tu cara se quedó como vacía —explicó Blue—. Y luego, tus ojos se… se detuvieron. No sé; dejaron de parpadear, o de moverse. Ahí empecé a intentar que volvieras.

—Y entonces dejaste de respirar —añadió Noah, poniéndose en pie con un movimiento fluido—. Te lo dije, Adam; te dije que no era buena idea, pero a mí nadie me hace caso nunca. «No nos pasará nada, Noah, ya estás tú con tus angustias», y lo siguiente que veo es que estás es una especie de trance mortal. Pero, claro, a mí nadie me dice «Querido Noah, cuánta razón tenías, gracias por salvarme la vida porque sería una mierda morirme». Lo único que hacéis…

—Para —le interrumpió Noah—. Estoy tratando de recordar todo lo que pasó.

Había visto a alguien importante. Tres personas… una puerta… una mujer que le resultaba familiar…

Todo se estaba desvaneciendo, salvo el pánico.

—La próxima vez, dejaré que te mueras tranquilo —le soltó Blue—. ¿Sabes qué, Adam? Cuando te pones así de especialito, creo que te olvidas de la familia en la que yo me he criado. ¿Sabes cuál es la palabra que debe decirse a alguien que te ayuda en un ritual o una echada de cartas? Es «gracias». Si querías hacer esto tú solo, no habernos pedido que viniéramos.

Adam sí que recordaba una cosa: antes se había extraviado.

Y eso quería decir que, si hubiera ido allí solo, a estas alturas estaría muerto.

—Perdón —dijo—. Me he portado como un imbécil.

—No íbamos a decírtelo tan claro —replicó Noah, y Blue se volvió hacia él.

—Yo sí.

Los tres acabaron de subir hasta la cima del monte, bajo un sol de justicia, y allí buscaron las rocas que Adam había localizado en su visión. Tuvieron que sumar todas sus fuerzas solo para desplazarlas unos centímetros, y Adam pensó que tampoco habría podido hacer aquello sin ayuda. Aunque quizá lo estuviera haciendo mal, y hubiera otra forma de llevarlo a cabo más digna de un mago.

Su mano herida dejó marcas de sangre en las piedras, lo que, por alguna razón, le satisfizo.

«He estado aquí. Existo. Sangro, luego estoy vivo».

Desde su despertar, no había dejado de dar las gracias para sus adentros por tener un cuerpo. «Hola, manos agrietadas de Adam Parrish; no sabéis cuánto me alegro de que seáis mías».

Supieron cuál fue el preciso instante en que se corrigió el alineamiento porque Noah soltó una exclamación y levantó los brazos al aire. Durante unos minutos, su silueta se recortó contra el cielo desteñido, tan sólida como la de Blue o la de Adam. Nada en ella sugería que su dueño no fuera un ser enteramente vivo.

Mientras el viento se arremolinaba a su alrededor, Noah pasó un brazo amistoso por los hombros de Blue y otro por los de Adam y los estrechó contra él. Tambaleantes, emprendieron el camino de vuelta al sendero; el brazo de Blue rodeaba la espalda de Noah y sus dedos agarraban la camiseta de Adam, de forma que los tres formaban una sola criatura, un animal de seis patas ebrio de vida. La mano de Adam latía al ritmo de su corazón. Sospechaba que tal vez se desangrara en el camino de vuelta, pero no le importaba demasiado.

De pronto, mientras caminaba con Noah a un lado y Blue junto a él, los tres hombro con hombro, Adam recordó a la mujer que había encontrado en su visión.

Supo de inmediato quién era.

—Blue —dijo—. He visto a tu madre.

40

—Este es uno de mis lugares favoritos —dijo Persephone impulsando la mecedora con sus pies desnudos—. Resulta tan acogedor…

Adam, a su lado, se sentaba en el borde de otra mecedora. A él no le gustaba demasiado aquel sitio, pero se lo calló. Había sido Persephone quien había propuesto que se vieran allí, aunque casi nunca era ella quien decidía dónde quedar; solía dejar la decisión en manos de Adam, quien siempre sentía que lo estaba poniendo a prueba.

Se encontraban en uno de aquellos bazares anticuados que habían desaparecido en todas partes salvo allí, en Henrietta, donde todavía eran frecuentes. Casi todos tenían el mismo aspecto que este: porche bajo y alargado, con una hilera de mecedoras situadas de cara a la carretera; aparcamiento de gravilla plagado de socavones; carteles que anunciaban cebo vivo y marcas de tabaco en el escaparate. En su interior solía encontrarse un surtido de alimentos de primera necesidad y marcas desconocidas, camisetas que Adam jamás consentiría en vestir, útiles de pesca, juguetes anticuados y alguna que otra cabeza de ciervo disecada. Era uno de esos sitios que Adam —un paleto, al fin y al cabo— consideraba aún más paletos que él.

A Gansey, sin embargo, seguramente le habría gustado. En los sitios así, el tiempo parecía carecer de importancia, especialmente en atardeceres como aquel. La luz moteada que se colaba entre las hojas, los estorninos que se desgañitaban desde los tensos cables de los postes, los ancianos que pasaban al volante de camionetas decrépitas… Todo podría haber ocurrido veinte años atrás.

—El tres —dijo Persephone— es un número muy fuerte.

Las sesiones de entrenamiento con ella eran impredecibles; antes de empezar, Adam nunca sabía qué aprendería ese día. A veces, seguía sin saberlo al acabar.

Aquella tarde quería preguntarle por Maura, pero no era fácil plantearle una duda a Persephone y obtener una respuesta clara. Normalmente, la cosa solo funcionaba cuando se le planteaba la pregunta justo antes de que ella ofreciera una respuesta que hubiera dado de todas formas.

—¿Como los tres durmientes, por ejemplo? —dijo Adam.

—Claro. O los tres caballeros.

—¿Es que hay tres caballeros?

Ella extendió la mano y señaló una corneja grande, o quizá un cuervo, que

avanzaba a lentos saltitos por la cuneta opuesta. Adam no hubiera sabido decir si la imagen le llamaba la atención por su significado oculto o simplemente porque era divertida.

—Los hubo en tiempos. Y también tres figuras de Jesús.

Adam se devanó los sesos por un momento.

—Ah, ya. Te refieres a la Santísima Trinidad, ¿no? Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Persephone hizo un gesto circular con su mano menuda.

—Eso es; siempre me olvido de los nombres. Y también hay una diosa triple; una se llama Guerra, creo, y otra es un bebé… No sé, siempre se me escapan los detalles. Lo importante es el tres.

A Adam se le daba mucho mejor jugar a aquellas cosas ahora que al principio: se había acostumbrado a aventurar conexiones.

—Maura, Cala y tú.

Tal vez ese fuera el momento adecuado para mencionarlo…

Persephone asintió o se balanceó en la mecedora, o tal vez hiciera las dos cosas al mismo tiempo.

—El tres es un número estable. El cinco y el siete tampoco están mal, pero el tres es el mejor. Las cosas siempre están menguando o aumentando para tender al tres. Es mejor comenzar desde ahí. El dos es un número terrible. El dos es para la rivalidad, la disputa y el asesinato.

—Y el matrimonio —replicó Adam, pensativo.

—Lo mismo da —replicó Persephone—. Aquí tienes tres dólares; pasa dentro y cómprame un refresco de cereza, anda.

Adam obedeció, dando vueltas a la manera de plantearle a Persephone si podría usar su visión para encontrar a Maura. Aunque, conociéndola, era posible que ya llevaran un rato hablando de ello.

—Esta es nuestra última sesión, ¿verdad? —preguntó al volver, con una certeza súbita.

Persephone asintió sin dejar de mecerse.

—Al principio —dijo—, pensé que podrías reemplazar a alguna de nosotras si nos ocurría algo.

A Adam le llevó un buen rato comprender el sentido de la frase. Cuando por fin lo hizo, le llevó otro minuto reponerse de la sorpresa lo bastante para reaccionar.

—¿Yo?

—Se te da bien escuchar.

—Pero yo… yo voy a… —balbuceó Adam, sin saber bien cómo rematar la frase —. Voy a marcharme —dijo al fin.

Aún no había acabado de hablar cuando se dio cuenta de que no era eso lo que quería decir.

—De todos modos —se limitó a decir Persephone con su frágil vocecilla—, ahora me doy cuenta de que no funcionaría. Tú eres como yo; en el fondo, no somos como

los demás.

¿Los demás qué? ¿Humanos?

«Eres incognoscible».

Adam se recordó a sí mismo en la cima del monte, junto a Blue y a Noah. O en la sala del juzgado, con Ronan y Gansey.

Ya no estaba tan seguro de serlo.

—Tú y yo estamos mejor cuando nadie nos acompaña —añadió Persephone—. A veces se hace duro para los demás, porque no lo comprenden.

A Adam le daba la impresión de que Persephone quería hacerle decir algo, establecer alguna conexión, pero no sabía cuál.

—No me digas que Maura se ha muerto.

Ella se balanceó sin decir nada. Al cabo de unos minutos, se detuvo y lo contempló con sus ojos oscurísimos. El sol empezaba a deslizarse tras las copas de los árboles, dibujando una cenefa de encaje negro en las ramas y una corona de encaje blanco alrededor de la cabeza de Persephone.

A Adam se le cortó la respiración.

—¿Puedes ver tu propia muerte? —susurró.

—Todos la vemos —replicó Persephone amablemente—. Pero la mayoría de la gente se obliga a apartar la mirada.

—Yo no veo mi muerte —replicó Adam.

Y sin embargo, mientras lo estaba diciendo sintió una arista de certidumbre hincándose en su interior. Estaba ocurriendo, iba a ocurrir, ya había ocurrido. En algún lugar, en algún momento, se estaba muriendo.

—Ah, ya lo ves —dijo ella.

—Eso no es lo mismo que saber cómo.

—No has dicho nada del cómo.

Lo que Adam habría querido decir —pero no se atrevía, porque Persephone no lo habría entendido— era que estaba asustado. No es que le diera miedo ver cosas como aquella; lo que temía era que, algún día, quizá dejara de ver todo lo demás. Lo real, lo cotidiano. Lo… humano.

«En el fondo, no somos como los demás».

Sin embargo, a Adam no creía ser diferente. No debía de serlo, porque la desaparición de Maura lo afectaba profundamente y pensar en la muerte de Gansey lo afectaba aún más; y ahora que sabía de aquellas cosas, quería hacer algo para remediarlas. Necesitaba hacer algo. Era Cabeswater, estirándose para alcanzar a los otros.

Soltó un suspiro entrecortado.

—¿Sabes cómo morirá Gansey?

Persephone sacó un poquito la lengua. No parecía darse cuenta de que lo estaba haciendo.

—Toma otros tres dólares —dijo—. Compra un refresco de cereza para ti.

—Querría saber cuánto tiempo hace que sabéis lo de Gansey —dijo él sin aceptar el dinero—. ¿Desde el principio?.

—Sí. Desde el principio.

—¡Ya lo sabíais cuando entró por primera vez en vuestra casa para que le leyerais las cartas? ¿Es que no pensabais decirnos nada?

—No sé por qué íbamos a hacer algo tan absurdo. Cómprate un refresco de cereza, anda.

Adam aferró los brazos de la mecedora, sin ninguna intención de coger el dinero.

—Cuando encuentre a Glendower —dijo—, le pediré que me conceda la vida de Gansey y todo se arreglará.

Persephone lo miró sin contestar.

En la mente de Adam, Gansey se estremecía y pataleaba, bañado en sangre. Solo que ahora, su cara era la de Ronan. Ronan ya había muerto, Gansey iba a hacerlo. ¿Estaría ocurriendo aquello en algún lugar, en algún momento?

Adam no quería saberlo. Adam necesitaba saberlo.

—¡Dímelo ya! —exclamó—. ¡Dime qué hacer!

—¿Qué quieres que te diga?

Adam dio un salto que hizo balancearse violentamente la mecedora.

—¡Dime cómo salvarle!

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó Persephone.

—¡Para! —estalló Adam—. ¡Deja ya de hacer eso! ¡Pon los pies en la tierra de una vez! Si solo miramos las cosas desde arriba, sin implicarnos, ¿qué sentido tiene la vida? ¡Solo quiero que me digas qué puedo hacer para no matarle!

Persephone inclinó la cabeza.

—¿Qué te hace pensar que eres tú quien va a matarle?

Él la miró fijamente. Luego entró en la tienda para comprar otro refresco de cereza.

—Hay sed, ¿eh? —comentó la dependienta mientras Adam pagaba.

—Bueno, el otro era para mi amiga —replicó Adam, aunque no estaba seguro de que Persephone fuera amiga de nadie.

—¿Tu amiga?

—Algo así.

Cuando salió al porche, lo encontró desierto. La mecedora de Persephone aún se balanceaba levemente. El primer refresco estaba en el suelo a su lado, intacto.

—¿Persephone?

Llevado por un presentimiento repentino, Adam se abalanzó hacia la mecedora y palpó el asiento. Estaba frío. Luego tocó el asiento de su mecedora. Caliente.

Estiró el cuello para ver si Persephone se había metido en el coche. Nada. El aparcamiento estaba vacío; ni siquiera se veía el cuervo.

—No —dijo, a pesar de que no había nadie que lo escuchara.

Su mente —una mente reorganizada por Cabeswater de manera peculiar— repasó

frenéticamente todo lo que sabía y sentía, todo lo que había dicho Persephone, cada momento desde que había llegado a aquel porche y la había visto sentada. El sol se deslizaba tras los árboles, más y más bajo.

—No —repitió.

La dependienta había salido al porche y estaba cerrando con llave la puerta de la tienda.

—Espere —la llamó Adam—. ¿Ha visto usted a mi amiga? ¿O he estado solo todo el rato?

Ella lo miró levantando una ceja.

—Lo siento —se disculpó él—. Sé que suena extraño. Pero dígame, por favor: ¿he estado yo solo en el porche?

La mujer vaciló, segura de que aquello era una broma pesada, y acabó por asentir.

El corazón de Adam se desfondó.

—Necesito hacer una llamada. Por favor, señora; solo será un minuto.

—¿Para qué?

—Ha ocurrido una desgracia.

41

—¡Ya he llegado! —exclamó Blue mientras entraba en tromba en el 300 de Fox Way.

Estaba sudorosa, nerviosa e irascible, dividida entre el deseo de que aquello fuera una falsa alarma y el de que fuera algo lo bastante importante para justificar que se hubiera marchado de Nino's en pleno turno de trabajo.

Mientras dejaba caer su bolsa en el recibidor, Cala le salió al encuentro.

—Ven. Hay que ayudar a Adam.

—¿Qué narices le pasa a Adam?

—Nada —replicó Cala en tono cortante—, salvo lo habitual en él. Está buscando a Persephone.

Ya habían llegado al cuarto de los clientes. Adam se encontraba dentro, sentado a la cabecera de la mesa. Estaba inmóvil, con los ojos cerrados, frente al cuenco negro que habían recogido de la habitación de Maura. La única iluminación provenía de tres velas encendidas ante él. Blue notó que se le retorcía el estómago.

—No me parece que esto sea buena idea —dijo—. La última vez…

—Lo sé. Adam me lo ha contado —replicó Cala—. Pero dice que no le importa correr el riesgo, y obtendremos mejores resultados si somos tres.

—¿Por qué tiene que buscar a Persephone?

—Cree que le ha ocurrido algo.

—¿Dónde está ella? ¿Te dijo adónde iba antes de salir?

Cala le lanzó una mirada teñida de sarcasmo. La respuesta era obvia: Persephone nunca contaba nada a nadie.

—De acuerdo —dijo Blue.

Después de que entraran, Cala cerró la puerta de la sala y le indicó a Blue que se sentara junto a Adam.

Él abrió los párpados. Blue se quedó callada, porque no se le ocurría nada que decirle, y él se limitó a sacudir la cabeza como si estuviera enfadado consigo mismo, con Persephone o con el mundo.

Cala se sentó enfrente de él y le tomó de una mano.

—Agárrale de la otra —le ordenó a Blue—. Yo le ayudaré a mantenerse vinculado a la realidad, y tú ampliarás su percepción.

Blue y Adam cruzaron una mirada; desde su ruptura, no habían vuelto a agarrarse de la mano. Ella deslizó la mano por el tablero y él entrelazó los dedos con los de ella, suavemente, sin querer imponerse. Blue los estrechó.

—Me pongo… —empezó a decir Adam. Tenía la cabeza ladeada y miraba el cuenco de soslayo.

—¿Te pones qué? —preguntó Cala.

—Me pongo en vuestras manos —remató él la frase.

Blue le apretó la mano un poco más.

—No te dejaremos caer —dijo Cala.

Adam hundió la mirada en el oscuro brillo del agua.

Mantuvo los ojos fijos en el cuenco, mientras las velas titilaban a su alrededor. Blue sintió el preciso instante en que el alma de Adam abandonaba su cuerpo, porque el reflejo de las llamas se deformó en siluetas extrañas y los dedos de él perdieron la fuerza.

Le dirigió una mirada inquisitiva a Cala. Su compañera estaba inmóvil, con su mano oscura sujetando la pálida mano de él, la barbilla levantada y los ojos fijos en la cara de Adam.

Los labios del chico se movieron como si murmurase algo para sí, pero de ellos no brotó ningún sonido.

Blue imaginó la forma en que su presencia incrementaba el poder de videncia de Adam, empujándolo más y más lejos en el éter. Ahora Adam vagaba separado de su cuerpo, desenrollando el ovillo invisible que lo conectaba a él. Y mientras Cala le ayudaba a aferrar ese hilo, Blue lo empujaba.

La frente de Adam se llenó de arrugas. Sus labios se separaron. Ahora sus ojos eran negros por entero, del mismo color que el cuenco de adivinación. De cuando en cuando, las tres llamas retorcidas que reflejaba el agua aparecían en sus iris. Pero podían aparecer dos en un ojo y solo una en el otro, o tres en uno y ninguna en el otro, o tres en cada uno, para desaparecer acto seguido en la negrura.

—No —susurró Adam.

Su voz parecía la de otra persona. A Blue le vino a la memoria la noche en que había encontrado a Neeve escrutando el futuro entre las raíces del haya del patio.

Volvió a dirigir la mirada hacia Cala, que continuaba vigilando sin mover un músculo.

—¿Maura? —dijo Adam—. ¿Maura?

Pero la voz con la que lo había dicho no era la suya, sino la de Persephone.

«No puedo con esto», pensó Blue de pronto. Su corazón no podía contener tanto miedo.

Cala extendió la otra mano y agarró la que Blue tenía libre. Ahora, los tres formaban un círculo alrededor del cuenco.

La respiración de Adam se volvió lenta y entrecortada.

«Otra vez, no».

Blue notó cómo el cuerpo de Cala se desplazaba para aferrar con más fuerza la mano de Adam.

—No —repitió él, ahora con su voz.

Sus ojos reflejaron tres llamas enormes.

Luego se oscurecieron de repente.

Adam no respiraba.

La sala quedó en silencio. Blue escuchó cómo latía su corazón. Un latido. Dos. Tres.

El reflejo de las velas se extinguió.

—¡PERSEPHONE! —gritó Adam.

—¡Ahora! —exclamó Cala desprendiendo sus dedos de los de Blue—. ¡Suéltalo!

Blue dejó caer la mano de Adam, pero no ocurrió nada.

—Corta la conexión con él —dijo Cala con los dientes apretados—. Sé que puedes hacerlo, Blue. Yo lo traeré de vuelta.

Mientras Cala presionaba el centro de la frente de Adam con el pulgar de su mano libre, Blue intentó tranquilizarse y recordar lo que había hecho para desconectarse de Noah aquella tarde en Monmouth. Sin embargo, una cosa era aislarse mientras Noah tiraba objetos al aire, y otra muy distinta hacerlo teniendo ante los ojos el pecho inmóvil de Adam y su mirada vacía. ¿Cómo concentrarse mientras el cuerpo de Adam se desmadejaba y su cara caía en las manos de Cala, mientras se derrumbaba sobre la mesa volcando el cuenco?

«Se ha puesto en nuestras manos. Adam, que nunca confía en nadie, se ha puesto en nuestras manos. Está en tus manos, Blue. En las tuyas».

Blue se puso en pie de un salto y levantó sus muros. Trató de visualizar la luz blanca que caía de lo alto y los reforzaba, pero era difícil hacerlo mientras veía el cuerpo de Adam tirado al otro lado de la mesa. Cala agarró al chico de los hombros, le dio la vuelta y le asestó una bofetada.

—¡Vamos! ¡Recuerda tu cuerpo!

Blue se dio la vuelta.

Cerró los párpados.

Y lo hizo.

El silencio se extendió por la sala.

Y entonces, la luz del techo se encendió y Adam dijo:

—Está aquí.

Blue giró sobre sus talones.

—¿Cómo que está aquí? —preguntó Cala.

—Aquí —repitió Adam mientras se levantaba apoyándose en los brazos de la silla—. En el piso de arriba.

—Pero si ya hemos mirado en su habitación…

—No, ahí no —replicó Adam, rechazando la observación con un ademán impaciente—. En lo alto… ¿Cuál es el punto más alto de la casa?

—El desván —contestó Blue—. ¿Pero por qué iba a subir allí Persephone? ¿Dónde está Gwenllian?

—Está subida en el árbol del patio, cantando canciones a unos pájaros que la odian —dijo Cala.

—¿Hay algún espejo? —preguntó Adam—. No sé, algún lugar al que pueda haber ido para buscar a Maura…

Cala soltó un taco.

Al llegar a la puerta de la buhardilla, Cala la abrió de un tirón y se asomó dentro, con Blue y Adam a su espalda.

—No… —murmuró Calla.

Blue la apartó para entrar.

Entre los dos espejos de Neeve había un montón de encaje, tela y…

Persephone.

Adam avanzó hacia ella, pero Cala le aferró del brazo.

—¡Quieto, idiota! ¡No puedes ponerte ahí en medio! ¡Blue, para!

—Yo sí que puedo —replicó Blue mientras se agachaba al lado de Persephone.

Estaba en una postura extraña, claramente involuntaria. Había caído de rodillas, con el torso hacia atrás y los brazos estirados. Su barbilla se levantaba hacia un lado, apoyada en la base de uno de los espejos. Sus ojos negros se perdían en la nada.

—Vamos a traerla de vuelta —dijo Adam.

Pero Cala ya se había echado a llorar.

Blue agarró a Persephone de las axilas y la arrastró fuera del espacio entre los espejos, sin preocuparse por la dignidad de su postura. Su ligero cuerpo no oponía ninguna resistencia.

Sí: iban a traerla de vuelta, como decía Adam.

Cala se dejó caer de rodillas y enterró la cara entre las manos.

—Espabila —le ordenó Blue con voz ronca—. Ven aquí ahora mismo y ayúdame.

Agarró la mano de Persephone. Estaba tan fría como las paredes de una cueva.

Adam, de pie y rodeándose con los brazos, le lanzó una mirada interrogante.

Blue ya sabía la respuesta, pero no era capaz de decirla.

Fue Cala quien lo hizo:

—Está muerta.

42

Hasta ese momento, Blue no creía en la muerte.

No de verdad.

Era algo que les ocurría a otras personas, a otras familias, en otros lugares. Ocurría en hospitales, accidentes de coche o campos de batalla. Ocurría —ahora, Blue recordaba las palabras de Gansey cuando estaban a punto de entrar en la tumba de Gwenllian— con ceremonia. Con aviso previo.

No podía ocurrir sin más en una buhardilla, después de un día soleado, mientras ella estaba sentada en el cuarto de los clientes. No era algo que ocurriera sin más en un solo instante, un instante irreversible.

No podía ocurrirle a una persona a la que conocía desde siempre.

Pero había ocurrido.

Y ahora, ya siempre habría dos Blues: la Blue que era antes y la que había aparecido después. La que no creía en la muerte y la que sí lo hacía.

43

Si Gansey llegó al 300 de Fox Way después de que la ambulancia se marchara, no fue por falta de delicadeza, sino por falta de información. Adam había tenido que llamar veinticuatro veces al teléfono de Ronan para que este contestara, y más tarde Ronan tuvo que recorrer el campus de la escuela durante un buen rato para localizar a Gansey. Malory, como de costumbre, había salido a explorar en el Suburban, junto al Perro, y debía de andar en algún lugar de Virginia. Sin embargo, no pasaba nada porque tardara un rato en enterarse.

Persephone había muerto.

Gansey no podía creerlo, no porque no fuera consciente de la inminencia de la muerte —si acaso, era demasiado consciente de ello—, sino porque nunca hubiera esperado que Persephone hiciese algo tan mundano como morirse. Siempre le había parecido que había algo inmutable en el trío de Fox Way; Maura, Persephone y Cala eran como el tronco del que brotaban todas las demás ramas.

«Tenemos que encontrar a Maura», pensó mientras salía del Camaro y echaba a andar hacia la casa, seguido de cerca por un huraño Ronan. Sobre ellos, Sierra revoloteaba de rama en rama siguiendo su trayectoria. «Porque, si Persephone puede morir, no hay nada que impida que Maura muera también».

Adam estaba sentado en el escalón del porche, a la sombra, con la mirada perdida y una arruga vertical entre las cejas. Cuando la madre de Gansey lo sorprendía así, apoyaba el pulgar en la frente de su hijo y frotaba la arruga hasta alisarla; aún se lo hacía de cuando en cuando a Gansey Segundo. Ahora, Gansey reprimió el impulso de hacerle lo mismo a Adam mientras este levantaba la cara hacia él.

—La encontré —dijo Adam— y no sirvió de nada.

Necesitaba que Gansey le dijera que todo iba bien. Y aunque en realidad nada iba bien, Gansey logró encontrar su voz y le contestó.

—Hiciste todo lo que pudiste; Cala me lo dijo por teléfono. Está orgullosa de ti. Pero no esperes sentirte mejor por ahora, Parrish. Aún no.

Adam, liberado, asintió con expresión triste y agachó la cabeza.

—¿Dónde está Blue?

Adam levantó la mirada y pestañeó: no lo sabía. Ronan se adelantó y se sentó en el escalón junto a Adam.

—Voy dentro —dijo Gansey.

Mientras cerraba la puerta de la casa a su espalda, alcanzó a oír a Adam:

—No quiero hablar.

—¿De qué carajo quieres que hablemos? —replicó Ronan.

Gansey encontró en la cocina a Cala, a Jimi, a Orla y a otras dos mujeres jóvenes que no reconoció. Desechó su idea inicial de decir «Os acompaño en el sentimiento» o alguna otra fórmula de cortesía, algo que habría tenido sentido fuera de aquella cocina, pero que en ese momento habría sonado aún más falso de lo normal.

—Voy a entrar en la cueva. Vamos a entrar todos —dijo.

Era imposible, pero eso no importaba. Todo era imposible. Esperó a que Cala le dijera que era una pésima idea, pero ella se quedó callada.

Una pequeña parte de él casi deseaba que se lo dijese: era la parte que aún sentía unas patitas subiéndole por la nuca.

«Cobarde».

Había pasado mucho tiempo aprendiendo a relegar aquella voz al fondo de su mente, y ahora lo puso en práctica.

—Voy contigo —repuso Cala, aferrada a un vaso—. Ya está bien de estas tonterías de ir por libre. Estoy tan enfadada que podría…

De pronto lanzó al suelo el vaso, que se hizo añicos a los pies de Orla. La chica observó los fragmentos y luego le lanzó a Gansey una mirada de disculpa, pero no hacía falta. Gansey había convivido demasiado tiempo con el dolor de Ronan como para no reconocerlo en otra persona.

—¡Así! —gritó Cala—. Así ha sido. ¡Se ha roto para nada!

—Voy por la aspiradora —dijo Jimi.

—Voy por un tranquilizante —dijo Orla.

Cala salió al patio hecha un basilisco.

Gansey retrocedió y subió discretamente por las escaleras hacia la sala que servía como centralita telefónica, cuarto de costura y guarida del gato. Era la única habitación del segundo piso en la que había estado, y el único sitio distinto de la cocina donde se le ocurría que podría encontrar a Blue. Pero Blue no estaba allí ni en la habitación contigua, que claramente era la suya. Al final, la encontró en un cuarto al fondo del pasillo que parecía ser el de Persephone, porque olía como ella y estaba lleno de cosas raras e ingeniosas.

Blue estaba sentada en el suelo, junto a la cama, levantándose escamas de pintaúñas con las uñas de la otra mano. Cuando Gansey se asomó, ella levantó la mirada; el sol de la tarde entraba con fuerza por la ventana y aterrizaba en el colchón, a su lado, obligándola a achinar los ojos.

—Ya era hora —le dijo.

—Tenía el teléfono apagado —se excusó él—. Lo siento.

Ella levantó otra escama de pintaúñas y la dejó caer en la alfombra.

—Supongo que tampoco tiene sentido apurarse, a estas alturas —dijo.

«Ah, Blue…».

—¿Ha llegado Gris? —añadió Blue antes de que Gansey pensara en alguna respuesta.

—No lo he visto. Mira, le he dicho a Cala que vamos a entrar en la cueva para encontrar a tu madre —dudó un momento y se corrigió, prefiriendo sonar más formal —. A Maura.

—¡No te hagas el Richard Gansey Tercero conmigo! —le espetó Blue, y luego, sin transición, se echó a llorar.

Contraviniendo todas sus reglas, Gansey se acuclilló a su lado, con una rodilla apoyada en su costado y otra en sus piernas, y la abrazó. Ella se acurrucó con los puños apoyados en su pecho, y una lágrima cálida resbaló por el cuello de él hasta remansarse en el hueco entre sus clavículas. Gansey levantó la cara hacia la ventana. Cerró los ojos para protegerlos del sol que le calentaba el jersey, notando cómo los pies se le quedaban dormidos y el codo se le aplastaba contra la estructura metálica de la cama, con Blue Sargent pegada a él, y se quedó inmóvil.

«Socorro», pensó. Recordó a Gwenllian en el prado, diciendo que todo comenzaba de nuevo. Gansey casi podía sentir cómo giraban más y más rápido, un ovillo atrapado en un torbellino.

«Comienza, comienza…».

No hubiera sabido decir cuál de los dos estaba consolando al otro.

—Formo parte de esta nueva generación de inútiles —dijo por fin Blue, y Gansey notó la caricia de sus palabras contra la piel. El deseo y el temor anidaban juntos en su corazón, cada uno incitando al otro—. La generación digital. No hago más que pensar que puedo reiniciar las cosas, darle a un botón y empezar desde cero.

Gansey retrocedió, haciendo una mueca al sentir los pinchazos de sus pies dormidos. Se sentó con la espalda apoyada en la cama, y luego se sacó una hoja de menta del bolsillo y se la dio a Blue. Al levantar la mirada, vio a Gwenllian de pie en el umbral. Era imposible adivinar cuánto tiempo llevaba allí, aferrando con los brazos el dintel como si alguien quisiera empujarla al interior del cuarto y ella se resistiera.

Gwenllian esperó unos segundos para asegurarse de que Gansey no apartaba la mirada y empezó a cantar:

Reinas y reyes,
reyes y reinas,
Blue Lily, lirio azul,
coronas y pájaros,
espadas y cosas,
Blue Lily, lirio azul.

—¿Estás tratando de enfadarme? —le preguntó Gansey.

—¿Estás enfadado, mi joven caballero? —respondió ella con voz dulce, y

después apoyó la mejilla en uno de sus brazos y empezó a balancearse adelante y atrás—. A menudo soñaba con la muerte. Había cantado una y otra vez todas las canciones que conocía, allí, tumbada boca abajo en aquella caja de piedra. ¡Todos los ojos! Trataba de alcanzar todos los ojos que pasaban cerca y les pedía que mirasen por mí. ¡Pero solo obtuve necedades y ceguera!

—¿Cómo podías ver por los ojos de otras personas, si eres como yo? —preguntó Blue—. Yo no tengo ningún poder psíquico.

La boca de Gwenllian esbozó el mohín más despreciativo que cupiera imaginar.

—¡Esa pregunta! —exclamó—. Es como suponer que no puedes clavar un clavo si no eres un martillo.

—Lo que tú digas —repuso Blue—. ¿Sabes qué? No importa. Me da igual, de verdad.

—Me enseñó Artemus —dijo Gwenllian—. Cuando no estaba trabajando sin parar para mi padre. He aquí una adivinanza, mi amor, mi amor, mi amor, qué crece, mi amor, mi amor, mi amor, de lo oscuro, mi amor, mi amor, mi amor, a lo oscuro, mi amor, mi amor, mi amor.

Blue se puso en pie, furiosa.

—Basta de juegos —dijo.

—Un árbol de noche —respondió Gansey sin levantarse.

Gwenllian dejó de balancearse y lo observó con atención.

—Hay mucho de mi padre en ti —dijo al fin—. Sí, mucho de mi padre. Ese es Artemus: el árbol de noche. ¿Tu madre quiere encontrarlo, lirio azul? Pues entonces, deberías buscar a mi padre; Artemus estará tan cerca de él como pueda estar, a no ser que algo se lo impida. Para susurrarle mejor —añadió, y luego escupió en el suelo delante de Gansey.

—Llevo tiempo buscándolo —repuso él—. Vamos a bajar a la cueva.

—Ordéname que haga algo por ti, pequeño príncipe —le dijo Gwenllian—. Vamos a ver si tienes madera de rey.

—¿Es así como tu padre convencía a la gente de que hiciera cosas por él?

—No —contestó Gwenllian con aire molesto—. Se lo pedía.

A pesar de aquel caos, de aquel desorden imposible, aquello reconfortó a Gansey. Eso, al menos, era como debía ser: Glendower tenía que haber obtenido su autoridad convenciendo, no imponiendo. Ese era el rey que buscaba.

—¿Vendrás con nosotros? —le pidió a Gwenllian.

44

Cuando Colin Greenmantle salió al balcón de su apartamento con sabor histórico y miró al prado, vio que había un rebaño de vacas a bastante distancia y dos jóvenes abajo, justo enfrente de él.

Los jóvenes eran Adam Parrish y Ronan Lynch.

Agachó la cabeza para observarlos.

Ellos le devolvieron la mirada.

Ninguno de ellos dijo nada. Los dos muchachos resultaban igual de inquietantes; Adam Parrish, en particular, tenía un rostro curioso. No en el sentido de que se dejara llevar por la curiosidad, sino porque había algo peculiar en sus rasgos. Era un ejemplar bello y extraño de la variedad humana típica de Virginia Occidental: huesos livianos, mejillas hundidas, cejas casi invisibles de tan rubias. Parecía asilvestrado y enjuto, al estilo de los retratos de la época de la guerra civil americana. «Hermanos enfrentados mientras sus cosechas se echan a perder».

Y Ronan Lynch se parecía a Niall Lynch, o, lo que era lo mismo, parecía un imbécil.

Ah, la juventud.

De modo que Greenmantle rompió el hielo.

—¿Venís a entregar vuestros trabajos? —preguntó.

Los dos se quedaron callados sin dejar de mirarle, como dos gemelos de una película de terror: uno oscuro, el otro luminoso.

Adam Parrish esbozó una sonrisa que le quitó dos años de encima, mostrando tanto los dientes de arriba como los de abajo.

—Sé lo que es usted.

Ah, aquello se ponía interesante.

—¿Y qué soy?

—¿No lo sabe? —repuso Adam Parrish con aire despreocupado.

Greenmantle entrecerró los ojos.

—¿Pretende usted jugar a algo, señor Parrish?

—Puede.

Los juegos, al menos, era una de las especialidades de Greenmantle. Se apoyó en la barandilla.

—En ese caso, le diré que yo también sé lo que es usted.

Ronan Lynch le ofreció a Adam Parrish un sobre de papel marrón grande y abultado.

—Huy, no creo que lo sepa —replicó Adam.

Greenmantle examinó su cara, y lo que vio no le gustó: no había miedo en ella. De hecho, la expresión del chico era absolutamente inexpresiva. Trató de imaginar qué habría en aquel sobre. *Confesiones de un sociópata juvenil*.

—¿Sabe qué hace que los pobres nunca dejen de serlo, señor Parrish? —preguntó—. No se debe a la falta de ingresos, sino a la falta de imaginación. El aparcamiento de caravanas sueña con los suburbios; los suburbios sueñan con el centro de la ciudad; el centro de la ciudad sueña con las estrellas, y así sucesivamente. El indigente puede imaginar un trono, pero no concibe sentarse en él. Pobreza imaginativa. Usted, sin embargo… Usted es un cuco que se ha colado en un nido ajeno. Usted es el señor Adam Parrish, del número veintiuno de Antietam Lane, Henrietta, Virginia, y aunque posee una excelente imaginación, no deja de ser un impostor.

El chico era bueno, había que reconocérselo. La piel de alrededor de sus ojos solo se tensó un poco cuando Greenmantle leyó la dirección de la caravana en la que vivían sus padres.

—¿Y sabe qué? —añadió Geenmantle, por si hacía falta ponerlo un poco más nervioso—. Nada me resultaría más fácil que tirarlo al suelo desde el árbol al que se ha encaramado. Créame: echaría usted de menos los tiempos en los que vivía en su aparcamiento de caravanas.

Adam Parrish lo miró fijamente. De pronto, Greenmantle se dio cuenta de que aquel muchacho lo inquietaba de la misma forma en que lo había inquietado Piper cuando la sorprendió mirándose al espejo.

El chico dio la vuelta al sobre para que Greenmantle viera que goteaba una sustancia de un marrón rojizo, algo que nunca era buena señal.

—Si no está usted fuera de Henrietta para el viernes —dijo—, todo lo que contiene este sobre se hará verdad.

Ronan Lynch sonrió en ese momento, y su sonrisa era tan peligrosa como un arma.

Los dos se dieron la vuelta y se marcharon dejando el sobre allí.

—¡Piper! —llamó Greenmantle después de que los chicos se fueran.

Ella no le contestó. Era imposible saber si estaba en casa, pero en un trance, o si se había ido para buscar esa cosa que le canturreaba desde los espejos.

Aquel pueblo. Aquel maldito pueblo… Que se lo quedaran, si tanto les gustaba.

Al cabo de un rato, Greenmantle fue a la planta baja y logró encontrar una puerta que daba al exterior. Abrió el sobre. El líquido que rezumaba provenía de una mano putrefacta. Era pequeña, la mano de un niño. Debajo de ella había una bolsa de plástico pringosa y sellada, que contenía diversos documentos y fotografías.

Individualmente, eran repugnantes.

En conjunto, equivalían a una condena.

El contenido del sobre narraba la historia de Colin Greenmantle, intelectual, asesino en serie y pervertido habitual. Proporcionaba detalles acerca de los lugares en los que podían encontrarse los cuerpos de sus víctimas, o diversas porciones de ellos. Había capturas de pantalla de textos incriminatorios y fotos hechas con un móvil; y cuando Greenmantle sacó su teléfono y examinó la galería de imágenes, descubrió que, misteriosamente, las fotos estaban allí en todo su horripilante esplendor. Había cartas, discos con grabaciones caseras… una montaña de pruebas.

Ninguna de ellas era cierta.

Todo había sido soñado.

Pero no importaba, porque parecía de verdad. Parecía más de verdad que la verdad.

El Greywaren era real, y aquellos dos chicos lo tenían; pero eso era irrelevante, porque eran intocables y lo sabían.

Maldita juventud…

En el fondo de aquella bolsa llena de inmundicia había una hoja suelta de papel con algo escrito a mano. La letra era tan similar a la de Niall Lynch que solo podía pertenecer a su hijo.

Qui facit per alium facit per se, decía.

Greenmantle conocía el proverbio.

«Aquel que actúa por medio de otros, actúa por sí mismo».

45

—Piper, nos vamos —dijo Greenmantle—. Hay una emergencia familiar. Volvemos a Boston. Recoge tus cosas. Llama a tus amigas. Olvídate de ese libro para el club de lectura.

Piper estaba colgándose su bolso al hombro.

—No —replicó—. Voy a salir con tus hombres.

—¿¿¿Con mis hombres???

—Sí. Oye, ese tipo gris tan grosero, ¿tiene un coche blanco? Me refiero a uno de esos como de carreras, con un alerón enorme en la parte de atrás que solo sirve para hacer publicidad de lo grande que tiene el chisme su dueño. Lo digo porque me da la impresión de que me ha estado siguiendo un coche así. En fin, que me ha seguido más que otros coches, porque, como comprenderás… —Piper sacudió la melena rubia.

—No quiero hablar del Hombre de Gris —contestó Greenmantle—. Solo quiero hablar de tu equipaje.

—No pienso hacerlo. Creo que he encontrado algo.

Greenmantle le mostró el contenido del sobre.

A ella no le impresionó tanto como a él.

—Vamos, Colin; si de verdad he encontrado lo que creo que he encontrado, desactivar esto será un juego de niños. Ah, he hecho un juego de palabras. Qué macabro —soltó una risita—. Bueno, me voy.

Con sus hombres. Greenmantle se levantó.

—Voy contigo; ya te convenceré por el camino.

Era imposible que Piper encontrara algo que neutralizara aquel sobre. Lo único que sabía encontrar Piper eran monitores de ejercicios exóticos y perros calvos.

—Como quieras. Ponte unas botas.

Los planes de Piper para aquella noche, efectivamente, implicaban una cita con los dos matones que Greenmantle había contratado para ella. En realidad, no tenían un aspecto tan brutal como Greenmantle esperaba. Uno de ellos, llamado Morris, había tenido un problema con la pensión de su mujer años antes que lo había empujado a una vida de crimen. El otro parecía llamarse Bestia, y era… Sí, Bestia sí que tenía un aspecto tan brutal como Greenmantle esperaba.

Los dos trataban a Piper como si creyeran que sabía de lo que hablaba.

—Enseñadme lo que habéis encontrado —les dijo ella.

Greenmantle y Piper siguieron al coche en el que iban Morris y Bestia hasta llegar a una granja decrépita. Acababa de anochecer, pero la escasa luz bastaba para darse cuenta de que aquel lugar había conocido tiempos mejores. El porche estaba combado, y alguien había tratado de mejorarlo plantando una alegre hilera de flores delante.

Los dos matones les indicaron que bajaran del coche, y luego pasaron de largo la casa y empezaron a cruzar un prado. Los dos iban equipados hasta los dientes, y Piper también. Greenmantle solo llevaba unas botas. Se sentía como la cuarta rueda de un vehículo diseñado para llevar tres.

A medio camino, miró a su espalda para asegurarse de que el Hombre de Gris no le pisaba los talones, como siempre.

—No es que esté muy familiarizado con los procedimientos criminales —dijo mientras atravesaban el campo—, ¿pero no deberíamos haber aparcado el coche en algún sitio más clandestino? —preguntó, y luego, para que Bestia lo entendiera, añadió—: Un sitio más disimulado.

—Aquí no vive nadie —gruñó Bestia, y Greenmantle se quedó tan horrorizado como impresionado por los matices subsónicos de su voz.

—Ya vinimos antes para comprobar el terreno —dijo Morris, que sonaba considerablemente más leído.

Los dos matones —o, más bien, el matón y Morris— los condujeron hasta un edificio de piedra. A primera vista, Greenmantle pensó que carecía de tejado; pero tras un segundo, sus ojos se acostumbraron a la penumbra y se dio cuenta de que era una torre de piedra que se elevaba hasta perderse en la oscuridad. Se preguntó cómo habría podido tomarla por una ruina. Se preguntó, también, qué pintaba un edificio así en medio de la Virginia rural más profunda; pero al menos era interesante, y Greenmantle estaba a favor de las cosas interesantes.

—La entrada de la cueva está ahí —dijo Morris.

Había un candado en la puerta, pero estaba reventado —por los molares de Bestia, seguramente—, pensó Morris.

—¿Y decís que esta cueva concuerda con la descripción que os di? —preguntó Piper.

—¿De dónde te has sacado una descripción de una cueva? —se extrañó Greenmantle.

—Cierra la boca, no vayas a hacerte daño —respondió ella amablemente.

—Sí, concuerda —asintió Morris—. No vimos ninguna puerta como la que usted decía, pero tampoco nos metimos mucho —añadió, abriendo la puerta mientras Bestia encendía un foco enorme.

La luz del foco cayó sobre un hombre gigantesco que estaba sentado junto a la entrada de la cueva. Sobre sus rodillas reposaba una escopeta.

—OIGAN, ESTA CUEVA ESTÁ MALDITA —afirmó—. ASÍ QUE VA A SER MEJOR QUE SE MARCHEN. PUEDEN ATAJAR POR EL PRADO.

Piper miró a Morris y a Bestia.

—¿Estaba aquí este tipo la última vez que entrasteis?

—No, señora Greenmantle —contestó Morris—. Mire, señor: vamos a entrar en esa cueva por las buenas o por las malas. Es así, ¿verdad? —añadió mirando a Piper de reojo.

—Exacto —confirmó ella—. Gracias por el aviso, de todos modos.

La enorme frente del hombre se arrugó.

—AQUÍ DENTRO HAY COSAS A LAS QUE ES MEJOR NO MOLESTAR.

Greenmantle, preocupado por si aquel gigante podía reconocerlo más tarde, dio un paso atrás para ocultar su cara entre las sombras.

Y chocó con el pecho de alguien.

—Colin —lo saludó el Hombre de Gris—. Vaya, me has decepcionado. ¿Es que no miraste lo que había dentro del sobre?

—Por el amor del cielo… —gimió Greenmantle—. No ha sido idea mía, de verdad.

—Tú… —masculló Piper.

—Yo, en efecto —asintió el Hombre de Gris. Por alguna razón extraña, iba tan equipado como Piper, como si él también tuviera la intención de internarse en la gruta —. Señor Dittley, ¿qué tal está?

—BIEN, BIEN.

—Me alegro. Bien, señores… —dijo el Hombre de Gris mirando en derredor—, me temo que ha llegado la hora de que se marchen ustedes.

—¿Sabes lo que te digo? —replicó Piper—. Estoy más que cansada de que te presentes cuando te da la gana y te creas que puedes mangonearnos. Yo he llegado primero y tengo planes. Hombres, haced cosas masculinas.

Greenmantle la miró sin saber a qué se refería. Morris y Bestia, sin embargo, se lanzaron de cabeza a por el Hombre de Gris, mientras Dittley se ponía en pie.

Sorprendentemente, el Hombre de Gris despachó a Bestia, bien a la tumba, bien a la enfermería, en dos segundos escasos. Morris fue el que ofreció más resistencia. Los dos se enfrentaron en un silencio salpicado de jadeos doloridos y resuellos, mientras Jesse Dittley dejaba la escopeta en el suelo y sujetaba las muñecas de Greenmantle como si fuera un niño rebelde.

—Dejad todo lo que tengáis entre manos —dijo Piper.

Estaba encañonando la cabeza del Hombre de Gris con una pistola, una de las plateadas. Aunque a Greenmantle seguía sin parecerle tan peligrosa como las de color negro, estaba claro que el resto de los presentes no compartían su opinión. El Hombre de Gris entrecerró los ojos, pero soltó a Morris.

Piper contempló el panorama con expresión satisfecha.

—¿Verdad que sienta mal? —le preguntó al Hombre de Gris—. ¿Te acuerdas de

cuando me apuntaste a mí con una de estas? Hiciste una tontería.

La expresión del Hombre de Gris no varió. Tal vez no supiera poner cara de miedo.

—¿De dónde has sacado eso? —le preguntó Greemantle a su mujer—. ¿Pediste otra para mí?

Piper le lanzó una mirada de desprecio.

—Tú puedes usar aquella —dijo, señalando hacia abajo con la barbilla.

Se refería a la escopeta que el granjero había soltado para retener a Greenmantle. A este se le ocurrió pensar en lo contraproducente que era la virtud de la misericordia: si Dittley se hubiera limitado a pegarle un tiro unos minutos antes, ahora Greenmantle no tendría su escopeta.

La agarró y apuntó el pecho del gigante. Aquellas cosas le disgustaban en lo más profundo. A Greenmantle no le gustaba hacer las cosas directamente; prefería contratar personas que las hicieran por él. Tenía la costumbre de reservar sus huellas dactilares para sí. No le atraía la idea de ir a la cárcel.

La culpa de todo la tenía Piper.

—Déjenos pasar —le dijo a Dittley, y deseó de inmediato haber pensado en algo más original.

—NO PUEDO.

Greenmantle lo miró bien. ¿Cómo podían permitir que un humano creciera tanto?

—¿No cree usted que está montando un lío por una tontería?

Dittley negó lentamente con la cabeza.

—¡Fuera de mi camino! —Probó a decir Greenmantle. En las películas, aquello siempre funcionaba: bastaba con apuntar a alguien con un arma para que saliera corriendo sin pensárselo dos veces. Los personajes de las películas no se quedaba plantados mirando el arma.

—ESTA CUEVA NO LES PERTENECE —replicó Dittley.

Piper disparó.

Sonaron tres detonaciones, una detrás de otra. En la camisa y en la cabeza de Dittley aparecieron otros tantos puntos oscuros.

Cuando Greenmantle logró desviar la mirada hacia su mujer, ella ya estaba apuntando de nuevo al Hombre de Gris.

Greenmantle observó al gigante, sin poderse creer lo muerto que estaba. Extremadamente muerto y agujereado. Tenía varios boquetes. Greenmantle no podía dejar de mirarlos. Era posible que lo atravesaran de lado a lado.

—Piper —dijo—, acabas de pegarle tres tiros a este hombre.

—Nadie más estaba haciendo nada. ¡Hombres! ¡No sabéis hacer más que menear la cresta! —contestó ella, y luego se volvió hacia el Hombre de Gris—. Mételo en la cueva.

—No —contestó el Hombre de Gris.

—¿No? —repitió Piper mirándolo con su cara de disparar a la gente, que, en

realidad, era la cara que tenía siempre.

—Vamos, Piper, no dispares —dijo Greenmantle.

Tenía el pulso alborotado, y no podía dejar de pensar en lo creíbles que sonarían los documentos de aquel sobre si se combinaban con los acontecimientos de aquella noche. ¿Acaso no se había dado cuenta Piper de que, para delinquir, hacía falta planear cuidadosamente las cosas y atar todos los cabos? Lo difícil no era disparar, sino hacerlo sin que te pillaran.

—No voy a tocar ningún cadáver si no llevo guantes —repuso el Hombre de Gris en tono helado, mostrando a las claras por qué había sido un buen profesional de aquellas cosas—. Tampoco hubiera disparado sin guantes; las huellas dactilares y los residuos de pólvora son cosas demasiado tontas para acabar en la cárcel por ellas.

—Gracias por el consejo —respondió Piper—. Morris, tú sí que llevas guantes. Arrastra a ese tipo y vámonos.

—¿Y qué hacemos con él? —preguntó Morris mirando al Hombre de Gris.

—Átalo; nos lo llevamos. Colin, ¿por qué estás ahí como un pasmarote?

—¿Sabes, Piper? Creo que voy a mantenerme al margen.

—¿Estás de broma?

Greenmantle no solo no estaba de broma, sino que estaba pensando seriamente en vomitar. Nunca tendría que haberse casado; tendría que haberse quedado en Boston; tendría que haberse quedado soltero y en Boston. Reculó disimuladamente hacia la puerta. Prefería facilitarse la salida, no fuera a ser que Piper se enfadara y le diera por dispararle a él también.

—Solo voy a… a volver a casa. Entiéndeme; no es que no me parezca que estás guapísima con esa pistola, pero…

—Ya estamos como siempre. No haces más que decir: «Vamos a hacer esto los dos juntos», ¿y quién acaba haciéndolo todo al final? Yo, mientras tú te metes en cualquier proyecto nuevo. Vale, como quieras. Vuélvete. Pero no esperes que yo salga corriendo detrás de ti.

La mirada de Greenmantle se cruzó con la del Hombre de Gris, que aguardaba pacientemente a que Morris le atara las manos a la espalda. El matón lo estaba haciendo con eficiencia, usando una brida de plástico. El Hombre de Gris desvió la mirada hacia el cuerpo de Dittley y cerró los ojos por un segundo. Increíblemente, parecía enfadado; al final iba a resultar que no carecía totalmente de emociones.

Greenmantle vaciló.

—Si no vas a mover el culo, al menos déjame que lo haga yo —le espetó Piper.

—Vete, Colin —remachó el Hombre de Gris—. Tú y yo nos hubiéramos ahorrado muchos problemas si no se te hubiera ocurrido venir por aquí.

Greenmantle decidió seguir aquellos consejos. Aunque se perdió cruzando el prado —siempre se había orientado fatal—, una vez montó en el coche supo sin duda adónde dirigirse. Lejos de allí. Donde fuese, pero lejos.

46

Blue Sargent estaba asustada.

Había muchas palabras que querían decir lo contrario de asustada: confiada, audaz, envalentonada.

Incluso podrían sugerirse palabras como osada o valiente.

Pero Blue Sargent era valiente precisamente porque estaba asustada.

Si Persephone había muerto, cualquier podía morir. Maura. Gansey. No tenía por qué haber ninguna ceremonia ni aviso previo.

Podía ocurrir en un instante.

Regresaron a Cabeswater. Cala los acompañaba. Malory, sin embargo, seguía ilocalizable, el Hombre de Gris se había desvanecido sin avisar, y Noah solo había aparecido un segundo aquella mañana para susurrarle algo a Blue al oído.

Como la otra vez, iban equipados con arneses y cascos, pero ahora serían Adam y Ronan quienes encabezarían la comitiva. Lo había propuesto Adam, y Ronan lo había secundado de inmediato; Cabeswater no dejaría que Adam muriese a causa de su trato, y siempre protegía a Ronan por razones inescrutables.

Ya había oscurecido. Los faros del BMW de Ronan y el Camaro de Gansey solo penetraban un par de metros en la niebla que se levantaba del prado contiguo a Cabeswater. Parecía imposible que aquel fuera el mismo día en que Persephone había muerto. ¿Cómo era posible que algunos días contuvieran tantas horas?

Cuando todos salieron de los coches, Blue se acercó a Cala.

—Por favor —le pidió—, quédate aquí con Matthew y controla el tiempo que pasamos dentro.

—Ni se te ocurra pensarlo, hermosa. Voy con vosotros —replicó Cala—. No voy a permitir que hagas esto sola.

—Cala, por favor —repitió Blue—. No voy a estar sola. Y no sé qué haría si…

No terminó la frase; no era capaz. «Si tú te murieras también».

Cala le rodeo la cabeza con las manos y le atusó las greñas rebeldes. Blue sabía que estaba sintiendo todo lo que ella no podía decir, pero no le importaba. Las palabras eran imposibles.

Los ojos de Cala escrutaron los de Blue. Sus dedos escrutaron su alma.

«Por favor confía en mí por favor no vengas por favor confía en mí por favor no

vengas por favor no te mueras».

—De acuerdo —asintió Cala al fin—. Me quedaré aquí para ayudaros a no perder el vínculo con la realidad. Es lo que mejor sé hacer.

—Gracias —susurró Blue.

En el interior del bosque había niebla y más niebla. Ronan fue saludando a los árboles a medida que avanzaba, iluminado por la luz borrosa que emanaba de un fanal que se había traído de Los Graneros. Adam lo había llamado «la lámpara fantasmal», un nombre que resultaba muy apropiado.

Al llegar a la boca de la cueva, Ronan pidió respetuosamente a Cabeswater que los protegiera en su camino.

A Blue, su bisbiseo le recordó a una plegaria.

Los árboles murmuraron una respuesta, hojas invisibles que se agitaron en la noche.

—¿Qué han dicho? —preguntó Gansey—. ¿Que tengamos cuidado, o algo más?

—El tercer durmiente —contestó Ronan—. No han advertido que no debemos despertarlo.

Los cinco entraron en la cueva.

Mientras descendían por la galería hacia la sima, Gwenllian cantó una canción acerca de lo que hacía falta para demostrar la valía de un rey.

Siguieron internándose en la tierra.

Ahora Gwenllian cantaba una tonada sobre pruebas, hazañas y caballeros impostores. A la luz de los focos de los cascos, Blue vio cómo las manos de Adam se abrían y se cerraban una y otra vez.

—Cállate, por favor —le susurró a Gwenllian.

—Hemos llegado —dijo Ronan al mismo tiempo.

Gwenllian se calló.

Adam y Ronan se asomaron al borde del precipicio y escudriñaron la negrura como si pudieran ver el fondo. Los rodeaba un halo de luz curiosamente cálida, producida no solo por las linternas y los focos de los cascos, sino también por la lámpara fantasmal.

Adam le murmuró algo a Ronan y este negó con la cabeza.

—¿Sigue sin tener final? —preguntó Gansey, que aguardaba a varios metros de distancia.

Ronan se descolgó la lámpara y la ató a una de las cuerdas que llevaba enroscadas al hombro.

Blue estaba aún más asustada que antes. Era más fácil no tener miedo cuando eras tú quien hacía las cosas peligrosas.

—Ve bajando eso —le indicó Ronan a Adam mientras le ofrecía la lámpara—. Vamos a echar un vistazo.

Los dos se quedaron allí durante unos minutos, balanceando la lámpara fantasmal en el interior de la sima. El haz de luz bailoteaba, arrojando un resplandor irregular

por la boca del agujero. Ni Adam ni Ronan parecían satisfechos de sus hallazgos. En cierto momento, Adam se inclinó hacia delante mientras Ronan le aferraba del brazo, y luego los dos se dieron la vuelta y regresaron con los demás.

—No se ve nada —dijo Adam—. Lo único que podemos hacer es bajar. Ya hemos asegurado un cable.

—Por favor… —comenzó a decir Gansey, y se interrumpió por un momento—. Tened cuidado —añadió al fin.

Adam y Ronan cruzaron una mirada y luego se volvieron hacia la sima. Tenían un aspecto valiente y adorable, como si cada uno confiara ciegamente en el otro y en Cabeswater. No parecían temer a nada, y eso hizo que Blue temiera por ellos.

—Dilo —le pidió Ronan a Gansey.

—¿El qué?

—*Excelsior*.

—Eso significa «hacia arriba y hacia delante» —replicó Gansey—. En todo caso, serviría para iniciar un ascenso. Esto es lo contrario.

—Bueno, como quieras —repuso Ronan—. *Squash one, squash two, squash three and on and on and on…*

Y desapareció en el agujero sin dejar de cantar.

—¡No esperes que te haga los coros! —exclamó Adam mientras bajaba detrás de él.

Blue escuchó la cancioncilla de Ronan, que seguía y seguía hasta que, de pronto, se cortó.

Se hizo el silencio.

Era un silencio sepulcral, uno de esos silencios que solo pueden existir bajo tierra.

De pronto se oyó un ruidito rasposo, como de guijarros que resbalaran sobre la roca.

Y más silencio.

—Por Dios… —jadeó Gansey—. No puedo soportar esto.

—Preocuparte te hace débil, joven rey —apuntó Gwenllian.

Silencio.

Y luego, un grito desgarrado e irreconocible. Un grito que podría haber sido de Adam, de Ronan o de cualquier otro ser.

Gansey soltó un gemido apenas humano y apoyó la frente en la pared de roca. La mano de Blue rodeó la suya y la estrechó. Aunque tampoco ella soportaba aquella espera, sabía que era lo único que podían hacer. Un miedo nuevo y oscuro ascendió dentro de ella: la consciencia de que la muerte era algo que podía ocurrirle a cualquiera, en cualquier momento. Ronan y Adam podrían estar muertos sin que la tierra se hubiera estremecido, sin anuncio previo ni preparación.

El temor chapoteaba como sangre en su estómago.

¿Podían confiar en Cabeswater?

Esa era la cuestión.

¿Bajaría aquella sima hasta algún lugar fuera del alcance de Cabeswater?

Esa era la segunda cuestión.

—No podré seguir viviendo —dijo Gansey—. Si les ha ocurrido algo…

—Así nunca podrás ser rey —le dijo Gwenllian, cortante—. ¿Acaso no sabes cómo funciona la guerra?

Sin embargo, su amargura no iba dirigida realmente a Gansey, sino a otra persona que la había enterrado, o había sido enterrada con ella, hacía muchos años.

De improviso, una voz salió de la sima:

—¿Gansey?

—Adam —jadeó él—. ¡Adam!

—Vamos a mostraros cómo se baja.

47

Habían encontrado un valle de esqueletos.

La sima tenía fondo, aunque era extensa y profunda. Al llegar abajo, la abertura se inclinaba y se estrechaba de manera repentina, formando un abrupto pasadizo por el que habían bajado hasta alejarse de la boca del agujero. A la luz difusa de la lámpara fantasmal, Adam atisbó una especie de nidos extraños que había pegados a la roca de las paredes. Extendió los brazos para aminorar el paso, mirando de reojo las criaturas negras y brillantes que rebullían en las aberturas de los nidos. ¿Serían insectos? Entonces, Ronan dijo algo rápidamente en latín, y Adam vio que las colmenas se transmutaban en amasijos de plumas y ramitas: nidos de pájaros.

Adam cayó en la cuenta de que aquella era su labor. Eso era lo que Ronan y él podían aportar: hacer que el camino fuera seguro para sus compañeros. Eran los hechiceros de Gansey, como habían prometido.

De modo que avanzaron por la abrupta pendiente, susurrando y rogando, y entre los dos convencieron a Cabeswater de que transformara las colmenas en otras cosas inofensivas. Al menos, durante un rato.

Luego, salieron del pasadizo y encontraron una gran caverna.

Y ahora los demás estaban con ellos, oteando aquel valle subterráneo.

La vasta cámara estaba atestada de huesos: un ejército de esqueletos, una manada, un desastre. Había grandes esqueletos de caballo y de ciervo, esqueletos menudos de gatos y sinuosos de comadrejas. Todos parecían estar congelados a media carrera, y todos miraban hacia el grupo de humanos que los contemplaban desde la entrada del valle.

Por alguna razón, la escena no inspiraba terror, sino un asombro reverencial.

La propia caverna era un prodigio. Se trataba de un espacio cóncavo y enorme, el doble de largo que de ancho. En el altísimo techo había orificios por los que penetraban chorros de luz. A diferencia de la caverna por la que habían transitado hasta el momento, esta presentaba manchas de color: helechos y musgo que trataban de alcanzar la luz inalcanzable.

—Nubes —susurró Blue.

Era cierto: el techo estaba a tanta altura que la bruma se acumulaba entre las estalactitas.

A Adam le dio la impresión de que se habían deslizado en uno de los sueños de Ronan.

Gwenllian empezó a reírse y a palmotear. Sus carcajadas, melodiosas como una canción, rebotaban en las paredes rocosas.

—Que alguien la calle antes de que lo haga yo —mascultó Ronan.

—¿Qué lugar es este? —preguntó Blue.

Adam fue en primero en salir del pasadizo para entrar en el valle.

—Cuidado… —dijo Gansey.

Gwenllian se adelantó de un brinco.

—¿De qué tenéis miedo? ¿De un montón de huesos? —se rio, acercándose a un esqueleto de gato para darle una patada.

Adam dio un respingo al ver cómo los huesos salían despedidos.

—¡No hagas eso! —protestó Blue.

—Los muertos están muertos están muertos —replicó Gwenllian, y agarró un fémur con el que desparramó otro esqueleto.

—No todos —replicó Gansey—. Ten cuidado.

—¡Sí, padre! —respondió Gwenllian mientras se preparaba para dar una nueva patada.

—¡Ronan! —exclamó Gansey.

Ronan se acercó a Gwenllian, le sujetó los brazos a la espalda y la retuvo, con actitud tan firme como indiferente.

Adam se detuvo junto a una gran bestia que había en la parte frontal. Su lomo lo superaba en altura, y estaba rematado por un cráneo majestuoso. A pesar de lo grandioso de la bestia, su cornamenta era tan ancha que casi parecía desproporcionada. Era muy bella.

—Es un alce irlandés —dijo la voz de Blue desde muy cerca.

Adam se giró y la vio a su lado, rozando uno de los enormes huesos con las yemas de los dedos. Lo acariciaba con tanta ternura como si el animal estuviera vivo.

—Están extinguidos —añadió—. Siempre he pensado que me gustaría ver uno. Mira cuántos hay aquí.

Adam escudriñó la caverna; en efecto, había muchísimos. Pero al mirarlos era imposible no ver más allá, y ver más allá era quedarse otra vez pasmado ante aquel mar de huesos. Mil animales, todos en plena zancada. A Adam, aquello le recordaba algo que no hubiera sabido precisar.

Torció el cuello para mirar la entrada del valle, y luego observó a Ronan y a Gwenllian. Gansey paseaba entre los huesos como un sonámbulo, con expresión tan fascinada como cauta. Tocó suavemente el cuello arqueado de una de las criaturas, y Adam le recordó diciéndole a Ronan que nunca se había marchado de un sitio dejándolo en peor estado que cuando lo había encontrado.

En ese instante, Adam se dio cuenta de que la actitud maravillada de Gansey y Blue había transformado aquella escena. A Ronan y él, aquel les había parecido un

sitio mágico; pero la actitud de Gansey y de Blue lo había convertido en un lugar sagrado, en una catedral de huesos.

Los cinco recorrieron lentamente el valle en busca de pistas y respuestas. No había más salida que el pasadizo por el que habían llegado allí. Solo había aquella enorme sala, atravesada por un torrente que desaparecía bajo una de las paredes.

—¿Qué sentido tiene esto? —preguntó Adam.

—Trucos y más trucos —gruñó Gwenllian—. Todos valientes, jóvenes y hermosos —canturreó—; todos nobles y sinceros…

—Aquel que saque esta espada de la piedra… —murmuró Gansey, y Blue asintió —. Es una prueba.

—Tenemos que despertarlos —dijo Ronan de improviso soltando a Gwenllian—. Se trata de eso, ¿verdad?

—La prueba no es para mí, bravo caballero —repuso ella—. ¡Ha llegado vuestro turno! —añadió, extendiendo el índice y el pulgar de las dos manos como si lo apuntara con sendas pistolas.

—¿Cómo puede despertarse a un esqueleto? —preguntó Blue, aún absorta en el alce irlandés.

—De la misma forma en que se despierta a un soñador —ronroneó Gwenllian sin apartar la mirada de Ronan—. Si no sois capaces de reavivar estos huesos, ¿cómo pensáis despertar a mi padre? Oh, ¿qué es eso que veo sobre vuestros hombros? Ah, es el fracaso que os rodea desde hace algún tiempo, sí; hace juego con vuestros ojos. Ya has intentado hacer esto antes, pobre soñador inexperto. Pero eres más apasionado que hábil, ¿verdad?

—Para —dijo Gansey.

Lo había dicho de tal modo que todos se detuvieron y se giraron para mirarle.

Su tono era sereno, ecuánime. Estaba de pie junto a un grupo de esqueletos de ciervos, con la espalda erguida y el semblante serio. Por un momento, Adam vio el presente, el pasado y el futuro extendiéndose delante de él, como le había ocurrido cuando Persephone lo había ayudado a ver su propia muerte.

Veía a Gansey allí, ante él en ese momento, pero también lo veía allí siempre, a punto de abandonar aquel instante o de iniciarlo o viviéndolo. Y entonces, sus pensamientos tropezaron y el tiempo volvió a avanzar.

—Deja de meterte con ellos, Gwenllian —dijo Gansey—. ¿Crees que eres la única con motivos para sentir amargura? ¿Por qué no usas tu capacidad de ver lo que hay debajo para alentarnos, y no para zaherirnos?

—Pues no me importaría ver un poquito lo que tenéis ahí debajo los tres, mozalbetes —replicó ella—. Podéis hacer cola y os iré atendiendo por turno.

Gansey puso los ojos en blanco y soltó un resoplido muy poco regio.

—No le hagáis caso. Adam, dame alguna idea.

A Adam siempre le tocaba responder, incluso cuando no levantaba la mano. Pensó en lo que Ronan había tratado en vano de conseguir, recordó la escena en la

grieta del monte, junto a Blue y a Noah, y luego, finalmente, se acordó de lo que había dicho Persephone sobre el poder del número tres.

—Ronan —dijo—, ¿has traído tu sueño hecho objeto?

Ronan señaló una bolsa que llevaba al hombro, bajo la lámpara fantasmal.

—¿Su qué? —preguntó Blue.

Adam desechó la pregunta con un ademán; no era el momento de enredarse en explicaciones.

—¿Recuerdas lo que hicimos en Los Graneros? Intenta despertarlos como hiciste con aquella vaca, Ronan. Yo voy a tratar de redirigir la línea ley para proporcionarte más energía; Blue la amplificará. Gansey puede… ¿mover piedras, por ejemplo?

Gansey accedió con un cabeceo. Aunque no comprendía el plan, tampoco sentía la necesidad de hacerlo: confiaba en el criterio de Adam.

Ronan se descolgó la bolsa del hombro, sacó la manta de forro polar, que a estas alturas estaba bastante mugrienta, y desenvolvió con cuidado su objeto de sueño, apartándose un poco para que los demás no pudieran verlo claramente. Adam, mientras tanto, se agachó y presionó la pared de piedra con las yemas de los dedos. Solo le hizo falta rozarla para darse cuenta de que ya no estaban en Cabeswater; habían descendido más allá de su alcance. Pero la línea ley sí que llegaba hasta allí, y si cambiaban algunas piedras de posición, tal vez pudieran dirigirla hacia los esqueletos.

—Blue, Gansey. ¿Me ayudáis? —preguntó, indicándoles con las manos dónde debían situarse.

Gwenllian lo observaba todo con una mueca de disgusto.

—Podrías ayudar tú también —le dijo Adam.

—No. No podría.

Aunque Gwenllian no llegó a decir que lo que rechazaba era ayudarle a él, en especial, el desprecio que le inspiraba era evidente en su tono. Esta vez, Gansey ni siquiera se molestó en regañarla, concentrado como estaba en desplazar las rocas junto a Blue. Al acabar, todos volvieron junto a la bestia que encabezaba la manada.

Ronan los esperaba allí con su sueño hecho objeto, rehuyendo la mirada. Cuando todos lo rodearon, sopló suavemente sobre la palabra soñada igual que había hecho en Los Graneros.

Su aliento la atravesó y acarició el esqueleto.

Se hizo un silencio espeso.

Y sin embargo, Adam podía sentirlo: aquel vasto valle subterráneo rebosaba energía, vibraba con una vida que murmuraba contra las paredes. La energía rebotaba de hueso a hueso hasta recorrer cada esqueleto, y luego brincaba al siguiente. Las bestias querían saltar; recordaban la vida. Recordaban sus cuerpos.

Pero todo seguía en silencio.

Adam notó que el poder de la línea ley, acrecentado por la presencia de Blue, tironeaba de él. No iba a destruirlo, pero estaba empezando a difuminarse. Él no era

el mejor recipiente para aquella energía, y no sería capaz de dirigir su foco mucho tiempo más.

Blue lo miraba con los labios apretados; Adam sabía que ella estaba sintiendo lo mismo que él.

¿Por qué no había funcionado?

Tal vez fuera lo mismo que ya había ocurrido en Los Graneros: estaban cerca, pero no lo bastante. Quizá Gwenllian estuviera en lo cierto al decir que no eran dignos.

Gwenllian, mientras tanto, retrocedía lentamente con los brazos caídos, recorriendo todas las bestias con la mirada como si esperase que alguna de ellas se empezara a mover en cualquier momento y no quisiera perdérselo.

Gansey contemplaba absorto la escena: los animales dispuestos en manadas y bandadas, Gwenllian, los haces de luz, sus amigos congelados en una batalla invisible.

Al verlo, a Adam le pareció ver a su rey falible suspendido en la sima de los cuervos.

Gansey se tocó muy suavemente el labio inferior. Luego, bajo la mano y dijo:

—Despertad.

Pronunció aquella palabra en el mismo tono en que le había dicho «Para» a Gwenllian poco antes; un tono que Adam le había oído miles de veces, y que nunca había sido capaz de ignorar.

Las bestias despertaron.

Los ciervos y los caballos, los leones y las águilas, las cabras y los unicornios, y también las criaturas que Adam no sabía cómo nombrar.

En un instante, dejaron de ser huesos para ser animales completos. Adam ni siquiera advirtió la transformación; fue como el paso de Noah de fantasma borroso a muchacho, de lo imposible a lo posible. Cada una de las bestias estaba viva, lustrosa y más bella de lo que Adam hubiera podido imaginar jamás.

Piafaban, graznaban, relinchaban, brincaban…

Adam vio cómo el pecho de Gansey se sacudía, agitado por el asombro.

Lo habían hecho. Lo estaban haciendo.

—¡Tenemos que irnos! —gritó Blue—. ¡Mirad!

Las criaturas habían empezado a galopar. No se movían como una sola, sino como cientos de seres con un objetivo compartido; y ese objetivo era una abertura que había aparecido en el extremo opuesto del valle, una especie de boca abierta que iba menguando lentamente. Si no llegaban rápido hasta ella, no la podrían atravesar.

Pero ningún humano podía correr a tanta velocidad.

—¡Así! —gritó Blue encaramándose al alce irlandés.

La bestia agitó la cornamenta y se debatió, pero Blue se mantuvo firme en su lomo.

Adam la miró, atónito.

—Sí… —dijo Ronan tratando de agarrarse a un ciervo y luego a otro, y consiguiendo al fin montarse en una criatura primigenia.

Pero era más fácil pensarlo que hacerlo. Las bestias eran veloces y huidizas; por más que lo intentaba, Adam solo conseguía arrancarles puñados de pelo. Gansey, a varios metros de él, le mostró con gesto exasperado las palmas de sus manos, tan llenas de pelos como las de Adam. Gwenllian reía mientras brincaba tras los animales, dando palmas y gritando como si quisiera pastorearlos.

—¡Corred, criaturillas! ¡Corred, corred!

Adam salió despedido hacia delante, con el hombro dolorido: una de las criaturas grandes había saltado sobre él y le había golpeado con los cascos. Rodó por el suelo, protegiéndose la cabeza con los brazos. Al notar otro golpe, recordó a su antiguo profesor de latín, que había muerto pisoteado por una estampida de bestias en Cabeswater.

La diferencia era que Cabeswater no permitiría que Adam muriese.

Sin embargo, no impediría que saliera herido. Se puso a gatas para apartarse lo más posible y, tras salir de la trayectoria de los animales, se puso en pie.

—Adam —dijo Gansey señalando algo.

Los ojos de Adam siguieron su gesto: Ronan y Blue, aún montados en sus bestias, desaparecían de un salto por la abertura justo antes de que esta desapareciera.

48

Blue miró en derredor. Se encontraba en una extraña caverna de techo bajo y extensión indeterminada. A su espalda, un resplandor iluminaba el suelo, que descendía en una leve pendiente hasta dejar paso a una concavidad con el fondo lleno de picos.

No. No era el fondo: era el reflejo del techo.

Ante ella había un lago vasto e inmóvil. El agua reflejaba fielmente las estalactitas del techo, enmascarando la profundidad del lago. La masa de agua transmitía una incómoda sensación de cosa muerta. Al otro lado se abría otro túnel, apenas visible en aquel resplandor difuso.

Blue se estremeció. Le dolía el hombro en el punto que se había golpeado al caer al suelo, y también tenía dolorido el trasero.

Apartó la vista del agua —con cierta aprensión, porque ¿quién sabía lo que podía contener un espejo?— y buscó a los demás. Su gran bestia blanca estaba a cierta distancia, inmóvil y aislada, como si formara parte de la cueva. Más allá, se veía la abertura por la que habían caído allí.

—Ah, ahí estás —dijo Blue aliviada al ver a Ronan.

La luz fantasmal del chico aún colgaba de su costado, iluminando la caverna. Ronan, de pie, parecía tan distante el alce, que ahora retrocedía hasta salir del círculo de luz mirando a Blue con sus ojos oscuros y cautelosos. No había rastro de la criatura que había tenido que llevar a Ronan hasta allí.

Desconfiando de pronto, Blue se sacó la navaja del bolsillo.

—¿Eres el verdadero Ronan?

Él bufó con desdén.

—Lo digo en serio.

—Sí, oruga.

Ronan recorrió la cueva con la mirada; parecía tan inquieto como Blue, lo que la tranquilizó un tanto. Había algo en el lago, o en el fondo del lago, que no le gustaba nada.

—¿Cómo pudiste entrar aquí a pie?

—No vine a pie. Mi montura ha desaparecido.

—¿Que ha desaparecido? ¿Cómo?

Él se acercó de tres zancadas, se agachó para recoger una piedra suelta del suelo y la arrojó al lago con un tiro bajo. Se oyó un rumor, como si les entrara aire en los oídos, y la piedra desapareció. Blue vio el preciso instante en que golpeaba la superficie del lago y se desvanecía, no hundiéndose en el agua sino disolviéndose en la nada.

Ni siquiera quedaron ondas.

—¿Sabes qué? —dijo Ronan—. Que le den a la magia. Que le den a todo esto.

Blue se acercó lentamente a la orilla del lago.

—Eh, ¿es que no has visto lo de antes? No hagas estupideces. Ese lago se comió mi ciervo.

—Solo quiero echar una ojeada.

Blue se acercó tanto como pudo y luego se agachó, tratando de ver el fondo.

Volvió a ver el reflejo dorado del techo, la negrura del agua, su rostro con ojos vacíos y extraños.

Su cara pareció elevarse en el agua para salir a su encuentro, la piel blanquecina más y más cercana, hasta que Blue se dio cuenta de que, en realidad, no era su cara.

Era la cara de su madre.

Tenía los ojos muertos, la boca floja, las mejillas hundidas y fláccidas. Flotaba justo debajo del agua, con la cara pegada a la superficie y las piernas hundidas en las oscuras profundidades.

Blue se dio cuenta de que había empezado a temblar. De golpe, la abrumó todo lo que había sentido tras la muerte de Persephone. Fue una avalancha inmediata de dolor que la chamuscó.

—No —dijo en voz alta—. No. ¡No!

Pero la cara de su madre seguía suspendida en el agua bajo sus ojos, más y más muerta a pesar de todo, y Blue oyó un gemido agudo y horrible que salía de su boca.

«Sé razonable», pensó, pero no podía. «Sácala de ahí».

De pronto, unos brazos olorosos a sudor y a musgo la rodearon por detrás y la apartaron bruscamente del lago. Aunque los brazos también estaban trémulos, la aprisionaban con una firmeza de acero.

—No es real —susurró Ronan—. No es real, Blue.

—La he visto —protestó ella, oyendo el sollozo que le quebraba la voz—. A mi madre.

—Lo sé. Yo he visto a mi padre.

—Pero estaba ahí…

—Mi padre está muerto y enterrado. Y Adam vio a tu madre más allá, en esta misma cueva. Este lago es una maldita mentira.

Pero el corazón de Blue se la creía, aunque la cabeza le dijera otra cosa.

Se quedaron así por un momento, Ronan abrazándola tan estrechamente como haría con su hermano Matthew, con la mejilla apoyada en el hombro de ella. Cada vez que Blue pensaba que se había repuesto, volvía a ver la cara de su madre muerta.

Por fin, retrocedió, y Ronan la soltó y se puso en pie. Cuando Blue volvió la cabeza, él apartó la cara, pero no antes de que Blue le viera retirarse una lágrima de la mejilla.

—Que le den —repitió Ronan.

Blue respiró hondo y se esforzó por hacer que su voz sonara normal.

—¿Por qué nos muestra eso? —preguntó—. Si no es verdad, ¿por qué nos muestra Cabeswater algo tan horrible?

—Ya no estamos en Cabeswater —replicó Ronan—. Hemos descendido demasiado. El lago pertenece a otra cosa.

Los dos otearon la caverna en busca de algo que los ayudara a pasar al otro lado. Pero en aquel panorama estéril y apocalíptico no había nada salvo ellos dos y la gran bestia, que seguía tan inmóvil como las paredes de roca.

—Voy a volver a mirar —resolvió Blue—. Quiero averiguar lo hondo que es.

Ronan no se lo impidió, pero tampoco avanzó junto a ella. Blue caminó hasta el borde, tratando de no echarse a temblar ante la idea de volver a ver el cadáver de su madre o algo peor. Se inclinó, recogió otra piedrecilla y la tiró de inmediato, sin esperar a que se elevara un nuevo reflejo.

La piedra desapareció en el preciso instante en que golpeaba el agua.

De nuevo, en la superficie no apareció ni siquiera una onda.

Las quietas aguas empezaron a formar una nueva visión que ascendió desde la profundidad.

Mientras el horror se acercaba a ella, Blue recordó repentinamente lo que Gwenllian le había mostrado aquel día en el desván.

«La magia de los espejos no afecta a los espejos».

Si aquel lago muerto le había mostrado a Maura al asomarse ella, y al padre de Ronan al asomarse él, es que no estaba creando nada nuevo. Lo que hacían aquellas aguas era detectar sus pensamientos y reflejarlos.

Era como un enorme cuenco de adivinación, nada más.

Blue empezó a levantar la barrera en su interior, como había hecho para aislarse de Noah y de Adam. Ignoró el lento ascenso del nuevo cadáver y se concentró en su labor.

Blue era un espejo.

Sus ojos volvieron a enfocar el agua. No había nadie muerto. No había caras. No había ningún reflejo, igual que había ocurrido en los espejos de Neeve. Solo estaba la superficie cristalina del agua, y luego, si aguzaba la mirada hasta traspasar el reflejo del techo, el fondo lodoso e irregular.

El lago solo tenía unos centímetros de profundidad. Tres, cuatro a lo sumo. Era una ilusión óptica.

Blue se rozó el labio inferior y retiró la mano; el gesto le había recordado a Gansey.

—Voy a cruzarlo hasta el otro lado —dijo.

Ronan soltó una carcajada áspera.

—Bueno, vale. Y ahora, habla en serio.

—Voy en serio —repuso Blue, y luego añadió apresuradamente—: Sera mejor que tú no vengas. No creo que debas tocar el agua: te disolverías como las piedras.

—¿Y tú no?

Blue volvió a mirar el agua. Por increíble que pareciera, estaba a punto de arriesgar la vida porque creía lo que le había dicho una loca.

—No, no creo. Lo impedirá el hecho de ser lo que soy.

—Suponiendo que eso fuera cierto —replicó Ronan—, ¿irías sola?

—No se te ocurra moverte de aquí —respondió Blue—. Bueno, si tardo muchísimo, sí, pero promete que me esperarás un buen rato. Voy a ver qué hay al otro lado.

—Suponiendo que no desaparezcas.

La actitud de Ronan no estaba contribuyendo a levantarle el ánimo, ya bastante decaído.

—Ronan, para de una vez.

Él le lanzó una mirada aplastante, del tipo que normalmente usaba para convencer a Noah de que hiciera lo que él quería.

—Si mi madre está allí… —empezó a decir Blue.

—Vale, sí, ya lo pillo —gruñó él—. De acuerdo. Espera.

Ronan agachó la cabeza, se descolgó la correa de la lámpara fantasmal y se la pasó a Blue por el cuello.

Ella no se molestó en decir «Pero entonces, te quedarás a oscuras». Tampoco le dijo «Si desaparezco al pisar el lago, tendrás que encontrar la salida a ciegas». No le dijo nada de eso, porque él ya sabía las dos cosas al entregarle la lámpara.

De modo que se limitó a decir:

—¿Sabes qué? No eres tan cabrón como pareces.

—Sí que lo soy —replicó él.

Blue se dio la vuelta y se permitió cerrar los ojos y sacudir la cabeza, en un solo instante de miedo y duda ante lo que estaba a punto de hacer.

Luego, estiró la pierna y pisó el lago.

49

Blue se sorprendió al notar el tacto frío del agua.

Inconscientemente, había supuesto que el agua sería tan falsa como los reflejos de cadáveres. Pero resultaba que al menos cinco centímetros eran muy reales, como demostraban sus zapatillas empapadas.

No había desaparecido.

Se dio la vuelta y vio a Ronan acurrucado a cierta distancia, rodeándose las piernas con los brazos como si se preparase para dejarse engullir por la oscuridad. Cuando sus miradas se encontraron, él se llevó la mano a la sien a modo de saludo, sin sonreír.

Blue caminó por el charco con cuidado, sin dejar de vigilar su verdadero fondo, las paredes y el techo; no confiaba en nada de lo que había en aquel sitio, especialmente ahora que el temor había arraigado dentro de ella.

No le gustaba nada la idea de dejar solo a Ronan en la oscuridad.

Pero siguió avanzando, sola. Y cuando creyó que ya no podría soportar las tinieblas que invadían su corazón, alcanzó la orilla opuesta y abertura que había visto allí.

Pisó el suelo de roca y, por un segundo, se quedó inmóvil y trató de escurrir el miedo que la empapaba.

«¿Por qué tengo que hacer esto yo sola?».

Dedicó un instante a considerar lo injusto que era aquello, y luego se ajustó la correa de la lámpara y siguió avanzando.

Supo que iba por buen camino cuando empezó a notar la sutil atracción del tercer durmiente. Como Adam le había dicho, era una voz dentro de su cabeza que podría haber confundido con la suya, si no hubiera prestado atención.

Pero Blue estaba prestando atención.

La estancia que Adam le había descrito no estaba lejos. Blue reptó por la oscura galería, oyendo en su interior una vocecilla que repetía «acércate acércate acércate», mientras la verdadera voz de su mente decía: «Cómo me gustaría marcharme de aquí».

Y allí estaba, justo como le había dicho su amigo: una cámara pequeña que parecía excavada en la roca, tan baja que tuvo que encorvarse para entrar. No le hizo

mucha gracia; agacharse la hacía sentirse incómodamente vulnerable.

«Es casi como arrodillarse».

Pero la que había dicho eso no era la auténtica voz de su mente, sino la imitación que hacía de ella el tercer durmiente.

Echó de menos desesperadamente a los chicos, a Cala, a su madre, a… Había tanta gente cuya presencia daba por descontada… Hasta aquel momento, nunca había tenido que asustarse de verdad. Siempre había habido alguna mano que la sostuviera, o al menos que agarrara la suya para caerse en compañía.

Avanzó por la cámara, iluminada por la lámpara de Ronan, y se estremeció al darse cuenta de lo cerca que estaba de una figura arrodillada. Se encontraba a centímetros de ella: un hombre de miembros esbeltos que le resultaba extrañamente familiar.

El hombre, aunque estaba inmóvil, no dormía como las criaturas soñadas. Tampoco estaba muerto como las criaturas del valle de huesos. Su mirada se clavaba, firme e imperturbable, en una puerta de color rojo oscuro con un pomo de un negro irisado.

«Abre».

Blue apartó la mirada.

«Soy un espejo», pensó. «Refléjate un poco en mí mientras yo echo un vistazo».

Dio un rodeo para esquivar al hombre arrodillado, tratando de prepararse para lo que vería a continuación; intentando protegerse frente al poder destructor de la esperanza, aún más dañina que los susurros del tercer durmiente.

No lo logró. Porque al otro lado del hombre estaba Maura Sargent.

Parecía petrificada, con los brazos cruzados y las manos encajadas en las axilas, pero estaba viva.

Estaba viva, viva, viva, y era la madre de Blue, y la quería tanto, y la había encontrado.

Sin molestarse en averiguar si Maura lo sentía o no, Blue se abalanzó sobre ella y la estrechó. La invadió de inmediato una sensación de familiaridad cálida y consoladora, porque aquella era una persona cálida y consoladora: era su madre.

Para su enorme sorpresa, Maura se agitó levemente entre sus brazos y luego susurró:

—No dejes que me mueva.

—¿Qué? —preguntó Blue, estupefacta.

—¡Ahora que somos tres, no podré resistir las ganas de abrirla!

Blue le lanzó una mirada al hombre, que ahora fruncía aún más el ceño.

—Vámonos de aquí ya mismo —dijo—. ¿Cómo pudiste cruzar el lago?

—Lo rodeé —susurró Maura—. Por arriba.

—¿Había otro camino?

Ahora que Blue sabía que Maura estaba viva, en su interior se abrió hueco para otras emociones, como el enfado. Recorrió las paredes de la cueva con la mirada

hasta encontrar una abertura pequeña en la parte superior de una de ellas. Acababa de descubrirla cuando advirtió, por el rabillo del ojo, que el hombre había empezado a avanzar hacia la puerta.

Sin pararse a pensar, Blue se inclinó hacia él, sacó la navaja y la abrió.

—Ah, no amiguito —le dijo—. Vente conmigo, anda.

El tipo bajó la mirada hacia la navaja, como si por un momento estuviera considerando la posibilidad de empalarse en ella antes que retroceder. Finalmente, retrocedió unos centímetros, y luego unos centímetros más. Blue miró alrededor en busca de algo con lo que maniatarle, pero solo tenía la correa de la lámpara.

—Seas quien seas, por favor, no te tomes esto como algo personal —dijo mientras se la descolgaba—. Lo que pasa es que no me fío de ti mientras tengas esa cara de estar embrujado.

Sintiéndose vagamente heroica, sostuvo la empuñadura de la navaja entre los dientes y usó la correa para atarle las manos al hombre tras la espalda. Él no protestó, y sus cejas se suavizaron en un gesto de algo parecido a la gratitud. Ahora que no podía abrir la puerta, agachó la cabeza como si estuviera agotado y dejó escapar un suspiro trémulo.

¿Cuánto llevarían allí Maura y el hombre, resistiendo la llamada del durmiente que había al otro lado de la puerta? ¿Todo el tiempo, desde la desaparición de Maura?

—¿Eres Artemus? —le preguntó Blue al hombre.

Él levantó su rostro macilento hacia ella y la miró, en un asentimiento mudo.

De modo que esa era la razón por la que le sonaba. Aunque Blue no tenía su cara larga ni sus patas de gallo, llevaba toda la vida viendo aquellos ojos y aquella boca cada vez que se miraba al espejo.

«Vaya. Hola, papá», pensó. «La verdad, con esta herencia genética, no sé por qué no soy más alta».

Volvió a mirar la pequeña entrada que se abría en la pared del fondo. No parecía demasiado invitadora; pero dado que Maura había entrado por ella —sin tener, que Blue supiera, ningún tipo de experiencia en temas de escalada—, no podía ser más difícil que lo que Blue ya había recorrido.

En cualquier caso, no había tiempo para pensárselo más. Se escabulló hasta el agujero por el que había llegado y asomó la cabeza.

—¿Ronan? —llamó.

Una pausa. En algún lugar sonó el chapoteo de una gota.

—¿Sargent?

—¡La he encontrado! ¡Hay otra salida! ¿Crees que podrás volver por donde entramos?

Otra pausa.

—Sí.

—¡Pues vete!

—¿En serio?

—Sí; no tiene sentido que te quedes ahí, si no puedes cruzar.

Para Ronan era peligroso quedarse en aquella cueva oscura y desconocida, y ella no podría salir con Maura y Artemus por ese camino.

«Con mis padres», pensó. «No podré salir con mis padres por ese camino».

Aquel pensamiento le hizo fruncir el ceño.

Se volvió hacia Maura.

—Vamos —le dijo—. Seguro que puedes moverte sin abrir la puerta. Nos marchamos.

Pero Maura ya no parecía escucharla. Estaba mirando otra vez a la puerta, con expresión absorta.

Blue se sobresaltó al oír la voz de Artemus.

—¿Cómo eres capaz de soportarlo?

Sonaba… extranjero, lo cual, por alguna razón, sorprendió a Blue. Tenía un acento parecido al británico pero más entrecortado, como si el inglés no fuera su lengua materna.

Blue reflexionó sobre la manera de atar también las manos de su madre, preguntándose cómo podría convencerla de marcharse. Lo último que quería era obligarla por la fuerza.

—Supongo que es porque soy un espejo —le contestó al hombre—, y ahora mismo estoy reflejando al durmiente.

—Pero eso no es posible —replicó Artemus.

—Vale, pues no; será que estoy haciendo otra cosa y ni siquiera me doy cuenta. Y ahora, si no le importa, voy a buscar la manera de sacar a mi madre de este agujero.

—Pero ella no puede ser tu madre.

Blue empezaba a sospechar que su padre no iba a caerle tan bien como pensaba.

—Mire, señor; me parece que hay muchas suposiciones que está dando usted por ciertas sin tener por qué, y creo que, en su debido momento, debería darle una pensada a varias cosas de las que cree estar seguro. Pero, por ahora, me conformo con que me diga si puedo llevarme a mi madre de este sitio y subir con ella por ese agujero. Porque se sale por ahí, ¿no?

Él torció los brazos de forma que la lámpara iluminara mejor la cara de Blue.

—En el fondo, es cierto que te pareces un poco a ella…

—Por Dios, hombre —estalló Blue—. ¿Aún sigues con lo mismo? ¿Sabes a quién más me parezco un poco? A ti. Dale un par de vueltas mientras yo me apaño sola con esto otro.

Artemus se quedó callado, con expresión pensativa. Blue se preguntó si realmente estaría dándole vueltas al asunto de los parecidos, o si habría vuelto a caer bajo el hechizo del tercer durmiente.

Se volvió hacia su madre y la agarró del brazo.

—Hala, vámonos —dijo dándole un tirón experimental.

El brazo de su madre se puso rígido, como si no solo se resistiera a Blue sino al

propio concepto de movimiento. Cuando Blue la soltó, la mano de Maura se extendió hacia la puerta como impulsada por un resorte.

Blue la apartó de una palmada y se encaró a la puerta.

—¡Déjala en paz! —gritó.

La voz se deslizó en su cerebro, tratando de rodear sus defensas. «Si abres la puerta, todos podréis marcharos y os concederé mi favor. ¿Acaso no quieres salvar la vida de ese chico?».

Sí, el tercer durmiente sabía lo que se hacía.

Aunque Blue sabía que jamás abriría la puerta ni aceptaría la ayuda de aquel ser, sintió que la oferta le mordisqueaba el corazón.

¿Qué le estaría susurrando a su madre?

Se quitó el jersey, agarró las manos de Maura, venciendo su resistencia, y las ató lo mejor que pudo con la prenda. Trató de no pensar en que el jersey acabaría estropeado y dado de sí, pero no pudo evitar que le doliera, porque había sido Persephone quien se lo había hecho. Sin embargo, todas sus preocupaciones y alegrías se habían igualado, sobrepasadas por el miedo.

Agarrándole un codo a Artemus y otro a Maura, los levantó todo lo que le permitió el techo de la cámara y empezó a arrastrarlos. Centímetro a centímetro, juntando a los dos para empujar mejor y deteniéndose a cada momento para evitar que volvieran a arrodillarse, los alejó de la puerta en dirección al agujero. No le importaba lo magullados que estuvieran los tres al salir de aquel lugar, siempre y cuando lograran salir.

Y entonces, un revoltijo de brazos, piernas y cuerpos cayó por el agujero.

50

A Blue, la cámara subterránea nunca le había parecido grande; pero ahora, mientras caía de espaldas, se le antojó aún más pequeña. La población de la caverna acababa de doblarse: delante de Blue había una mujer con una vaporosa melena rubia y una pistola, seguida de un tipo menudo con cara de asco y otra pistola, y de…

—¡Gris! —exclamó con alegría. Se alegraba tanto de verlo allí que apenas podía creer que fuera real.

—¿Blue? —dijo él, y luego añadió—: Oh, no.

«¿Oh, no?».

Un segundo más tarde, Blue se dio cuenta de que el Hombre de Gris llevaba las manos atadas tras la espalda.

—¿Cómo? —preguntó la rubia de la pistola, moviendo la linterna hasta que el foco cegó a Blue—. ¿Eres de verdad?

—¡Pues claro que soy de verdad! —contestó Blue indignada.

La mujer la apuntó con la pistola.

—¡Piper, no! —gritó el Hombre de Gris, embistiendo a la mujer con tanta fuerza que ella dejó caer la linterna.

El foco cayó sobre un saliente de la roca y se apagó de inmediato. Ahora, la única iluminación provenía de la lámpara que ataba las manos de Artemus.

—Muy astuto, señor Gris —dijo Piper, pestañeando en dirección a la lámpara fantasmal y luego volviéndose hacia su interlocutor—. No pensaba disparar a la chica, pero me pregunto si no habrá llegado el momento de ocuparme de ti. ¿Cómo lo ves, Morris? Me fío de tu opinión como profesional de la materia.

—Por favor, no lo haga —le suplicó Blue—. De verdad, no lo haga.

—También podríamos cargarnos a esta —opinó el tal Morris—. No creo que se le ocurra a nadie bajar hasta aquí para encontrarlos.

Detrás de ellos se oyó un ruidito: del techo de la cámara, o de algún punto cercano, habían caído varias piedrecillas. Blue, vagamente inquieta, se preguntó si habrían desestabilizado el sistema de cavernas al provocar la estampida.

Piper señaló a Maura y a Artemus.

—Y estos, ¿son también de verdad? ¿Por qué tienen esa pinta?

—Maura… —dijo el Hombre de Gris apartando por primera vez la mirada de

Piper y Blue, con un fondo de ansia en su voz normalmente enérgica—. Blue, ¿cómo ha podido…? —se interrumpió y frunció el ceño de una forma que Blue reconoció de inmediato: el tercer durmiente ya había empezado a deslizar dudas y promesas en su mente.

Otro guijarro cayó del techo de la caverna.

—Bueno, no importa —resolvió Piper. Su mirada, consciente y decidida, se clavaba en la puerta; a Blue no le cabía la menor duda de que aquella mujer había ido allí con la intención de despertar al durmiente—. Dejadme pensar. Esto resulta tan claustrofóbico… ¿Sabes qué, chica rara? Puedes marcharte. No pasa nada. Haz como si no nos hubieras visto y ya está.

—No voy a irme dejando aquí al señor Gris —replicó Blue.

Nada más decirlo, se dio cuenta de que debía de haber sonado como una muestra de coraje. En realidad, no lo era: lo había dicho porque era la verdad, aunque le diera miedo.

—Me parece muy conmovedor, pero la respuesta es no —repuso Piper—. Él no se puede marchar. Por favor, no me hagas perder las formas.

Blue miró al Hombre de Gris: estaba encorvado para no darse contra el techo, con las manos sujetas tras la espalda. De la pared que había detrás de él cayó un pequeño alud de guijarros que no presagiaba nada bueno.

—Óyeme, Blue —dijo—. Llévatelos y déjame a mí aquí. Me lo he ganado; así es como he vivido, y mi vida me ha conducido a esto. Tú no has hecho nada para merecerte esto y tu madre tampoco. Ha llegado el momento de ser un héroe.

—Eso, bonita; escucha lo que dice este hombre —añadió Piper—. Cuando dice que se lo ha ganado, se refiere a que entró en mi cocina y me encañonó con una pistola, así que tiene toda la razón.

«Piensa, Blue, piensa…».

Pero Blue se sentía mareada y confusa. Tal vez fuera porque el tercer durmiente enredaba en los límites de su consciencia; o por miedo a que las aguas del lago rebosaran y se escurrieran por el túnel; o por la pura y simple sensación de que estaba a punto de pasar algo terrible.

Una piedra más grande que las anteriores se desprendió del túnel por el que habían entrado los recién llegados. La cámara era tan angosta que no haría falta gran cosa para que se desmoronara por completo.

—Perdona, ¿pero podrías darte un poco de prisa? —preguntó Piper—. Sé que ninguno de vosotros tiene ganas de decir «Ahí va, mirad, esta cueva se está derrumbando», así que voy a hacerlo yo para acelerar las cosas.

—Empiezas a sonar igual que Colin —observó el Hombre de Gris.

—Repite eso y te pego un tiro en salva sea la parte —repuso Piper, y luego se volvió de nuevo hacia Blue—. ¿Te vas, o qué?

Blue se mordió el labio inferior.

—¿Puedo… Puedo abrazarle para despedirme, por favor? —preguntó, agachando

la cabeza con un abatimiento que no tuvo que fingir.

—¿Que quieres abrazarle? ¿A este? Menudo zoológico… —suspiró Piper—. De acuerdo —añadió, apuntando con aire aburrido al Hombre de Gris mientras Blue se agachaba a su lado.

—Ay, Blue —suspiró él.

Ella lo estrechó en un abrazo que él no pudo devolverle, y luego, apoyando la mejilla en la suya rasposa, susurró:

—Me gustaría recordar eso de los cobardes y los héroes que dijiste en inglés antiguo.

El Hombre de Gris lo repitió.

—Suena como un gato vomitando —comentó Piper—. ¿Qué significa?

—«El corazón de un cobarde no es un premio digno, pero el hombre de valor merece su casco reluciente».

—Yo me lo estoy trabajando —repuso Blue, mientras usaba la navaja que se había escondido en la palma de la mano para cortar las bridas que inmovilizaban las manos del hombre.

Al acabar, retrocedió y lo miró. Él siguió encorvado, con las manos a la espalda, pero le devolvió la mirada enarcando una de sus cejas incoloras.

—Hala, ya te estás yendo. Fuera. Largo —dijo Piper mientras las paredes se estremecían, desprendiendo lascas de polvo y tierra—. Vete a ser bajita en otra parte.

Blue rogó para sus adentros que el Hombre de Gris pudiera hacer algo.

El problema, ahora, eran Maura y Artemus; aunque Blue hubiera estado dispuesta a abandonar al Hombre de Gris a su suerte, ellos dos seguían siendo tan difíciles de mover como antes. Volvió a empujarlos a duras penas hacia la abertura. Le parecía estar en una pesadilla, solo que en vez de ser sus piernas las que no se movían, eran Maura y Artemis quienes parecían clavados al suelo.

—Esto es absurdo —exclamó Piper al cabo de unos treinta segundos, quitando el seguro de la pistola.

—¡Blue, al suelo! —gritó el Hombre de Gris, que ya estaba en movimiento.

Blue supuso que había embestido a Piper o a Morris, porque alguien chocó con violencia contra Artemus y luego contra ella. ¿Se podía decir que alguien se caía si ya estaba de rodillas?

Un disparo sonó muy cerca, y durante medio segundo, se hizo el silencio. La detonación había aplastado todos los demás sonidos contra las paredes de la cueva, y cuando rebotaron, lo hicieron convertidos en un pitido estruendoso. Una nube de polvo se extendió desde el lugar donde la bala había tocado la roca. Otra avalancha de tierra y guijarros golpeó los hombros de Blue; caía del techo.

Blue no habría sabido decir qué brazos pertenecían a quién, ni si debía agazaparse, debatirse o lanzar una cuchillada. La única certeza que tenía era que alguien podía morir en cualquier momento. La amenaza flotaba pesadamente en el aire turbio.

Morris había agarrado del cuello al Hombre de Gris y lo estaba estrangulando. A Blue le habría gustado acudir en su ayuda, pero entonces vio que Piper, a gatas, buscaba su arma entre las piernas de los demás; debía de haberla dejado caer. Blue examinó rápidamente el suelo y vio otra pistola. Se lanzó a por ella y, cuando estaba a punto de agarrarla, el Hombre de Gris y Morris forcejearon a su lado y uno de ellos le dio una patada al arma, que salió despedida con un estrépito de metal hacia la oscuridad del túnel.

Sonó un nuevo disparo. El ruido hacía imposible pensar. ¿Habría alguien herido? ¿Quién había disparado? Fuera quien fuera, ¿volvería a hacerlo?

En aquel instante de quietud, Blue vio que Morris seguía aferrando el cuello del Hombre de Gris. Se acercó y le hincó la navaja en el brazo, sintiéndose mucho menos culpable que cuando había cortado a Adam.

Morris soltó su presa de inmediato, y Gris aprovechó para agarrarle de los hombros y empezar a golpearlo contra el techo.

—A ver, quietos todos —dijo Piper—. Si no obedecéis, la mato.

Todos se volvieron para mirarla. Piper tenía la pistola apoyada en la sien de Maura. Sacudió la cabeza para sacarse los mechones rubios de los ojos, y luego sopló para retirar los que aún le quedaban en la boca.

—¿Qué quieres, Piper? —preguntó el Hombre de Gris depositando en el suelo a Morris, quien se quedó donde lo había dejado.

—Quiero lo que os pedí antes. ¿Recuerdas que hace un momentito iba a dejar que se marcharan las mujeres y los niños para sentirme mejor conmigo misma? Pues eso era lo que quería. Pero ya no puede ser, claro.

Detrás de ella, Artemus parpadeó, lo que resultaba notable porque era la primera vez que Blue le veía hacerlo. El hombro le sangraba como si uno de los tiros hubiera aterrizado allí. Los goterones de sangre caían en el suelo, donde formaban un hilillo que se deslizaba entre los cascotes de roca hacia la puerta rojiza.

Que estaba cuesta arriba.

Todos lo observaron, congelados.

La mirada de Piper siguió el hilo de sangre y continuó subiendo hasta posarse en el pomo. Sus labios pintados de rosa chicle se separaron.

Y entonces, Artemus se retorció y dio impulso a la lámpara que colgaba de sus muñecas hasta estrellarla contra la pistola de Piper.

Se oyó un discreto tintineo y la lámpara se apagó. En la oscuridad absoluta, todos se quedaron inmóviles.

Ninguno se movía, o, si lo hacía, era con un sigilo perfecto. Nadie salvo Piper sabía si la pistola seguía pegada a la sien de Maura.

Lo único que quebraba el silencio eran los leves chasquidos de las piedrecillas que caían del techo. De pronto, se oyó un ruido aún más inquietante, una especie de crujido ronco y prolongado: las rocas de la caverna que había sobre ellos debían de estarse desplazando. Cerca de Blue sonó un gemido que ella atribuyó a Morris.

A Blue le faltaba el aliento, como si el oxígeno de la cámara se estuviera agotando. En el fondo, sabía que no era más que pánico.

Y entonces, todos empezaron a moverse.

Lo primero que se oyó fue un rumor en la esquina donde estaban Piper, Artemus y Maura, seguido de otro donde se hallaba el Hombre de Gris; pronto, la confusión fue tal que era imposible saber quién hacía qué. Blue cerró su navaja, porque en aquella cueva había más gente a la que no quería apuñalar que gente a la que no le habría importado hacerlo, y empezó a palpar el suelo en busca de la linterna que se había caído antes. Con un poco de suerte, solo habría que ajustar bien el foco para que volviera a lucir.

—¡No abras esa puerta! —exclamó de pronto Maura—. ¡No la abras!

Blue ya ni siquiera sabía dónde estaba la puerta. Sonaban pasos por todas partes.

Ahora sí que podía oír al tercer durmiente. Era como si los susurros que se deslizaban en la mente de cada uno hubieran subido bruscamente de volumen, derramándose en el aire de la cueva. Y aunque su llamada no tenía efecto en Blue, sí que podía notar cómo el susurro ondulaba en la oscuridad y se condensaba en sus brazos hasta gotearle por los dedos.

Ahora comprendía cómo se había formado el lago reflectante.

—¡Paradla! —bramó alguien, tan alterado que Blue no pudo reconocer la voz.

Cerca de ella, una persona empezó a respirar cada vez más rápido.

Los dedos de Blue se cerraron alrededor de la linterna. «Vamos, vamos…».

De pronto, se oyó un golpe sordo y un grito ahogado.

La linterna se encendió justo a tiempo para iluminar a Piper, que, acurrucada frente a la puerta, se agarraba la parte trasera de la cabeza.

—Vámonos —dijo el Hombre de Gris mientras dejaba caer una roca considerablemente ensangrentada—. Ahora mismo.

La lluvia de piedras se hizo más intensa, con cascotes cada vez mayores.

—Deprisa, hay que salir de aquí —insistió el Hombre de Gris, conciso y eficaz como siempre—. Tú, ven aquí; estás sangrando —dijo volviéndose hacia Artemus—. A ver… Ah, no es nada. Blue, ¿estás bien?

Ella asintió.

—¿Y Maura? —preguntó el Hombre de Gris volviéndose hacia la madre de Blue, que examinaba el suelo con gran concentración. Le apartó los mechones polvorientos de la cara para comprobar si estaba herida. Solo tenía un feo rasguño en la mandíbula.

—Tenemos que alejarla de la puerta —dijo Blue—. ¿Qué hacemos con… los otros?

Se refería a Piper y a Morris, ambos tirados en el suelo. Blue prefería no pensar demasiado en ello.

El Hombre de Gris le dirigió una mirada afilada.

—A no ser que dispongas de una reserva oculta de energía de la que puedas echar mano ahora, no podemos acarrear a Maura y a esa mujer. Y no me cabe duda de a

cuál prefiero. Venga, tenemos que marcharnos.

Como si la cueva quisiera confirmar su apreciación, el túnel por el que había entrado Blue se derrumbó en una confusión de piedras y tierra.

Blue estrechó la mano del Hombre de Gris y, poniéndose en cabeza para iluminar el camino con la linterna, se introdujo en el agujero de la pared opuesta. Reptó unos metros y luego se detuvo para contar las personas que venían detrás de ella.

Uno (Artemus), dos (Maura) y tres (el Hombre de Gris). Y cuatro.

Cuatro.

Piper, casi irreconocible bajo una capa de tierra, apareció en la entrada del túnel. Aún no había iniciado la subida, y su silueta se recortaba en la abertura. Sostenía la pistola con una mano temblorosa.

—Sois unos… —empezó a decir, y luego se detuvo como si no supiera qué más decir.

—¡Vete! —gritó el Hombre de Gris—. ¡Rápido, Blue, vete y llévate la linterna!

Blue se dio la vuelta y trepó tan rápido como pudo.

Detrás de ella sonó un nuevo disparo. Esta vez, no hubo ninguna nube de polvo.

—¡Sigue, no te detengas! —dijo el Hombre de Gris—. ¡No ha pasado nada!

Y entonces se oyó una especie de chillido agudo, casi demasiado gutural para ser humano, y todo pareció estallar. El techo de la cámara acababa de derrumbarse al fin.

Blue vaciló, estremecida por aquel chillido. Se dijo que la persona que lo emitía había estado a punto de matar a su madre, pero eso no hizo que se sintiera mejor.

Pero no podía hacer nada, de modo que siguió avanzando para sacar a Artemus y a Maura de aquella cueva.

Cuando al fin salieron, todo estaba a oscuras, pero nada podía ser más oscuro que la cámara de la puerta roja. Nada podía oler mejor que la hierba, los árboles e incluso el asfalto de una autopista cercana.

Habían salido por una grieta irregular en la ladera de una colina; era imposible saber dónde se encontraban, salvo que estaban fuera al fin. Artemus, tambaleante, se apoyó en una roca y se palpó la herida con delicadeza.

Blue desató a su madre, que la abrazó de inmediato y la estrujó con todas sus fuerzas.

—Lo siento mucho —dijo Maura al cabo de unos minutos—. De verdad, no te imaginas cuánto lo siento. Voy a comprarte un coche y a ampliar tu dormitorio y nunca comeremos nada que no sea yogur y…

Su voz se apagó, y por fin Blue y ella se soltaron.

El Hombre de Gris aguardaba al lado de Maura. Ella se giró, hizo un mohín al verlo y le acarició la barba de dos días.

—Señor Gris… —dijo.

Él asintió y recorrió una de sus cejas con el pulgar en un movimiento competente, preciso y enamorado. Luego bajó la mirada hacia Blue.

—Vamos a buscar a los demás —dijo ella.

51

Adam Parrish estaba despierto.

Aunque, en teoría, «despierto» era lo contrario de «dormido», Adam había pasado gran parte de los dos años anteriores en un estado que era las dos cosas al mismo tiempo, o quizá ninguna de ellas. Ahora que lo pensaba, no estaba seguro de haber sabido nunca lo que significaba la palabra «despierto» hasta ese momento.

Estaba sentado en el asiento trasero del Camaro, junto a Ronan y a Blue, mirando cómo pasaban las farolas de Washington D. C. y notando cómo el pulso de la línea ley se debilitaba con cada metro que se alejaban de Henrietta. Había pasado una semana desde su visita al valle de los huesos, y las cosas estaban volviendo a la normalidad.

Bueno, no exactamente a la normalidad.

La normalidad no existía.

Maura había vuelto al 300 de Fox Way, pero Persephone ya no estaba. Ellos habían vuelto a clase, pero Greenmantle tampoco estaba. La muerte de Jesse Dittley había aparecido en todos los periódicos. Uno de los artículos sugería que la zona de Henrietta se estaba convirtiendo en un lugar peligroso, citando los casos de Niall Lynch, Joseph Kavinsky, Jesse Dittley y Persephone Poldma.

Todos se habían sorprendido al descubrir que Persephone tenía apellido.

—¿Ha respondido esto a tus expectativas? —le preguntó Gansey a Malory.

El profesor y el Perro apartaron la vista de sus tarjetas de embarque y miraron a Gansey.

—Y las ha superado —respondió Malory—. Las ha superado con creces. Excesivamente, de hecho. No os lo toméis a mal, pero me sentiré muy aliviado de volver a mi somnolienta línea ley durante una temporada.

Adam se levantó con la uña una postilla que tenía en la mano; era el menor de los rasguños que se había hecho al bajar y subir por la sima de los cuervos. La herida menos visible, pero más persistente, la había causado la muerte de Persephone, que resonaba en la mente de Adam con tanta constancia como el pulso de la línea ley.

Persephone le había dicho que existían tres durmientes. A uno debían despertarlo, a otro no. Y había otro en medio de los dos. Los demás pensaban que Gwenllian era la del medio; pero eso no tenía sentido, porque Gwenllian nunca había estado

dormida.

Aunque Adam no sabía si estaría en lo cierto, le gustaba pensar que el tercer durmiente era él.

—Tienes que venir a verme —le dijo Malory a Gansey—. Te enseñaré el tapiz. Haremos una ruta nostálgica por los viejos senderos; al Perro le gustaría que Jane viniera también.

—Sí, sería estupendo —repuso Gansey en tono cortés, como si de verdad estuviera considerando aceptar la oferta.

Pero no lo haría. Tal vez Malory no supiera oírlo, pero Adam lo sentía claramente. Gansey se quedaría allí, buscando a Glendower para obtener su favor.

La noche anterior, Adam había recurrido a una de sus antiguos trucos para quedarse dormido: repasar las frases con las que solicitar el favor, tratando de acertar con la fórmula exacta que no desaprovechara la oportunidad, que arreglara todo lo que iba mal. Pero esta vez, le sorprendió darse cuenta de que el juego ya no le importaba tanto. No le hacía falta pedir éxito en la vida; todo indicaba que superaría sin problemas la etapa de Aglionby, y no le parecía difícil obtener una beca en alguna de las universidades a las que aspiraba. En cuanto a la posibilidad de pedir liberarse de Cabeswater, ahora le resultaba extraño pensarla. Liberarse de Cabeswater sería como liberarse de Gansey o Ronan.

Y entonces, se dio cuenta de que lo único para lo que necesitaba el favor de Glendower era para salvarle la vida a Gansey.

—Aquí estamos —suspiró Malory señalando la terminal del aeropuerto, mientras el Perro meneaba la cola por primera vez desde su llegada—. Dile a tu madre que le deseo mucha suerte en las elecciones. ¡Ah, la política americana…! Tiene más peligro que la línea ley.

—Se lo diré —asintió Gansey deteniendo el coche junto a la acera.

—No se te ocurra meterte en política, ¿eh? —le advirtió Malory en tono severo.

—No creo que lo haga.

A Adam le parecía oír un fondo de inquietud en la voz de Gansey, aunque no había nada inquietante en aquella conversación. Había llegado la hora de encontrar a Glendower; todos eran conscientes de ello.

Gansey echó el freno de estacionamiento y abrió la puerta.

—Voy a acompañar al profesor —dijo—. Cuando vuelva, uno de vosotros podría pasar al asiento del copiloto. ¿Adam, quizá? A no ser que esté dormido, claro.

—No —respondió él—. Estoy despierto.

Epílogo

Piper no podía haber pasado horas inconsciente. En las películas de acción que Colin detestaba y que a ella le encantaban, los héroes siempre dejaban inconscientes a los malos en lugar de matarlos; eso era lo que los convertía en héroes. Los villanos se cargaban a sus enemigos, pero los héroes los dejaban fuera de combate de un porrazo en la cabeza. Luego, varias horas más tarde, los enemigos volvían en sí y continuaban con sus vidas. Pero según una entrada en un blog que Piper había leído, aquello era imposible, porque si una persona pasaba inconsciente más de uno o dos minutos era porque había sufrido daños cerebrales. Y el blog lo escribía un médico, o alguien que afirmaba haberlo sido, o alguien casado con un médico, de modo que debía de decir la verdad. En cualquier caso, Piper se fiaba más del blog que de las películas.

Tumbada en el suelo de la cueva, pensó en todos los malos con daños cerebrales que había en Hollywood, aún vivos por la supuesta bondad de los héroes que creían estar haciéndoles un favor.

Pero aunque no pasara horas inconsciente, sí que se pasó horas allí tirada, o quizá días. Se deslizaba del sueño a la vigilia, oyendo de cuando en cuando los gemidos de alguien cercano. Morris, tal vez, o ella misma. A veces, abría un poquito los ojos y pensaba que ya era hora de levantarse, pero le costaba tanto pensarlo que prefería quedarse donde estaba.

Al final, logró salir de aquella rutina de despertador («Diez minutos más…») y se rehízo. Aquello era absurdo. Se incorporó, notando cómo le latía la cabeza, y esperó a que sus ojos se enfocaran. Los cascotes y el agua que la rodeaban estaban iluminados por un resplandor impreciso. De pronto recordó que Colin había huido como una rata, dejándola a ella abandonada y moribunda en una cueva que nunca habría explorado si no se le hubiera ocurrido a él. Típico de Colin: siempre estaba haciendo cosas para sí mismo y diciendo que las hacía para los dos.

De pronto, se dio cuenta de qué era lo que producía aquella luz: un quinqué de aspecto anticuado, como los de los mineros antiguos. Al otro lado se veían una manos entrelazadas. Eran unas manos bonitas y regordetas, unidas a dos brazos que, a su vez, se unían a un cuerpo. Un cuerpo femenino. Cuya dueña miraba a Piper sin pestañear.

—¿Eres de verdad? —preguntó Piper.

La mujer asintió con gesto sereno, sin decir nada. A Piper, sin embargo, no acabó de convencerla; aquella caverna no parecía un lugar muy adecuado para que lo visitara de repente una persona de verdad.

—¿Estás paralizada? —preguntó la mujer amablemente.

—No —respondió Piper—. Sí. No.

Una de sus piernas se negaba a moverse, pero no creía que eso contara como parálisis. Probablemente estuviera rota. Aquella situación estaba empezando a resultarle un poco deprimente.

—Eso puede arreglarse —repuso la mujer—. Si lo despertamos.

Las dos dirigieron la mirada hacia la puerta de la tumba.

—Si lo despertamos, nos concederá un favor —explicó la mujer—. Somos tres para hacerlo, pero el tercero no estará mucho rato más junto a nosotros —añadió, señalando a Morris con un ademán vago.

Piper, a quien interesaba mucho más su propio bienestar que el de cualquier otra persona, sospechó de inmediato.

—Si no hace falta que los tres estemos conscientes, ¿por qué no lo has despertado tú ya? —preguntó.

—Porque me aburriría si reinara yo sola —contestó la mujer—. Sería mejor si fuéramos tres para reinar, pero tendremos que arreglárnoslas con dos. El dos es menos estable que el tres, pero mejor que el uno.

En el mundo había pocas cosas que aburrieran más a Piper que las matemáticas mágicas. Además, ahora que se había parado a pensarlo, la pierna le dolía muchísimo. Y algo goteaba de ella. Piper estaba empezando a mosquearse con todo aquello.

—Vale, bien. De acuerdo —dijo.

La mujer alzó el quinqué y ayudó a Piper a levantarse. Piper soltó una palabra que solía ayudarla a sentirse mejor, pero que no le sirvió de nada, en este caso. Al menos, ahora ya tenía la certeza de que la mujer era de verdad, porque le estaba estrujando las costillas para sujetarla.

—¿Quién eres tú, por cierto? —le dijo.

—Me llamo Neeve.

Mientras las dos cojeaban hacia la puerta, Piper dijo:

—Vaya nombre más estúpido, ¿no?

—Tan estúpido como Piper —respondió Neeve con suavidad.

Al final, no hizo falta ninguna formalidad. Las dos apoyaron las manos en la puerta y empujaron. Era un simple trozo de madera pintada, nada mágico ni extraordinario.

El interior de la tumba estaba iluminado. Era un resplandor similar al del quinqué que Neeve había colocado a sus pies. De hecho, era el mismo resplandor, solo que reflejado.

Las dos entraron, tambaleantes. Había un sepulcro elevado, con la tapa ya entreabierta.

El durmiente no era humano, y Piper se preguntó por qué habría esperado que lo fuera. Era menudo, negro y brillante, con más patas de lo que Piper había supuesto. Rezumaba poder.

—Para obtener el favor, tenemos que hacerlo al mismo tiem… —dijo la mujer.

Pero Piper ya había extendido la mano y lo había tocado.

—Despierta —le ordenó.



MAGGIE STIEFVATER, nació en Virginia, Estados Unidos, en 1981. Es escritora, ilustradora y además toca varios instrumentos musicales. Está casada y tiene dos hijos.

Es una autora de literatura para jóvenes adultos. Su libro más conocido a nivel internacional es *Temblor*, aunque tiene publicada también una serie de libros, *A gathering of faerie*.